AGUSTÍN BARRUEL

MEMORIAS PARA SERVIR A LA HISTORIA DEL JACOBINISMO

TOMO I

MEMORIAS

PARA SERVIR

Á

LA HISTORIA

DEL

JACOBINISMO.

TOMO PRIMERO.

MEMORIAS

PARA SERVIR

A LA HISTORIA

DEL

JACOBINISMO,

SU AUTOR EL S.r BARRUEL;

TRADUCIDAS AL CASTELLANO, Y AUMENTADAS CON ALGUNAS NOTAS RELATIVAS A LA REVOLUCION DE ESPAÑA DEL AÑO 1808,

POR EL IL.mo Y REV.mo

S.r D. Fr. RAYMUNDO STRAUCH Y VIDAL,

OBISPO QUE FUE DE VICH, EN EL PRINCIPADO DE CATALUÑA.

NUEVA EDICION,

CORREGIDA

CON MUY PARTICULAR ESMERO, Y COTEJADA CON EL ORIGINAL FRANCES.

TOMO PRIMERO.

PERPIÑAN,
EN LA IMPRENTA DE J. ALZINE.
1827.







PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR.

En todos tiempos la religion y sus profesores han tenido enemigos. El autor y consumador de nuestra fe, Jesucristo, hijo de Dios y hombre verdadero, ya echó en rostro á los incrédulos de su tiempo, que sus padres habian perseguido â los profetas y sabios que les habia enviado, y aseguró mas de una vez á sus apóstoles, que serian perseguidos por su santo nombre. Sus enemigos le quitaron la vida con los mas exquisitos tormentos en las afrentas de una cruz, y dijo á sus discípulos, que si él habia sido perseguido, tambien ellos lo serian. En todos los siglos del Cristianismo, desde aquella época, se han levantado hombres, unos con el poder de las armas, otros con las astucias del sofisma contra esta santa religion. Los anales eclesiásticos nos recuerdan ya la tiranía de las potestades del siglo, ya la sofistería de los sabios del mundo empeñados en acabar con el Evangelio. Los Nerones, Dioclecianos, Maximianos, Julianos, sus prefectos y satélites afilaron los cuchillos, encendieron las hogueras, y abusaron del poder para sacrificár los cristianos. Los Celsos, los Porfirios y otros sabios paganos, pretendieron con su falsa filosofía impugnar la religion. Los hereges conspiraron con los tiranos y falsós filósofos al mismo fin y objeto.

Pero si la religion ha tenido tantos enemigos, esta, contando con las promesas de su autor, ha arrostrado todas las contradicciones, y ha triunfado siempre de todos sus émulos. Jesucristo en todos tiempos ha enviado hombres escogidos, que ya con la eficacia de sus palabras, ya con la energía de sus escritos, han llenado de confusion y

cubierto de vergüenza á los enemigos de su nombre. Los Justinos, los Atenágoras, los Tertulianos, con sus apologías, contuvieron el furor de los tiranos. Los Gerónimos, los Agustinos, los Atanasios, los Gregorios confundieron la idolatría y heregía. No se ha levantado persecucion contra la iglesia, sin que esta haya contado con defensores acérrimos de su unidad, santidad, universalidad y mision apostólica. Jesucristo, amante y amado esposo de la iglesia, siempre la ha asistido, asiste y asistirá hasta la consumacion de los siglos.

Pueden por la heregía é impiedad perderse muchos hombres, perderse provincias, y aun perderse reinos enteros; podrá en algunas ocasiones el infierno extender sus dominios, y ensanchar sus horrorosos senos; pero la iglesia no perecerá, ni el infierno prevalecerá. ¡Infelices los que se pierden! que, contando con su eterna desgracia, no pueden contar con la ruina de la religion. Los tiranos de los primeros siglos, la rabia y furor de los Vándalos y Godos, de los Arrianos, Maniqueos, Pelagianos, Albigenses y demas sectarios inundaron la tierra con la sangre de los mártires. Esta, como preciosa semilla de la fe, aumentó el número de los creyentes; el cielo se pobló de valientes atletas que celebran en el empireo sus triunfos; la iglesia subsiste llena de gloria, y aquellos tiranos y sectarios perecieron.

Al Goliat de la impiedad, que empezó á dejarse ver á mediados del pasado siglo 18, le sucederá lo que al incircunciso Filistéo, que insultaba los ejércitos del Dios de Israël, y deberá el fin de su existencia á los filos de su propia espada. Si es feroz la persecucion que en el dia sufre la iglesia de parte del filosofismo, este quedará cubierto de ignominia, y aquella triunfará como siempre. No duerme, ni dormita el que guarda á Israël; y si se complace el Señor en mirar como pelean sus escogidos contra la incredulidad, prepara para aquellos las coronas de honor y gloria, mientras que destina esta con los malditos homicidas, fornicarios, hechiceros, idólatras y men-

tirosos al estanque ardiente, al fuego, al azufre, á la segunda muerte. Perecerá con un horroroso estallido la memoria de los impíos, y el Señor y su iglesia permanecerán para siempre.

Mucho se ha escrito en estos últimos tiempos en defensa de la religion contra los filosofistas. El célebre abate Bergier, honor de la catedral de Paris; el religioso Antonino Valsecchi, lustre de la órden de Predicadores, sin contar otros, han confundido el ateismo, materialismo, deismo, espinosismo, fatalismo, cepticismo y cuanto puede comprender la palabra *impiedad*. Pero el abate Barruel, honor del clero galicano, ha sabido valerse de las mismas armas de los impíos conjurados, y ha hecho tan buen uso de ellas, que al mismo tiempo que pone en descubierto sus maquinaciones é impiedades, manifiesta la absoluta ignorancia, la incoherencia de principios, y la contradiccion en las aserciones de los pretendidos filósofos del siglo XVIII. Este digno eclesiástico es autor de muchos escritos que hacen honor á la literatura eclesiástica. Ha compuesto los siguientes tratados de que tengo noticia: « *Del patriotismo del clero. — De la conducta del Papa en las actuales circunstancias de la Francia. — Del Papa y sus derechos religiosos, con ocasion del concordato. — Parénesis al señor obispo de Lidda. — Preocupaciones legítimas sobre la constitucion civil, y sobre el juramento exigido del clero. — Los verdaderos principios del matrimonio, opuestos á la relacion de M. Durand de Millane; para servir de continuacion á la carta sobre el divorcio. — Historia del clero en tiempo de la revolucion. — Las cartas Helvianas, y las Memorias para servir á la historia del Jacobinismo.*

Emprendí la traduccion á nuestro español de estas *Memorias* con tres fines distintos, que pueden reducirse á uno. El primero: para que los católicos y patriotas españoles tengan conocimiento de la impiedad, espíritu de rebelion y de anarquía, barbarie y fiereza de los pretendidos filósofos Voltaire, sus cómplices y secuaces. El segundo: para que los que solamente estan iniciados en los primeros mis-

terios de esta secta desoladora, sepan los proyectos y fines á que se destinan. El tercero: para que los corifeos de la impiedad, rebelion y anarquía vean que estan descubiertos los arcanos de su iniquidad. Es decir, que el fin, que me he propuesto, es que todos los españoles sepan lo que es, lo que contiene, y el fin á que se ordena la decantada filosofía de estos sábios del siglo ilustrado, enemigos de la religion, de los reyes y de las sociedades. El que por su estado ó profesion no puede empuñar la espada para combatir contra los enemigos de la religion y de la nacion, y se halla con fuerzas para manejar la pluma en defensa de lo mas sagrado que puede conocer el hombre, debe no estar ocioso. La naturaleza, la religion y la nacion, exigen que cada uno trabaje segun sus talentos y sus fuerzas para la conservacion de todos aquellos derechos, que tan sacrílegamente vemos violados. Si eres cristiano, la gracia del Señor te conserve en su santa religion; y si eres impío, la misma gracia del Señor haga que te aproveches de estos documentos.

Esta traduccion solo tiene de *libre* lo que basta para que no sea *servil*. No me separo de la letra del autor, aunque en alguna ocasion le doy mayor extension, para que sea mas inteligible; pues asi me pareció que lo debia hacer, escribiendo para todos. En cuanto á los *documentos* que en ella se alegan, me he ceñido escrupulosamente á la letra, sabiendo que estos ninguna libertad dan á los traductores. Me ha parecido insertar algunas notas, y estas van señaladas con (*).

DISCURSO

DISCURSO

PRELIMINAR

DEL AUTOR.

Desde los primeros dias de la revolucion francesa, se manifestó, con el nombre fatal de *Jacobinos*, una secta, que enseña y sostiene que todos los hombres son *iguales y libres*. En nombre de esta *igualdad y libertad* asoladoras, los *Jacobinos* derribaron los altares y los tronos; y, proclamando *igualdad y libertad*, excitaron la rebelion y precipitaron los pueblos en la mas horrorosa anarquía. En el instante que apareció, contó la secta con trecientos mil iniciados y la sostenian dos millones de brazos, que se movian á su voluntad en toda la Francia, armados de teas incendiarias, de picas, de segures y de todos los rayos abrasadores de la revolucion. Las atrocidades inauditas que se vieron y cometieron, y la sangre de los pontífices, sacerdotes, nobles y ricos, de ciudadanos de toda clase, edad y sexo, que inundó aquel vasto imperio, fue obra de los Jacobinos, que protegieron, pusieron en movimiento y dieron impulso y accion á los asesinos. Estos, despues de haber ultrajado y cubierto de ignominia en una larga prision al rey Luis XVI, á la reina y á la princesa Isabel su hermana, los asesinaron autorizadamente sobre un cadalso, amenazando al mismo tiempo á todos los

soberanos de la tierra con el mismo destino. Ellos han hecho de la revolucion francesa el azote de la Europa y el terror de las potencias, que se coligaron en vano para atajar los progresos de los ejércitos revolucionarios, mas numerosos y devastadores que los de los Vándalos.

Pero ¿y que gente es esta, que parece ha vomitado el abismo en un momento, y se ha presentado con sus dogmas y aceros revolucionarios, con sus proyectos y medios, con sus planes y resoluciones las mas feroces que han visto los siglos? Que secta es esta, y como tiene tantos iniciados, que siguen el sistema del frenesí y de la rabia contra todos los altares y tronos, y contra todas las instituciones y usos religiosos y civiles de nuestros abuelos? Si el nombre de Jacobinos se oyó por la primera vez en los primeros dias de la revolucion, los sectarios son anteriores al derramamiento de sangre, y los verdugos que la derramaron, ya tenian afilados sus aceros. Estos fueron los primogénitos y los hijos queridos de la *igualdad y libertad*. ¿Y en que escuela cursaron? quienes fueron sus maestros? cuales sus proyectos ulteriores? Y cuando la revolucion francesa haya llegado á su término ¿estarán satisfechos los Jacobinos? cesarán de afligir la tierra, de profanar los templos, de asesinar los reyes, los pontífices, sacerdotes, y los ciudadanos de toda clase, edad y sexo? cesarán de trastornar los gobiernos y de seducir los pueblos?

Importancia de la historia del Jacobinismo.

Las naciones y los que estan á su frente para atender á la conservacion y felicidad de las sociedades, no pueden mirar con indiferencia estas cuestiones, que son muy importantes. He creido que

no era imposible resolverlas, y me ha parecido que debia buscar su resolucion en los anales y archivos de la misma secta, imponiéndome en sus principios, proyectos, sistemas, manejos y medios. A esto me dedico, y á este objeto consagro estas *Memorias*. Aunque las miras y conspiracion de los Jacobinos se hubiesen limitado á las horribles escenas, que ya se han representado; aunque yo hubiese visto, despues del uracán de la revolucion, renacer la serenidad de la pública tranquilidad que nos asegurase el fin de los horrores del jacobinismo, no por eso creeria ser de menor interes rasgar el denso velo, que cubria los tenebrosos manejos de los autores de la revolucion. Las épocas de las pestes, y la historia de las públicas calamidades, que en ciertos tiempos han afligido á la humanidad y han desolado la tierra, no son objetos de mera curiosidad, aun cuando los pueblos crean que respiran un aire puro. Por lo regular, el descubrimiento de los venenos indica los antídotos que se deben propinar, y la historia de los monstruos nos recuerda las armas con que fueron vencidos. Cuando las calamidades pasadas vuelven á aparecer, ó se teme que vuelvan á afligirnos, es utilísimo saber las causas que atajaron sus estragos, los medios que podian aplicarse para impedir sus progresos, y los yerros que las pueden reproducir. La generacion presente se instruye con las desgracias pasadas; y en la historia del jacobinismo hallará la posteridad instruccion para ser mas feliz, sufocando la semilla de una revolucion que, como la francesa, pueda conspirar contra los altares, los tronos y las sociedades. No escribo solamente para la posteridad; la generacion presente tiene mucho que aprender y mucho que temer;

tiene que disipar muchas ilusiones, que pueden dar ocasion á que renazcan los estragos, en el mismo momento en que se cree que han llegado á su fin.

Primer error que se debe disipar sobre la causa de la revolucion.

No nos alucinemos. Conozco hombres, que se han obcecado sobre las grandes causas de la revolucion francesa. Los he visto empeñados en persuadir, que es desatino pensar el que antes de la revolucion existiese alguna secta revolucionaria y conspiradora. Para estos, cuanto ha acontecido en Francia, las calamidades que la han afligido, y los horrores con que se ve amenazada la Europa, se suceden y eslabonan por el simple concurso de circunstancias imprevistas é imposibles de preverse. Les parece que perderian el tiempo, si buscasen conspiraciones y agentes que hayan urdido la trama y eslabonado la cadena de los acontecimientos. Los actores, dicen, que mandan hoy, ignoran los proyectos de los que los precedieron, y sus sucesores no podrán formarse idea del objeto y miras de los presentes. Pero estos presumidos observadores, preocupados en una opinion tan falsa, y alucinados con un error tan perjudicial, tendrán valor para decir á las naciones: «No hay que temer; no hay porque alarmarse en vista de la revolucion francesa; esta ha sido un volcán, que se ha abierto y ha hecho su erupcion, sin que se puedan saber los materiales que le han preparado; pero solo arderán sus llamas en el pais de su nacimiento, y en el mismo se apagarán. No hay que temer; las causas que le han preparado no se hallan en vuestros climas; los elementos en vuestros

paises estan menos expuestos á fermentar; las leyes que os gobiernan son mas análogas á vuestro carácter; teneis la felicidad pública mejor establecida, y por lo mismo la suerte de la Francia no llegará hasta vosotros, y en caso que os haya de tocar, será en vano cuanto practiqueis para impedirla, pues que el concurso y fatalidad de las circunstancias os arrastrarán, venciendo toda vuestra repugnancia y resistencia; y no seria de admirar, que las mismas diligencias que practicaréis para alejar el mal, sirvan para acelerarle y aumentarle. »

¿Y habrá quien crea que este errror, capaz de sacrificar á cuantos se entreguen á una fatal seguridad, ha entorpecido hasta aquellas personas que Luis XVI habia colocado junto á su trono, para desviar los golpes que la revolucíon descargaba incesantemente? Las conozco. Tengo entre mis manos una memoria de un ex-ministro, á quien pidieron su parecer sobre las causas de esta revolucion, y se le pedia en particular una lista de los principales conjurados y una exposicion del plan de la conspiracion. Pero él contestó, sin la menor perplejidad, que era inútil practicar diligencias para encontrar hombres que hubiesen meditado la ruina del altar y del trono, ó formado algun plan al que se pudiese dar el nombre de conjuracion. ¡Infeliz monarca! Si los que deben desvelarse en la custodia de vuestra persona, ignoran hasta el nombre y existencia de vuestros enemigos, y de los de vuestro pueblo, ¿nos admiraremos de que vos y vuestro pueblo llegueis á ser sus víctimas?

Verdades opuestas á este primer error.

Apoyado sobre los hechos y con las pruebas mas incontrastables que desenvolveré en estas Memorias, sostendré lo contrario. Diré y demostraré lo que mas importa saber á los pueblos, y á los que los presiden y gobiernan. Diré que, en esta revolucion francesa, todo hasta los delitos mas atroces, estaba previsto, meditado, combinado, resuelto y establecido. Todo ha sido efecto de la mas refinada malicia; pues todo lo prepararon y dirigieron unos malvados, que mucho antes habian urdido, en sus juntas secretas, la trama de la conspiracion, y que han sabido apresurar y aprovecharse del momento favorable á la conjuracion. Si en los acontecimientos de esta ocurrieron algunas circunstancias, que parecen agenas de la conspiracion, no por eso dejaron de tener su causa y agentes secretos, que las hicieron nacer y supieron valerse de ellas como de resortes para dar movimiento à su complicada máquina, á fin de que esta obrase conforme á sus intentos. Es decir, que estas mismas circunstancias pudieron servir de pretexto y ocasion; pero la grande causa de la revolucion, de sus grandes delitos y atrocidades no dependió de ellos; pues muchos años antes se habia ya decretado en sus maquinaciones.

Cuando yo llegue á manifestar el objeto y extension de esta conspiracion, me veré precisado á disipar otro error aun mas nocivo que el antecedente. Hay ciertos hombres ilusos, que convienen en que la revolucion francesa estaba premeditada; pero que la intencion de sus autores solo tenia por objeto la felicidad y regeneracion de los imperios. Dicen, que si sucedieron grandes desgracias y si estas se

enlazaron con sus proyectos, fue porque hubo grandes obstáculos, y porque es imposible reengendrar un gran pueblo sin fuertes debates; pero que al fin los uracanes no son eternos, las olas se aquietarán y renacerá la calma: cuando esta se manifieste, se avergonzarán las naciones de haber resistido á la revolucion francesa; pero no tendrán mas que hacer sino imitarla, ateniéndose á sus principios.

Segundo error sobre la naturaleza de la revolucion.

Este error es el que principalmante intentan acreditar y propagar los corifeos del Jacobinismo. Este les ha dado, para que fuesen los primeros y principales agentes é instrumentos de la revolucion, aquel escuadron de *Constitucionales*, que aun estan embelesados contemplando sus decretos sobre los *derechos del hombre*, como si fuesen una obra magistral de derecho público, y que les dan la esperanza de ver á todo el universo reengendrado por esta rapsodia política. Este mismo error les ha agregado una prodigiosa multitud de secuaces, mas ciegos que furiosos, que se podrian tener por hombres de bien, si la virtud fuese capaz de combinarse con los medios feroces de que se valieron los conjurados, con el pretexto de mejorar la nacion. El mismo error ha atraido á muchos otros, cuya estúpida credulidad, á pesar de las mejores intenciones, no descubre en los horrores del 10 de Agosto, y en la carnicería del 2 de Setiembre, mas que unas desgracias necesarias. Y este error, en fin, les ha agregado á los que en el dia se consuelan con la esperanza de un mejor órden de cosas, á pesar de tres ó cuatro cientos mil asesinatos, de algunos millones de víctimas de la guerra, del hambre, de la guillotina, de las convulsiones.

revolucionarias que ha perdido la Francia, y de la inmensa despoblacion que esta experimenta.

Verdades opuestas á este segundo error.

Opondré á esta esperanza falaz, y tan imaginarias buenas intenciones, los proyectos y resoluciones de la secta revolucionaria y sus verdaderos proyectos y conjuraciones, para llevarlos á ejecucion. Diré, y debo decirlo, pues las pruebas lo demuestran, que la revolucion francesa ha sido lo que debia ser, segun la intencion y espíritu de la secta; cuanto mal ha hecho, debia hacerlo; los enormes delitos y atrocidades que se han cometido, no son otra cosa que unos consiguientes necesarios de sus principios y sistemas. Añado, que la revolucion francesa, lejos de prepararnos un órden mejor de cosas, no es mas que un ensayo de la fuerza de la secta, pues sus conspiraciones tienen por objeto á todo el mundo. Si para lograr sus intentos, en cualquiera parte del orbe, juzga necesarios los mismos crímenes, ella los ejecutará, será igualmente feroz, y segun sus proyectos será lo mismo en todas partes, si el progreso de sus errores le promete los mismos resultados.

Consecuencia legítima de estas verdades.

Si entre mis lectores hubiese algunos que dijesen; «si la secta es lo que dice este escritor, es preciso, ó acabar con los jacobinos, ó perecerán todas las sociedades; pues en todas, sin excepcion, á los gobiernos actuales sucederán las convulsiones, los trastornos, los asesinatos y la infernal anarquía de la Francia;» responderé, que asi es; una de las dos cosas ha de suceder, ó el universal desastre, ó el aniquilamiento de la secta; pero debo añadir, que

no se ha de aniquilar la secta imitando sus furores, su rabia sanguinaria, y el entusiasmo homícida con que embriaga á sus apóstoles. No ha de ser degollando y sacrificando sus sectarios, ó clavándoles en el pecho los cuchillos de que se armó. La secta se ha de destruir asaltándola en sus mismas escuelas, disipando sus ilusiones, manifestando lo absurdo de sus principios, la atrocidad de sus medios, y sobre todo la perversidad y malicia de sus maestros. Sí; acabemos con los jacobinos; pero conservemos la vida á los hombres : destruyamos sus opiniones, y conservémos las personas : la secta acabará su existencia, si sus iniciados y discípulos la abandonan para someterse á los principios de la razon y de la sociedad. Es verdad que la secta es monstruosa, pero no son monstruos todos sus discípulos. La reserva con que ocultaba á muchos sus últimos proyectos, las precauciones de que se valia para revelar sus misterios solamente á los escogidos, manifiestan, que temia verse sin medios, sin fuerzas y abandonada de muchos, si todos hubiesen sabido lo horroroso de sus secretos. Yo asi lo creo; y, á pesar de la depravacion de los jacobinos, la mayor parte habria abandonado la secta, si hubiesen sabido prever el término á que los conducia y los medios de que debia valerse. Porque ¿como es posible hubiesen sido tantos los jacobinos, y como habrian podido sujetarse á tan abominables gefes, si hubiese sido posible decirles y hacerles entender : ¡ Ved los proyectos de vuestros gefes; mirad hasta donde se extienden sus maquinaciones y conspiraciones!

Importa á los pueblos saber los proyectos de los Jacobinos.

Si la Francia, cerrada en el dia como el infierno, no puede oir otros gritos que los de los demonios de la revolucion, nos hallamos en unas circunstancias en que aun pueden preservarse de sus voraces llamas las otras naciones. Todas han oido hablar de las atrocidades y desgracias, que se han cometido y sentido en Francia; pero es menester que sepan tambien la suerte que á ellas mismas les espera, si los jacobinos triunfan. Es preciso que sepan, que las revoluciones de sus propios paises hacen parte del gran plan de conjuracion, asi como la de la Francia, y que todos aquellos delitos, toda aquella anarquía, todas las atrocidades que se han seguido á la disolucion del imperio frances, no son mas que una parte de la disolucion que á todos se les prepara. Es necesario que sepan, que tanto su religion, como sus ministros, templos, altares y tronos no son menos objeto de esta conspiracion de los jacobinos, que la religion, los sacerdotes, altares y trono de Francia.

Interes de las Potencias.

Cuando parecia que ciertos simulacros de paz ponian fin á la guerra entre los jacobinos y las potencias aliadas, debian estas saber hasta que punto podian contar con los tratados de aquellos. Entonces, mas que nunca, era necesario atender al objeto de estas guerras que hace una secta, que envia sus legiones, no tanto para apoderarse de los cetros, como para romperlos á todos; que no prometia á sus secuaces las coronas de los príncipes,

reyes y emperadores, sino que exigia de sus iniciados el juramento de quebrantar y destruir las mismas coronas, príncipes, reyes y emperadores. Y entonces, mas que nunca, se debia reflexionar, que la guerra mas peligrosa con las sectas, no es la que se hace en los campos de Marte. Cuando la rebelion y anarquía son los elementos de los sectarios, se pueden desarmar los brazos; pero queda la opinion y persevera la guerra en los corazones. Una secta, aunque se vea precisada á ocultarse, ó á aparentar cierta calma, no deja de ser secta; podrá aparentar que duerme; pero su sueño será el reposo momentáneo de los volcanes; estos cesan de vomitar torrentes de llamas, pero sus fuegos subterráneos estan en movimiento; se abren nuevas salidas y preparan nuevos sacudimientos. No es, pues, el objeto de estas Memorias la paz ó guerra que se hace de potencia á potencia. Sé que, aun cuando subsiste todo el peligro, no siempre han de estar desenvainados los aceros, ni siempre hay recursos para sostener la guerra. Dejo á los gefes de los pueblos el conocimiento de sus medios y fuerzas; pero sé que hay una especie de guerra, cualesquiera que sean los tratados, en que la confianza en ellos puede llegar á ser muy funesta á las naciones. Esta es la de los conjurados, y principalmente la de ciertos sectarios, á quienes los tratados públicos no les hacen olvidar sus votos y juramentos. ¡Desgraciada la potencia que se allana á hacer la paz, sin saber porque su enemigo le ha declarado la guerra! Lo que hicieron los jacobinos antes de estallar la primera vez, lo volverán á hacer cuando quieran volver á estallar; ellos, rodeados de tinieblas, irán en seguimiento del grande objeto de sus conspiraciones, y los nuevos desastres enseñarán á los pue-

blos, que toda la revolucion francesa no ha sido mas que el principio de la disolucion universal, que la secta medita.

Objeto de estas Memorias.

He aqui el objeto de mis investigaciones; dar á conocer los designios secretos de los jacobinos, la naturaleza de su secta, sus sistemas, sus marchas ocultas y tenebrosas, y sus conspiraciones subterráneas. Hemos visto el frenesí, rabia y ferocidad de las legiones de la secta; se sabe muy bien que son los instrumentos de todos los crímenes, devastaciones y atrocidades de la revolucion francesa; pero no todos saben que maestros, que escuelas, que instrucciones y que manejos los han hecho tan feroces. No será fácil á la posteridad formar juicio de las plagas por sus efectos, sino despues de mucho tiempo; el que quiera pintar el cuadro lúgubre de las calamidades que hemos padecido, que mire sus alrededores; los escombros y ruinas de los templos, de los palacios, de las poblaciones atestiguarán por mucho tiempo la barbárie de los modernos Vándalos. La espantosa lista del príncipe y sus vasallos asesinados y proscritos, la despoblacion y soledad de las provincias recordarán el reino de las fatales linternas, de las voraces guillotinas, de los bandidos asesinos, y de los legisladores verdugos.

Estos pormenores, aunque humillan tanto la naturaleza, como afligen el espíritu, no pueden ser el objeto de estas Memorias. Lo que debo recordar, con especialidad, no es lo que han hecho las legiones infernales de Marat, Robespierre, Sieyes, y Felipe de Orleans; sino que debo manifestar las

conspiraciones y sistemas, las escuelas y maestros cuyas teorías siguieron los Sieyes, los Felipes, los Condorcets y los Pethiones, y que preparan à los pueblos y naciones nuevos Marats y Robespierres. Lo que me propongo, es que en adelante nadie se admire, sabido el sistema y manejos de los jacobinos, de sus resultados y de lo que pueda aun sobrevenir. Tan natural es á la secta el derramamiento de sangre, la impiedad contra los altares, el furor contra los tronos y lás atrocidades cometidas, como á las pestes ser desoladoras; si estas llaman la vigilancia de los pueblos, para que no se introduzcan, la secta jacobina, no menos desoladora, exige que se tomen todas las precauciones para preservar á los pueblos y naciones de sus estragos. A este fin se dirigen mis desvelos é investigaciones sobre la secta, su orígen, proyectos, manejos, medios, progresos y gefes.

Triple conspiracion que se ha de manifestar, y plan de estas Memorias.

Su resultado, y el de las pruebas que me han suministrado los archivos de los jacobinos y de sus principales maestros, es que su secta y conspiraciones son el conjunto, ó coalicion de tres sectas y tres conspiraciones, que muchos años antes de la revolucion francesa se reunieron contra los altares, los tronos y las sociedades.

1.° Muchos años antes de la revolucion, ciertos personages, que se daban y hacian dar el tratamiento de *filósofos*, conspiraron contra el Dios del Evangelio, contra todo el Cristianismo, sin excepcion ni distincion entre católico ó protestante, anglicano ó presbiteriano. El objeto esencial de

esta conspiracion era destruir los altares de Jesucristo, y esta conjuracion es la de los sofistas de la incredulidad é impiedad.

2.° A esta escuela de los sofistas impíos acudieron, y presto se perficionaron en ella los sofistas de la rebelion. Estos, añadiendo á la conspiracion de la impiedad contra los altares de Jesucristo la conspiracion contra todos los tronos de los reyes, se reunieron á la antigua secta, cuyas maquinaciones componian todo el secreto de las últimas lógias de la *franc-mazonería*, pero que de mucho tiempo acá se burlaba de la honradez de los primeros iniciados, reservando solo para los escogidos entre los escogidos el secreto de su odio reconcentrado contra Jesucristo y los monarcas.

3.° De los sofistas de la impiedad y rebelion nacieron los sofistas de la impiedad y anarquía, que ya no conspiran solo contra el Cristianismo, sino contra toda religion, hasta contra la misma religion natural; conspiran, no solo contra los reyes, sino tambien contra todo gobierno y sociedad civil, y aun contra toda especie de propiedad. Esta tercera secta, con el nombre de *Iluminados*, se unió á los sofistas conjurados contra Jesucristo, y á los sofistas y *mazones* conjurados contra Jesucristo, y los reyes. Esta coalicion de los iniciados de la *impiedad*, de los iniciados de la *rebelion*, y de los iniciados de la *anarquía*, formó el *club* de los *Jacobinos*, y bajo de este nombre, que en el dia es comun á la triple secta, los iniciados reunidos continuan en tramar su triple conspiracion contra el altar, el trono y la sociedad. Tal es el orígen, progresos y conspiraciones de esta secta desoladora, que se ha hecho tan famosa con el nombre de *Jacobinos*.

El objeto, pues, de estas Memorias, es manifestar separadamente el carácter de cada una de las tres conspiraciones, sus autores, sectarios, medios, progresos y coaliciones. Sé que necesito de pruebas para denunciar á las naciones unas conjuraciones de esta naturaleza, y que tanto importa que se descubran; prometo que lo probaré hasta la evidencia, y por eso doy á este escrito el nombre de *Memorias*. Podia limitarme á escribir la historia de los jacobinos; pero me acomoda mas, que la historia halle en estas Memorias una compilacion de las pruebas de que necesita; pruebas demostrativas, pruebas multiplicadas y extractadas particularmente de las confidencias y archivos de los mismos conjurados.

Consiguientes de estas conspiraciones.

Con estas pruebas no temo decir á las naciones y pueblos: «Cualquiera que sea la religion que profesais, cualquiera el gobierno de que sois súbditos, y á cualquiera clase de la sociedad que pertenezcais, sabed que si el Jacobinismo triunfa, si los proyectos y juramentos de la secta se cumplen, perderéis vuestra religion y sacerdocio, vuestro gobierno y leyes, vuestras propiedades y magistrados. Vuestras riquezas, vuestros campos, vuestras casas, hasta vuestras chozas; vosotros mismos y vuestros hijos ya no serán, ni seréis vuestros. Pensabais que la revolucion terminaria en Francia; pero ella no ha sido mas que el primer ensayo de los jacobinos. Los designios, juramentos y conspiraciones de estos sectarios se extienden y abrazan la Inglaterra, la Alemania, la Italia, la España y todas las naciones como la francesa.»

Los lectores no atribuyan á fanatismo ni á entusiasmo lo que digo; lejos de mí y de mis lectores. Pido se lean mis Memorias, y se examinen mis pruebas á sangre fria; de esta he necesitado para compilarlas y coordinarlas. Para manifestar las conspiraciones que denuncio, seguiré el mismo órden que ha observado la secta para tramarlas. Doy principio por la que ha trazado y teje contra la religion de Jesucristo, á la que doy el nombre de *Conspiracion anti-cristiana*.

CONSPIRACION

CONSPIRACION ANTICRISTIANA.

CAPITULO PRIMERO.

PRINCIPALES AUTORES DE LA CONSPIRACION.

A mediados del siglo XVIII, se dieron á conocer tres personages poseidos de un odio el mas irreconciliable contra la religion cristiana. Fueron estos Voltaire; d'Alembert y Federico II, rey de Prusia. Voltaire aborrecia el cristianismo, porque tenia envidia de su autor y de los héroes que son su gloria; d'Alembert le aborrecia, porque su insensible corazon era incapaz de amar; y Federico le aborrecia, porque no le conociera sino por el trato con sus enemigos. A estos tres se agregó Diderot, que aborreció la religion, porque amaba á la naturaleza como un loco, y porque, entusiasmado del caos de sus ideas, le era mas grato forjarse desatinos y quimeras, que someter su fe al Dios del Evangelio. Un gran número de iniciados entró en esta conspiracion; pero los mas solo en calidad de admiradores estúpidos, ó de agentes secundarios. Voltaire fue el patriarca; d'Alembert, el agente mas astuto; Federico, el protector, y á veces consejero; y Diderot, el hijo perdido.

VOLTAIRE.

El primero de estos conspiradores, que antes se llamaba Maria Francisco Arouet, nació en Paris á 20 de Febrero de 1694, hijo de un antiguo notario de un tribunal y carcel de Paris llamado *Châtelet*; pero su vanidad hizo que se mudase el apellido de Arouet en el de Voltaire, que le pareció mas noble, mas sonoro y mas á propósito para sostener la gloria á que aspiraba. Ningun hombre habia visto el mundo con tanto talento y tanta ambicion para mandar en la república literaria. Pero la naturaleza no le habia dotado de gravedad de costumbres, de espíritu de meditacion, ni de ingenio para las discusiones é investigaciones profundas; y aun por desgracia halló en su mismo corazon las semillas de aquellas pasiones que hacen nocivos los talentos. Por el uso que de estos hizo desde su juventud, manifestó que se valdria de ellos para conspirar contra la religion. Aun era simple estudiante de retórica en el colegio de Luis el Grande, cuando ya mereció oir de la boca de su maestro el jesuita Le-Jay: *Infeliz! tu serás el portaestandarte de la impiedad* (1). Ningun oráculo se ha cumplido con mayor exactitud. Desde que salió del colegio no trató ni amó á otros hombres que á los que podian fortalecer sus inclinaciones á la impiedad por la corrupcion de las costumbres. Se acompañó con Chaulieu, el Anacreonte del tiempo, y poeta de los voluptuosos. Se asoció con algunos epicureos que tenian sus sesiones en el palacio de Vendome. Sus primeros ensayos fueron unas sátiras que merecieron la desaprobacion del gobierno, y algunas tragedias que no hubieran anunciado sino al émulo de Corneille, de Racine y Crebillon, si desde entonces no se hubiera ya dado á conocer por el imitador de Celso y Porfirio, y de todos los enemigos de la religion.

(1) Vida de Voltaire, edicion de Kell, y Dicc. histór. de Feller.

Como Voltaire en aquellos tiempos no estaba seguro en Francia, en donde la libertad de hablar en materias religiosas hallaba muchos embarazos, como lo habia esperimentado con sus sátiras, se resolvió pasar á Inglaterra, en donde se enlazó con ciertos literatos que estaban preocupados de las máximas del deismo por los escritos de Shaftsbury, comentados por Bolingbrocke. Voltaire los tuvo por filósofos, y aun se persuadió que los Ingleses ni conocian, ni amaban sino á esta raza de filósofos; pero si no se engañó en aquella época, lo cierto es que los Ingleses en el dia no son lo que eran. Los sofistas que celebra Voltaire como formando la gloria de Inglaterra, son mas olvidados y despreciados en estos tiempos que leidos y seguidos. Los Collins y Hobbes estan en Londres al lado de Tomas Payne, si es que se acuerdan de su nombre. El carácter inglés no es muy á propósito para aborrecer la religion y hacer gala de la impiedad; porque estan satisfechos con su tolerancia y prodigiosa multitud de sectas, y nada les parece menos digno de un filósofo, que la afectacion de los sofistas, el odio al cristianismo y las conspiraciones para destruirle.

Se dice que el filosofismo nació en Inglaterra; pero yo no puedo ser de este parecer. El filosofismo, hablando generalmente, es el error de aquellos hombres que, sujetándolo todo á sus conocimientos, desechan, en materia de religion, toda autoridad, ateniéndose á sus luces naturales. Este error es de todos los que no creen los misterios, porque la razon no los puede comprender; de los que con el pretexto de conservar su libertad, los derechos de la razon y la igualdad entre todos los hombres, desechan la revelacion y se oponen á la religion cristiana, que es revelada. Este error puede formar secta, y la historia de los antiguos jacobinos manifiesta que esta secta ya ha mucho tiempo que existe; pero habíase escondido en los *clubs*

subterráneos á la época en que aparecio Voltaire.

Puede este ser el error de algunos particulares, de los que se han visto muchos en los dos últimos siglos. De las heregías de Lutero y Calvino, nació un prodigioso número de sectas que negaron muchos dogmas del cristianismo; y al fin hubo hombres que se opusieron á todos, no queriendo creer cosa alguna (*). A estos se les dió el nombre de *libertinos*, que es el que mas les corresponde.

Voltaire en cualquiera parte podria hallar algunos de estos, y principalmente en Paris, en tiempo de la regencia del duque de Orleans, que fue un monstruoso libertino; aunque, conociendo que el estado necesita de una religion, no permitia que se atacase impunemente el cristianismo en los escritos públicos. Es verdad que los libertinos, en Inglaterra, por sus Collins y sus Hobbes, afectaron cierto aire filosófico, y tenerse por entes pensadores, lo que debieron á ciertas producciones impías, que en el resto de la cristiandad no se habrian publicado impunemente; pero tambien es verdad que Voltaire en cualquiera parte habria sido lo mismo que en Inglaterra, á lo menos en aquellos paises en donde las leyes no hubiesen reprimido

(*) El célebre Bergier en su *introduccion al tratado de la verdadera religion*, teje la genealogía de la impiedad en esta forma: « Los *protestantes* dijeron: no debemos creer sino lo que está expresamente revelado en la escritura, y solo pertenece á la razon determinar su verdadero sentido. Replicaron los *Socinianos*: luego no debemos creer revelado, sino lo que es conforme á la razon. De aqui infirieron los *Deistas*: luego la razon basta para conocer la verdad sin la revelacion; y de aqui dedujeron que toda revelacion es inútil, y por lo mismo falsa. Prosiguieron los *Ateos*: lo que se dice de Dios y de los espíritus es contrario á la razon, luego no se ha de admitir sino materia. Vinieron al fin los *Pirrónicos* á cerrar el escuadron, diciendo: el materialismo contiene mas absurdos y contradicciones que todos los sistemas, luego no se ha de admitir alguno de ellos. De este modo, despreciando la infalible autoridad de la iglesia, se llega al desesperado escepticismo.

la inclinacion que tenia á empuñar todos los cetros de la opinion y de la gloria, en el imperio de las ciencias y de las letras. No podia aspirar á la admiracion y respeto que tanto se merecieron los franceses Bossuet y Pascal, y otros apologistas de la religion; Voltaire aborrecia la causa que estos sostuvieron; pero émulo de su gloria, emprendió para conseguirla un camino del todo contrario. Se resolvió á destruir la religion, y cual otro Lucifer, asaltar el trono de la misma Divinidad, que le era tan odiosa. Resuelto á declarar la guerra á todo culto, aspiró á ser el patriarca de los filósofos, y lo consiguió; pero para merecer y obtener esta dignidad, fue preciso desnaturalizar la idea de la filosofía, y confundirla con la impiedad. He aqui pues lo que inspiró á Voltaire el proyecto de destruir la religion; y le pareció que el pais mas á propósito para la ejecucion de su plan era la Inglaterra. Condorcet que se inició en los misterios de su impiedad, que se hizo su confidente, historiador y panegirista, asegura que *Voltaire en Inglaterra juró consagrar su vida al proyecto de destruir la religion*, *y que cumplió su palabra* (1).

De vuelta á Paris cerca del año 1730, ya Voltaire ocultaba tan poco sus intentos, habia ya publicado tantos escritos contra la religion cristiana, y se lisonjeaba tanto de poderla aniquilar, que M. Herault dándole en rostro un dia con su impiedad, y añadiendo: *mucho os queda que hacer*, *y por mucho que escribais no llegaréis al cabo de destruir la religion cristiana*, Voltaire sin pararse respondió: *esto lo veremos* (2). Esta resolucion de destruir la religion se fortificaba en Voltaire por los mismos obstáculos, y siempre se obstinó mas en el proyecto, creyendo que si lo lograba, le seria de tanta gloria, que con ninguno la habria querido repartir. *Estoy cansado*, decia,

(1) Vida de Voltaire, edicion de Kell.
(2) Alli mismo.

de oir decir que doce hombres han bastado para establecer el cristianismo; pero estoy resuelto á probar que no es necesario mas que uno solo para destruirle (1). Cuando Voltaire decia esto, que Condorcet repite con tanta satisfaccion y complacencia, el odio le tenia tan ciego, que no le permitia ver que el genio del mono destructor, ó del malvado envidioso, aunque destruya las obras grandes, los monumentos del arte, no tiene comparacion con la gloria de haberlos hecho; que el sofista, aunque levante tanto polvo, que parezca un nublado y oculte el sol, no puede compararse con el criador de la luz; y que para alucinar y seducir á los hombres no se necesita de la sabiduría, milagros y virtudes de los apóstoles que propagaron la religion é iluminaron y santificaron á los mortales.

Aunque Voltaire se habia propuesto destruir por sí solo la religion cristiana, para reservarse toda la gloria, no obstante creyó despues que para esponerse menos, y lograr con mayor brevedad y estension sus intentos, le convenia tener cooperadores. La multitud de discípulos y admiradores que sus escritos inmorales é impíos le habian hecho; el embeleso con que los de corazon corrompido leian las lecciones del patriarca; el nombre de filósofos con que eran celebrados por su odio á la religion, le proporcionaron elegir á los mas sobresalientes para la ejecucion del proyecto; pero dando una mirada al rededor de su escuela distinguió á d'Alembert, que fue su primer confidente, y á quien descubrió todo el plan de guerra que se habia de seguir contra Jesucristo.

(1) Alli mismo.

D'ALEMBERT.

Si Voltaire era capaz de representar en un ejército de sofistas conjurados el papel de Agamenon, d'Alembert podia representar el de Ulises. Si la comparacion parece demasiado noble, sustitúyase la de la Zorra. D'Alembert tenia las astucias, imitaba los rodeos y sabia agazaparse como este animal; él fue un sugeto que tenia mas que otro alguno derecho á ser el primogénito, y por lo mismo heredero de la inmoralidad é impiedades del patriarca Voltaire. Nunca este tuvo tanto acierto en sus elecciones como en esta de d'Alembert. Hijo ilegítimo de Fontenelle, ó, segun otros, del médico Astruc, jamas supo quien fue su padre. La historia le puede dar tantos padres, cuantos podian suponer los escándalos de su madre. Claudina Alejandrina Guerin de Tencin, religiosa del monasterio de Montfleuri en el Delfinado, cansada de las virtudes de su estado, y apóstata del mismo, juntó un Paris una tertulia de ciertos literatos, á los que la buena señora llamaba sus *bestias* (1); y de su sacrílega comunicacion con alguna de estas bestias, nació el digno primogénito del espíritu de Voltaire. Para ocultar el crimen y la infamia de su nacimiento, tuvo á bien su ex-religiosa madre desprenderse de él relegándole á los expósitos. Al principio se llamó *Juan-le-Rond*, nombre del oratorio en el umbral de cuya puerta le hallaron envuelto en mantillas, la noche del 17 al 18 de noviembre de 1717.

No tardó d'Alembert en castigar á la iglesia por el cuidado que habia tenido de su educacion ya desde su niñez. Su juventud correspondió á lo que podia prometer un tiempo en que Voltaire empezaba á reunir secuaces de la impiedad. A pesar del cuidado que se tuvo

(1) Dicc. histór.

de su educacion, su conducta fue como la de tantos jóvenes, que se deleitan con leer á escondidas los escritos contra una religion de cuya verdad no quieren los disolutos saber las pruebas. Con estas disposiciones de su corazon y de su espíritu, tardó poco d'Alembert en ser discípulo de Voltaire; la conformidad de inclinaciones á la incredulidad, y su odio comun contra Cristo, compensaron la diferencia de caracteres, y llenaron el inmenso intervalo de sus talentos. Voltaire era ardiente, colérico é impetuoso; d'Alembert reservado, frio, prudente y astuto. Voltaire deseaba el brillo y lucimiento; pero d'Alembert se ocultaba, y estaba contento con que se le apercibiese. Aquel no disimulaba sino muy á pesar suyo, y en lugar de ocultar sus baterías, habria querido, como él mismo dice, hacer á la religion una guerra abierta y *morir sobre un monton de* cristianos, que él llama *hipócritas*, *sacrificados á sus pies* (1). Este era disimulado por instinto; la guerra que hacia á la religion era de un gefe secundario, que desde una emboscada se está riendo, viendo caer á sus enemigos unos despues de los otros (2). Voltaire con todos sus talentos y gusto de las que llaman bellas letras, tenia muy pocos conocimientos matemáticos. Al contrario, d'Alembert solo mereció reputacion por esta facultad, pues sobre cualquiera otra es estéril, afectado, confuso y muchas veces bajo y vulgar. Voltaire es fluido, noble, fácil, rico y elegante cuando lo quiere ser; y mientras d'Alembert meditaba una sátira ó epigrama, Voltaire llenaba libros enteros. Voltaire, atrevido hasta ser insolente, con la mayor intrepidez niega, afirma, inventa, falsifica la Escritura, los santos Padres, la historia; le es indiferente decir *sí ó no*, descarga golpes á diestro y siniestro; poco se

(1) Carta de Voltaire á d'Alembert, del 20 de Abril de 1761.
(2) Carta 100 de d'Alembert, del 4 Mayo de 1762.

le da, mientras hiera y haga daño. D'Alembert al contrario, siempre está sobre sí, y para evitar una réplica que le podria comprometer, anda siempre como cubierto de nieblas y nunca de frente, para que no se sepa adonde va. Si le impugnan, se retira, disimula toda refutacion, y le acomoda mas dar á entender que no ha entrado en combate, que manifestar que ha sido derrotado y vencido. No asi Voltaire, que solo desea conocer sus enemigos para provocarlos; aunque haya quedado vencido cien veces, otras tantas vuelve á la carga; en vano se le refuta el error, él lo vuelve á decir, y lo repite sin cesar, pues solo se avergüenza de retirarse, pero no de quedar vencido. Despues de una guerra de sesenta años, aun se está en el campo de batalla. D'Alembert se contentó con los aplausos de un número reducido; pero Voltaire quizó que los clarines de la fama le celebrasen desde Londres hasta Petersburgo, y desde Boston hasta Stokolmo, y aun esto le pareció poco. D'Alembert se ocupó en reunir é instruir los iniciados de segundo órden, en dirigir sus misiones y tener correspondencia con ellos; mientras que Voltaire convocaba, para hacer la guerra á Cristo, á los emperadores, reyes, príncipes, grandes y magistrados. Su palacio era la corte del Sultan de la incredulidad. Entre los reyes que prestaron homenage á Voltaire, y se confederaron con él, debe la historia nombrar á aquel Federico, que hasta el presente no ha dado á conocer sino con los títulos gloriosos de conquistador y administrador.

FEDERICO II.

En este Federico II, á quien los sofistas llamaron el *Salomon del Norte*, habia dos hombres. Uno era aquel rey de Prusia, menos digno de admiracion por sus victorias y táctica militar en el campo de Marte, que por sus desvelos consagrados en dar á sus pueblos, á la agricultura, al comercio y á las artes una nueva vida; aunque con estos desvelos de la sabiduría y beneficencia, de la administracion del interior de sus estados, no parece compensó lo bastante las quiebras y daños que causaron sus triunfos mas brillantes que justos. El otro era un personage el que menos podia enlazarse con la sabiduría y dignidad de un monarca. Él era el filósofo pedante, el aliado de los sofistas, el escritor impío, el incrédulo conspirador, el verdadero Juliano del siglo XVIII, menos cruel y mas astuto, pero igual en el odio; menos entusiasta, pero mas pérfido que Juliano, tan famoso con el nombre de apóstata. No es fácil que la historia revele todos los misterios de iniquidad de este impío coronado; pero es preciso que, especialmente en esta parte, diga la verdad, para que los reyes sepan la parte que este su colega tuvo en la conjuracion contra los altares, y descubran el orígen de la conspiracion contra sus tronos.

Federico tuvo la desgracia de nacer con unas inclinaciones como las de Celso y de toda la escuela de los sofistas, mas propias para ser impío que religioso. No habiendo tenido por maestros ni Tertulianos, ni Justinos, ni algunos que fuesen capaces de aclararle las dificultades en materias de religion, y rodeado siempre de unos hombres que no sabian mas que calumniarla, se declaró enemigo de Jesucristo, y se coligó con Voltaire y d'Alembert para destruir su religion. No era

mas que príncipe cuando entabló correspondecia con Voltaire, y dió principio á sus disputas sobre la metafísica y religion. Ya se consideraba tan gran filósofo, que escribió á Voltaire: »Para hablaros con mi natural ingenuidad, debo deciros que todo lo que dice relacion al Hombre Dios no me acomoda en la boca de un filósofo, que debe ser superior á los errores populares. Dejad para Corneille, ya viejo chocho y reducido á la infancia, la ocupacion insípida de poner en metro la imitacion de Jesucristo. Cuanto tengais que decirnos, sacadlo de vuestro propio fondo. Ello bien se puede hablar de fábulas pero solamente como de fábulas; aunque me parece lo mejor observar un profundo silencio sobre las fábulas cristianas, que vemos canonizadas por su antigüedad y por la credulidad de gentes absurdas y estúpidas. (1) «

Ya por sus primeras cartas, se descubre que al ridículo orgullo de un rey pedante uniria toda la volubilidad y aun toda la hipocresía de los sofistas. Federico pretende dar lecciones á Voltaire contra la libertad del hombre, cuando este la sostiene (2); y cuando Voltaire no descubre en el hombre mas que una máquina, Federico no ve sino al hombre libre (3). Ahora sostiene que ha de haber precisamente una libertad, porque tiene idea clara de la misma: y despues quiere que sea el hombre no mas que materia, aunque no puede haber idea mas tenebrosa que la de la materia libre, reflexiva y discursiva, cuando no sea mas que á la manera de Federico. (4) El reprende á Voltaire el disimulo con que alaba á Jesucristo, y no se averguenza de escribirle tres años despues: » Si es necesario » alistarse bajo las banderas del fanatismo, poco será lo que

(1) Carta 53 año de 1738.
(2) Véanse sus cartas del año 1731
(3) Carta del 16 de Setiembre de 1771.
(4) Carta del 4 de Diciembre de 1775.

» adelantaré; pero no tendré inconveniente en compo» ner algunos salmos para que me tengan por ortodoxo. » Sócrates incensó los penates; Ciceron, que no era cré» dulo, hizo otro tanto. Es necesario acomodarse al fana» tismo del pueblo frívolo, para evitar su persecucion y » censura, pues lo mas apetecible del mundo es la paz. » Portémonos pues como tontos con los que lo son, para » tener una situacion tranquila (1).« El mismo sofista coronado, participando del odio que su maestro Voltaire tenia á la religion de Jesucristo, escribió: *que la religion cristiana solo producia yerbas venenosas* (2). Voltaire le dió el parabien porque excediendo á los demás príncipes, *tenia el espíritu bastante fuerte*, *la vista perspicaz*, *y estaba instruido lo bastante para conocer que la secta cristiana*, *despues de mil y siete cientos años no habia hecho sino mal* (3).

No es fácil adivinar como este rey tan filósofo, que con la perspicacia de su vista descubria las *yerbas venenosas*, impugnó á los enemigos del cristianismo. Es preciso que se vea lo que á estos opone cuando refuta el *Sistema de la naturaleza.* » Su autor (dice Federico) es » muy estéril, y procede de muy mala fé, cuando para » calumniar la religion cristiana le imputa defectos que » no tiene. ¿ Como se puede decir (continua el mismo » Federico), que esta religion tenga la culpa de las desgracias » del género humano? Para proceder con equidad habia » de decir, que la ambicion y los intereses abusan de esta » religion para perturbar el mundo y satisfacer las pa» siones. ¿ Qué cosa hay que procediendo de buena fé, » se pueda reprender en la moral del Decálogo? Aun» que en el Evangelio no hubiese mas que este solo pre-

(1) Carta del 7 de Enero de 1740.
(2) Carta 143 á Voltaire año 1766.
(3) Carta del 5 Abril de 1764.

» cepto : no hagas á otro lo que no quieres que se te haga , » nos veríamos obligados á reconocer en estas pocas pala» bras toda la quinta esencia de la moral. Y el perdon de »las injurias , la caridad y la humanidad ¿no las predicó » Jesus en su escelente sermon de la montaña (1) ?« ¡Que contradicciones tan manifiestas ! ¿Y este es el Salomon del Norte ? Y este príncipe tiene el espíritu fuerte , y la vista perspicaz para descubrir que la religion cristiana, de la que acaba de hacer la apología , *solo produce yerbas venenosas* ! Pero con una contradiccion aun mas estraña , el mismo Federico , despues de haber reconocido la excelencia de la moral del Evangelio , y que no la religion , sino las pasiones son la causa de los males , da á Voltaire la enhorabuena , porque es el *azote* de la misma religion (2). Él mismo le comunica sus proyectos para destruirla (3), y pretende , que si esta misma religion se conserva y protege en Francia , *se acabarán las bellas artes y ciencias , y el orin de la superstición acabará de enmohecer un pueblo amable y nacido por la sociedad* (4).

Si este rey como fué sofista , hubiese sido profeta , habria vaticinado todo lo contrario. Habria dicho que este pueblo, por otra parte tan amable y social , llenaria con sus atrocidades de horror y espanto al universo , en el mismo momento en que abandonaria su religion. Pero Federico , no menos que Voltaire , debia ser el juguete de su imaginaria sabiduría y de sus opiniones. Aunque aficionado á la filosofía , no dejó de manifestar sus caprichos ya en pro ya contra ella. Ya apreció,

(1) Véase el examen del sistema de la naturaleza , por Federico rey de Prusia , Enero 1770.

(2) Carta del 12 de Agosto de 1773.

(3) Carta del 29 de Julio de 1775.

(4) Carta del 30 de Julio de 1777.

ya despreció á los sectarios, pero no cesó de conspirar con ellos contra la religion de Jesucristo. La correspondencia entre el rey iniciado, y su ídolo Voltaire se entabló año de 1736, y á excepcion de algunos pocos años de desgracia para Voltaire, continuó toda su vida. Esta correspondencia da á conocer el carácter del incrédulo y del impío. Federico para representar este papel, depone casi siempre la magestad de rey. Mas apasionado á la gloria de los que se llaman filósofos, que á la de los Césares, á fin de igualar á Voltaire, no se desdeñó de remedarle. Poeta menos que mediano, metafísico subalterno, sobresalia en solo dos cosas: en la admiracion con que miraba á Voltaire, y en su impiedad, muchas veces peor que la de su maestro. Agradecido Voltaire á los homenages, que le tributaba el rey sofista y al zelo con que sostenia su causa, creyó que debia olvidar los caprichos del monarca, las desazones que le habia causado en Berlin, y hasta los palos que el déspota le habia enviado á Francfort por un mayor de su ejército: interesaba mucho á la secta poder contar con un soberano que apoyase sus manejos. Ya veremos el modo como Federico cooperó al éxito de estos; y para que se conciba de algun modo el odio que contra la religion tenian Federico y Voltaire, es indispensable hacer presentes los obstáculos que ambos tuvieron que vencer. El mismo Voltaire manifiesta lo que tuvo que sufrir hallándose en Berlin.

Pocos años se habian pasado cuando escribió á su sobrina madama Denis, que era la depositaria de sus secretos, en esta forma: » La Métrie en sus prólogos celebra su mayor felicidad, porque está junto á un gran » rey que algunas veces le lee sus versos; pero llora » conmigo en secreto, y de buena gana se volveria á su » tierra, aunque fuese á pié. Y yo ¿porque me estoy » aquí? mi respuesta os admirará. La Métrie es un hom-

» bre sin consecuencia, que conversa familiarmente con
» el rey despues de la lectura. Él me ha dicho en con-
» fianza y aun me ha asegurado con juramento, que
» pocos dias ha habia hablado con el rey sobre mi ima-
» ginario favor, con que yo causaba envidia; que el
» rey le habia respondido: Aun necesito de él, á lo
» mas un año; exprimiré la naranja y arrojaré la corteza.
» Yo (prosigue Voltaire) me he hecho repetir estas es-
» presiones tan halagüeñas, he multiplicado mis pregun-
» tas, y La Métrie sus juramentos... He hecho cuanto
» he podido para no creerle; pero no sé á que atenerme.
» Leyendo las poesías del rey, he encontrado dos versos
» con que celebra á un pintor llamado *Pére*, hasta co-
» locarle en la clase de los dioses. Sé que el rey no se
» para á mirarle; tal vez hace lo propio conmigo. Fácil
» os será imaginar el arrepentimiento, resentimiento y
» disgustos que me han causado las palabras de La Mé-
» trie (1). «

A esta carta se siguió otra concebida en estos términos:
» Ya no pienso en otra cosa sino en desertar con honor,
» en cuidar de mi salud, en volveros á ver, y en olvi-
» dar los sueños y delirios de tres años. Ya veo que han
» esprimido la naranja, y es hora de salvar la corteza. Pa-
» ra mi instruccion quiero componerme un diccionario
» segun el uso de los reyes. En este diccionario, la espre-
» sion *amigo* significa *esclavo*; *querido amigo*, significa
» *me sois algo mas que indiferente*. Cuando los reyes di-
» gan: *os haré feliz*, el sentido es: *os sufriré mientras*
» *os haya menester*. Si dicen *quedaos á cenar conmigo*,
» el significado es: *me burlaré de vos esta noche*. El dic-
» cionario puede ser muy rico, y podrá servir de artí-
» culo para la Enciclopedia. Lo digo con sinceridad: esto
» oprime el corazon. ¡ Y es posible sea verdad cuanto he

(1) Carta á Madama Denis, Berlin 2 Setiembre de 1751.

» visto ! ¡ Complacerse en indisponer á los que viven en » su compañía ! ¡ Tratar á un hombre con cariño, y pu- » blicar libelos contra él ! ¡ Arrancar con las promesas » mas sagradas á un hombre de su pátria y tratarle con » la malicia mas atroz ! ¡ Que contrastes ! ¡ Y es este el » hombre que me ha escrito tantas cosas filosóficas, y al » que he tenido por filósofo ! Y yo lo he llamado el » *Salomon del norte* ! ¿ Os acordais de aquella bella carta, » que no ha sido capaz de aquietaros ? Sois filósofo, » me dijo el Rey, pero yo tambien lo soy. Señor respon- » deria yo, ni vos ni yo somos filósofos (1). »

Voltaire en toda su vida dijo verdad como esta. Ni él ni Federico fueron filósofos segun el verdadero significado de esta palabra ; pero ambos lo fueron en grado supremo conforme el sentido de los conjurados, en el de una razon impía, cuya esencia es el odio al cristianismo. Luego despues de esta última carta Voltaire dejó en secreto la corte de su discípulo, y en seguida recibió en Francfort aquellos palos que tanto dieron que reir á la Europa. Para olvidar este ultrage, no necesitó de mas tiempo que del preciso para domiciliarse en Ferney. Federico y Voltaire ya no se vieron mas, sin embargo, el primero volvió á ser el *Salomon del norte*, y Voltaire en recompensa fué condecorado con el título de *primer filósofo del universo*. Entre los dos ya no hubo vínculo de amor : pero los unia el odio á Jesucristo ; y este lazo nunca se rompió ni aflojó. La distancia no impidió que con menos obstáculos se continuase la trama de la conspiracion, urdiéndola con mas arte por medio de la correspondencia.

(1) Carta á la misma Madama del 18 Diciembre de 1752.

DIDEROT.

DIDEROT.

En cuanto á Diderot, se sabe que sin ser llamado, sino como buen voluntario voló al encuentro de los principales conjurados. D'Alembert lo consideró esencial al objeto de la conspiracion, pues descubrió en él un cráneo enfático, un entusiasmo de pitonisa á favor del filosofismo al que Voltaire habia dado el tono, un desórden en sus ideas solo comparable al del caos, y una volubilidad con la que su lengua y pluma seguian todos los ímpetus y vaivenes de su fogoso cerebro. D'Alembert viendo á Diderot con tales prendas, y tan extraordinarias por desgracia, le tomó por compañero para hacerle ó dejarle decir lo que no se atrevia él mismo. Ambos estuvieron unidos íntimamente á Voltaire hasta la muerte, como Voltaire lo estuvo á Federico. Si como los cuatro juraron de destruir la religion cristiana, se hubiesen resuelto á sustituir otra religion, ó á fundar cualquiera escuela, es cierto que no se habrian convenido, pues parece imposible se reunan otros cuatro hombres menos conformes y unánimes para una empresa de este género.

Incertidumbre y variedad en las opiniones filosóficas de los gefes de la conjuracion.

Voltaire habria querido ser *deista*, y se portó como tal mucho tiempo; sus errores le arrastraron al *espinosismo* y acabó su vida sin saber que partido debia tomar: los remordimientos (si pueden llamarse asi las dudas é inquietudes sin arrepentimiento) le atormentaron hasta sus últimos años. Ya se volvia hácia d'Alembert, ya hácia Federico; pero ni uno ni otro le pudieron sosegar. Ya era casi octogenario cuando se vió aun precisado á manifestar sus dudas de esta manera: » Cuanto

» nos rodea es del imperio de la duda, y el estado de » duda es muy desagradable. ¿ Existe un Dios tal como » se dice, una alma como se imagina, y relaciones co» mo se suponen? ¿ Hay algo que esperar despues de es» ta vida? ¿ Gilimer despojado de sus estados, tenia mo» tivos para reirse cuando le presentaron á Justiniano? » ¿ Tenía Caton motivo para matarse de miedo de ver á » Cesar? ¿ La gloria es algo mas que ilusion? ¿ Mustafá » ignorante, orgulloso, vencido, y haciendo mil obsceni» dades en su serrallo, será mas feliz, si digiere, que el fi» lósofo que no digiere? ¿ Todos los seres son iguales delante » del gran Ser que anima la naturalezá? ¿ En este ca» so el alma de Ravaillac será igual á la de Henrique » IV? ¿ O ninguno de los dos tendrá alma? Pido al hé» roe de la filosofía que me desenrede esto, que yo no » lo entiendo (1). »

D'Alembert y Federico, viéndose apurados con estas preguntas, probaron de responder á ellas, cada uno á su modo. El primero, no pudiendo fijarse él mismo, confiesa francamente, que no sabe ni tiene que responder. » Os concedo, dice, que el autor del *Sistema de la na» turaleza*, tratando de la existencia de Dios, me parece en » extremo duro y dogmático; no hallo cosa mas racional en » esta materia, que el escepticismo. La mejor respuesta que » se puede dar á casi todas las cuestiones metafísicas, es: » ¿ *Que sabemos de eso?* añadiendo la reflexion de que: » *pues que nada sabemos*, señal es *de que no importa saber » mas* (2). » Esta reflexion la añadió por temor de que Voltaire, atormentado é inquieto en sus dudas, no abandonase un filosofismo incapaz de resolverlas; tanto mas, que él parecia inclinaba á creer no ser indiferente, sino muy importante su solucion para la felicidad de la criatura. Pero

(1) Carta 179 del 12 de octubre de 1770.
(2) Carta 36 año 1770.

Voltaire insistió, y d'Alembert no le respondió sino para decirle, « que *no*, en metafísica, no le parecia mas sabio » que *sí*; y que el *non liquet*, ó no está claro, es la » única respuesta racional casi para todo (1). »

Federico aborrecia tanto las dudas como Voltaire; pero en fuerza de quererse libertar de ellas, le pareció que lo habia conseguido, y asi respondió á Voltaire: » Un filósofo conocido mio, hombre bastante resuelto » en sus opiniones, cree que tenemos grandes funda» mentos para pensar, que *post mortem nihil est*; ó bien » que la muerte no es mas que un sueño eterno. El » mismo filósofo pretende que el hombre no es doble ó » compuesto, pues no es mas que materia animada por » el movimiento. Este hombre tan estraordinario dice, » que ninguna relacion hay entre los animales y la in» teligencia suprema (2). » Este filósofo tan resuelto, este hombre tan estupendo es el mismo Federico, pues algunos años despues, sin atribuir yá aquellos delirios á algun tercero anónimo, dice resueltamente: » Estoy » muy cierto, de que no soy doble, ó compuesto; por » lo mismo me considero como ente simple. Sé que » soy un animal organizado que piensa, de lo que in» fiero que la materia puede pensar, del mismo modo » que tiene la propiedad de ser eléctrica (3). » Ya cercano á la tumba, y con ánimo de inspirar confianza á Voltaire, le volvió á escribir: » La gota se pasea su» cesivamente por todo mi cuerpo. Es preciso que el » tiempo, que todo lo destruye, acabe con la frágil máquina » de nuestro cuerpo; sus fundamentos yá están socava» dos; pero todo esto me hace muy poca impresion (4) »

(1) Carta 38.
(2) Carta del 10 de Octubre de 1770.
(3) Carta del 4 de Diciembre de 1770.
(4) Carta del 8 de Abril de 1776.

El cuarto héroe de la conspiracion, el famoso Diderot, es aquel cuyas decisiones contra Dios parecian á d'Alembert demasiado fuertes y dogmáticas. Pero si Diderot habia escrito contra los deistas, haciendo la causa de los escépticos y ateos, tambien sacudió á estos, favoreciendo á aquellos: pero tanto si escribia en pro como contra Dios, parece que no conoció dudas ni remordimientos. Escribia con la mayor ingenuidad cuanto pensaba en el dia y hora en que tenia la pluma. En sus pensamientos filosóficos, nº. 20, oprime *los ateos con el peso del universo*, y sostiene *que el ojo de un arador* (insecto), *y el ala de una mariposa bastan para confundirlos.* En el código de la naturaleza, afirma *que todo el espectáculo de la naturaleza no le excitaba idea de alguna cosa divina.* En los citados pensamiento filosóficos, n.º 21, dice que *este universo no es mas que el resultado casual del movimiento y de la materia.* En el nº. 33, dice *que nada se puede asegurar sobre la existencia de Dios, y que el escepticismo en todo tiempo y lugar es solamente lo que nos puede preservar de los dos estremos opuestos.* Pero en el nº. 22. *rogaba á Dios por los escépticos, porque á todos les faltan luces;* y dice despues que para ser buen escéptico, *es necesario tener la cabeza tan bien organizada como el filósofo Montaigne.* Jamas se ha visto hombre pronunciar con un tono mas decidido, el *si* ó el *no*, y que tuviese menos sujecion, temor, dudas, remordimientos é inquietudes. Este humor gastaba, y con el mismo escribió *que entre él y su perro no habia mas diferencia que el vestido* (1).

Con estos desatinos en materias religiosas, Voltaire fué un impío siempre inquieto á causa de sus dudas y de su ignorancia. D'Alembert fué un impío sosegado y quieto en sus dudas é ignorancia. Federico un impío triunfante, ó que

(1) Vida de Séneca, pág. 377.

á lo menos creyó haber triunfado de su ignorancia, y que dejara á Dios en el cielo, con tal que no se admitiesen almas sobre la tierra. Diderot alternativamente ateo, materialista, deista y escéptico, pero siempre impío y siempre frenético, fué muy á propósito para representar todos los papeles á que le destinaban. Tales son los sugetos cuyo carácter y errores religiosos importaba saber, para descubrir la trama de la conspiracion que urdieron, y cuya existencia vamos á probar indicando su objeto primario y preciso, y desarrollando y poniendo en claro sus medios y sus progresos.

CAPITULO II.

EXISTENCIA, ÉPOCA, OBJETO Y EXTENSION DE LA CONJURACION ANTICRISTIANA.

Caractéres verdaderos de una conspiracion.

Cuando afirmo que ha existido una conspiracion anticristiana, cuyos gefes y principales autores fueron Voltaire, d'Alembert, Federico II, rey de Prusia, y Diderot, no me limito á decir únicamente que cada uno de estos fué enemigo de Jesucristo, y que sus escritos se dirigen contra su religion. Antes y despues de estos cuatro impíos ha tenido la religion muchos enemigos que con sus escritos intentaron propagar el veneno de la incredulidad. La Francia ha tenido sus Bayles y Montesquieues. El primero escribió como sofista que no sabia á que atenerse, pues siempre escribió en pro y en contra con la misma facilidad, y no estuvo poseido de aquel odio característico de los conjurados, ni tuvo intencion de hacer partido. Montesquieu cuando escribió sus *Cartas persianas* era solo un jóven que nada habia resuelto contra los objetos de su fe, dando esperanzas de que corregiria sus yerros, como lo hizo, declarando que *siempre ha respetado la religion*, y reconociendo que *el Evangelio es el mejor regalo que Dios ha hecho á los hombres* (1). La Inglaterra ha tenido sus Hobbes, Collins, Woolstons y otros incrédulos de esta raza; pero cada uno de es-

(1) Diccionnario de hombres ilustres, por Feller, art. *Montesquieu*.

tos sofistas siguió su propio impulso, digan lo que quieran Voltaire y Condorcet; pues en nada se manifiesta que estos impíos obrasen de concierto. Cada cual lo es á su modo, cada uno combate el cristianismo, pero sin alianza entre sí, sin convenio, y sin que puedan llamarse cómplices; y esto no basta para tenerlos por conjurados anticristianos.

Una conspiracion contra el cristianismo, para que verdaderamente lo sea, exige, no solo el deseo de destruirle, sino tambien un convenio é inteligencias secretas en los medios para atacarle, combatirle y anonadarle. Afirmando pues que Voltaire, d'Alembert, Federico y Diderot conspiraron contra la religion cristiana, sostengo, no solo que fueron impíos, y que sus escritos se ordenan á destruir la religion, sino que todos cuatro se convinieron y formaron los planes para atacarla, combatirla y destruirla: que entre sí combinaron los medios para realizar la conjuracion; que nada omitieron de cuanto les sugerió su impía política; que fuéron los apoyos y móviles principales de los agentes secundarios que entraron en la conspiracion; y que con el fin de que esta tuviese el efecto que deseaban, emplearon todos sus talentos, todo el teson y constancia de verdaderos conjurados. Para que se crea esta asercion se necesita de toda la evidencia de la demostracion; prometo que el lector, habiendo leido las pruebas, quedará convencido. Las pruebas evidentes y demostrativas de esta conjuracion anticristiana, están registradas en los que llamo archivos de los conjurados, que son su correspondencia íntima, y por mucho tiempo secreta, sus propias declaraciones, y diversos escritos de los principales iniciados de la conjuracion.

Archivos verdaderos de los conjurados sofistas.

Cuando Beaumarchais publicó la edicion general de los escritos de Voltaire con toda la pompa y lujo de los caracteres de Baskerville, creo que el estado de los progresos de los iniciados les persuadia que la gloria de su gefe, muy distante de quedar comprometida con la idea de una conspiracion tan monstruosamente impía, recibiria un nuevo brillo con la manifestacion de sus designios. Tambien creo que los redactores de estos archivos (que forman la enorme compilacion de cuarenta tomos de cartas á toda clase de personas, y sobre mil diferentes asuntos, que se cruzan y entretejen), ó no concecieron, ó á lo menos pensaron que nadie podria facilmente conocer y reunir los hilos de una trama que ya tantos años habia que se iba urdiendo. Cualquiera haya sido su intencion, y aunque hayan suprimido en parte esta correspondencia, lo cierto es que no han tenido bastante destreza para imposibilitar la reunion de los conocimientos y datos que exige la materia. Un trabajo como este me habria sido fastidioso y en sumo grado repugnante, si no hubiese atendido á su utilidad y á la importancia é interés de hacer constar con los monumentos de los archivos de los mismos conjurados, la realidad y existencia de sus conspiraciones, y manifestar á las naciones, con las pruebas mas evidentes, las astucias con que estos malvados intentaron seducirlas, y derribar, sin excepcion, todos sus altares, sean de Católicos ó Luteranos, de Calvinistas ó Zwinglianos; sean de Roma ó Madrid, de Paris ó Viena; sean en fin de Londres ó Ginebra, de Stokolmo ó Petersburgo. Me he tomado el molesto trabajo de entresacar de estos que llamo *archivos de los conjurados*, las demostraciones mas evidentes, para poder decir sin exageracion á las naciones: He aquí el orígen de los crímenes y atrocida-

des de la revolucion francesa : He aquí que segun los principios y planes de sus conspiraciones contra los altares, los tronos, los magistrados y sociedades, la revolucion y el trastorno han de ser universales. Sé lo que es *demostracion*; tambien sé que nunca es mas necesaria que cuando se trata de dar á conocer al mundo sus mayores, mas malignos y mas irreconciliables enemigos. Prometo que lo demostraré hasta la evidencia.

Contraseña de estos conjurados.

Los conjurados tienen por lo ordinario su lenguage secreto, su contraseña y una cierta fórmula, que, no siendo inteligible para el comun de las gentes, lo es para los conjurados, á quienes manifiesta y renueva sin cesar el principal objeto de su conspiracion. La fórmula que escogió Voltaire, para el fin que se propuso, la dictó el mismo espíritu del odio, de la rabia y del frenesí. Ella consistia en estas dos solas palabras: *Ecrasez l'infame*, es decir: *destrozad*, *aniquilad*, *ó destruid al infame*. Esta fórmula y contraseña en la boca de Voltaire, de d'Alembert, de Federico y de todos los iniciados, significa constantemente, *destrozad*, *aniquilad*, *ó destruid á Jesucristo.... la religion de Jesucristo*. Este Jesucristo, esta religion de Jesucristo, en la boca de Voltaire y de los demas conjurados, es *el infame* que se pretende aniquilar. Pido por favor á los lectores, que repriman su indignacion, aunque tan justa, hasta que hayan visto las pruebas.

Pruebas del verdadero significado de la contraseña que da Voltaire.

Cuando Voltaire se lamenta de que los iniciados no se han reunido lo bastante para hacer la guerra *al infame*; cuando quiere excitar su zelo con la esperanza de un buen éxito en la misma guerra, no hace mas que

recordar con mas distincion y claridad el proyecto y la esperanza que habia concebido, cuando, cerca del año 1730, respondiendo á Mr. Herault, teniente de policía de Paris, sobre la dificultad que este le proponia de destruir la religion cristiana, dijo: *Esto lo veremos*. Así se lo participó el mismo Voltaire á d'Alembert (1). Cuando él mismo se da el parabien del buen éxito en la guerra contra *el infame*, y de los progresos que la conjuracion hace en sus alrededores, celebra singularmente á Ginebra, porque en la ciudad de Calvino no hay sino algunos andrajosos que crean en el *Consustancial* (2). Cuando declara á Federico que en la guerra que hace *al infame* es mas tolerante con los Socinianos, dice que lo es, porque Juliano apóstata los habria favorecido, porque aborrecen lo mismo que él aborrecia y menosprecian lo que él menospreciaba. (3). ¿Pues, y que odio y menosprecio es este, que es comun á Juliano apóstata y á los Socinianos, si no el odio y menosprecio de Jesucristo? ¿Quien es aquel *Consustancial*, de cuyo imperio destruido en sus alrededores se regocija Voltaire, si no es Jesucristo? ¿Quien puede, en fin, ser aquel *infame que se ha de destrozar*, para un hombre que ha dicho, » Que estaba cansado de oir que » doce hombres han bastado para establecer el cristia» nismo; pero que él estaba resuelto á probar que no » es necesario mas que un hombre solo para destruirle « (4) »; para un hombre que en sus cálculos y combinaciones contra el *infame*, no temió esclamar: « ¡Será » posible que cinco ó seis hombres de mérito que se » entendiesen, no lograsen su intento, despues del

(1) Carta 66 á d'Alembert del 20 Junio de 1760.
(2) Carta 119 del 18 Setiembre de 1763.
(3) Carta á Federico del 5 Noviembre de 1773.
(4) Vida de Voltaire, por Condorcet.

» ejemplar de doce bribones que lo han logrado (1)! «
¿ Puede ya dudarse que en la boca de este frenético, los *doce bribones* son los apóstoles, y el *infame* su maestro?

Parecerá tal vez á alguno que ya insisto demasiado en probar lo que ya está demostrado; pero la mayor evidencia no puede ser superflua en esta materia. Los hombres que celebra Voltaire, como que se han distinguido por el entusiasmo y teson con que han perseguido al *infame*, son notoria y precisamente los mayores impíos, y los que han tenido menos miramiento en la guerra que han hecho al cristianismo. Los que Voltaire celebra, son Diderot, Condorcet, Helvecio, Freret, Boulanger, Dumarsais y otros impíos de esta ralea. ¿Y cuando da comision á d'Alembert para que reuna gente, para hacer con mayores progresos la guerra al *infame*, á quienes le encarga que reuna? A los ateos, á los deistas, á los espinosistas (2). Pues y que coalicion es esta y contra quien pueden reunirse estos velites atéos, deistas y espinosistas sino contra el Dios del Evangelio?

Por el contrario, los sugetos contra quienes mas se irrita Voltaire, y que quiere que traten los conjurados con el mayor desprecio, son los Santos Padres de la Iglesia, y los autores modernos que han escrito para demostrar la verdad de la religion cristiana, y la divinidad de Jesucristo. » La victoria, dice escribiendo á sus
» sectarios, (3) en todas partes se declara á favor nues-
» tro. Os aseguro que en breve tiempo no habrá mas
» que la canalla bajo las banderas de nuestros enemigos;
» pero nosotros no queremos tal canalla, ni para parti-
» darios, ni para enemigos. Nosotros somos una corpo-

(1) Carta á d'Alembert del 24 de Julio de 1760.
(2) Carta 37 á d'Alembert, año 1770.
(3) Carta á Damilaville, año 1765.

» racion de bravos caballeros, defensores de la verdad, » que no admitimos á nuestro trato sino gentes que ha- » yan tenido buena educacion. Vamos pues, valiente Di- » derot, intrépido d'Alembert, uníos á mi querido Da- » milaville; echaos sobre los fanáticos y pícaros; abatid » á Blas Pascal, despreciad á Houteville y á Abadie como » si fuesen Padres de la Iglesia.» He aqui pues lo que es para Voltaire *destrozar al infame*: reducir á escombros el edificio que han levantado los apóstoles; aborrecer lo mismo que aborreció Juliano apóstata; impugnar al mismo que han impugnado los ateos, los deistas, los espinosistas; echarse sobre los Santos Padres y sobre los apologistas de la religion de Jesucristo.

Pruebas que da Federico.

No se descubre menos el sentido de aquella sacrílega contraseña en los escritos de Federico. Para el sofista coronado, como para Voltaire, el imaginario *infame no produce sino yerbas venenosas*. El cristianismo, la secta cristiana, la supersticion cristícola y el *infame* son siempre sinónimos. Los mejores escritos contra el *infame* son precisamente los mas impíos; y si merecen de un modo particular su aprecio, es porque *despues de Celso, nada se ha escrito que sea mas evidente*; es porque Boulanger (este autor, por desgracia, es mas conocido por su impiedad, que por sus retractaciones) *es aun superior á Celso*. (1)

Pruebas que da d'Alembert.

D'Alembert, aunque mas reservado en el uso de la contraseña, siempre contesta á Voltaire en su sentido. Lo demuestran todos los medios que sugiere, los escri-

(1) Cartas del Rey de Prusia 143, 145, 153 del año 1767.

tos que aprueba y publica como los mas á propósito para aniquilar al imaginario *infame*, y arrancar del espíritu del pueblo todo respeto á la religion. Lo demuestran las pruebas que alega de su zelo contra el *infame*, y de los progresos que hacen los conjurados, que siempre manifiestan su entusiasmo en cooperar con Voltaire, sintiendo no poder hablar con tanta libertad, como el patriarca de los impíos contra el cristianismo. Las cartas de d'Alembert (1) no dejan duda alguna sobre el sentido en que tomaba la contraseña.

Extension de la conjuracion.

Los demas sectarios no entendieron la contraseña de otra manera. Condorcet, en lugar del juramento de *aniquilar al infame*, pone llanamente en la boca de Voltaire el juramento de *aniquilar al cristianismo* (2), y Mercier el de aniquilar á Jesucristo (3). En la intencion de los conjurados, la espresion, *aniquilad à Jesucristo y su religion*, no era demasiado fuerte. La extension que estos malvados daban á su conspiracion era tal, que no debia quedar sobre la tierra rastro ni vestigio del culto de Cristo. Es verdad que á los católicos nos hacian el honor de aborrecernos mas que á los otros cristianos; pero todas las iglesias de Lutero, de Calvino, de Ginebra, de Inglaterra; todas las que, aunque separadas de Roma, conservan el artículo de fe en Jesucristo, Dios y hombre verdadero, todas estaban comprendidas en el decreto de proscripcion, exterminio y ruina con la misma Roma. Todo el evangelio de Calvino no era para Voltaire otra cosa que *las tonterías de Juan Calvino* (4). Voltaire se jactaba con mucha satisfaccion y

---

(1) Véanse las cartas 100, 102 y 151 de d'Alembert.
(2) Vida de Voltaire.
(3) Carta 60.
(4) Carta á Damilaville del 18 de Agosto de 1766.

boato de haber librado á Ginebra de aquellas *tonterias*. Así lo escribió á d'Alembert : *En la ciudad de Calvino ya no hay sino algunos miserables que crean en el consustancial*, esto es, en Jesucristo. El mismo Voltaire rebosaba de alegría, cuando, celebrando las que llama *verdades inglesas*, que son las impiedades de Hume, pensaba, que podia anunciar la próxima ruina de la iglesia anglicana (1); ó cuando creía que en Lóndres Jesucristo era escarnecido (2).

Sus discípulos, que le rendian homenage por su sublime filosofía, escribian como él. » Yo no amo á Calvino » (decia el Landgrave á Voltaire (3), porque era intole» rante y el pobre Servet fué su víctima; por lo mismo no » se habla mas de él en Ginebra, que si no hubiese ex» istido. En cuanto á Lutero, aunque no estuviese do» tado de mucho espíritu, como se ve en sus escritos, » no fue perseguidor, y no amaba sino el vino y las » mugeres. » Conviene se observe que el buen éxito que los sofistas conjurados tuviéron en todas las iglesias protestantes, fue por mucho tiempo la causa principal de su satisfaccion. Voltaire no podia contener su gozo, cuando pensaba poder anunciar, que la Inglaterra y la Suiza rebosaban en hombres de los que desprecian y aborrecen el cristianismo *como Juliano apóstata le despreciaba y aborrecia* (4); *que desde Ginebra á Berna no habia actualmente un cristiano* (5). Lo que gustaba mucho á Federico, en el éxito de la conspiracion, era *que en los paises protestantes se va mas de prisa* (6).

(1) Carta al marques d'Argens del 28 Abril de 1760.
(2) Carta á d'Alembert del 28 Setiembre de 1763.
(3) Carta del 9 Setiembre de 1766.
(4) Carta al rey de Prusia del 15 Noviembre de 1773.
(5) Carta á d'Alembert del 8 Febrero de 1776.
(6) Carta 143.

Era tal la extension de la conspiracion, que no habia de quedar iglesia alguna, y todas las sectas que reconocen el Dios del cristianismo se habian de abolir. Algun historiador ha podido equivocarse al ver que los sectarios han solicitado mas de una vez el regreso de los protestantes á Francia; pero se debe saber que Voltaire, al mismo tiempo que escribia á sus prosélitos que sentia mucho ver que la solicitud con que el ministro Choiseul pedia el regreso de los calvinistas, hubiese sido desechada; temiendo que sus iniciados no pensasen que favorecia mas á los hugonotes que á los católicos, se apresuró á decir: que estos, ó los calvinistas *no eran menos locos que los sorbónicos*, ó que los católicos; y aun añadió: *que eran locos de atar* (1). Dijo tambien, que no habia visto *nada mas atrabiliario y feroz que los hugonotes*. (2) El exaltado zelo de los conjurados para *calvinizar* la Francia, no tenia otro objeto que la esperanza de que siendo los franceses calvinistas, *irian mas de prisa*, y lo miraban como el primer paso que se habia de dar para hacerla apostatar del cristianismo. La gradacion de este procedimiento se da muy bien á conocer por estas espresiones de d'Alembert á Voltaire: « Yo que en este » momento lo veo todo de color de rosa, estoy mirando » que se establece la tolerancia, que *los protestantes han* » *sido llamados*, que los sacerdotes se casan, que la con» fesion queda abolida y el *fanatismo destruido*, sin que » se advierta (3). » Esta palabra *fanatismo*, en la boca de d'Alembert, y en esta misma carta, es sinónima de *infame*, y ambas equivalen á *Jesucristo* y su *religion* destrozados, aniquilados ó destruidos (*).

(1) Carta á Marmontel del 21 Agosto de 1767.

(2) Carta al marques d'Argens del 2 de Marzo de 1763.

(3) Carta del 4 de Mayo de 1761.

(*) He aqui, segun la Harpe, que fué tanto tiempo impío, lo que significa *fanatismo* en el diccionario de los filósofos flamantes: *Fana-*

Una excepcion que algunas veces hizo Voltaire, habria dejado á Cristo algunos adoradores de lo ínfimo de la plebe. Parece que ansiaba poco esta conquista cuando escribió á d'Alembert: » Damilaville debe estar muy contento, » y tambien vos lo estaréis, viendo como desprecian al » *infame* (la religion cristiana) todas las personas honra» das. *Esto es cuanto queríamos*, y lo que es necesario. » Nunca hemos pretendido ilustrar á los *zapateros* y á las » *criadas*; estos son la parte y herencia de los apóstoles. (1) » O bien, escribiendo á Diderot: » Cualquiera partido » que tomeis, os recomiendo el *infame* (la religion de » Cristo): es preciso destruirle en las personas honradas, » y *dejarle á la canalla*, para la cual se hizo (2)." O en fin, escribiendo á Damilaville: » Os aseguro que den» tro poco tiempo no habrá mas que la *canalla* bajo las » banderas de nuestros enemigos; pero nosotros no que» remos tal canalla ni para partidarios, ni para contra» rios (3). » Pero Voltaire, en los apuros y desesperando de un mayor suceso, exceptuó tambien algunas veces el *clero y la cámara grande del parlamento*. En el discurso de estas memorias veremos extenderse el zelo de los conjurados á esta misma *canalla*, y que el juramento de aniquilar á Jesucristo, de propagar sus conspiraciones y actividad, tiene por objeto y abraza desde los palacios de los reyes hasta las humildes chozas.

---

sismo es la creencia religiosa, es el vínculo á la fe de sus padres, es la conviccion de la necesidad de un culto público, la observancia de sus ceremonias, el respeto á sus fórmulas de fe; en fin aquella deferencia recíproca, tan propia de todos los pueblos civilizados, y que los obliga respectivamente á no violar en parte alguna los signos exteriores de la religion.

La Harpe. *Du Fanatisme.* § 1.

(1) Carta del 2 Setiembre de 1768.
(2) Carta del 25 Diciembre de 1762
(3) Año 1765.

CAPITULO

CAPITULO III.

SECRETO Y UNION DE LOS CONJURADOS.

Nombre de guerra de los conjurados.

No se contentan ordinariamente los autores de una conspiracion, con ocultar el objeto general de su plan, bajo fórmulas y contraseñas que solo ellos entienden y sobre las cuales están convenidos; tienen ademas su modo especial de designarse unos á otros bajo nombres diferentes de aquellos bajo los cuales pudiera conocerles el público. Tienen gran cuidado en ocultar su correspondencia, y cuando temen que sea interceptada, usan de la precaucion de nombres fingidos ó supuestos, para no comprometer los conjurados y hacer abortar la conspiracion. Voltaire y d'Alembert no despreciaron alguno de estos medios. En su correspondencia, *Duluc* es muchas veces el nombre de guerra de Federico Rey de Prusia (1). D'Alembert está señalado con el nombre de *Protágoras* (2); pero muchas veces el mismo cambia este nombre por el de *Bertrand* (3). Ambos le convenian muy bien, aquel para señalar un impío, este para describir los medios de su impiedad, y las astucias de Bertrand en la fábula de la mona y del gato. Cuando d'Alembert es *Bertrand*, Voltaire se llama *Raton* (4). Diderot se llama algunas veces *Platon*, y otras *Tomplat* (5). El nom-

(1) Carta 77 de d'Alembert.
(2) Carta de Voltaire á Thiriot del 26 Enero de 1762.
(3) Carta 90.
(4) Carta del 22 de Marzo de 1774.
(5) Carta de Voltaire á Damilaville del 25 Agosto de 1766.

bre general de los conjurados es *Cacouac*; es un buen *cacouac*, significa entre ellos, es *uno de nuestros fieles* (1). Pero con mas frecuencia, Voltaire en particular los llama hermanos, como lo hacen entre sí los *Masones*. En su idioma enigmático hay tambien frases enteras que tienen un sentido particular en la secta; por ejemplo, *la viña de la verdad está bien cultivada*, significa: *Hacemos grandes progresos contra la religion* (2).

Lenguage enigmático de los conjurados.

Los conjurados se valian de este idioma secreto cuando temian que se interceptasen sus cartas. D'Alembert y Voltaire tuvieron algunos malos ratos por este motivo. Esta fué la causa porque muchas veces se escribian bajo sobrescritos fingidos, ya á un negociante, ya á un comisionado ó secretario de oficina que era depositario del secreto. No sé que en alguna ocasion se valiesen de cifras ó guarismos en lugar de los caractéres ordinarios. Este método habria sido demasiado prolijo para Voltaire, á causa de la multitud de cartas que recibia y á que contestaba. Era método reservado á conjurados que, aunque no menos malignos, eran mas encubiertos. Generalmente hablando, Voltaire y d'Alembert, bien seguros con la precaucion de los sobrescritos fingidos y de no firmar sus cartas, se hablaban con muy poca reserva. Si hay alguna carta enigmática, se hace fácil su inteligencia con las precedentes ó siguientes. Sus astucias por frecuentes no piden mucho estudio para penetrarlas; y pocas veces se corresponden de un modo tan misterioso, que no se revele el secreto.

Sin embargo hay algunas cartas que no son fáciles de descifrar; tal es la que escribió Voltaire á d'Alembert

(5) Carta 76 de d'Alembert.
(6) Carta 35 á d'Alembert.

(30 Enero de 1764), que dice así: » Mi ilustre filósofo » me ha enviado la carta de *Hippias* B. Esta carta de B. » prueba que hay T, y que la pobre literatura volverá á » verse entre las cadenas de las que la libró *Malesherbes*. » Este semisabio y semiciudadano d'Aguesseau era un » T. Queria impedir que la nacion pensase. Yo quisie- » ra que hubieseis visto un animal llamado *Maboul*. Es- » te era un tonto encargado de la aduana de los pensa- » mientos bajo el T. d'Aguesseau. Se siguen despues los » T. subalternos, que son media docena de ruines, » cuyo empleo es quitar cuanto bueno hay en los libros, » por el salario de cuatro cientos francos al año. » Ya se ve que las letras T significan *tiranos*, y que de estos pretensos tiranos, el principal es el canciller d'Aguesseau, el segundo es Maboul, intendente de imprenta, y los seis subalternos ó sotatiranos son los censores públicos, cuya pension era realmente de cuatrocientos francos. Pero no es fácil adivinar quien sea aquel *Hippias* B. Hay motivo para pensar que seria algun otro *tirano*, que no queria permitir la impresion y venta de aquellos libros cuyo veneno inficionaba y preparaba los pueblos para destruir los altares y los tronos. ¡ Y hay quien pueda contener la justa indignacion contra estos malvados que tienen descaro para tratar de tirano, de semiciudadano y de semisabio al canciller d'Aguesseau, honor de la magistratura! Aun es de admirar que Voltaire no le ultrajase mas; pues es necesario contar que, en esta correspondencia, ni él ni d'Alembert economizan por cierto los títulos de *Galopo*, *Canalla*, *Pillo*, y otras injurias con que condecoran á cuantos no piensan como ellos, por sobresaliente que sea su mérito, y principalmente si escriben y defienden la religion.

Su secreto.

Aunque estos conjurados se correspondiesen ordinariamente con bastante claridad sobre el objeto de sus conspiraciones, sin embargo, por lo relativo al público, era el secreto reservado é inviolable. Voltaire, en particular, lo encomendaba á los iniciados, como asunto de la mayor importancia. » Los misterios de *Mitra* (decia por « boca de d'Alembert) no se deben publicar... Es nece» sario que haya cien manos invisibles que traspasen » al monstruo (la religion), y que caiga bajo mil golpes » redoblados (1).» Sin embargo este secreto no debia observarse tanto por lo relativo al objeto de la conspiracion, como por lo relativo á los agentes y medios que se tomaban para echar por tierra los altares; pues era tal el odio de Voltaire á estos, que era imposible ocultarle; pero tenia que temer, por una parte, la oposicion de las leyes, y por otra, el desprecio y afrenta con que él y sus secuaces iban á cubrirse, si se ponia en descubierto su desvergüenza, y si daban lugar á que se procediese contra ellos por sus embustes, sus calumnias y sus intrigas. La historia no tiene culpa si se ve precisada, para decir la verdad, á manifestar el carácter del patriarca y gefe de los conjurados. Si Voltaire ha sido á un mismo tiempo, el malvado mas astuto y mas obstinado en el odio á Jesucristo, y el mas cobarde en ocultar sus ataques contra la religion, ¿qué culpa tiene la historia? ¿Qué acaso esta, para complacer á los impíos, sectarios de aquel perverso, debe pasar en silencio su malicia con evidente perjuicio de la religion y de los pueblos que la profesan? Voltaire, conspirando en secreto y ocultando sus medios no es persona distinta de Voltaire profanador sacrílego y sedicioso. Es el mismo sofista que se ha declarado abiertamente enemigo del culto de Jesucristo, y que en secreto y á la

(1) Carta á d'Alembert de 27 Abril de 1767.

sordina socaba los templos y altares del Hombre Dios Poseido de rabia, manifiesta en sus arrebatos el mal espíritu que le agita; pero como conjurado clandestino hace mas daño á las naciones, á la religion y al culto, que con sus publicidades. Esta conspiracion secreta y subterránea es la que principalmente intento manifestar en estas Memorias.

Sus instrucciones sobre el arte de ocultarse.

En esta calidad de conjurado clandestino, los misterios de *Mitra* y todos los artificios de los conjurados llamaban toda su atencion. He aquí las instrucciones secretas que daba en calidad de conjurado clandestino: » Confundid » al *infame* lo mas que podais. Decid con intrepidez cuan» to os dicte el corazon. Pegad, *pero ocultad la mano*. » Os conocerán, porque hay hombres de penetracion y » de olfato fino; pero no os podrán convencer (1). El » rio Nilo, segun se dice, oculta su orígen, pero derra» ma sus aguas bienechoras. *Haced otro tanto*, y goza» réis en secreto del placer de vuestro triunfo. Os reco» miendo *el infame* (2). Abrazo á nuestro digno caballero » y le exhorto á que *esconda la mano á los enemigos* (3). »

Ningun precepto inculcó tanto Voltaire como el de dar el golpe y *ocultar la mano*. ¡ Vilísimo cobarde! Si alguna vez sucedió que algunos iniciados imprudentes le diesen á conocer se quejaba amargamente de ver descubiertas sus maniobras; pero entonces desmentia con el mayor descaro los escritos que indudablemente eran suyos. » No sé, decia, por que furor se obstinan en creer que « soy el autor del *Diccionario filosófico*. El mayor servi» cio que me podais hacer es asegurar, sobre la parte

(1) Carta á d'Alembert, Mayo de 1761.
(2) Carta á Helvecio del 11 Mayo de 1761.
(3) Carta á M. de Villevieille del 26 Abril de 1767.

» de paraiso que os toca, que ninguna parte tengo en » esta obra infernal. Hay tres ó cuatro personas que han » publicado que yo he sostenido la buena causa, y que » combatiré hasta la muerte con las bestias feroces. Pero » *alabar á sus hermanos en tales circunstancias es hacer-* » *les traicion. Estas buenas almas me bendicen, pero me* » *pierden*. Dicen que es su estilo y su modo de pro- » ducirse. ¡ Ah hermanos, que discursos tan funestos ! Al » contrario lo habeis de hacer, habeis de gritar en las » encrucijadas, *no es él. Ha de haber cien manos invisi-* » *bles que traspasen el monstruo, paraque caiga bajo de* » *mil golpes redoblados*. » (1) D'Alembert era excelente en el arte del secreto y de ocultar su marcha; por lo mismo Voltaire le recomendaba á los hermanos, le proponia por ejemplo á su imitacion y como la esperanza de la grey. » Es atrevido, decia, pero no es temerario; » es capaz de hacer temblar á los hipócritas (las personas « religiosas), sin dar motivo á que le vituperen. » (2) Federico no solo aprobaba este secreto y estas astucias (3), sino que le veremos aplicar todos los artificios de su tenebrosa política, como otros tantos medios para el buen éxito de la conjuracion.

Union de los conjurados.

Como en toda conspiracion la union de los conjurados sea tan esencial como el secreto, no cesaba Voltaire de encargarla con mucha eficacia. Léanse entre otras estas instrucciones : » ¡ O mis queridos filósofos ! es necesario marchar apiñados como la falange macedoniana, » que no fue vencida hasta despues de dispersada. Hagan los filósofos verdaderos una cofradía como los

(1) Cartas 152 y 219 á d'Alembert.
(2) Carta de Voltaire á Thiriot del 19 Noviembre 1760.
(3) Carta á Voltaire del 16 Mayo de 1771.

» francmasones; que se junten, que se sostengan y que » sean fieles á la cofradía; esta academia valdrá mas que » la de Atenas, y que todas las de París.» (1) Si sobrevenia alguna division entre los conjurados, luego Voltaire les escribia para apaciguarlos y reunirlos. » ¡ Ah pobres » hermanos (esclamaba)! los primeros fieles se portaron » mejor que nosotros. Paciencia, que no por eso nos he» mos de desanimar. Dios nos asistirá, si perseveramos » juntos y unidos. » Para manifestar con mas claridad á los iniciados la importancia y objeto de esta union, les recordaba la respuesta que dió á Mr. Herault: *Veremos si es verdad que no se puede destruir la religion cristiana* (2). La mayor parte de las desavenencias que hubo entre los conjurados, se originaba de la variedad de opiniones; pues como se convenian poco en los sofismas contra el cristianismo, se contrariaban y lastimaban los unos á los otros. Voltaire advirtió las ventajas que de aquellas contradicciones sacarian los apologistas de la religion, y por eso dió á d'Alembert el encargo de reconciliar y reunir los partidos de ateos, espinosistas y deistas. » Es » preciso, le dice, que los partidos se reunan. Qui» siera que os encargaseis de esta reconciliacion, y que » les dijeseis: *Hacedme gracia por el emético, y yo os la* » *haré por la sangría* (3). »

Fervor y constancia en su maquinacion.

El gefe de los conjurados no permitia que se entibiase su zelo, y, para reanimarle, escribia á los principales: » Temo que no seais bastante zelosos: enterrais vuestros » talentos, os contentais con despreciar á un monstruo

(1) Carta 85 de Voltaire á d'Alembert año de 1761, y carta 2 del año 1769.

(2) Carta 66 á d'Alembert.

(3) Carta 37 á d'Alembert año 1770.

» que es preciso aborrecer y destruir. ¿ Que os costaria » destrozarle con cuatro páginas, teniendo la modestia » de dejarle ignorar que vuestra mano le da la muerte? » Está reservado á Meleagro matar el javalí : *arrojad* » *la flecha y esconded la mano*. Dadme este consuelo » en mi vejez. » (1) Ocasion hubo en que para animar á algun iniciado novicio, le hizo decir : *Animo, y que no se acobarde.* (2) Y ocasion hubo, en fin, en que para obligar mas á sus secuaces les proponia el interés del honor, diciéndoles por d'Alembert: » Es tal nuestra situacion, » que si no logramos tener de nuestra parte á las perso- » nas de honor, seremos la execracion del género huma- » no. Es preciso pues ganarlas á todo precio. Cultivad pues » la viña. *Aniquilad el infame*, *aniquilad el infame* (3). »

Declaracion formal de Voltaire.

De este modo, cuanto tienen característico los conjurados, idioma enigmático, intencion comun y secreta, union, fervor y constancia, debia reunirse en los autores de esta guerra contra Cristo. Y así todo da derecho al historiador para presentar esta coalicion de sofistas como una verdadera conspiracion contra el altar. Voltaire no lo ocultaba, y queria que sus secuaces supiesen que la guerra que emprendia y de la que se hacia gefe, era una verdadera conspiracion, en la que cada uno habia de obrar segun sus talentos y fuerzas. Cuando algun exceso de fervor esponia el secreto, Voltaire se cuidaba de hacerles decir por d'Alembert : » Que en la guerra que ha- » bian emprendido, *era preciso obrar en calidad de con-* » *jurados, pero no de zelosos* (4). » Despues que el mismo

(1) Carta á d'Alembert del 28 de Setiembre de 1763.
(2) Carta á Damilaville.
(3) Carta del 13 Febrero de 1764.
(4) Carta 142 de Voltaire á d'Alembert.

patriarca de los impíos ha declarado con tanta formalidad, y ha dado órdenes tan precisas y claras *para obrar en calidad de conjurados*, no parece se puedan pedir otras pruebas para demostrar la conjuracion. Tal vez ya las he multiplicado tanto, que he cansado al lector; pero sobre un asunto tan importante, debia yo suponerle tan severo como debia yo serlo en la demostracion. Ya nos hallamos en el caso en que, sin resistir á la misma evidencia, no se puede negar la coalicion de los sofistas de la impiedad, ni nada de lo que la constituye una verdadera conjuracion contra Jesucristo y su religion; pero no concluiré este capítulo sin decir alguna cosa para fijar el orígen y época de estas maquinaciones.

Época de la conjuracion.

Si el momento en que Voltaire juró de consagrar su vida á la destruccion del cristianismo, puede mirarse como la época primera de la conjuracion, será preciso subir hasta el año de 1728 para descubrir su orígen; pues en este mismo año volvió de Londres á Francia, y sus mas fieles discípulos aseguran que su patriarca aun se hallaba en Inglaterra cuando hizo aquel juramento (1). Pero lo cierto es que Voltaire pasó muchos años solo, ó casi solo, embriagado de odio contra Jesucristo. Es verdad que ya en esta soledad era el principal campeon, y que se declaró protector de todos los escritos impíos que se dirigian a su objeto; pero estos escritos no eran mas que producciones de algunos sofistas aislados, que escribian sin concierto, sin mutuas inteligencias, y sin aquel conjunto que exige una verdadera conjuracion. Necesitó tiempo para hacer prosélitos é inspirarles su mismo encono. Ya se habian multiplicado sus discípulos,

(1) Vida de Voltaire, edicion de Kell.

cuando sus desgracias le hicieron salir de Francia, año de 1750, y pasar á Berlin, como lo deseaba Federico. Los mas sobresalientes y zelosos de cuantos sectarios dejó en Paris fueron d'Alembert y Diderot, y á estos dos debe con preferencia el filosofismo su coalicion contra Jesucristo. Aunque esta tuviese pocas fuerzas, ya mereció el nombre de conspiracion, cuando se formó el proyecto de la Enciclopedia, que fue en el mismo año en que Voltaire salió de Paris para Berlin. Es verdad que Voltaire habia formado todos sus discípulos; pero, estando dispersos, d'Alembert y Diderot los reunieron para trabajar en la enorme compilacion á la que se dió el título de Enciclopedia, siendo en la realidad el receptáculo universal, y en su modo el arsenal de todos los sofismas y de todas las armas de la impiedad contra la religion cristiana.

Voltaire, que solo valia por un ejército de impíos, ocupado por su parte en la guerra contra Cristo, dejó por algun tiempo que los enciclopedistas obrasen por sí solos segun sus luces; pero si estos tuvieron valor para emprender la coalicion, no lo tuvieron para sostenerla. Se multiplicaron los obstáculos, y los emprendedores conocieron que necesitaban de un espíritu fuerte que los sostuviese y arrostrase los embarazos. No tuvieron mucho que deliberar sobre la eleccion, ó para decirlo mejor, con el historiador de la vida de Voltaire (1), *este se halló naturalmente el gefe de los enciclopedistas por su edad, fama é ingenio*. A su vuelta de Prusia, al fin del año 1752. ya estaba completa la conjuracion. Su único y principal objeto era aniquilar á Jesucristo y su religion. El gefe principal de esta conspiracion fue el que habia sido el primero en hacer el juramento de derribar los altares de Cristo. Sus gefes subalternos fueron d'Alembert, Diderot y Federico, quien á pesar de las desavenencias con Vol-

(2) Alli mismo.

taire, siempre se avino con él en cuanto al objeto de la maquinacion. Y los iniciados fueron todos los que Voltaire ya contaba por discípulos. Desde el dia en que se formó el partido entre el gefe principal, los gefes subalternos y los iniciados actores y protectores; desde el momento en que se decretó que el grande objeto de esta coalicion fuese aniquilar el cristianismo, y, con el nombre de *infame*, á Jesucristo, su culto, sus altares y sus ministros, hasta la hora en que los decretos, las proscripciones y los asesinatos de los Jacobinos debian consumar en Francia aquella grande obra, debian pasar muchos años. Los filósofos corruptores no necesitaron menos de cuarenta años para armar los brazos de los filósofos asesinos. No es posiblellegar al fin de este largo período, sin ver la secta que se llama *filosófica*, y que ha jurado destruir la religion, unirse á la que destroza y asesina con el nombre de *Jacobinos*.

Referencia de los conjurados sofistas á los conjurados jacobinos.

En esta conjuracion de la que se llama *filosofía* de Voltaire y de d'Alembert, en que descubrimos el propósito, juramento y sistema de la impiedad, vemos con anticipacion lo que la revolucion francesa debia consumar algun dia. El Dios del cristianismo y aquella religion que Voltaire, d'Alembert, Federico y demas iniciados, con el nombre de filósofos, han jurado aniquilar, no son un Dios ni una religion distintos de los de que los sofistas jacobinos han incendiado los templos, destruido los altares y asesinado los sacerdotes. Es el mismo Dios y la misma religion la que aquellos juraron destruir y estos destruyeron. Aquellos fueron los mandones, y estos los verdugos. El propósito, juramento y sistema de Voltaire, si habia de tener ejecutores, habian de ser los

Jacobinos. Antes que estos se dejasen ver, y antes de la revolucion francesa, los que eran depositarios del secreto de la conjuracion contra Jesucristo debian prever cuanto ha sucedido; pues los Jacobinos nada han inventado, solo han sido unos fieles ejecutores de los planes que delinearon los iniciados del filosofismo. En efecto, antes de la aparicion del jacobinismo se podia pronosticar, que una secta enarbolaria bandera diciendo: *todos los hombres son libres*, *todos los hombres son iguales*; que de esta *libertad é igualdad* concluirian que los hombres solo deben atenerse á las luces de su razon; que toda religion que sujeta la razon á misterios, ó á la autoridad de una revelacion que habla en nombre de Dios, no es mas que una religion de esclavos; que por lo mismo habia de llegar el tiempo en que se resolverian á destruirla para restablecer la libertad é igualdad de derechos, y á creer ó no creer lo que la razon de cada uno aprueba (*); que este se llamaria el reino de la *libertad é igualdad*, el imperio de la *razon* y de la *filosofía*. ¿Quien, teniendo conocimiento de los misterios del fi-

(*) El grande axioma de estos filósofos que se han levantado contra la religion, consiste en que *nada se debe admitir sino lo que comprende la razon.* Este ha sido siempre el argumento de los que han impugnado los dogmas del cristianismo. Los Arrianos negaron la divinidad de Jesucristo, los Socinianos la Trinidad, los Sacramentarios la real presencia de Jesucristo en la Eucaristia, *etc.;* porque aquellos no podian comprender un Dios-hombre, los otros una esencia con tres personas realmente distintas, y estos un mismo cuerpo en distintos lugares á un mismo tiempo. Si fuese de algun valor el argumento, nada de cuanto existe se deberia admitir. ¿La materia es ó no es siempre divisible? ¿el espacio es ó no es criado? ¿en que consiste que un movimiento sea mas ó menos veloz? ¿Cual es la causa de la gravedad y de la atraccion, *etc.*? Sin embargo no pueden negar que hay materia, espacio, movimiento, gravedad, atraccion, *etc.* ¿Y porque, á título de *razon*, y de que *no se pueden comprender*, niegan los dogmas de la religion?

losofismo, podia dejar de hacer este vaticinio? La libertad é igualdad de los Jacobinos son las mismas que proclamaba Voltaire en su guerra contra Cristo. En esta guerra los gefes é iniciados no tenian otro objeto que el establecimiento del imperio de su pretendida filosofía y razon sobre la libertad é igualdad eversivas de la revelacion y sus misterios, y que están en contradiccion con los derechos de Cristo y de su iglesia.

Si Voltaire detesta la iglesia y sus ministros, es porque nada le parece tan contrario á los derechos de igualdad, como no creer lo que parece ser verdadero; es tambien porque *nada descubre tan pobre y miserable, como el que un hombre se sujete á otro, paraque este dirija su fe, y saber de él lo que ha de creer* (1). *Razon, libertad y filosofía*, son las sublimes expresiones que sin cesar salian de los labios de Voltaire y d'Alembert: asi como en los dias de la revolucion salian de la boca de los Jacobinos para perseguir y destruir el Evangelio, la religion y revelacion. No hay mas que leer su correspondencia. Cuando los iniciados celebran y pretenden exaltar hasta las nubes á sus maestros, nos los representan como unos *héroes que jamas cesan de reclamar la independencia de la razon*, y que ansian con el mayor ahinco los dias *en que el sol no iluminará sino á hombres libres, y que no reconocerán otros maestros, sino su razon* (2). De estos principios se sigue con la mayor evidencia, que cuando los Jacobinos colocaron sobre las ruinas de los templos y altares de Jesucristo, *el ídolo de su razon*, (*) de su filosofía y de su libertad é igualdad, no hi-

(1) Carta al Duque de Usez del 19 Noviembre de 1769.

(2) Condorcet, *Esquisse d'un tableau des prog. époq.* 9.

(*) Despues que los sofistas revolucionarios hubieron proscripto la religion cristiana y sus ministros, despues de haber saqueado todos los templos, incendiado y demolido sus altares, dedicaron cincuenta mil templos á la *razon*. Esta dedicacion demuestra ya el frenesí, ya la

cieron mas que cumplir los deseos de Voltaire y de sus iniciados, en su guerra para aniquilar el *infame*. Cuando las segures de los jacobinos destrozaron igualmente los altares de los protestantes que de los católicos y de todos los que reconocian al Dios de los cristianos, no se extendió mas la conjuracion que los deseos de Voltaire, que igualmente maldecia los altares de Londres y Ginebra que los de Roma. Cuando fueron admitidos y llenaron el gran *Club* de la revolucion francesa, los *atéos*, los *deistas*, los *escépticos*, y los *impíos* de toda denominacion, y toda esta canalla se alió para hacer la guerra á Cristo, no vimos otras legiones, que las que Voltaire, exhortando á d'Alembert, queria para componer sus ejércitos contra el Dios del Evangelio.

En fin, cuando las legiones del gran *Club*, ó de todas las sectas de la impiedad, reunidas con el nombre de *Jacobinos*, llevaron en triunfo al Panteon las cenizas de Voltaire por las calles de Paris, se consumó la revolucion anticristiana; pero ella no fue otra cosa que la revolucion premeditada y ansiada por Voltaire. Puede haber habido

---

estupidez de los que á título de *filósofos razonadores*, se habian conjurado contra el cristianismo. Estaba reservada para los filósofos, una idolatría que no habia tenido igual en el mundo. Los idólatras mas bárbaros, al través de sus ídolos, siempre han adorado unos seres que creian tenian poder para hacerles bien ó mal. Pero los fundadores de los templos de la *razon* ¿cuando han manifestado que adorasen algun ser, bajo el símbolo de la *razon*? En las fiestas de la misma *razon* ¿se trató acaso de algun Dios verdadero ó fingido? en estas fiestas se expuso el *busto de Marat* á la pública adoracion. En las mismas, una infame meretriz, teniendo un crucifijo debajo sus pies, representaba la *diosa de la razon*. En una fiesta que se celebró en la iglesia de San Roque de Paris, un histrion sobre el púlpito, despues de las mas furiosas maldiciones contra Dios, negó, con aplausos, su existencia. Pues, ¿y que adoraban bajo el nombre de razon?.... ¡Infeliz filosofía!

La Harpe, *du Fanatisme*. §. 14.

alguna variedad en los medios ; pero el objeto , los pretextos y la extension que intentaron dar á la conjuracion, son los mismos. Descubriremos en estas Memorias, que los medios de que se ha valido la revolucion, derribando los altares, proscribiendo y asesinando con la segur jacobina á los ministros del culto, en todo se avienen con los deseos y propósitos de los filósofos conjurados y sus principales sectarios. Toda la diferencia entre los filósofos conspiradores y los Jacobinos revolucionarios está , en que aquellos querian destruir, y estos destruyeron. Los medios de que se valieron unos y otros fueron tan eficaces y ejecutivos como lo permitian las épocas de la conjuracion. Vamos á descubrir de que medios se valieron los filósofos para disponer los ánimos á la revolucion que debia acabar con la religion de Jesucristo.

CAPITULO IV.

PRIMER MEDIO DE LOS CONJURADOS.

La Enciclopedia.

PARA aniquilar el *infame*, en el sentido de Voltaire, y para llegar á la ejecucion de destruir los altares y culto del Dios que predicaron los apóstoles, era indispensable mudar ú oprimir la opinion pública y la fe de los pueblos que con el nombre de cristianos cubren la superficie de la tierra. Cuando se formó la coalicion anticristiana no era posible ejecutar el proyecto á viva fuerza; era preciso precediese una revolucion ó trastorno en las ideas religiosas, con tal órden y progresion que llegase al estado en que las hallaron los legisladores jacobinos. Era necesario que la incredulidad contase con tal número de iniciados, que mandase en las cortes, en los senados, en los ejércitos, y en las diversas clases de los pueblos. Para llegar á esta corrupcion é impiedad, se suponian tantos años, que Voltaire y Federico no se atrevieron á prometerse el gozo y complacencia de presenciarlas (1). Ya se ve pues que las deliberaciones de estos conjurados, en aquella época, no tenian cotejo con las de los conquistadores *Carmañoles;* y por lo mismo no debo hablar aqui de guillotinas, de requisiciones á viva fuerza y de batallas que se dieron despues para derribar los altares del cristianismo. Los primeros medios de los sofistas debian ser menos tumultuosos, mas sordos, subterráneos

(1) Carta de Federico á Voltaire del 5 Mayo de 1767.

y

y lentos, pero que con toda su lentitud no fuesen menos insidiosos y eficaces. Era necesario que la opinion pública muriese de cierta gangrena antes que las segures hiciesen astillas de los altares. Esto es lo que Federico aconsejaba á Voltaire : *minar á la sordina y sin estrépito el edificio, y asi se desplomaria por sí mismo*. (1). d'Alembert aun lo previó mejor: pues, viendo que Voltaire se apresuraba, le escribió, *que si el género humano se ilustraba, era porque se tomaba la precaucion de ilustrarle poco á poco* (2).

Proyecto de la Enciclopedia.

La necesidad de esta precaucion inspiró á d'Alembert el proyecto de la Enciclopedia, como que seria el gran medio de ilustrar poco á poco el género humano y destrozar el *infame*. D'Alembert concibió el proyecto, Diderot lo adoptó con entusiasmo, y Voltaire le sostuvo con tanto teson, que si no hubiese sido por él, d'Alembert y Diderot le habrian abandonado.

Objeto supuesto de la Enciclopedia.

Para comprender cuanto interesaba al designio del gefe y sus cómplices el éxito de la empresa de los conjurados sobre la publicacion de este famoso diccionario, es preciso saber el plan sobre que lo formaron, y como su ejecucion debia, segun sus cálculos, ser el principal y mas infalible medio para alterar poco á poco la opinion pública, insinuar todos los principios de la incredulidad, y trastornar sucesivamente todos los del cristianismo. Desde el principio se anunció la Enciclopedia como que debia ser una compilacion y un tesoro el mas completo

(1) Carta del 29 de Julio de 1775.
(2) Carta del 31 de Julio de 1762.

de todos los conocimientos humanos. Religion, Teología, Física, Historia, Geografia, Astronomía, Comercio, cuanto puede ser objeto de una ciencia; Poesía, Elocuencia, Gramática, Pintura, Arquitectura, Manufacturas, todo lo que es objeto de las artes útiles y agradables; en una palabra, todo, hasta las instrucciones y maniobras de las artes mecánicas, debia hallarse reunido en aquella obra. Debia ella equivaler á las mas copiosas bibliotecas y suplir por todas. Ella debia ser el resultado de los desvelos y estudios de una sociedad de hombres escogidos entre cuantos contenia la Francia de mas célebres en cada facultad. El prospecto con que la anunció d'Alembert estaba formado con tal arte, le habia pesado y meditado tan bien, habia enlazado las ciencias y eslabonado los progresos del espíritu humano con tanto primor, supo con tal finura apropiarse la filiacion de las ideas que analizaron Chambers y el canciller Bacon, y revestirse este grajo plagiario de las relucientes plumas de aquellos pavos, que el prospecto de la Enciclopedia se miró como una obra maestra, y su autor como un hombre el mas digno del mundo de figurar en la portada de una obra tan estupenda.

Objeto secreto de la Enciclopedia.

Pero fue promesa de impíos; promesa que no estaban en ánimo de cumplir. La intencion era, y tambien la ejecucion fue, hacer de la Enciclopedia un depósito ó una asquerosa sentina de todos los errores, sofismas y calumnias que desde la primera escuela de la impiedad se habian inventado y escrito contra la religion, hasta el momento en que se formó esta enorme compilacion; pero colocados con tal arte y ocultando tanto el veneno, que se insinuase este insensiblemente en el espíritu de los lectores, sin poderlo casi percibir. Para abusar de la credulidad de los lectores, nunca se debia descubrir el

error; este debia ocultarse con mucho artificio en los artículos en que se pudiese presumir que se hallaria. Debia la religion aparecer respetada y aun defendida en las discusiones que la miran mas directamente. Algunas veces las objeciones debian refutarse de tal modo como si la intencion fuese desvanecerlas; pero en la realidad se habian de presentar con su mayor malignidad, aunque con la apariencia de combatirlas. Aun hay algo mas; los autores que debian auxiliar á d'Alembert y Diderot en esta inmensa compilacion, no todos eran sospechosos en materia de religion. La probidad de algunos, como, por ejemplo, de M. de Jaucour (sabio que ha atestado la Enciclopedia de artículos), era tan notoria, que parecia debia servir de garante contra las asechanzas de la astucia y perfidia. En fin se prometió que teólogos conocidos por su sabiduría y ortodoxía discutirian los objetos religiosos. Todo esto podia ser verdad sin dejar por esto la Enciclopedia de ser menos pérfida y seductora, pues aun quedaban á d'Alembert y Diderot tres recursos para llenar el objeto de la conspiracion anticristiana.

Medios y artificios de la Enciclopedia.

El primer recurso consistió en el arte de insinuar el error y la impiedad en aquellos artículos en donde menos se podia buscar y esperar, como en las partes de la historia, de la física, química y geografía, que se creia poderse leer con menos peligro. El segundo consistió en el arte de remitir al lector á otro artículo, para que se acabe de instruir. Este arte tan precioso es, en la Enciclopedia, al fin de los artículos religiosos, el arte de seducir, pues envia los lectores á artículos impíos. Algunas veces el mismo mote de la remision ya es una sátira ó zumba; y para esto bastaba poner al fin de un artículo religioso este mote: *Véase el artículo Preocupacion*, ó

bien *véase Superstición*, *véase Fanatismo*. En fin si el sofista temia que esta astucia no bastase, podia alterar las discusiones y artículos de un cooperador honrado y religioso, y podia añadir á los mismos artículos alguna refutacion bajo el aspecto de prueba. Para decirlo en compendio, el velo debia ser bastante transparente para que se descubriese la impiedad, y no lo habia de ser tanto, que no diese lugar á excusas y efugios.

Este era principalmente el arte del sofista zorro d'Alembert. Á Diderot, mas atrevido, se le permitia desplegar toda su impiedad; pero cuando á sangre fria se reflexionaban sus artículos y parecia conveniente retocarlos, á él mismo se le daba el encargo, y cumplia añadiendo alguna restriccion aparente á favor de la religion, que consistia en algunas expresiones de respeto que no disminuian la impiedad. Pero si Diderot se resistia, entonces corria á cuenta de d'Alembert hacerla como revisor general. En los primeros tomos de la Enciclopedia se debian tratar las materias con prudencia y miramiento para no alborotar al clero y á los que los conjurados llaman *hombres preocupados*. Á proporcion que se adelantase la impresion, debia crecer el atrevimiento, y si las circunstancias no permitian publicar con claridad las opiniones, quedaba el recurso de los suplementos, ó el de nuevas ediciones hechas en paises extrangeros, menos costosas para que se hiciesen mas comunes, con lo que se comunicase el veneno á toda clase de personas, aun á las menos acomodadas. La Enciclopedia, á fuerza de alabanzas y recomendacion de parte de los iniciados, debia colocarse en todas las bibliotecas, y con esta sola diligencia la república literaria debia trasformarse en república anticristiana. Este era el proyecto de los Enciclopedistas impíos. No podian concebirlo mejor para llegar al término de la conjuracion, y era casi imposible ejecutarlo con

mayor exactitud. La historia suministra pruebas de hecho y pruebas de intencion que lo demuestran.

Pruebas de hecho.

En cuanto á las pruebas de hecho, basta pasar la vista por varios artículos de la Enciclopedia y cotejar cuanto se dice con precision en órden á los principales dogmas del cristianismo y aun de la religion natural, cotejar, digo, estos artículos con aquellos á los cuales los sofistas envian los lectores. Se verá que se trata de la existencia de Dios, de la espiritualidad del alma y de la libertad, con poca diferencia del mismo modo que tratan de estos asuntos los filósofos religiosos; pero el lector cuando lea los artículos *Demostracion*, *Corrupcion*, á los que le remiten d'Alembert y Diderot, verá que desaparece cuanto se habia sentado ó establecido en los artículos religiosos. Para destruir la doctrina religiosa, los dos sofistas remiten el lector á artículos escépticos, espinosistas, fatalistas y materialistas.

Artificios de la Enciclopedia sobre el artículo Dios.

Que se lea el artículo *Dieu* (Dios) en la Enciclopedia de la edicion de Ginebra, y se hallarán en él ideas muy sanas, y la demostracion directa física y metafísica de su existencia. Habria sido muy ageno de este artículo manifestar la menor duda ó inclinacion al ateismo, espinosismo ó epicureismo; pero al fin de este artículo, ve el lector que lo remiten al artículo *Démonstration* (Demostracion), y en este desaparece cuanto le parecia incontrastable en la demostracion física y metafísica de la existencia de Dios. En este artículo, dicen al lector que todas las demostraciones directas *suponen la idea del infinito, y que esta idea no es muy clara*, sea para los físicos, sea para los metafísicos. Con esta sola cláusula queda destruido todo

lo que en órden á demostraciones se habia sentado en el artículo *Dios*. Alli mismo dicen *que un solo insecto prueba con mas evidencia á un filósofo la existencia de Dios, que todas las pruebas metafísicas;* pero, pasando el lector al artículo *Corruption* (Corrupcion) al que le remiten, lee: *Es preciso abstenerse de asegurar de un modo positivo que la corrupcion nunca pueda engendrar cuerpos vivientes;....* que *esta produccion de cuerpos animados por la corrupcion, parece que está apoyada sobre experiencias cotidianas;* y estas imaginarias experiencias cotidianas sobre la generacion de los insectos, son precisamente el grande argumento de los ateos, pues que de ellas infieren que no hay necesidad de Dios para la creacion de los hombres y animales. Seducido ya el lector, y preocupado de que las pruebas de la existencia de Dios no son demostraciones, pasa á los artículos *Encyclopédie*, *Epicuréisme* (Enciclopedia, Epicureismo) á los cuales le han remitido; y en el primero lee: *No hay algun ser en la naturaleza al que se le pueda dar el nombre de primero ó último; y una máquina infinita en todo sentido ocupará el lugar de la divinidad;* y en el segundo, ve que el *átomo* es Dios. Este *átomo es la primera causa de todo; por él existe todo lo que existe, y tiene ser todo lo que tiene ser; es activo; es sencialmente por sí mismo; solo él es inalterable, eterno, inmutable.* Con esto el lector, en lugar del Dios del Evangelio, solo puede escoger entre el Dios de Espinosa y el de Epicuro.

Sobre el artículo Alma.

Del mismo artificio seductor usan hablando del *Alma*. Cuando los sofistas conjurados tratan directamente de su esencia, proponen las pruebas ordinarias de su *espiritualidad é inmortalidad;* y añaden que no se puede suponer que el alma sea material, ó reducir las bestias *á la cua-*

lidad de máquinas, sin exponerse á hacer del hombre *un autómata.* (Art. *Bête.* Bestia). Dicen despues que si las determinaciones del hombre, y aun sus oscilaciones se derivan de algun principio material que sea exterior á su alma, no habrá bien ni mal, justo ni injusto, ni obligacion de derecho. (Art. *Droit naturel.* Derecho natural). Toda esta doctrina desaparece (Art. *Loke*), cuando en tono de pregunta, dicen : *¿ Que importa que la materia piense ó no piense ? ¿ que tiene que ver esto con la justicia é injusticia, con la inmortalidad y demas verdades del sistema, sea político, sea religioso ?* He aqui al lector, que, en su cualidad de ser pensador, no hallando ya mas las pruebas de un ser espiritual, no sabe si debe considerarse que solo es materia ; pero para sacarle de esta perplejidad, le dicen (art. *Animal*), *el ser viviente y animado no es mas que una propiedad física de la materia.* Temiendo que el lector no se resienta al verse tan humillado, como ser semejante á la planta y al animal, le enseñarán á que no se avergüenze, asegurándole que *la sola diferencia que hay entre ciertos vegetales y animales como nosotros, consiste en que aquellos duermen, y nosotros velamos ; que nosotros somos animales que sentimos, y aquellos son animales que no sienten* (art. *Enciclopedia y Animal*) ; ó bien le dirán, que la diferencia entre una teja y el hombre consiste *en que la teja siempre cae, y el hombre no cae de la misma manera* (art. *Animal*) ; y el lector, recorriendo de buena fe estos diversos artículos, se hallará al fin de ellos el mas perfecto materialista.

Sobre el artículo Libertad.

Aun se valen de las mismas astucias y artificios hablando de la *Libertad.* Cuando tratan directamente de esta facultad del alma, permiten que sus apologistas digan : « Quitad la libertad, y toda la naturaleza humana

» quedará trastornada, y ya no habrá algun órden en la » sociedad..... Las recompensas son ridículas, los cas- » tigos injustos..... La ruina de la libertad trastorna » consigo todo órden, toda policía, y autoriza toda infamia » por monstruosa que sea..... Una doctrina tan mons- » truosa no debe examinarse en las escuelas; los magis- » trados la deben castigar ». *¡O libertad!* exclaman ellos mismos, *¡ó libertad, don del cielo! ¡Libertad de hacer y de pensar! Tú sola eres capaz de obrar grandes cosas.* Asi exclaman (Art. *Autorité* (Autoridad) y en el *Discurso preliminar.*) Pero en otra parte toda esta libertad de pensar y obrar no es otra cosa que *un poder sin ejercicio,* y que *no puede conocerse por el ejercicio.* (Art. *Fortuit.* Casual). Mas adelante, Diderot, aparentando que sostiene la libertad, dice que todo este encadenamiento de causas y efectos que han imaginado los filósofos para formarse ideas representativas del mecanismo del universo, no tienen mas realidad que los Tritones y Nayadas. (Art. *Evidence.* Evidencia). Á pesar de esto, cuando d'Alembert y Diderot hablan de este encadenamiento, ya son de otro parecer. D'Alembert (Art. *Fortuit.* Casual) dice, que aunque este encadenamiento sea muchas veces imperceptible, no es menos *real;* que todo lo ata en la naturaleza; *que de él dependen todos los acontecimientos, como todas las ruedas de un relox dependen las unas de las otras; que despues del primer instante de nuestra existencia, en ninguna manera somos dueños de nuestros movimientos; que si mil mundos existiesen á un mismo tiempo, todos semejantes á este y gobernados por las mismas leyes, en todos sucederia absolutamente lo mismo; que los hombres, en virtud de estas mismas leyes, harian al mismo tiempo las mismas acciones en cada uno de los mundos.* Con esto se descubre que es imaginaria toda la libertad de que puede usar el hombre en este mundo, pues en

manera alguna la puede ejercitar. Diderot, que en el art. *Evidencia* tenia por fingido este *encadenamiento* como los Tritones y Nayadas, cuando vuelve á hablar de él en el art. *Fatalité* (Fatalidad), prueba con mucha extension la existencia de aquel *encadenamiento*, y dice que no se puede disputar ni en el *mundo físico, ni en el mundo moral é inteligible*. Ello ya se ve que Diderot, tanto si niega como si sostiene el *encadenamiento* de las causas y efectos, niega aquel don del cielo, la libertad de pensar y hacer; niega lo justo é injusto y la obligacion y el derecho; pero tambien es verdad que es muy contradictorio en sus principios.

Los ejemplos alegados, á los cuales se podrian añadir otros, bastarán para que se descubra el plan sobre el cual se ha levantado el edificio de la Enciclopedia, y se vea si corresponde á la idea que he dado de ella. Creo que queda bien demostrado que sus célebres autores y redactores se han esmerado en esparcir en ella las semillas del ateismo, materialismo, fatalismo, y de todos los errores mas incompatibles con aquella religion que tanto prometieron respetar. Estos artificios y astucias de los Enciclopedistas no se ocultaron á la penetracion y observaciones de autores religiosos (1). Voltaire por su parte tomó á su cuenta vengar la Enciclopedia de las reclamaciones, representando los autores religiosos como enemigos del estado y malos ciudadanos (2). Ya se sabe que eran estas sus armas ordinarias; y si habia logrado alucinar á alguno, bastaba entrar en la correspondencia que tenia con los autores de aquella compilacion para saber si se le atribuian estas intenciones con bastante fundamento.

(1) *La religion vengée*, Gauchat, Bergier, *Lettres Helviennes*.
(2) Carta 18 á d'Alembert.

Pruebas de la intencion.

Á las pruebas de hecho se siguen las de intencion de los enciclopedistas. Voltaire, que se hallaba á cien leguas de Paris, y lejos de los obstáculos que encontraba d'Alembert, hubiera querido que este hubiese manifestado las intenciones de los redactores, por medio de ataques mas directos. El patriarca aborrecia ciertas restricciones familiares á d'Alembert, y en particular le reconvino por la que puso en el artículo de Bayle. D'Alembert le respondió: « Por una frusleria os emberrinchais como un » Tudesco, con motivo del diccionario de Bayle. En » primer lugar debeis advertir que yo no he dicho » *dichoso él, si hubiese respetado mas la religion y las* » *costumbres*; mi expresion es mas moderada. *A mas de* » *esto ¿quien hay que ignore que en el maldito pais en* » *que escribimos, aquellas expresiones son de estilo de* » *notario y solo sirven de pasaporte á las verdades que* » *se quieren establecer por otra parte? Ni siquiera hay uno* » *que se haya engañado* (1) ». En este tiempo en que Voltaire estaba tan ocupado en componer los artículos que enviaba á d'Alembert para la Enciclopedia, no pudiendo ocultar mas sus deseos de que se atacase directamente la religion, y que se dejasen á un lado todos estos miramientos que se tenian aun por ella, le escribió de esta manera: « Me ha oprimido el corazon lo que me » han dicho sobre los artículos de *Teología y Metafísica.* » *Es muy cruel é insoportable verse en la precision de* » *imprimir lo contrario de lo que se piensa* (2) ». Pero d'Alembert mas astuto y mas fino conocia que era necesario usar de aquella circunspeccion *para no ser tratado de loco por los mismos que se intentaba convertir* (es decir

(1) Carta de d'Alembert del 10 Octubre de 1764.
(2) Carta del 9 Octubre de 1755.

hacer apostatar); pues preveia el tiempo en que podria responder : *Si el género humano está en el dia tan ilustrado, es porque se tuvo la precaucion ó la dicha de ilustrarle poco á poco* (1).

Voltaire estaba obstinado, y bajo el nombre de un clérigo de Lausana, enviaba artículos tan insolentes, que d'Alembert se vió aun precisado á decirle : « Recibi» remos con reconocimiento cuanto nos venga de la » misma mano. Solo pedimos permiso á vuestro herege » para llevar nosotros la mano blanda en aquellos parages » en que él manifiesta demasiado las uñas ; *nos hallamos* » *en el caso de recular para saltar mejor* (2) ». Este para demostrar que no olvidaba el arte de recular para saltar mejor, respondió á los cargos que Voltaire le hacia sobre el Art. *Enfer* (infierno), en esta forma : « Tenemos sin » duda, malos artículos de Teología y Metafísica; pero, » ¿y que se puede hacer con censores teólogos, y un » privilegio real? Apuesto que no los haríais mejores. » *Sabed que hay otros artículos mas disimulados*, *en* » *donde todo está reparado* (3) ». ¿Y como se puede dudar de la intencion decidida de los enciclopedistas, cuando se ve que Voltaire exhorta y escribe formalmente á d'Alembert á que aproveche el tiempo en que, ocupadas las autoridades en otros asuntos, atendian menos á los progresos de los impíos? « Durante la guerra de los parla» mentos y obispos (decia), los filósofos deben hacer su » negocio. Ahora tendréis ocasion para atestar la Enci» clopedia de verdades que, veinte años ha, no habria » habido valor para decir (4) ». Fácilmente se comprenden todas estas solicitudes é intrigas de Voltaire, aten-

(1) Carta del 16 de Julio de 1762.

(2) Carta de d'Alembert del 21 Julio de 1757.

(3) En la misma carta.

(4) Carta de Voltaire á d'Alembert del 13 Noviembre de 1756.

diendo al buen éxito que de la Enciplopedia esperaba en su conspiracion. « Mucho me intereso, escribia á Damilaville (1), en una buena pieza de teatro; pero apreciaria aun mas un buen libro de filosofía que aplastase para siempre al *infame. Pongo todas mis esperanzas en la Enciclopedia* ». ¿Quien hay que despues de una declaracion como esta, pueda dudar que los impíos conjurados destinaban la Enciclopedia para que fuese el arsenal de todos los sofismas contra la religion?

Diderot, mucho menos reservado hasta en sus mismas emboscadas, manifestaba lo que sentia verse precisado á usar de astucias y disimulos. Deseaba poder introducir sus principios con menos reserva, y él mismo manifiesta cuales eran estos principios, cuando dice: *Todo el siglo de Luis XIV solo ha producido dos hombres dignos de trabajar en la Enciclopedia.* Estos dos hombres fueron Perrault y Boindin. No se sabe lo bastante porque el primero hubiera sido digno de esta ocupacion; el segundo sí. Boindin, que habia nacido en 1676, acababa de morir con tal fama de ateo, que no se permitió enterrarle con las ceremonias cristianas. Esta fama de ateo lo excluyó de la academia francesa; pero esta misma le daba derecho para cooperar á la Enciclopedia, si hubiese vivido. Tal era pues el objeto de esta obra, y tal la intencion de sus autores conjurados. Segun su propia declaracion, lo esencial de la Enciclopedia no era la reunion de lo que podia hacer de ella un tesoro de las ciencias, sino hacer de ella un depósito de las pretendidas verdades, es decir, de todas las impiedades que no se habrian atrevido á decir, cuando la autoridad velaba sobre sus propios intereses y sobre los de la religion; de hacer pasar todas estas impiedades bajo la mascarilla y pasaporte de la hipo-

(1) Carta del 23 Mayo de 1764.

cresía; de decir con repugnancia algunas verdades religiosas, ó, segun su expresion, de *imprimir lo contrario de lo que pensaban* sobre el cristianismo, para aprovechar la ocasion de imprimir todo lo que se pensaba contra él.

Obstáculos que se opusieron á la Enciclopedia.

Sin embargo, á pesar de todas las astucias de los conjurados, varias personas zelozas de la religion se levantaron contra la Enciclopedia, principalmente el Delfin, que obtuvo por algun tiempo la suspension de su publicacion y continuacion. Los autores y redactores impíos de esta compilacion tuvieron mucho que sentir en varias ocasiones. Parecia que d'Alembert estaba tan cansado que queria abandonar la empresa. Pero Voltaire, que mas que otro alguno sabia cuanto importaba este primer medio de los conjurados, tomó á su cuenta el reanimarlos. No se satisfizo con esto: él mismo trabajaba, pedia y enviaba sin cesar nuevos artículos. Les ponia delante el grande honor que les resultaria de la perseverancia en una empresa tan gloriosa. En particular á d'Alembert y Diderot les aseguraba que la resistencia que se les oponia seria el mayor oprobio de sus enemigos (1). No satisfecho aun con todo esto, les pedia con el mayor encarecimiento, y aun queria precisarles á título de amistad, y en nombre de la filosofía, á que venciesen los disgustos, y no se acobardasen en una carrera tan bella (2). Al fin salió con la suya; se concluyó la Enciclopedia y se manifestó al mundo con el sello de un privilegio público. Este primer triunfo de los impios les

(1) Véanse sus cartas de los años 1755 y 1756.

(2) Véanse sus cartas del 5 Setiembre de 1752, del 13 Noviembre de 1756, y principalmente la del 8 Enero de 1757.

pronosticó todos los otros resultados felices que se podian prometer en su guerra contra la religion (*).

Cooperadores de la Enciclopedia.

Pero aun debe saber mas el que quiera componer la historia del jacobinismo. Debe apurar la intencion que presidió á esta enorme compilacion, y adelantará mucho sabiendo y observando que cooperadores elegieron d'Alembert y Diderot para trabajar en la parte religiosa. El primer teólogo de la Enciclopedia fue Raynal. Los Jesuitas, que habian descubierto en él inclinaciones á la impiedad, le expelieron de su compañía. He aqui el brillante título, y la condecoracion mas honorífica para que d'Alembert lo eligiese. Sabe todo el mundo como Raynal, con sus atroces declamaciones contra la religion, ha justificado la sentencia de expulsion que contra él fulminaron los Jesuitas, y la eleccion que de él hizo d'Alembert; pero no todos saben, y es bueno que sepan la anecdota que borró á Raynal del catálogo de los cooperadores de la Enciclopedia y eslabona su historia con la del segundo teólogo de la misma, quien, sin ser impío se dejó por un momento arrastrar y conducir por las sociedades filosóficas.

Este segundo teólogo era el Abate Ivon, metafísico

(*) F..... B..... no obstante su perspicacia, conocimientos y firmeza de carácter, tuvo que ceder á las importunas pretensiones del embajador de Francia, para que se imprimiese en Madrid el extracto de todas las heregías y el aborto de todos los filósofos franceses, la abominable Enciclopedia. El capuchino Villalpando, á quien se dió á revisar, suplió la debilidad del señor M...., resistió constantemente su aprobacion, se negó al plan propuesto por el ministro para que aprobase su lectura é impresion con notas marginales. Ni los agentes franceses, ni sus partidarios españoles lograron la aprobacion de este sabio.

Preservativo contra la irreligion, impresion de Cadiz, pág. 70.

sobresaliente, pero muy bondadoso y cándido, quien siendo sobremanera pobre se valia de su pluma, mientras la podia tomar con honradez, para ganarse la vida. Con su genial buena fe habia defendido al *Abate de Prades;* y yo mismo le ví desafiar á un teólogo á que no le manifestaria error alguno en sus escritos; pero se dió por concluido al momento. Al mismo le he oido referir con la mayor sencillez el modo como que se dejó obligar para trabajar en la Enciclopedia. « Yo tenia, me dijo, » necesidad de dinero. Raynal me encontró y exhortó á » componer algunos artículos, añadiendo que me los » pagarian bien. Acepté la oferta, y Raynal envió mi » trabajo á la oficina, y me dió veinte y cinco luises. Me » tenia por bien pagado, cuando un librero de la Enci- » clopedia, á quien manifesté mi buena fortuna, se » sorprendió al oir que los artículos que Raynal habia » enviado á la oficina no eran de este. Se irritó sobre » manera, y al cabo de algunos dias me llamaron á la » oficina en donde Raynal, que habia recibido mil escu- » dos dando mi trabajo por suyo, salió condenado á » restituirme los cien luises que habia embolsado. » Esta anécdota no sorprenderá por cierto á los que saben los plagios de Raynal, bien conocido por ellos. La oficina le despidió y no quiso contar mas con él; pero su constante adhesion á la impiedad lo reconcilió con d'Alembert y Diderot. En honor del Abate Ivon debo decir que sus artículos sobre *Dios* y el *Alma*, que se hallan en la Enciclopedia, son los que oprimieron mas el corazon de Voltaire; pero d'Alembert y Diderot suplieron superabundantemente esta falta, remitiendo los lectores á otros artículos.

El tercer teólogo de la Enciclopedia (el segundo en el catálogo de d'Alembert, quien, en honor del buen Abate Ivon, no se atreve á mentarle á Voltaire) es aquel famoso

Abate Prades, que se vió obligado á refugiarse en Prusia, por haber tenido la osadía de querer sorprender la Sorbona, sosteniendo y sustituyendo las conclusiones mas impías á otras religiosas. El artificio de estas conclusiones fue lo que engañó al bondadoso Ivon. Lo descubrió el parlamento y castigó á su autor; pero Voltaire y d'Alembert lo recomendaron al Rey de Prusia (1). El honor de este Prades exige que yo revele aqui lo que no se halla en la correspondencia de sus protectores. Tres años despues de esta su apostasía pública, Prades retractó públicamente sus errores por una declaracion firmada de su mano en 6 de Abril de 1754, detestando su enlace con los sofistas, añadiendo que *no le bastaba una vida para llorar su pasada conducta*. Murió en 1782 (2).

Otro teólogo ó *lectoral* de la Enciclopedia fue el Abate Morellet, hombre muy querido de d'Alembert, y aun mas de Voltaire quien le llamaba *Mords-les* (muérdelos), porque, so pretexto de declamar contra la inquisicion, habia mordido rabiosamente la iglesia (3) (*).

---

(1) Correspondencia de Voltaire y d'Alembert, cartas 2 y 3.

(2) Diccionario histórico de Feller.

(3) Véase correspondencia de d'Alembert, carta 65 y 96, y carta á Tiriot del 26 Enero de 1762.

(*) Lo mismo se puede decir de cuantos han escrito en España contra la Inquisicion en estos últimos tiempos. Lo cierto es que nada hemos visto producido todavía contra la Inquisicion, en que brille la verdad, la veracidad y el desinterés, la noble imparcialidad, y un ánimo recto de convencer sólidamente al entendimiento y mover eficazmente el corazon..... Tal vez se escribiria menos contra este tan censurado tribunal, si se leyera con una despreocupacion verdaderamente filosófica, la obra de un fraile franciscano, aquella obra llena de una inmensa erudicion, la obra del grande Alfonso de Castro, *De justa hæreticorum punitione*. Alli aprenderian esos críticos fastidiosos á escribir con solidez y con crítica. Pero alli verian igualmente que se les quitaba la máscara, que se les descubrian sus ardides, que se

La

La mayor parte de los escritores legos, coadjutores de la Enciclopedia, era mucho peor. No haré mencion sino de Dumarsais, impío famoso y tan mal reputado, que la autoridad pública se vió precisada á destruir la escuela que habia ya abierto para inficionar á sus discípulos con el veneno de la impiedad. Este infeliz retractó tambien sus errores, pero en el lecho de la muerte. La eleccion que d'Alembert hizo de su pluma, manifiesta la intencion de los Enciclopedistas y la impiedad de sus cooperadores. El lector no debe confundir con estos impíos á cuantos tuvieron parte en la Enciclopedia, en especial á M. Formey y á M. Jaucourt. Este último como he dicho suministró muchos artículos, y solo se le puede reconvenir por haber continuado en suministrarlos, cuando advirtió como debia advertirlo, el abuso que se hacia de su zelo, pues eslabonaron sus piadosas producciones con los sofismas de la impiedad.

Juicio que de la Enciclopedia formó Diderot.

Á excepcion de los dos, que acabo de nombrar y de algunos otros pocos, puede el historiador reunir á los demas Enciclopedistas en el cuadro que bosquejó el mismo Diderot « Toda esta raza detestable de trabajadores, que » sin saber nada se jacta de saberlo todo, solo ha aspirado » á distinguirse por una especie de manía de parecer » universales, y que pretendiendo tratar de todo, todo » lo ha confundido, todo lo ha echado á perder, y *ha* » *hecho de este imaginario depósito de las ciencias un* » *sumidero, ó mejor un cajon de sastre, en donde todo*

---

daba completa solucion á los argumentos que hoy se intenta producir como nuevos é irresistibles..... Quítese la Inquisicion, y será todavía mas difícil atajar el impetuoso torrente del libertinage.

A. H. y C.

Procurador general, núm. 23.

» *está mezclado, indigesto é insulso, bueno y malo, pero* » *siempre incoherente* (1) ». Esta declaracion de Diderot es preciosa en cuanto al mérito intrínseco de la Enciclopedia. He aqui á este pontífice de la impiedad, que como Caifas dice la verdad, pero no segun su intencion. En cuanto á esta, en el mismo lugar citado de sus escritos se halla otro pasage aun mas precioso, en donde manifiesta el trabajo que le ha costado, y la molestia que ha sufrido, para insinuar lo que no se podia decir con claridad, sin sublevar las preocupaciones, es decir, segun su estilo, las ideas religiosas, y trastornarlas sin que se advirtiese.

Tan *sumidero, ó cajon de sastre*, como era la Enciclopedia, fue muy útil á los conjurados. Se acinaban los materiales, y apresuraban la publicacion de sus volúmenes. Voltaire, d'Alembert y Diderot, por su parte, no cesaban de insertar, á diestro y á siniestro, en cada volúmen, lo que se dirigia al grande objeto. Al fin, se concluyó la Enciclopedia. Todos los periódicos y las cien trompetas de la fama del partido de los conjurados la celebraron en todo el mundo. Todo el mundo queria tener la Enciclopedia; pero la república literaria se encontró bien burlada. Se hicieron ediciones de todos tamaños y precios, y so pretexto de corregir, fue mayor la insolencia. En el momento en que la revolucion de la impiedad estaba ya casi completa, apareció la *Enciclopedia por órden de materias*. Cuando se empezó, fue preciso tener algun miramiento por lo tocante á la religion. Un hombre de muy gran mérito, M. Bergier, canónigo de Paris, creyó que debia ceder á las urgentes instancias que de todas partes se le hacian, para que se

(1) El texto de Diderot sobre los vicios de la Enciclopedia es mas dilatado; lo que aqui se produce es de su artículo en el diccionario de los hombres ilustres de Feller, nueva edicion.

encargase de la parte religiosa de la Enciclopedia, y no permitiese la tratasen sus mayores enemigos. Sucedió lo que era fácil preveerse. Los desvelos de este sabio tan conocido por sus excelentes escritos contra Rousseau, Voltaire y demas impíos del tiempo, no sirvieron mas que de pasaporte á esta nueva coleccion, llamada *Enciclopedia metódica.* Cuando se dió principio á esta, se hallaba la revolucion francesa en el momento de hacer su explosion. Con esto los impíos que se encargaron de hacer la edicion, fueron de parecer, de que ya no habia necesidad de respetar la religion, como lo habian hecho sus predecesores. Á pesar del elogio que se merecen los desvelos de M. Bergier y sus cooperadores, la nueva Enciclopedia no salió mejor, sino mucho peor que las anteriores; pues los sofistas posteriores consumaron lo que emprendieron y no pudieron ejecutar los anteriores, Voltaire, d'Alembert, Diderot y sus cómplices, por lo relativo á este primer medio de los conjurados anticristianos.

CAPITULO V.

SEGUNDO MEDIO DE LOS CONJURADOS.

Extincion de los Jesuitas.

La hipocresía de d'Alembert y Voltaire habia triunfado de todos los obstáculos. Tuvieron tal arte y maña en representar como bárbaros y fanáticos á los enemigos de la Enciclopedia, y hallaron sucesivamente en los ministros d'Argenson, Choiseul y Malesherbes protectores tan poderosos, que toda la oposicion del gran Delfin, del clero y de los escritores religiosos no pudo estorbar que aquel depósito de todas las impiedades se mirase como una obra necesaria. Logró esta tál aceptacion, que se tuvo en cierta manera por el fundamento de todas las bibliotecas públicas y particulares, no solo en Francia, sino tambien en todos los paises estrangeros. Para todo se acudia á la Enciclopedia. Al mismo tiempo que los impíos tenian reunidas alli todas sus armas contra la religion, los sencillos, pensando instruirse, tragaban sin advertirlo, el veneno de la incredulidad. Los conjurados se daban el parabien por el buen éxito de este su primer medio; pero no podian disimular, y sabian que habia hombres, cuyo zelo, ciencia, reputacion y autoridad podian hacer abortar la conjuracion. La Iglesia tenia sus defensores en los obispos y en el clero de segundo órden. Habia, á mas de esto, un gran número de institutos religiosos, á los que el clero secular podia mirar como tropas auxiliares siempre ejercitadas y dispuestas á unirse

á él para defender la causa del cristianismo. Antes de manifestar los medios de que se valieron los conjurados para quitar á la Iglesia todos sus defensores, debo hacer presente el proyecto que formó Federico II, rey de Prusia, para arruinar la misma iglesia, de donde veremos originarse la resolucion de dar principio por la destruccion de los Jesuitas, para llegar sucesivamente á la de los otros cuerpos religiosos, y luego á la de los obispos y de todo el sacerdocio.

Primer plan de Federico para arruinar la Iglesia.

En el año de 1743 fue comisionado Voltaire para una negociacion secreta con el rey de Prusia. Entre las cartas, que escribió en aquella época, desde Berlin, hay una dirigida al ministro Amelot, concebida en estos términos: « En la última conferencia que tuve con su magestad » prusiana, le hablé de un impreso que ha seis semanas » que corre en Holanda, en que se propone el medio » de pacificar el imperio, secularizando los principados » ecclesiásticos á favor del Emperador y de la reina de » Hungria. Le dije, que yo desearia, de todo mi corazon » la ejecucion del proyecto; que seria dar al César lo » que es del César; que la iglesia no debia mas que rogar » á Dios y á los príncipes; que los Benedictinos no » habian sido instituidos para ser soberanos; y que esta » opinion, en que yo abundara siempre, me habia conci- » liado muchos enemigos en el clero. Me confesó que él » mismo habia hecho imprimir el proyecto. Me hizo » entender, que no sentiria verse comprendido en las » restituciones, que los eclesiásticos, en conciencia dijo, » deben hacer á los reyes; y que él, con mucho gusto, « hermosearia á Berlin con los bienes de la iglesia. Ello

(1) Correspondencia general, carta del 8 Octubre de 1743.

» es cierto que quiere llegar á este término, y no pro-
» curará la paz hasta que logre estas ventajas. Dejo á
» vuestra prudencia aprovecharos de este designio secreto
» que solo á mí ha confiado ».

Efecto de este plan en la corte de Versalles.

Al tiempo que se recibió esta carta, la corte de Luis XV estaba llena de ministros que pensaban como Voltaire y Federico sobre la religion. No habia en Francia electores eclesiásticos á quienes invadir y despojar; pero viéranse un gran número de religiosos, cuyas posesiones podrian suministrar grandes riquezas. Concibieron los ministros que si el plan de Federico no podia seguirse por entonces, á lo menos, con el tiempo, no era imposible sacar un buen partido para la Francia. El marques d'Argenson, consejero de estado y ministro de negocios extrangeros, era uno de los mayores protectores de Voltaire, y fue el primero en adoptar su proyecto de despojar la Iglesia; él trazó el plan que se debia seguir para destruir á los religiosos.

Proyecto del ministro d'Argenson contra los Religiosos.

Los progresos de este plan debian ser lentos y sucesivos, para no alarmar los ánimos. Al principio no se habian de secularizar y destruir sino las órdenes menos numerosas. Poco á poco se habia de hacer mas difícil el ingreso en religion, no permitiendo la profesion hasta una edad en que el hombre, por lo regular, ya ha tomado otro estado. Los bienes de los conventos suprimidos deberian al principio destinarse á obras pias, ó reunirlos á los obispados; pero tambien debia llegar el tiempo en que, suprimidas todas las órdenes religiosas, se habian de hacer valer los derechos del rey, como

gran señor, y aplicar á su dominio todo lo que le habia pertenecido, y aun todo lo que por el pronto se hubiese reunido á los obispados. El ministerio en Francia se muda y cambia á menudo, decia un Legado observador; pero los proyectos, si una vez se han admitido por la corte de Francia, perseveran y se perpetuan hasta el momento propicio á su ejecucion. El que habia formado d'Argenson para destruir los cuerpos religiosos, ya estaba extendido antes del año 1745. Aun estaba en el escritorio del primer ministro Maurepas, cuarenta años despues. Lo sé de un monge benedictino llamado Bevis, sabio distinguido, á quien estimaba M. de Maurepas, y tanto, que lo solicitó varias veces á que saliese de su órden para conferirle un beneficio secular. El benedictino nunca admitió estas ofertas, y Maurepas para precisarle, le dijo que tarde ó temprano se habria de resolver; y á este fin le dió á leer el plan de d'Argenson, que estaba resuelto á seguir ya habia tiempo, y que debia ejecutarse dentro de breves dias.

Es evidente que la avaricia sola no dictó este plan, porque no solo comprendia las órdenes que tienen rentas, sí tambien á las que no poseyendo cosa alguna, nada les ofrecia que robar con su destruccion. Acelerar la ejecucion de este proyecto, ó solo manifestarle antes que los sofistas de la Enciclopedia hubiesen preparado los ánimos para aceptarle, era exponerse á grandes dificultades. Estuvo pues sepultado algunos años en la oficina de Versalles, entre tanto que los ministros *Voltairianos* cooperaban, bajo mano, á los progresos de la incredulidad. De una parte parecia que perseguian á los filosofistas, y de la otra los estimulaban. No permitian á Voltaire que volviese á Paris; pero Voltaire al mismo tiempo *estaba inundado de alegría, recibiendo una patente del rey, con la que se le reintegraba la pension, desde de*

doce años suprimida (1). Algunos de los primeros secretarios y ministros le permitian usar de sus nombres y sellos para corresponderse con todos los impíos de Paris, y para los manejos anti-religiosos, de los cuales ellos sabian todos los secretos (2). Esta es aquella parte de la conspiracion anticristiana, cuyas maniobras describe Condorcet con estas palabras: « Muchas veces un go-
» bierno recompensaba con una mano á los filósofos,
» mientras que con la otra pagaba á sus calumniadores;
» los desterraba, y se honraba con que la suerte los
» hubiese hecho nacer en su distrito: los castigaba por
» sus opiniones, y se habria avergonzado de que se du-
» dase que era de su partido (3) ».

Choiseul se entiende con los filósofos.

Esta pérfida inteligencia de los ministros de un rey cristianísimo con los conjurados anticristianos apresuraba los progresos de la secta. En fin, el mas impío y despota de estos ministros creyó que habia llegado ya el tiempo, en que se podia dar el golpe decisivo para destruir los cuerpos religiosos. Este ministro era el duque de Choiseul. De cuantos protectores ha tenido la impiedad fue este en todo el tiempo de su poder, con quien Voltaire contó mas. Por esto Voltaire, escribiendo á d'Alembert, le decia: « No temais en algun modo que el duque de
» Choiseul se os oponga; os lo repito, y no os engaño;
» él tendrá á gran dicha serviros (4) ». « Nos hemos visto
» algo alarmados á causa de ciertos terrores pánicos,
» decia Voltaire á Marmontel (5); pero nunca temor fue

(1) Carta á Damilaville del 9 de Enero de 1762.
(2) Carta á Marmontel del 13 Agosto de 1760.
(3) *Esquise d'un tableau historique, par Condorcet.* 9. *Époque.*
(4) Carta 68 del año 1760.
(5) Carta á Marmontel del 13 Agosto de 1760.

» mas infundado. El señor duque de Choiseul y madama » Pompadour saben el modo de pensar del Tio y de la » Sobrina. Se nos puede enviar cualquiera cosa sin pe- » ligro ». Tal era la confianza que los sofistas tenian de la proteccion del Duque contra la Sorbona y la Iglesia, que Voltaire en sus arrebatos exclamó : *Viva el ministerio de Francia, y viva mas que todos el señor duque de Choiseul* (1).

Como hizo decretar la destruccion de los Jesuitas, y porque empezó por ellos.

El ministro Choiseul merecia muy bien esta confianza que de él tenia el patriarca de los conjurados, pues habia adoptado el proyecto de d'Argenson. En este proyecto creyeron los ministros hallar un manantial inagotable de riquezas para el estado. Sin embargo, muchos estaban distantes de buscar la destruccion de la religion por la de los religiosos, y aun pensaron algunos que no podria la nacion desprenderse de todos ; y por lo mismo al principio exceptuaron de la proscripcion á los Jesuitas. Pero precisamente por estos queria empezar Choiseul. Su intencion se habia manifestado por una anécdota que sabian los Jesuitas. Les he oido referir, que un dia Choiseul estando en conversacion con tres embajadores, uno de estos le dijo : que si en alguna ocasion llegaba á tener valimiento, que destruiria todos los cuerpos religiosos, exceptuando únicamente á los Jesuitas, porque á lo menos son útiles para la educacion. « Pero yo » (respondió Choiseul) á la hora que pueda, solo des- » truiré los Jesuitas ; porque suprimida su educacion, » los demas cuerpos religiosos caerán por sí mismos ». Esta política era profunda ; pues es constante que des-

(3) Carta del 2 Setiembre de 1767.

truyendo en Francia un cuerpo encargado de la mayor parte de los colegios, era obstruir en un instante el manantial de aquella educacion cristiana que proporcionaba á las otras órdenes mayor número de individuos.

Á pesar de la excepcion del consejo á favor de los Jesuitas, Choiseul no desesperó de inclinarle á su opinion. Los Jesuitas ya estaban arraigados en Francia, y por lo mismo no se podia esperar que cooperasen á la destruccion de los otros cuerpos religiosos: por el contrario, estaban prontos á representar y sostener los derechos de la iglesia, y á conservar aquellos cuerpos con todo el influjo que tenian en la opinion del público, fuese por sus discursos, ó fuere por sus escritos. Pero por lo mismo le fue fácil á Choiseul hacer entender al consejo, que si este queria aplicar al estado los socorros que deberian provenir de las posesiones religiosas, era preciso empezar por los Jesuitas. Aunque he sabido por ellos solos esta anécdota, los resultados la han hecho muy verosimil. Debo añadir que mi objeto no es examinar si los Jesuitas merecieron ó no la suerte que experimentaron, sino manifestar únicamente la mano oculta y los sugetos que, segun la expresion de d'Alembert, *habian dado las órdenes* conducentes á la destruccion de esta sociedad. La respuesta á esta pregunta: *¿Es verdad que la destruccion de los Jesuitas fue concebida, meditada y dirigida por los conjurados, y mirada como uno de los medios mas eficaces para llegar al término de la destruccion del cristianismo?* es lo único que debo averiguar como historiador por lo relativo á esta conspiracion anticristiana. Para esto es necesario saber el fin á que estaban destinados los Jesuitas, y que el concepto que de ellos se tenia entonces los hacia generalmente odiosos á los conjurados; y con toda particularidad es necesario saber de la boca de los mismos conjurados la parte que tuvieron y el interes que tomaron en la destruccion de esta sociedad.

¿ *Que cosa era el cuerpo de los Jesuitas* ?

Los Jesuitas formaban un cuerpo de veinte mil religiosos repartidos en todos los paises católicos. Estaban especialmente dedicados á la instruccion de la juventud; se ocupaban tambien en la direccion de las almas y en la predicacion. Por un voto particular se obligaron á hacer las funciones de misioneros en cualquiera parte á donde los Papas los enviasen á predicar el Evangelio. Aplicados al estudio, habian producido un gran número de autores, y sobre todo de teólogos, que sin cesar combatian los errores contra la iglesia. En estos últimos tiempos, principalmente en Francia, tenian por enemigos á los Jansenistas, y á los que se llaman filósofos. Su zelo por la iglesia catolica era tan notorio y activo, que el rey de Prusia los llamaba : *Los guardias de corps del Papa* (1).

Parecer de los Obispos sobre los Jesuitas.

La junta del clero compuesta de cincuenta prelados, cardenales, arzobispos y obispos franceses, consultados por Luis XV, cuando se trataba de destruir esta sociedad, respondió expresamente : « Los Jesuitas son muy útiles » á nuestras diócesis para la predicacion, para la direc- » cion de las almas, para establecer, conservar y renovar » la fe y la piedad por medio de las misiones, congre- » gaciones y ejercicios, que hacen con nuestra aproba- » cion, y bajo nuestra autoridad. Por estos motivos, » Señor, pensamos que prohibirles la instruccion seria » causar un notable perjuicio á nuestras diócesis, y que » en cuanto á la instruccion de la juventud, seria muy » dificil reemplazarlos con la misma utilidad, princi-

(1) Carta 154 á Voltaire.

» palmente en las ciudades de las provincias en donde
» no hay universidades (1) ». Esta era la idea, en general, que tenian los católicos de estos religiosos, y por lo mismo no se debe omitir, para que se vea, que la destruccion de esta sociedad debia naturalmente entrar en el plan que trazaban los conjurados anticristianos.

Tiempo hubo en que la destruccion de esta compañía se atribuyó á los Jansenistas, y es cierto, que estos se mostraban muy empeñados en ella. Pero el duque de Choiseul, y aquella famosa cortesana la marquesa de Pompadour, que entonces reinaban en Francia, bajo el nombre y sombra de Luis XV, no amaban mas á los Jansenistas que á los Jesuitas. El duque y la marquesa cortesana sabian todos los secretos de los conjurados, y los sabian porque eran depositarios del secreto de Voltaire (2), y este, como él mismo se explica, habria querido *que á cada Jesuita le hubiesen precipitado en el fondo del mar con un Jansenista al cuello* (3). Los Jansenistas pues no fueron sino alanos lanzados y azuzados por Choiseul, la Pompadour y los filosofistas contra los Jesuitas. Pero á Choiseul y á la Pompadour ¿qué les interesaba, ó que mano los empujaba? El ministro de entonces era uno de aquellos hombres, cuya conducta descubria con evidencia su impiedad. La cortesana queria vengarse del Jesuita Sacy, quien rehusaba administrarle los sacramentos, si apartándose de la corte, no reparaba los escándalos de su vida disoluta con Luis XV. Ambos, segun las cartas de Voltaire (4), habian sido siempre grandes protectores de los nuevos sofistas; el ministro, sobre todo favorecia, bajo mano, todos sus manejos, en

(2) *Avis des Évêques an.* 1761.
(1) Carta de Voltaire á Marmontel del 13 Agosto de 1760.
(2) Carta á Chabanon.
(3) Carta á Marmontel del 21 Agosto de 1767.

cuanto las circunstancias lo permitian á su política. He aqui pues el secreto de los conjurados por lo relativo á los Jesuitas. No se necesita mas que oir á los unos despues de los otros para descubrirle.

Leamos en primer lugar lo que d'Alembert escribia á Voltaire, presintiendo su victoria sobre los Jesuitas, y las grandes ventajas, que de su caida, sacaria la conjuracion (1).» Destruid el *infame*, me repetís sin cesar, » (que era decir, destruid la religion cristiana). Eh, » Dios mio! dejadla, que se desplome por sí misma; « ella corre con mas prisa al precipicio, de lo que pen- » sais. ¿Sabeis lo que dice Astruc? No son los Jansenis- » tas los que matan á los Jesuitas; es la Enciclopedia, » voto á tal, es la Enciclopedia. Bien podria ser, y el » pícaro de Astruc es como Pasquin, que habla algunas » veces con bastante seso. Yo que en este momento lo » veo todo de color de rosa, estoy mirando dede aqui » á los Jansenistas, que el año que viene tendrán una « buena muerte, despues de haber muerto en este año » violentamente á los Jesuitas. La tolerancia se estable- » ce, los protestantes han sido llamados, los sacerdotes » se casan, la confesion queda abolida y el fanatismo (ó » el *infame*) aniquilado, sin que se advierta.» Este es el idioma de los conjurados, que manifiesta la parte que tuvieron en la muerte de los Jesuitas. Esta es la verdadera causa, y estas las esperanzas que tenian. Ellos inspiraron el odio y pronunciaron la sentencia de muerte. Los Jansenistas, despues de haber servido tan bien á los conjurados, perecerán sin remedio. Los Calvinistas, sí que volverán á Francia; pero á su tiempo acabarán. Todo lo que los sofistas llaman *fanatismo*, toda religion cristiana ha de ser aniquilada, y solo quedarán los de la conjuracion y sus iniciados.

(4) Carta 100.

D'Alembert no descubria en los parlamentos sino magistrados ciegos, quienes con la destruccion de los Jesuitas, cooperaban sin advertirlo, á las intenciones de los filosofistas. En este sentido escribia á Voltaire (1): « Los Jesuitas ya no tienen los burlones á su favor, des» de que estos se han enredado con la filosofía. Al pre» sente estan en guerra con los miembros del Parlamento, » que son de parecer que la sociedad de Jesus es con» traria á la sociedad humana, así como los Jesuitas » creen que el órden del Parlamento no es el órden » de los que piensan con rectitud; y la filosofía juzgará » que la sociedad de Jesus y el Parlamento tienen ra« zon.» En este mismo sentido, comunicando su modo de pensar á Voltaire, dijo (2): » La evacuacion del co» legio de Luis el Grande (colegio de Jesuitas en Paris) » llama nuestra atencion mucho mas que la de la Mar» tinica. A fe que es este un asunto muy sério, y que las » salas del Parlamento no van de burlas. Ellos creen » servir á la religion; pero ellos sirven á la razon, sin » que se pueda dudar. *Ellos son los ejecutores de la alta » justicia á favor de la filosofía, de la cual reciben las » órdenes sin que lo sepan.* » Embelesado con esta idea, cuando descubrió el momento en que las órdenes contra la Enciclopedia iban á ejecutarse, manifestó abiertamente los motivos de su venganza; acudió hasta al mismo Dios cuya existencia no creía, paraque no se le escapase la presa de las garras. » La filosofía, dice (3), parece que » llega al momento en que se vengará de los Jesuitas. Pero, » ¿y quien la vengará de los otros fanáticos? Roguemos » á Dios, querido cofrade, paraque la razon, en nuestros

(1) Carta 98 del año 1761.
(2) Carta 200.
(3) Carta 90 del año 1761.

» dias, alcance este triunfo. » Llegó el dia de este triunfo, y d'Alembert lo anunció como objeto el mas deseado. » En fin, exclamó (1), dia seis del mes que viene nos » veremos libres de la canalla jesuítica: ¿ pero la razon « lo pasará mejor, y el *infame* lo pasará peor? »

De este modo la abolicion de la religion cristiana, significada siempre por la sacrílega fórmula y bajo la expresion del *infame*, en el idioma de los conjurados, anda siempre unida á los deseos y al gozo que sienten en la destruccion de los Jesuitas. D'Alembert estaba tan persuadido de la importancia de su triunfo sobre esta sociedad, que, temiendo en cierta ocasion (como se lo habian dicho) que Voltaire se manifestase agradecido á los Jesuitas, que habian sido sus primeros maestros, se apresuró á escribirle (2): « ¿ Sabeis lo que dijeron ayer? » que los Jesuitas os causaban lástima, y que estais casi » tentado á escribir en su favor, si aun fuese posible » hacer se tome interés por unas gentes que habeis ridi» culizado tanto. Creedme: nada de flaqueza humana; » permitid que la canalla jansenista nos deshaga de la ca» nalla jesuítica, y no impidais que estas arañas se devoren » las unas á las otras.

Declaracion de Voltaire.

Nada habia menos fundado que este temor de la flaqueza de Voltaire. Es verdad que él no componia las acusaciones de los fiscales del parlamento, como se decia haberlo hecho d'Alembert con Mr. de la Chalotais, el mas astuto y maligno de cuantos se dejaron ver contra los Jesuitas; pero Voltaire no trabajaba con menos eficacia en su perdicion. Él componia y hacia circular

(1) Carta 102.
(2) Carta del 15 Setiembre de 1762.

memorias contra ellos (1). Si entre los grandes conocia á algunos protectores de los Jesuitas, hacia cuanto podia para volverlos contra ellos. De este modo, por ejemplo, escribió al Duque de Richelieu (2): »Señor me han » dicho que habeis favorecido á los Jesuitas en Burdeos. » Procurad quitar todo el crédito á los Jesuitas.» Asi no tuvo empacho de reconvenir al Rey de Prusia, porque este habia ofrecido un asilo á estas desgraciadas víctimas de la conspiracion (3). Su corazon tan lleno de ódio como el de d'Alembert manifestaba con las injurias mas groseras todo su gozo, cuando tenia noticia de sus desgracias; y por sus cartas se descubre con que sectarios le comunicaba y partia, cuando escribió al Marqués de Villevielle (4): »Me regocijo con mi bravo caballero sobre » la expulsion de los Jesuitas. El Japon ha sido el pri- » mero en sacar á estos bribones de Loyola. Los Chinos » han imitado al Japon. Francia y España imitan á los » Chinos. *¡ Pudiésemos exterminar á todos los frailes,* » *que no valen mas que estos pícaros de Loyola!* Si se » dejase subsistir la Sorbona, llegaria á ser peor que » los Jesuitas. Estamos rodeados de monstruos. Abraza- » mos á nuestro digno caballero y le exortamos á que » oculte su marcha al enemigo.»

¡Que ejemplos cita aqui el filósofo de Ferney! El del Japon, es decir, el de su feroz Taicofama, que no sacó, ó no sacrificó á los misioneros Jesuitas, sin derramar en su imperio la sangre de miles de mártires para acabar con el cristianismo (5). El de la China, sin duda, mas moderado; pero en donde la persecucion contra los mismos

(1) Carta al marques d'Argens de Dirac, del 26 Febrero de 1762.
(2) Carta del 27 Noviembre de 1761.
(3) Carta del 5 Noviembre de 1773.
(4) Carta del 27 Abril de 1767.
(5) Historia del Japon por Charlevoix.

misioneros

misioneros ha sido siempre, ó precedida ó seguida de la prohibicion de predicar el Evangelio. El hombre que se apoya sobre tales autoridades, ¿no es evidente que ha formado la misma resolucion? Merece notarse que Voltaire no se atreve aqui á citar el ejemplo de Portugal, ó del tirano Carvalho. La verdadera causa de este silencio es, que el mismo Voltaire, con toda la Europa, se veia obligado á convenir en que la conducta de este ministro, por lo relativo á Malagrida, y á la imaginaria conspiracion de los Jesuitas en Portugal, *era el exceso de lo ridículo unido al exceso del horror* (1). He visto personas instruidas, que piensan que la persecucion que se movió en Portugal contra los Jesuitas, tenia relacion con la conspiracion filosófica, y que no era mas que el primer ensayo de lo que la secta podria intentar contra ellos en otras partes. Esto muy bien puede ser; la política é influjo de Choiseul, el caracter de Carvalho son bastante conocidos para no oponerse á este modo de pensar; pero no tengo pruebas sobre la inteligencia secreta de estos ministros. Por otra parte la ferocidad y perversidad de Carvalho se han manifestado tanto, hizo morir y tuvo en un largo y cruel cautiverio tantas víctimas que se han declarado inocentes por el decreto del 8 de Abril de 1771, que no tenia necesidad sino de sí mismo para todos los crímenes y tiranía que componen el tejido de su abominable ministerio. (Véanse las memorias y anécdotas de M. de Pombal, y los discursos sobre la historia, por el conde de Albon).

Conviene tambien se observe que habiendo los sofistas conjurados, y sobre todos Damilaville, hecho lo posible para atribuir á los Jesuitas el asesinato de Luis XV, Voltaire respondió: « Hermanos, debiais haber observado que en nada he reparado mientras sea contra los

(1) Siglo de Luis XV. Cap. 33.

» Jesuitas; pero yo sublevaria toda la posteridad á su » favor, si se les acusase de un delito del cual los ha jus- » tificado la Europa y Damiens.... Yo no seria mas que » un vil eco de los Jansenistas si hablase de otra ma- » nera (1) ». A pesar de esta diferencia de pareceres en las acusaciones contra los Jesuitas, d'Alembert, bien asegurado de que Voltaire no estaba menos empeñado que él en esta guerra, le envió su pretendida historia de estos religiosos; obra sobre la cual es necesario oir sus propias expresiones, para descubrir el arte con que la atroz hipocresía se habia dedicado al grande objeto de la conspiracion. « Recomiendo este libro á vuestra pro- » teccion (escribia á Voltaire); pues creo que en efecto » podrá ser útil á la causa comun, y que la supersticion, » con todas las reverencias que aparentemente le hago, » no lo pasará mejor. Si me hallase como vos, bastante » lejos de Paris para darle buenos palos, aseguro que » los daria de todo mi corazon, con toda mi alma y con » todas mis fuerzas, del mismo modo que se pretende » que se ha de amar á Dios; pero mi situacion no me » permite darle mas que algunas papirotadas, pidiéndole » al mismo tiempo perdon de mi gran libertad; y me » parece que no lo he hecho mal (2) ». No es única- mente la bajeza de las expresiones lo que irrita en esta correspondencia; es principalmente la grandísima hipo- cresía, traicion y artificio con que proceden, y que mutuamente se comunican estos pretendidos filósofos. Ello es cierto que si los artificios y astucias mas abomi- nables y cobardes son los grandes medios de los conju- rados, con dificultad se hallarán ejemplos mas odiosos, ni declaraciones mas evidentes que estas.

(1) Carta á Damilaville, del 2 Marzo de 1763.
(2) Carta del 3 Enero de 1765.

Conducta extraña y declaracion de Federico.

Federico en esta guerra antijesuítica se portó de tal modo, que nadie, sino él mismo, lo puede declarar. Veia que los Jesuitas *eran los guardias de corps del Papa*, los granaderos de la religion, y como á tales los aborrecia, y cooperaba á su destruccion. Se unia á los conjurados para que estos triunfasen; pero tambien descubria en esta misma sociedad un cuerpo muy útil y aun necesario á sus estados, y como tales los conservó algunos años, resistiendo á las solicitudes de Voltaire y de todo el filosofismo; y aun se podria decir que los queria y amaba cuando contestó á Voltaire en estos términos (1): « En cuanto á mí no tengo motivo para quejarme de » Ganganelli; él me deja mis queridos Jesuitas, perse» guidos en todas partes. Yo los conservaré para dar » semilla á los que quieran cultivar en sus tierras esta » planta tan rara ». El mismo Federico se dignó entrar en pormenores de mas expresion con Voltaire, como para justificarse de la resistencia que oponia á los proyectos y solicitudes de los conjurados. « He conservado, » decia Federico (2), este órden bueno ó malo, tan » herege como soy, y aun incrédulo. Y estos son los » motivos: en nuestros paises no se halla algun literato » católico sino entre los Jesuitas. No teníamos persona » capaz para enseñar los cursos. Ni teníamos Padres del » oratorio, ni de las escuelas pias. Era pues necesario, » ó conservar los Jesuitas, ó permitir que pereciesen » todas las escuelas. Debia pues subsistir este órden, para » proveer de profesores, á proporcion que se disminuyan » los Jesuitas. Ellos pueden subsistir con los productos

(1) Cartà del 7 Julio de 1770.
(2) Carta del 8 Noviembre de 1777.

» de su fundacion; pero estos mismos productos no bas» tarian para dotar profesores laicos. Á mas de » esto, en la universidad de los Jesuitas es donde se » instruyen los teólogos para los curatos. Si se hubiese su» primido este órden, no habria subsistido la universidad, » y nos habríamos visto precisados á enviar los Silesianos » á estudiar su teología en Boemia, lo que habria sido » contrario á los principios fundamentales del gobierno ».

De este modo manifestaba Federico su modo de pensar, cuando hablaba como rey, y cuando creia poder exponer las razones políticas de su conducta; y bien se deja ver que habia escogido muy bien los motivos que le obligaban á desistir, en este particular, del objeto de los conjurados: pero ya se ha dicho que en Federico habia dos hombres; habia en él un hombre que era rey, y que por lo mismo se creia obligado á conservar los Jesuitas; habia en él otro hombre que era sofista, y como tal conspiraba con Voltaire y demas conjurados á la destruccion de un órden, del cual, en su concepto, dependia la religion. En esta calidad de impío se explicaba Federico con mas libertad con sus aliados. Federico se daba el parabien, lo mismo que d'Alembert, contemplando en la abolicion de los Jesuitas un presagio, para él seguro, de la destruccion de todo el cristianismo. En tono de zumba la mas insultante escribió (1): « ¡Que siglo tan » desgraciado para la corte de Roma! La atacan abierta» mente en Polonia; Francia y Portugal han expelido » sus guardias de corps; parece que se hará otro tanto » en España. Los filósofos socaban abiertamente los fun» damentos del trono apostólico: se burlan del libro » del mago (el Evangelio); disfaman al autor de la » secta; se predica la tolerancia; todo está perdido. Es » necesario un milagro para salvar la iglesia; la infeliz

(1) Carta 154 del año 1767.

» está herida de un ataque terrible de apoplexia. Y vos, » Voltaire, tendréis el consuelo de enterrarla y hacer su » epitafio, como en otra ocasion lo hicisteis para la Sor- » bona ».

Cuando Federico vió cumplido cuanto habia previsto de los Españoles, no pudo contener su alegría. « He aqui » una nueva ventaja, decia á Voltaire (1), que habemos » logrado en España. Los Jesuitas han sido expelidos de » aquel reino. Aun hay mas : las cortes de Versalles, » Viena y Madrid han pedido al Papa la supresion de » un gran número de conventos. Se dice que el Santo » Padre se verá precisado á consentir, aunque rabiando : » ¡cruel revolucion! ¡Que no ha de esperar el siglo que » seguirá al nuestro! La segur está á la raiz del árbol. De » una parte los filósofos se levantan contra los abusos de » una supersticion reverenciada; de otra parte los abusos » de la disipacion, precisan á los príncipes á apoderarse » de los bienes de los regulares, que son los apoyos y » trompetas del fanatismo. Este edificio, zapado en sus » fundamentos, va á desplomarse, y las naciones publi- » carán en sus anales, que *Voltaire fue el promotor de » esta revolucion que se hizo en el espíritu humano en el » siglo diez y nueve* ».

Declaraciones nuevas de Voltaire y de d'Alembert.

Combatido Federico por mucho tiempo de la diversidad de estas opiniones, ya como sofista, ya como rey, aun no cedia á las instancias de los conjurados. Las de d'Alembert, en particular, eran vivas y frecuentes. De ningun modo se puede formar juicio de lo importante que le parecia el éxito, sino atendiendo á sus propias

(1) Carta del 5 Mayo de 1767.

palabras. « Mi respetable patriarca, escribia á Voltaire » (1), no me acuseis de que no sirvo á la buena causa; » *tal vez ninguno le hace tan buenos servicios como yo.* » ¿Sabeis en que estoy ahora ocupado? En hacer sacar » de Silesia *la canalla jesuítica*, de la que tiene muchas » ganas de deshacerse vuestro antiguo discípulo, aten- » diendo á las traiciones y perfidias, que como me ha » dicho, ha experimentado en esta última guerra. No » escribo carta á Berlin, en la que no diga que *los filó-* » *sofos de Francia se admiran de que el rey de los filósofos,* » *el protector ilustrado de la filosofía, tarde tanto en* » *imitar á los reyes de Francia y de Portugal.* Estas cartas » se leen al rey, y como es tan sensible á lo que los » verdaderos creyentes piensan de él, como lo sabeis, » esta semilla producirá sin duda su fruto, mediante la » gracia de Dios, que, como dice la escritura, cierra y » abre el corazón de los reyes como una llave de fuente ». Mucho me cuesta trasladar estas soezes bufonadas, con que d'Alembert reviste la perversidad de su conspiracion, y la sangre fria con que procede en sus maquinaciones clandestinas contra una sociedad cuyo único crímen, por lo relativo al mismo d'Alembert, no es otro que no pensar como él en materia de religion. Quiero evitar á mis lectores la molestia que les causarian otras expresiones de este jaez, y aun mas indecentes. Ha sido preciso que á lo menos alguna vez se descubran estos grandes hombres al natural, para que se vea cuan pequeños son, y cuan viles y despreciables, á pesar de su altivez y orgullo. Sin embargo, á despecho de todas las instancias, Federico, contra las esperanzas de d'Alembert, conservaba *sus queridos Jesuitas* quince años despues. Esta expresion de Federico por una parte, y por otra el haberse

(1) Carta del 15 Diciembre de 1763.

dejado al fin vencer de las intrigas, callando absolutamente las traiciones, de que se acusaba á estos religiosos, prueban lo bastante que no le era mas difícil á d'Alembert apoyarse sobre calumnias de imaginarios agenos testimonios, que calumniar él por sí mismo; porque, como él mismo dice (1), « Federico no era un hombre: » que pudiese tener reservados en su corazon real los « motivos de queja que hubiese tenido contra ellos, » como se habia hecho en España, cuya conducta pareció sobre este particular tan reprensible, aun á los mismos conjurados (2).

Inquietud de los conjurados sobre la vuelta de los Jesuitas.

Sea lo que fuere, no les bastó haber logrado de tantos reyes la expulsion de los Jesuitas; se necesitaba aun algo mas, y habiendo tenido sus conciliábulos, salieron de sus cavernas los desaforados gritos con que se pidió á Roma la extincion total de la *Compañía*. Voltaire consideraba que esta extincion era de tanta importancia, que hasta que se logró fue el único objeto de sus ocupaciones. Y se logró..... La Francia descubrió entonces la profunda herida que la falta de los Jesuitas habia hecho á la pública educacion. Algunas personas poderosas, sin manifestar que querian hacer un movimiento retrógrado, se empeñaron en remediar el daño, creando una nueva sociedad cuyo único objeto fuese la educacion de la juventud, á la que se debian admitir con preferencia los Ex-Jesuitas, como mas ejercitados en este servicio público. Á la primera noticia de este proyecto se sobresalta d'Alembert, y le parece que está viendo á los Jesuitas resucitados. Escribe y vuelve á escribir á Voltaire, dán-

(1) Carta del 24 Julio de 1767.
(2) Carta de d'Alembert á Voltaire, del 4 Mayo de 1767.

dole hasta el tema para proceder contra el nuevo plan de educacion. Quiere, con toda particularid, que se insista *en manifestar el peligro á que se expone el estado, el rey y el duque de Aiguillon*, bajo cuyo ministerio se habia consumado la grande obra de la destruccion de los Jesuitas. Todavía mas; es preciso insistir tambien, dice, *en manifestar el inconveniente que resultaria de fiar la juventud para su instruccion á una comunidad de sacerdotes, cualquiera que sea.* Que se represente que los eclesiásticos *son ultra-montanos y anti-ciudadanos por principios. Bertrand* (d'Alembert) conçluye con decir á *Raton* (Voltaire): *Esta castaña pide un fuego encubierto y una pata tan diestra como la de Raton, y con esto beso sus queridas patas* (1).

Voltaire, tan sobresaltado como d'Alembert, emprende la obra, y pide nuevas instrucciones. Medita que giro podrá dar á este negocio. Le parece sobradamente serio para colocarle en la esfera de lo ridículo. D'Alembert vuelve á la carga, y mientras que Voltaire escribe desde Ferney contra el proyecto, los conjurados no omiten diligencia, ni en Paris, ni en la Corte. Los ministros se corrompen de nuevo; el plan se desecha; la juventud queda sin maestros, y Voltaire puede escribir á d'Alembert: *Querido amigo, no sé lo que me sucederá;* » *pero entretanto disfrutemos del placer de haber visto* » *expeler á los Jesuitas.* (1). » Este placer se ve aguado de nuevo con falsas noticias, y d'Alembert se asusta. » Se asegura, escribe á Voltaire (2), que la canalla je- » suítica va á restablecerse en Portugal á excepcion del » hábito. Esta nueva reina me parece que es una supers- » ticiosa magestad. Si el rey de España llega á morir,

(1) Véanse sus cartas del 26 Febrero, 5 y 22 Marzo de 1774.
(2) Carta del 27 Abril de 1771.
(3) Carta del 23 de Junio de 1777.

» no puedo prometer que este reino no imite al Portu-
» gal. La razon está perdida, si el ejército enemigo ga-
» na la batalla.

A fin de demostrar el empeño de los conjurados en la destruccion de los Jesuitas, que miraban como esencial cuando formaron el proyecto de aniquilar al imaginario *infame*, prometí valerme de los mismos archivos y confesion de los impíos conjurados. Creo que he cumplido mi palabra, y aunque omito otras muchas cartas que podian aumentar la demostracion, no me parece deba omitir del todo la que escribió Voltaire quince años despues de la expulsion de los Jesuitas de Francia, gloriándose de que por medio de la corte de Petersburgo haria expeler á los mismos de la China, alegando por único motivo,. que *los Jesuitas* que el emperador de la China habia tenido la bondad de conservar en Pekin, *son mas convertidores que matemáticos* (1). Si los sofistas hubiesen manifestado menos interés y actividad en la expulsion de esta sociedad religiosa, yo habria insistido menos en su demostracion.

Error de los conjurados sobre esta destruccion.

Creo deber advertir que esta guerra de los sofistas contra los Jesuitas provenia de una idea, no solo falsa, sino tambien injuriosa á la religion. Los conjurados se persuadian que la iglesia cristiana es obra de hombres; y por lo mismo la mayor parte de ellos creia que expelidos los Jesuitas, se socababan los fundamentos de la iglesia, y que por precision esta se habia de desplomar. Pero si el infierno en alguna ocasion puede extender su imperio, no puede este prevalecer contra la iglesia. El poder y los manejos de los ministros en

(1) Carta del 8 Diciembre de 1776.

Francia, los de Choiseul y de la Pompadour, ligados con Voltaire, los de un Aranda en España, amigo público de d'Alembert y de todos los impíos, los de un Carvalho, el feroz perseguidor de los hombres de bien en Portugal, los de tantos otros ministros coligados con la impiedad, mas que con la política, pudieron amenazar al Papa con un cisma universal si no extinguia esta compañía. Estas amenazas pudieron contribuir á arrancar a Ganganeli el decreto de extincion de una sociedad que tantos otros Papas habian mirado con el mas alto aprecio; pero sabia este Sumo Pontífice, y lo saben todos los cristianos, que el Evangelio no está fundado sobre los Jesuitas, sino sobre las promesas de su divino autor Jesucristo; que esta religion indefectible habia existido por el tiempo de mas de catorce siglos, antes de los Jesuitas, y que puede existir sin los Jesuitas hasta la consumacion de los siglos. No hay duda que este cuerpo compuesto de veinte mil religiosos repartidos en el cristianismo, aplicados á la educacion de la juventud, al estudio de las humanidades y ciencias religiosas, era de grande utilidad á la iglesia y á los estados; pero los mismos impíos conjurados no tardaron en convencerse de que la religion tenia otros recursos para subsistir. Habian hecho sobrado honor á los Jesuitas encarnizándose de tal modo, como si habiéndolos destruido hubiese habido de quedar destruida la Religion; pero se desengañaron y conocieron que era preciso emprender una nueva guerra de exterminio para acabar con los demas cuerpos religiosos.

CAPITULO VI.

TERCER MEDIO DE LOS CONJURADOS, EXTINCION DE TODAS LAS ÓRDENES RELIGIOSAS.

Reconvenciones que se hacen á los Religiosos.

Los enemigos de los regulares han tomado á empeño el representarlos como cuerpos del todo inútiles á la religion, y principalmente al estado. No sé que derecho pueda tener la Europa á quejarse de unas sociedades á las cuales debe no ser lo que lo eran los antiguos Galos, Tudescos y Bretones. En aquellos tiempos no tenian estas regiones la tercera parte de las tierras cultivadas que tienen en el dia. Las ciudades que habia eran bastante reducidas, y mucho menor el número de las poblaciones, porque las tierras producian menos para la subsistencia con respecto á los muchos bosques, pantanos y arenales incultos; ni sé como el estado puede mirar como inútiles á unos hombres, que sin contradiccion son los mejores cultivadores de las tierras que desmontaron sus fundadores, y que por lo mismo suministran á la poblacion una gran parte de su subsistencia; hombres que deberian nombrar con reconocimiento y gratitud aquellos al menos que les deben hasta el nombre de su patria, ciudad ó pueblo, y que sino hubiese habido regulares, no habrian existido; hombres en fin sin los cuales, segun todas las historias, nos hallaríamos en el estado de ignorancia de nuestros padres en los siglos bárbaros, hasta no saber leer. Y tal vez en esto los

regulares por desgracia se han excedido en los servicios que han hecho. Ellos enseñaron á leer á nuestros padres, pero nosotros hemos aprendido á leer mal. Les enseñaron el dogma y la moral; y nosotros nos olvidamos de lo uno y de lo otro. Abrieron el templo de las ciencias; y nosotros con toda nuestra presuncion y boato no habemos entrado sino á medias. El hombre mas pernicioso en cualquiera facultad, no es el que no sabe; es el que sabe mal; es principalmente el que sabiendo poco pretende saberlo todo. Bajo de este aspecto deben mirarse los que sin saber el origen, progresos y servicios de los regulares, los miran como inútiles y aun perniciosos.

Alegar por motivo de la aversion que se tiene á los religiosos, la pretensa ignorancia de algunos, es valerse de un pretexto insubsistente. Los frailes mas ignorantes están á lo menos tan instruidos como el comun de los seglares, incluyendo en esta clase á muchos que han tenido buena educacion. Esta acusacion es tan infundada, como seria poco decorosa si los religiosos la hubiesen merecido. He tratado á muchos de los que se despreciaban como ignorantes, pero he visto que sabian cuanto debian saber; y si eran ignorantes en las ciencias humanas, principalmente en el filosofismo, tanto mejor para ellos y para la sociedad, pues poseyendo la ciencia de su estado, son felices, é ignorando el filosofismo, no causan daño á sus prójimos. He visto casi en todos los claustros hombres dignos de toda estimacion, tanto por sus conocimientos como por su piedad, y estos en mayor número, á proporcion, que en el siglo. El hombre sensato no ha de tomar partido contra los religiosos por las declamaciones, que se oyen y se leen en los sofistas de estos tiempos. A estos se les ha contextado de modo que les es imposible impugnar la res-

puesta (*). Pero Voltaire, aunque derrotado mil veces en su guerra contra la religion, volvia á nuevos ataques con su desmontada y clavada artillería. Lo propio han hecho y harán los filosofistas herederos de su espíritu. El que quiere proceder de buena fe, que lea las historias, mire los hechos de los regulares, y hallará otras tantas pruebas auténticas de sus servicios. Al que con esto no quede satisfecho, le diré, si aun tiene sentimientos de religion, que consulte los anales y archivos de los impíos conjurados contra Jesucristo y su Iglesia, y en la misma persecucion que por esta causa padecen los regulares, hallará su apología, y descubrirá su mérito y su mayor gloria.

Proyectos de Federico sobre los Religiosos.

Ya los Jesuitas estaban, no solo expulsos sino tambien extinguidos; pero veían los conjurados que el cristianismo aun subsistia, y al verlo, dijeron: aun nos queda que destruir á los cenobitas, pues que mientras es-

(*) He visto muchos escritos de esta época contra frailes; pero me veo en la precision de repetir, « que nada he visto producido todavía » contra estos institutos, en que brille la verdad, la veracidad, el » desinteres, la noble imparcialidad, y un ánimo recto de convencer » sólidamente al entendimiento y mover eficazmente el corazon. » He visto, sí, que se han reproducido las antiguas calumnias y sofismas de Joviniano, Vigilancio, Guillermo *de Sancto Amore*, Wikleff, Lutero y otros sectarios, que acallaron San Atanasio, San Basilio, San Gerónimo, San Agustin, San Juan Crisóstomo, Santo Tomas, San Bonaventura, los concilios, y Sumos Pontífices..... Pero ya se sabe, que los filósofos leen y estudian los argumentos contra la religion y sus ministros *usque ad solvuntur argumenta*, *exclusivè*..... Súprimanse los frailes, y habrá menos ministros de la sagrada palabra..... Súprimanse los frailes, y se perderán las Américas..... Súprimanse los frailes, y se realizarán los proyectos de Federico y de Voltaire, que va á manifestar el autor de estas memorias.

tos existan, en vano pretendemos triunfar. Este proyecto llamó seriamente las atenciones de Federico. Una carta de Voltaire (1) le proporcionó ocasion para desenvolverle. »Hércules (escribia el sofista de Ferney) combatió con los asesinos, y Belerofonte con las quimeras. » No sentiria yo ver Hércules y Belerofontes, que purgasen la tierra de asesinos y de quimeras católicas.» La respuesta de Federico está concebida en estos términos: (2) » No está reservado á las armas destruir al » *infame:* él perecerá por el brazo de la verdad y por » la seduccion del interés. Si quereis que yo desenvuelva esta idea, he aqui lo que pienso. He reparado, y » otros como yo, que en los lugares en donde hay mas » conventos, está el pueblo mas ciegamente adicto á la » supersticion. Ello es cierto que si se logra destruir » estos asilos del fanatismo, el pueblo se volverá indiferente y tibio por lo relativo á estos objetos, que en » el dia son de su veneracion. *Se debe tratar de destruir los conventos*, *á lo menos de minorar su número.* » Este momento ha llegado ya, porque el gobierno francés y el de Austria están adeudados, y en tal modo, » que habiendo agotado los manantiales de la industria » para pagar las deudas, aun no lo han podido conseguir. El cebo de las abadías ricas y de los conventos » de muchas rentas es un poderoso atractivo (*). Repre-

(1) Carta del 3 de Marzo de 1767.

(2) Carta del 24 de Marzo de 1767.

(*) ¿Y como que lo es? Dos son los motivos principales que tiene el filosofismo para exterminar los frailes. *La predicacion*, á la cual se reducen todas las instrucciones religiosas. Por esto, en caso de que no se pueda acabar con todos, sean todos legos. Y *los bienes* que poseen, que la filosofía emplearia mejor, llenando su bolsillo: *Auri sacra fames!*

Lo cierto es, que bajo de cualquier aspecto que se miren los bienes de los regulares, es un manifiesto robo desposeerlos de ellos. Si se consideran como consagrados á Dios, es *un robo sacrílego.* Si se

» sentando el daño que los Cenobitas hacen á la pobla-
» cion de sus estados; el abuso del gran número de *en-*
» *capillados* , que llenan las provincias , y al mismo
» tiempo la facilidad de pagar en parte sus deudas,
» aplicando los tesoros de las comunidades, que no tie-
» nen sucesores (*) , creo que hará se resuelvan á empezar
» la reforma ; y es de presumir que despues de ha-
» ber disfrutado de la secularizacion de algunos conven-
» tos , su codicia tragará lo restánte. *Todo gobierno*
» *que se resuelva á esta obra* , *será amigo de los filósofos y*
» *participará de todos los libros* , *que impugnarán las*
» *supersticiones populares* , *y el falso zelo que se le queria*
» *oponer*. He aqui un pequeño proyecto , que sujeto al
» exámen del patriarca de Ferney. A él toca , como pa-
» dre de los fieles , rectificarle y ejecutarle. El patriar-
» ca tal vez me objetará : ¿ *Que se ha de hacer de los*
» *Obispos*? Respondo, que aun no es hora de tocar este
» asunto. Es preciso empezar por la destruccion de los
» que atizan el fuego del fanatismo en el corazon del
» pueblo. Cuando este se haya enfriado , *los Obispos que-*
» *darán reducidos à unos niños*, *de los cuales con el tiempo*,
» *dispondrán los soberanos á su voluntad*. » Estos con-
sejos eran muy del gusto de Voltaire , para que no los

consideran como propiedad de los mismos regulares , es *una notoria violacion del sagrado derecho de propiedad*. Bajo de este aspecto, tan señor propietario es una comunidad religiosa , como cualquiera duque, conde ó marques, *etc.* « Y si una posesion tan antigua y
» pacífica , por tantos siglos (prescindiendo de otras muchas razones),
» no basta para librarla de cualquiera pretension ó invasion ; nin-
» guna posesion , ninguna propiedad , ningun derecho estará ya
» seguro y permanente entre los hombres. » Pio VII. En su instruccion del 22 de Mayo de 1808.

(*) Si las comunidades no tienen sucesores , tampoco los tiene ningun cuerpo , tampoco los tiene la nacion. Si no tener sucesores da derecho á otro para robar , se seguirá lo que es muy fácil inferir.

apreciase, y así respondió al rey de Prusia: (1) »Vuestra idea de atacar por los regulares la supersticion » cristícola, es de un gran capitan; porque no hay duda » que, destruidos los regulares, el error está expuesto al » desprecio universal. Bastante se escribe ya en Francia » sobre esta materia, de la cual todo el mundo habla: » pero no se cree que este negocio esté bastante maduro. » En Francia no hay bastante atrevimiento; y los devo» tos aun tienen crédito.»

Cuando se hayan leido estas cartas, ya no habrá motivo para preguntar: ¿*De que sirven los frailes á la iglesia católica*? Es verdad que muchos con el tiempo han decaido de su primitivo fervor; ¿y que estado hay que no cuente muchos indignos? Pero Federico, que con toda su política á buscando las causas que retardan los progresos de la conspiracion contra el cristianismo, solo las halla en el zelo, en el ejemplo y en las instrucciones de los Regulares, á pesar de su decadencia; y cree imposible abatir el edificio de la iglesia antes de derribar este muro. Y Voltaire en esta idea descubre un *gran capitan*, que posee todo el arte de la guerra contra la *supersticion cristícola*, como lo poseia en sus prolongadas guerras contra el Austria y la Francia.

Eran pues aun útiles para algo los cuerpos religiosos, acusados con tanta frecuencia de ignorantes y ociosos, pues eran una barrera insuperable á la impiedad. Federico estaba tan persuadido de esta verdad, que cinco meses despues insistió en que se derribase esta barrera antes de atacar directamente á los Obispos y el cuerpo de la plaza, aunque la incredulidad hubiese ya

El no tener sucesores no priva del derecho de propiedad. ¿Quien es el Sr. propietario del tesoro nacional, el de las escuadras nacionales, de las fortalezas nacionales, *etc*?

(1) Carta del 5 Abril de 1767.

entonces

entonces ocupado las avenidas del trono. Voltaire le escribió (1) : » Esperamos en Francia que la filosofía, « que ya se halla cerca del trono, dentro de poco tiempo » estará dentro. Pero esto no es mas que esperanza, y » muchas veces engaña. Hay tantas personas interesadas » en sostener el error y la necedad; hay tantas dignidades » y riquezas anexas á este oficio, que hay motivos » para temer que los hipócritas triunfen de los sabios. » ¿Vuestra Alemania no ha creado soberanos de vuestros » principales eclesiásticos? ¿Pues y cual es el elector ú » obispo entre vosotros, que tome el partido de la razon » contra una secta que les rinde cuatro ó cinco millones » de renta? »

Á Federico no le acomodaban aun estos ataques directos contra los obispos; pero insistiendo en la guerra á los regulares, respondió á Voltaire de esta manera (2) : « Cuanto nos decís de nuestros obispos teutónicos es muy » cierto : pero tambien sabeis que en el sacro imperio » romano la práctica antigua, la bula de oro, y otras » semejantes tonterías hacen respetar los abusos intro- » ducidos. Los vemos, encogemos los hombros, y las » cosas siguen el mismo camino. Si se quiere disminuir » el fanatismo, no se ha de empezar por los obispos : » pero si se logra disminuir los regulares, sobre todo » *las órdenes mendicantes*, el pueblo se entibiará; este, » menos supersticioso, permitirá á las potestades disponer » de los obispos como mejor les parezca para el bien » de sus estados. Este es el camino que se ha de seguir : » *socavar á la sordina el edificio de la sinrazon, y esto » lo precisará á que se desplome* ». Si en esta correspondencia de los impios no ve el lector demostrada, cuanto permite la materia, la existencia y los medios de una

(1) Carta del 29 Julio de 1775.
(2) Carta del 13 Agosto de 1775.

conspiracion contra el cristianismo, le preguntaré: ¿que cosa es conspiracion, si esta no se descubre en este camino que se ha de seguir para reducir á escombros el edificio de la religion, que siempre va expresado bajo los odiosos nombres de *infame*, *supersticion cristicola*, *fanatismo*, *sinrazon*, para llegar por aquel camino al término propuesto de la destruccion de los obispos, y separar lentamente los pueblos de su adhesion al Evangelio? Que se me diga, pues, ¿que cosa es conspiracion, si no la hay en estas consultas clandestinas, que no impide la distancia de los lugares, pasando desde Ferney á Berlin, y de Berlin á Paris por Ferney? Muy cortos son los alcances del que en el idioma, en el objeto, en los medios, en los manejos y consultas de estos impíos no vea que para establecer el imperio de su razon, conspiran los incrédulos á la destruccion del cristianismo. Yo no puedo tener la menor duda sobre la conspiracion, y me admiro de que los mismos conjurados hayan procedido con tan poca cautela.

Proyecto que se siguió en Francia sobre los religiosos.

Por lo demas, Voltaire tenia razon para escribir á Federico que en Francia se trabajaba mucho en la destruccion de los regulares. Despues de la expulsion de los Jesuitas, varios miembros del ministerio, amantes y amados de los conjurados, proseguian con teson el proyecto. Se dió principio á su ejecucion, fijando la profesion religiosa á la edad de veinte y un años. Los ministros la habian querido prorogar á los veinte y cinco. Esta providencia debia producir el efecto que de cien jóvenes con vocacion á este estado, apenas uno ó dos podrian seguirla, pues ya se ve que á pocos padres habria acomodado ver á sus hijos en esta edad, sin haber ya tomado estado. Pero las reclamaciones de personas

piadosas obtuvieron que la edad fija para la profesion solemne fuese la de diez y ocho años para religiosas, y la de veinte y uno para religiosos. Muchas personas miraron este edicto como un atentado contra el derecho de ciudadanos, quienes ciertamente le tienen para consagrarse á Dios cuando se sienten llamados, y apartarse del peligro en la edad, en que las pasiones se desenvuelven con mayor energía. Se vió en este edicto ademas un atentado contra Dios, que tiene derecho al sacrificio de los que quiere que se le consagren en el tiempo de su beneplácito, para que se formen con las virtudes religiosas. Fue un atentado tambien contra los derechos de la iglesia, á la que solamente toca fijar el tiempo para la profesion religiosa: pues que el último Concilio general habia señalado la edad de diez y seis años cumplidos, cuando ya la juventud tiene el conocimiento y libertad que se requieren para contraer las obligaciones de los votos, concediendo á mas de esto la iglesia cinco años de tiempo para reclamar contra la profesion, en caso de no haberse hecho esta con la correspondiente libertad. (Véase sobre esto el discurso de Chapelain). Hubiera sido muy ridículo en Francia alegar que la profesion privaba al estado de sus súbditos; porque segun las máximas de la religion, los hombres que se consagran y dedican á las obras de piedad, de edificacion é instruccion de los pueblos, son muy útiles á las naciones. Á mas de esto, era notorio que la Francia, á pesar del gran número de conventos, tenia siempre una poblacion mas considerable que la mayor parte de los otros estados; y no se reparaba en que habia un gran número de aquellos célibes mundanos, que son el escándalo de los pueblos, y que deberian llamar las atenciones del gobierno, antes de pararse en el celibato religioso (*).

(*) Ya es decrépita esta cantinela filosófica, pues San Agustin (*de bono conjug. cap.* 10.) San Ambrosio (*de virg. cap.* 7.) San Gerónimo

regulares, fue lo que habria sido d'Alembert arzobispo. Pensó el clero que debia entender en esta reforma de los regulares, para restablecer su primitivo fervor. La corte aparentó que se conformaba con este modo de pensar, pues nombró consejeros de estado, para que deliberasen sobre este asunto con los obispos de la comision, llamada de *regulares*. ¿Pero que sucedió? Lo que habia de suceder por precision en una junta cuyos miembros en sus consultas y deliberaciones tenian miras enteramente opuestas, unos las del siglo, y otros las de la iglesia. Las opiniones se cruzaron muchas veces; sin embargo se convino, ó se creyó convenir en varios artículos Muchos obispos se disgustaron y renunciaron á la comision. Formóse otra nueva, la que componian M. de Dillon, arzobispo de Narbona; M. de Boisgelin, arzobispo de Aix; M. de Cicé, arzobispo de Burdeos, y en fin el famoso Brienne, arzobispo de Tolosa.

El primero de estos, M. de Dillon, atendiendo á la nobleza de su porte y magestad de su elocuencia, era mas á propósito para representar dignamente al rey en los estados de Languedoc, que á San Francisco ó á San Benito en una comision religiosa. M. de Boisgelin con los talentos que ha descubierto en la asamblea llamada nacional, con el zelo que manifestó á favor de los derechos de la Iglesia en el establecimiento y conservacion de un estado consagrado á la perfeccion evangélica, tenia en esta comision las intenciones del órden y las de dar buenos consejos; pero la corte no tenia intencion de seguirlos. En cuanto á M. de Cicé, que despues fue guardasellos de la revolucion, debo decir que su arrepentimiento y retractacion manifiestan que pudo padecer engaño firmando la sancion que se dió en aquella época, é imprimiendo los sellos á los decretos constitucionales; y esto prueba que habria convenido menos en los

proyectos destructores de los regulares, si los hubiese conocido mejor.

Inteligencia de Brienne con d'Alembert.

En esta comision pues de regulares, los ministros solo escuchaban á Brienne, quien sabia sus secretos como los de d'Alembert. Este conocia tan á fondo lo que los conjurados podian esperar de los servicios del prelado filósofo, que en el momento en que Brienne fue agregado á la academia francesa, d'Alembert se apresuró á notificarlo á Voltaire en estos términos (1) : « Tenemos en él un » socio muy bueno, que ciertamente será útil á las letras » y á la filosofía, con tal que la filosofía no le ate las » manos con algun exceso que cometa en lo que le » permite, ó que el clamor general no le precise á obrar » contra su voluntad ». Era decir en términos equivalentes : tenemos en Brienne un sugeto que piensa como nosotros, y que será para nosotros y nuestros manejos lo mismo que seria yo, ocultando mi intencion, si me hallase ocupando su lugar. D'Alembert conocia muy bien á los socios, y estaba tan seguro de Brienne, que en cierta ocasion creyendo Voltaire que podia quejarse de este monstruoso prelado, d'Alembert no dudó en responderle (2) : « Os pido por favor que no precipiteis vuestro » juicio..... Yo apostaria ciento contra uno que os » han informado mal, ó á lo menos que os han exagerado » mucho sus defectos. Sé muy bien su modo de pensar, » para estar seguro de que en esta ocasion ha hecho lo » que no podia dejar de hacer ». Las quejas de Voltaire provenian de una providencia, que habia dado Brienne contra el iniciado Audra, quien siendo público profesor,

(1) Cartas del 20 Junio, y del 21 Diciembre de 1770.
(2) Carta del 4 Diciembre de 1770.

daba en Tolosa lecciones de impiedad en lugar de darlas de historia. Despues de haber practicado d'Alembert sus diligencias, se supo que Brienne, á favor del citado Audra, *habia resistido un año entero á los clamores del parlamento, de los obispos y de la asamblea del clero*, y que Brienne se vió precisado á impedir que la juventud de su diócesis recibiese semejantes lecciones : por esto su apologista añade : *Estad seguro, y os lo repito, que jamas la razon* (sofista) *tendrá que quejarse de él* (1). Tal era el malvado hipócrita mitrado, al que la intriga habia introducido en una junta encargada de la reforma de las órdenes religiosas. De esta comision supo valerse para desordenar y destruir.

Apoyado del ministerio y burlándose de los otros obispos de la comision, se lo apropió todo, y él solo fue quien dispuso y mandó en esta imaginaria reforma. Al edicto que prorogaba la profesion religiosa, añadió otro nuevo, con que mandó suprimir todos los conventos de las ciudades que tuviesen menos de veinte religiosos, y en las otras partes á todos los que tenian menos de diez, bajo el capcioso y especioso pretexto de que la regla se observaba mejor con mayor número de religiosos (*). Los Obispos, y mas que todos el Cardenal de Luynes, se vieron precisados á representar los servicios que los conventos pequeños hacian en las campañas, ya para ayudar á los curas, ya para suplir su falta. Pero á pesar de estas reclamaciones, el pretexto y decreto de Brienne subsistieron, y este se entendió tan bien con los sofistas, que antes de la revolucion ya habia en Francia mil y quinientos conventos suprimi-

(1) Carta del 21 Diciembre de 1770.

(*) Parece que muchos de *los artículos que presentó el Exmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia á las Córtes sobre reforma de regulares*, se han vaciado en los moldes de Brienne.

dos, y mas de treinta mil religiosos menos. Su modo de proceder era tal, que en breve no habria habido necesidad de suprimir. Recogiendo, y aun solicitando quejas y recursos de los jóvenes (que habian entrado despues del decreto de prórroga de la profesion) contra los ancianos, que querian contenerlos; de los inferiores contra los superiores; resistiendo y coartando el mismo Brienne las elecciones de los superiores, sembraba y fomentaba la discordia, el desórden y la anarquía en los claustros. Por otra parte sus aliados los conjurados inundaban el público con tantos libros contra los religiosos, los hacian tan ridículos, que apenas se presentaba algun jóven á pedir el hábito para reemplazar los muertos. De los que quedaban, unos se avergonzaban *de vestir un hábito cubierto de oprobio* (1), y otros, seducidos con los artificios de Brienne, pedian la supresion.

Se introdujeron muchos desórdenes en los claustros.

Los buenos religiosos, sobre todo los ancianos, lloraban lágrimas de sangre, viendo esta persecucion de Brienne. En pocos años él solo habria ejecutado en Francia cuanto Federico y Voltaire habian proyectado contra los religiosos. Su decadencia era á no poder mas sensible en muchos conventos; era un prodigio que hubiese algunos fervorosos; pero fué aun mayor el prodigio, cuando la fé del mayor número de estos religiosos, de los mismos que antes habian pedido la supresion, se reanimó en los dias de la revolucion. Sé de cierto que el número de estos fué á lo menos tres veces mayor que el de los que hicieron el juramento constitucional. El momento de la apostasía les causó hor-

(1) Voltaire, carta 15 al R. de P.

ror, y aunque la persecucion subterránea de Brienne los habia hecho titubear, la persecucion manifiesta de la asamblea nacional los reanimó, manifestándoles el fin á que se ordenaba la supresion de los regulares, meditada tanto tiempo habia como uno de los grandes medios filosóficos para destruir del todo el cristianismo. Voltaire y Federico no vivieron lo bastante para ver su proyecto consumado en Francia; pero Brienne lo vió, y cuando queria hacerse honor de haber sido el ministro ejecutor, no cogió mas que oprobios. Los remordimientos y la infamia le condujeron á donde le estaban esperando los que habian concebido el proyecto.

Medios inútiles de Brienne contra las religiosas.

La impiedad y conspiracion de Brienne se extendió tambien contra las vírgenes consagradas á la vida religiosa; pero este corsario se encalló dando caza á esta preciosa porcion de la Iglesia. Como las religiosas la mayor parte estaban sujetas á los Obispos, no pudo sembrar entre ellas la discordia y anarquía, pues velaban sobre ellas eclesiásticos escogidos, á quienes se habia encargado su direccion. Por otra parte, no se habia prorogado tanto la edad para la profesion, que hubiese dado tiempo á las pasiones para desplegarse. Su educacion se consumara en lo interior de los monasterios, á excepcion únicamente de las que estaban dedicadas al servicio de los pobres y enfermos, cuya caridad y modestia eran, en medio del mundo, un espectáculo digno de los mismos ángeles. Las otras, retiradas en sus santas clausuras, tenian en ellas un asilo inaccesible á la corrupcion de las costumbres y á la impiedad. Brienne se hilaba los sesos para obstruir este manantial á la Iglesia; pero hasta los pretextos le faltaron. Para disminuir el número de las verdaderas religiosas, pensó que tendrian menos novi-

cias, estableciendo y propagando otra especie de asilo, que queria hacer medio mundano y medio religioso. A este fin multiplicó aquellas canonesas, cuya regla parece que exige menos fervor, porque las deja en libertad para tratar con el mundo. Por una necedad inexplicable, sino hubiese tenido su objeto secreto, exigia pruebas de nobleza para admitirlas á unos asilos á los cuales se habian aplicado fundaciones que pertenecian á todas las clases de los ciudadanos. Parecia que Brienne con esto queria á un mismo tiempo hacer despreciables las verdaderas religiosas á la nobleza, y á esta odiosa á los demas ciudadanos, pues aplicaba exclusivamente á sus canonesas rentas á las que todos tenian derecho. Pero estas reflexiones no las hacia la cabeza de Brienne. Este solo tendia la red, mientras d'Alembert se sonreia, prometiéndose que en breve tiempo ni habria canonesas ni religiosas. Pero aqui ambos se engañaron y perdieron el tino, pues las unas y las otras frustraron los proyectos de los impíos, y fué necesario todo el despotismo de los constituyentes para sacar de sus celdas y monasterios á estas santas vírgenes, cuya piedad y constancia honran su sexo, y que entre los mártires de Setiembre son la porcion mas hermosa de la revolucion.

Hasta la publicacion de estos decretos, dignos de Neron, ni el número ni el fervor de las religiosas habia disminuido. Pero al fin la asamblea llamada nacional, envió sus decretos, sus satélites y hasta sus cañones. Treinta mil religiosas se arrancaron de sus monasterios, á pesar de otro decreto de la misma asamblea que las permitia acabar sus dias en sus retiros. Desde esta época no ha habido en Francia mas conventos ni de religiosos, ni de religiosas. Ya habia mas de cuarenta años que el proyecto de su destruccion lo habia dictado el filosofismo á los ministros de un rey cristianísimo. En

el mismo momento de la consumacion del proyecto (¡ ó justos juicios del Altísimo!) acabaron los mismos ministros del rey cristianísimo, y este rey cristianísimo estaba preso en la torre del Temple de donde salió para el cadalso. El objeto tan deseado del filosofismo, que se habia de lograr por medio de la expulsion y abolicion de las órdenes religiosas, ya se conseguia. La religion sufria en sus ministros, profesores y templos la mas atroz de las persecuciones; pero para que el triunfo de la impiedad fuese completo, habia esta, en el transcurso de tantos años, empleado otros medios que daré á conocer.

CAPITULO VII.

CUARTO MEDIO DE LOS CONJURADOS, COLONIA DE VOLTAIRE.

Objeto de esta Colonia.

Mientras que los conjurados se ocupaban tanto en la destruccion de los Jesuitas y de las demas órdenes religiosas, Voltaire meditaba un proyecto que habia de dar á la impiedad sus apóstoles y propagandistas. Parece que fué en los años de 1760 y 1761, cuando concibió las primeras ideas de este nuevo medio para extirpar el cristianismo. «¡ Seria posible, (escribió en esta » ocasion á d'Alembert) que cinco ó seis hombres de » mérito que se entendiesen, no consiguiesen lo que se » pretende, teniendo el ejemplar de doce bribones que » lo consiguieron (1)! » El objeto de esta reunion se explica y desenvuelve en otra carta que ya he citado, en donde dice: » Hagan los filósofos verdaderos una cofradía, y yo me expondré al fuego por ellos. Esta acade» mia secreta valdrá mas que la de Atenas y que todas » las de Paris. Pero la lástima está en que cada cual » atiende solo á sus particulares conveniencias y se ol» vida de la primera obligacion, que es *destrozar el in» fame*. (2)

Federico favorece el proyecto.

No habian los conjurados olvidado esta que era su primera obligacion; pero hallaban muchos obstáculos.

(1) Carta 69 del año 1760.
(2) Carta 85 á d'Alembert, de 1761.

La religion tenia aun en Francia defensores zelosos, y no parecia que París fuese entonces un asilo seguro para semejante asociacion; parece que hasta el mismo Voltaire, á lo menos por algun tiempo, lo creyó inasequible; sin embargo algunos años despues volvió á emprender su proyecto, y para ejecutarle acudió á Federico, proponiéndole lo que refiere el mismo editor de su correspondencia: *Establecer en Cléves una pequeña colonia de filósofos franceses, desde donde podrian decir libremente la verdad, sin temor de ministros, de clérigos, ni de parlamentos.* A esta proposicion contextó Federico con todo aquel zelo que el fundador de la Colonia podia esperar del sofista coronado. « Veo, le escribió, » que habeis tomado á pecho el establecimiento de la pe» queña colonia, de que me habeis hablado..... Creo que » el mejor medio es que estas gentes (ó bien vuestros » socios) envien á Cléves á ver lo que les conviene, « y de que puedo disponer en su favor (1).»

Es muy sensible que muchas cartas de Voltaire que tratan de este establecimiento se hayan suprimido en su correspondencia: pero bastan las de Federico para manifestar la constancia de Voltaire, insistiendo con tal teson en lo mismo, como lo manifiesta esta respuesta: « Me hablais de una colonia de filósofos, que se pro» ponen establecerse en Cléves. No me opongo, y to« do se lo puedo proporcionar.... pero con la condicion « de que *respeten á los que se deben respetar*, y de que » en el caso de imprimir, sean decentes sus escritos (2).» Cuando descubramos la conspiracion antimonárquica, veremos quienes son los que Federico quiere *que se respeten*. En cuanto á la decencia en los escritos, debia esta ser un medio mas para lograr el grande objeto que

(1) Carta del 24 Octubre de 1765.

(2) Carta 146 del año 1766.

se proponia la colonia, pues no acomodaban á Federico aquellos arrebatos, que podian alarmar los pueblos, exponer los conjurados, y llamar la atencion del gobierno con su atrevimiento é imprudencia.

Mientras que Voltaire solicitaba los socorros y proteccion del rey de Prusia, para que sus apóstoles pudiesen con toda seguridad hacer la guerra á la religion, ya se ocupaba en entresacar de sus discípulos á los mas sobresalientes paraque se encargasen de esta mision, y él mismo ya estaba pronto á sacrificar todas las delicias de Ferney para ponerse al frente de estas tropas: « Vuestro » amigo (escribió á Damilaville) persiste en su idea. Es » verdad lo que habeis dicho, que será necesario se» pararle de muchos objetos en que tiene su consuelo, » y en cuya despedida tendrá mucho que sentir; pero » vale mas dejarlo todo por la filosofia, que por la muer» te. Lo que le causa admiracion es que muchos no » hayan convenido en esta resolucion. ¿Porque un cier« to baron filósofo no se agrega al trabajo del estable» cimiento de esta colonia? ¿Y porque tantos otros no « aprovechan una ocasion tan favorable? » Vemos en esta carta, que no era Federico el solo príncipe que Voltaire habia iniciado en sus misterios, pues añade: » Vuestro amigo, poco ha que ha tenido visita de dos » príncipes soberanos que en todo piensan como vos. » Uno de ellos ofreceria una ciudad (para colonia) si » la ya ofrecida no fuese á propósito á la grande em» presa (1). » Voltaire escribió esta carta al mismo tiempo en que el Land-grave de Hesse-Cassel fué á rendir homenage al ídolo de Ferney. La data del viage y la conformidad de sentimientos no permiten se dude que fué este el príncipe que ofreció una ciudad á la colonia anticristiana, en caso que Cléves no fuese á propósito (2).

(1) Carta del 6 Agosto de 1766.

(2) Carta del Land-grave del 9 Setiembre de 1766.

Indiferencia de los conjurados hácia esta colonia.

Sin embargo, los apóstoles de este pseudo-mesias, á pesar de su zelo por la grande obra, no estaban igualmente dispuestos á hacer los mismos sacrificios. D'Alembert, que entre los filósofos de París hacia el principal papel, sabia que junto á Voltaire seria una deidad subalterna. Damilaville, amigo de ambos, á quien celebra Voltaire por su odio á Dios, era un personage muy interesante en París, para el secreto de la correspondencia. Diderot, y aquel cierto baron filósofo y demas iniciados tenian en Francia ciertos placeres atrayentes, que no era fácil hallar en Alemania. Esta lentitud de los iniciados ponia de muy mal humor al fervoroso Voltaire, quien para reanimar el zelo de los conjurados apeló al punto de honra. » Seis ó siete cientos mil hugonotes (escribia) abandonaron su patria por las necedades de Juan *Chauvin* (así llamaba á Calvino por desprecio), ¡ y no se hallarán doce sabios que hagan el menor sacrificio en obsequio de la razon universal ultrajada (1)! » No satisfecho con esto, les representó que solo faltaba su consentimiento. « Cuanto en el dia » os puedo decir, pues lo sé por conducto seguro, es « que todo está á punto para el establecimiento de la » manufactura. Mas de un príncipe se disputaria este ho» nor; y desde las orillas del Rin hasta las del Oby, » *Tomplat* (es el Platon Diderot) hallará seguridad, es» tímulo y honor. » Temeroso de que esta esperanza aun no bastara paraque se decidiesen los conjurados, Voltaire les recuerda el grande objeto de la conjuracion. En esta ocasion fue cuando hubiese querido transfundir á los corazones de sus secuaces todo el odio que tenia

(1) Carta á Damilaville del 18 Agosto de 1766.

el

el suyo á Jesucristo. Gritaba, se desgañitaba y repetia; *destrozad el infame, aniquilad el infame, aplastad el infame* (1). ¡O santo Dios! ¡que odio tan desesperado y rabioso!

Sentimiento y quejas de Voltaire sobre su Colonia.

A pesar de tantas solicitaciones, de instancias tan vivas y eficaces, Voltaire no pudo lograr que sus sectarios dejasen Paris por su colonia de Cléves. El motivo mismo que precisaba á Voltaire á sacrificarlo todo, hasta las delicias de Ferney, para trasladarse á Alemania y consagrar sus escritos y sus dias á la extincion del cristianismo, dictaba á los iniciados la conveniencia de unir su zelo á los placeres que el mundo, y particularmente París, les ofrecian. La razon dictaba á Voltaire anteponer su zelo á los placeres, y la razon dictaba á sus prosélitos combinar el zelo con los placeres. Esta divergencia de la razon de los filósofos obligó á su patriarca á desesperar del éxito de expatriar á sus apóstoles; ¡ pero cuan sensible le fué! Para comprenderlo de algun modo, es preciso oir como se desahoga con Federico tres ó cuatro años despues. « No puedo negar, decia, » que he sentido y me he corrido tanto del mal éxito » de la transmigracion de Cléves, que no he tenido va- » lor desde entonces acá para presentar á V. Magestad » alguna de mis ideas. Cuando considero que un loco » é imbécil, como lo fué S. Ignacio, halló doce pro- » sélitos que le siguieron, y que yo no he podido ha- » llar tres filósofos, he llegado á pensar que la razon » no valia para nada (2).» « Ya no hay consuelo para mí » desde que no he podido egecutar este designio. ¡ Alli

(1) Carta á Damilaville del 25 Agosto de 1766.
(2) Carta de Noviembre de 1769.

» debia yo acabar mi vejez! » (1) Veremos en el discurso de estas memorias, que cuando Voltaire se quejaba tan amargamente de la tibieza de los conjurados, estos no merecian sus reconvenciones. En particular d'Alembert tenia otros muchos proyectos que ejecutar. En lugar de expatriarse con sus cómplices y de exponerse á perder su dictadura, se complacia proporcionándoles en París los honores del *Paladion* (de la academia francesa), de los cuales se habia hecho el monopolista. Ya le veremos suplir con los mas escogidos de sus iniciados este proyecto. El modo como se portó d'Alembert para hacer del liceo francés una verdadera Colonia de conjurados, debia bastar para consolar al pobre viejo Voltaire.

---

(1) Carta del 12 Octubre de 1770.

CAPITULO VIII.

QUINTO MEDIO DE LOS CONJURADOS, HONORES ACADÉMICOS.

Primer objeto de las Academias.

La proteccion que concedian los reyes á las ciencias y artes hacia muy estimados los literatos, mientras la supieron merecer, conteniéndose en su esfera, sin abusar de los talentos contra la religion ni contra la política. La academia francesa, en este particular, era la cátedra del honor y el grande objeto de la emulacion de los oradores y poetas, de todos los escritores que se habian distinguido en la carrera de la historia y en cualquiera otro ramo de la literatura francesa. Corneille, Bossuet, Racine, Massillon, La Bruyere, La Fontaine y cuantos ilustraron el siglo de Luis XIV, tuvieron por grande honor concurrir á las sesiones que se tenian en este santuario de las letras. Las costumbres y las leyes parece que se habian convenido, para que nunca llegasen á profanarle los impíos. Cualquiera nota pública de incredulidad era un título de exclusion, y lo fue aun por mucho tiempo en el reinado de Luis XV. Hasta el célebre Montesquieu tuvo un tiempo la exclusiva, á causa de las sospechas que de su ortodoxia dieron ciertos artículos de sus *Cartas persianas*. Fue necesario para que le admitiesen abjurar la impiedad y manifestar sentimientos mas religiosos. Voltaire pretende que Montesquieu engañó al Cardenal de Fleury, para que este consintiese á su admision, y que le habia presentado una nueva edicion de sus *Cartas persianas*, en la que

suprimió cuanto podia autorizar la oposicion de este primer ministro. Pero esta supercheria es indigna de Montesquieu: parece que no se le exigió mas que el arrepentimiento, del que en lo sucesivo dió muestras sinceras. Boindin, cuya incredulidad, por notoria, no daba lugar á exámen, se vió absolutamente excluido por esta academia, aunque fue miembro de otras (1). Tambien Voltaire se vió por mucho tiempo excluido, y no habria superado los obstáculos si no hubiese tenido grandes protectores, y no se hubiese valido de los medios hipócritas que aconsejó á los otros. D'Alembert, que sabia preveerlo todo, tuvo el miramiento de guardar secreto, hasta que se vió admitido; pero en esta época los sectarios que tenia la incredulidad en la corte y entre sus ministros facilitaban la entrada.

Proyecto de d'Alembert sobre las academias.

Pensó d'Alembert que con el tiempo no seria imposible cambiar los títulos de exclusion, y que esta misma academia que excluia á los impíos, podria con intrigas no admitir sino á estos, y ofrecer sus sillones y condecoraciones á aquellos solos iniciados que fuesen mas sobresalientes en los manejos de la conjuracion. Las intriguillas, á las que se puede dar el nombre de táctica que observaba d'Alembert en estos campos de batalla, le proporcionaban la admision de nuevos académicos. Tanto se habilitó en estas intriguillas ó táctica, que cuando términó sus dias, se podia decir sin mucha impropiedad, que los títulos de académico y de impío eran sinónimos. Es verdad que mientras vivió, no tuvo siempre tan buen éxito en sus empresas como deseaba; pero la trama que urdió con

(1) Este Boindin es uno de los únicos hombres del siglo de Luis XIV, *dignos*, segun Diderot, *de trabajar en la Enciclopedia.*

Voltaire para que fuese admitido Diderot á la academia, basta para manifestar cuan interesantes creian los conjurados estas condecoraciones para acreditar su impiedad.

Intrigas para la admision de Diderot.

D'Alembert hizo las primeras proposiciones; Voltaire las adoptó como quien conocia su importancia y contextó: *Quereis que Diderot entre en la academia, y es preciso conseguirlo.* La aprobacion de la eleccion pertenecia al rey, y d'Alembert temia la oposicion del ministerio. Voltaire, para que no desmayase, le manifestó todo lo que el filosofismo podia esperar de Choiseul. Le aseguró, no una sola vez, que este ministro muy lejos de oponerse á estos manejos, se haria un mérito de protegerlos. « En una palabra (dijo), es preciso que Diderot » entre en la academia; esta será la mayor venganza que » se pueda tomar del chasco que se han llevado los » filósofos. La academia está indignada contra *Le-Franc de* » *Pompignan*, y con el mayor placer le dará un bofeton » con toda su fuerza..... Haré luminarias cuando tenga » la gozosa noticia de que Diderot queda nombrado. ¡Ah! » ¡y que completo seria el placer, si á un tiempo me » llegase la noticia de que Diderot y Helvecio estan admi» tidos (1)!» Este triunfo habria sido de tanta satisfaccion para d'Alembert, como lo podia ser para Voltaire; pero d'Alembert estaba á la vista, y viendo las grandes dificultades que se ofrecian en la corte, especialmente de parte del Delfin, de la Reina y del Clero, respondió á Voltaire: » Tengo mas ganas que vos de que Diderot » entre en la academia, y *sé todo el bien que de ahí re-* » *sultaria á la causa comun*; pero esto es mas imposi» ble de lo que podeis imaginar (2).»

(1) Carta del 9 Julio de 1760.
(2) Carta del 18 Julio de 1760.

Bien instruido Voltaire de que el ministro Choiseul y la cortesana marquesa de Pompadour habian ya ganado otras victorias sobre el Delfin, animó á d'Alembert para que no desesperase. El mismo se puso al frente de la intriga, y esperó un buen éxito contando con el favor de la cortesana. « Aun hay algo mas : (dice Voltaire) posible es, que ella (la Pompadour) se ha» ga un mérito y un honor de sostener á Diderot, que » desengañe al rey sobre su palabra, y que se complaz» ca en confundir una cábala que ella desprecia (1). » Lo que d'Alembert no se atrevia á hacer acerca del ministro, Voltaire lo encargó á los cortesanos, y principalmente al Conde d'Argental. «Mi divino angel, (dice » Voltaire á d'Argental) introducid á Diderot en la aca» demia; esto es lo mejor que podeis hacer á favor del » partido de la razon, que lucha con el fanatismo y la » tontería : (es decir del *filosofismo* que lucha con la » *religion* y la *piedad*) imponed por penitencia al Du» que de Choiseul, el que haga entrar á Diderot en la » academia (2). » Voltaire, no satisfecho aun con todo esto, llamó en su socorro al secretario de la academia, y prescribió á Duclos el modo como se habia de portar para que tuviese buen despacho el memorial que iba á presentarse á favor de Diderot. « ¿No podríais repre» sentar (pregunta á Duclos) ó hacer representar lo nece» sario que os es este hombre para perfeccionar una obra » muy interesante ? ¿Y no podríais, *despues de haber » asestado á la sordina esta batería*, *congregaros siete ú » ocho escogidos*, y hacer una diputacion al rey para » pedirle á Diderot, como sugeto el mas capaz para ayu» daros en vuestra empresa ? ¿El señor Duque de Ni» vernois no os auxiliará en este proyecto ? ¿No podrá

(1) Carta del 28 Julio de 1760.
(2) Carta 153 del año 1760.

» encargarse de dirigir con vos la palabra ? Dirán los
» devotos (los católicos ó cristianos) que Diderot ha
» compuesto un tratado de metafísica, que ellos no en-
» tienden; pero no hay mas que responder: que *Dide-*
» *rot no le ha compuesto, y que es un buen católico,*
» *pues le está tan bien el ser católico* (1). »

Tal vez el lector é historiador se admirarán al ver á Voltaire tan interesado en este negocio, valerse de tantas intrigas, acudir á un mismo tiempo á los duques, á los cortesanos y á sus cofrades, y sin avergonzarse de aconsejar la hipocresía mas ruin y el mas vil disimulo, sin otro objeto que la admision de uno de sus conjurados á la academia francesa: pero tanto el lector, como el historiador deben pesar estas palabras de d'Alembert: *sé todo el bien que de ahí resultaria á la causa comun*; es decir: lo útil que será en la guerra que nosotros con nuestros iniciados hemos jurado al cristianismo; y con esto será facil comprender que Voltaire y los suyos no tenian por ociosa alguna maquinacion ni intriga, y que todo les era lícito, disimulos, hipocresía, imposturas, mala fé y cuanto hay de mas abominable entre los hombres, tanto les interesaba ser miembros de aquella academia. Y en efecto, admitiendo en esta á un hombre reconocido públicamente por el mas insolente y atrevido de los incrédulos, ¿ no era poner el sello á la desidia (ó algo peor) con que el gobierno se habia dejado engañar con las demostraciones hipócritas de d'Alembert y de Voltaire? ¿ No era esto abrir de par en par la puerta á los triunfos literarios de la impiedad mas escandalosa? ¿ No era esto declarar abiertamente que en adelante la profesion pública del ateismo, lejos de mirarse como tacha en la sociedad, disfrutaria pacíficamente de los honores decretados para las

(1) Carta del 11 Agosto de 1760.

ciencias y letras ?... ¿ A lo menos no era esto una especie de proclama en favor de la indiferencia en materia de religion ? Pero la política de Choiseul y de la Pompadour les manifestó que no era aun tiempo de conceder este triunfo á los conjurados. El mismo d'Alembert temió los clamores que la admision de Diderot habria excitado, y este temor le hizo desistir. En esta ocasion se verifica singularmente lo que escribió d'Alembert: *que los ministros con una mano protegian á los mismos que parecia rechazaban con la otra*. Pero d'Alembert no perdió del todo las esperanzas, y le pareció que con ciertos manejos no seria imposible llegar al mismo fin, y excluir de los honores académicos á cuantos escritores no hubiesen consagrado de algun modo sus plumas á la filosofía anticristiana, y es cierto que lo consiguió.

Éxito de los conjurados en las academias, y lista de los principales académicos.

A contar desde la época en que d'Alembert concibió cuan útil seria á los conjurados transformar la academia francesa en un verdadero *club* de sofistas irreligiosos, atienda el lector á los títulos de los que fueron admitidos, y hallará á su frente á Marmontel, el mas unido en opiniones y sentimientos con Voltaire, d'Alembert y Diderot. Verá que van á sentarse en los sillones de la misma academia la Harpe (1), iniciado favorito de Voltaire; Champfort, iniciado coadjutor semanario de Marmontel y de la Harpe; Lemierre, á quien Voltaire dá el título de *un buen enemigo del infame* ó de Cristo (2); el abate Millot, acepto á d'Alembert,

(1) Se convirtió en la revolucion, y ha escrito á favor de la religion.

(2) Carta á Damilaville de 1767.

porque se habia olvidado del todo que era eclesiástico, y conocido en el público, porque supo transformar la historia de Francia en historia de antipapa (1); Brienne, conocido mucho tiempo habia de d'Alembert como un enemigo de la iglesia en el seno de la misma iglesia; Suard, Gaillard, y en fin Condorcet, cuya admision por sí sola bastaria para demostrar la soberanía con que el ateismo habia de mandar en la academia. No sé porque motivo Turgot no obtuvo aquellos honores, habiendo intrigado tanto en su favor Voltaire y d'Alembert. (2) Para formar idea del interés que tenian en llenar aquel *Sanedrin* filosófico de sus sectarios, es preciso leer sus cartas. Hay mas de treinta en las que se ven sus consultas, ya sobre aquellos prosélitos cuya admision á la academia se habia de agenciar, ya sobre los medios de que se habian de valer para excluir de este honor á los escritores religiosos. Sus manejos é intrigas en este negocio tuvieron un éxito tan completo, como que al cabo de pocos años el título de académico se confundia y equivocaba con el de deista ó atéo. Si aun habia entre ellos algunos hombres, particularmente Obispos, de otro temple que Brienne, fue por una cierta deferencia al título de académico, en otros tiempos tan honorífico; aunque les habria sido mas decoroso separarse del lado de d'Alembert, Marmontel, Condorcet y sus semejantes.

Sin embargo, en esta academia de los cuarenta habia un seglar muy respetable por su piedad. Era este Mr. Beauzée. Le pregunté en cierta ocasion, ¿como podia componerse que el nombre de un sugeto como él, se hallase en la lista de tantos personages tenidos por impíos?

(1) Carta d'Alembert del 27 Diciembre de 1777.
(2) Carta de Voltaire del 8 Febrero de 1776.

le respondió: « La pregunta, que me haceis, la hice » yo mismo á d'Alembert. Viéndome en nuestras sesio- » nes casi solo creyente en Dios, le dije un dia ¿como » habeis podido pensar en mí, sabiendo que mi mo- » do de pensar se aviene tan poco con el vuestro y de » los señores vuestros cofrades? D'Alembert (añadió M. » Beauzeé) no tardó en responderme: sé muy bien, dijo, » que esto os admira; pero necesitábamos de un gra- » mático; entre nuestros iniciados no le habia que tu- » viese crédito en esta facultad. Sabíamos que creíais en » Dios, pero sabiendo que erais un hombre muy bon- » dadoso, pensamos en vos, porque nos faltaba un fi- » lósofo que supliese vuestra falta. » De este modo el cetro de los talentos y ciencias pasó á las manos de la misma impiedad. Voltaire habia querido poner los conjurados bajo la proteccion del sofista coronado Federico de Prusia; d'Alembert impidió su transmigracion y tuvo habilidad para hacerlos triunfar bajo la proteccion de unos monarcas cuyo principal y mas honorífico título era el de *Reyes Cristianísimos*. Esta trama, que d'Alembert supo urdir mejor que su patriarca Voltaire, ponia en las cabezas de sus secuaces las coronas de la literatura, mientras se condenaba al desprecio y á la zumba á los escritores religiosos. La academia francesa, trasformada en *club* de impiedad, era mas interesante á los sofistas conjurados contra el cristianismo, que la tan suspirada colonia de Voltaire. Ella corrompió á los literatos; estos la opinion pública de la Francia, y esta ha contagiado á la Europa comunicándola el pus virulento por medio de tantos escritos antireligiosos que debian disponer los pueblos á una apostasía universal segun los proyectos y calculos de aquellos gefes.

CAPITULO IX.

SEXTO MEDIO DE LOS CONJURADOS, INUNDACION DE LIBROS ANTICRISTIANOS.

Concierto de los gefes para sus producciones anticristianas.

Por ser notorio no hay necesidad de pruebas para demostrar que la Europa en el espacio de cuarenta años, y en particular en los últimos veinte de la vida de Voltaire, se ha visto inundada de una multitud de producciones anticristianas en folletos, sistemas, romances, historias fingidas y bajo de todas formas. No diré aun aqui todo lo que puedo sobre este asunto, y solo manifestaré la liga y concierto de los capataces de la conjuracion, en órden al rumbo que se habian propuesto seguir con estas producciones anticristianas, y su mutua inteligencia para multiplicarlas y hacerlas circular, á fin de inficionar la Europa con su impiedad.

Astucia particular de d'Alembert sobre los sistemas.

El método que se debia observar, le concertaron en sus propios escritos entre sí, especialmente Voltaire, d'Alembert y Federico. Su correspondencia nos los manifiesta atentos en darse noticia los unos á los otros de los libelos que preparaban contra el cristianismo, de los efectos que esperaban de su publicacion y de los medios de que se habian de valer para asegurar el éxito. Era tal esta coalicion y concierto, que en su íntima correspondencia los hallamos muchas veces que se rien de

las asechanzas que ponian á la religion, particularmente en aquellos escritos y sistemas que pretendian se mirasen como indiferentes á la religion, ó mas como favorables que contrarios á la misma. En esto d'Alembert es muy sobresaliente. El historiador y el lector, por el ejemplo que voy á proponerles, formarán concepto de la astucia con que este sofista tiende sus lazos.

Se sabe cuanto se han ocupado los filósofos del siglo de Voltaire en sus imaginarios sistemas físicos sobre la formacion del universo; se sabe cuanto han trabajado para darnos teorías y genealogías del globo terrestre. Los hemos visto andar á gatas por las minas, disecar los montes, taladrar su superficie para hallar conchas, delinear los viages del Océano y formar épocas. El objeto de estas investigaciones y de tantos trabajos no era mas, si se les da crédito, que hacer descubrimientos interesantes á la historia natural y á las ciencias meramente profanas. La religion en particular no debia ser menos respetada por estos fabricantes de épocas, y aun debemos creer que muchos naturalistas no tenian mala intencion: por el contrario muchos de ellos, sabios verdaderos, ingenuos en sus investigaciones, grandes observadores y capaces de combinar y cotejar las observaciones con sus viages, estudios, trabajos y descubrimientos nos han suministrado armas para defender la religion de estos vanos sistemas. Pero no eran estos los intentos de d'Alembert y sus sectarios. Vió aquel que todos estos sistemas y sus épocas llamaban la atencion de los teólogos, que deben sostener la verdad de los hechos y la autenticidad de los libros de Moises, que son el fundamento y principio de la revelacion. Para vengarse de la Sorbona y de todos los defensores de la sagrada Escritura, compuso un escrito con el título capcioso de *Abusos de la crítica*, que es una verdadera apología de aquellos sistemas que

atribuyen á la tierra mas antigüedad que le da Moises. El grande objeto de este escrito, aparentando un gran respeto á la religion, era probar que la revelacion y honor de Moises en nada se comprometian con aquellas teorías y épocas, y que los temores de los teólólogos no eran mas que alarmas falsas. Aun se atrevió á mas; llenó muchas páginas y produjo argumentos para probar que estos sistemas son muy á propósito para formar ideas grandes y sublimes, y que muy distantes *de oponerse al poder y sabiduría de Dios*, *servian para descubrir mejor estos atributos del Ser supremo*. En fin pretendia, que atendido el objeto de estos sistemas, no tocaba á los teólogos sino á los físicos su decision. A los primeros trató de *espíritus angostos*, *pusilánimes y enemigos de la razon*, que se asustaban de un objeto que en manera alguna les tocaba; y escribiendo contra estos imaginarios terrores pánicos, dijo, entre otras cosas: « Han querido enlazar con el cristianis» mo los sistemas mas arbitrarios de la filosofía. En va» no la religion, que es tan sencilla y precisa en sus dog» mas, ha rechazado constantemente una liga que la des» figura. Muchos han creido que atacando la liga se ha » atacado la religion cuando menos lo ha sido (1). »

¿Quien no habria creido que d'Alembert estaba persuadido de que todos estos sistemas pretensos físicos, todas esas teorías y ese tiempo mas dilatado, en lugar de derribar el cristianismo, servian para dar una idea mas grande y sublime del Dios de los cristianos y de Moises? Sin embargo el mismo d'Alembert es quien, esperando *descubrir las pruebas de un tiempo mas dilatado*, celebraba anticipadamente á sus viageros iniciados que tenian la comision de desmentir á Moises y á la

(1) Véase *Abus de la critique*, núm. 4, 15, 16 y 17.

revelacion. El mismo d'Alembert recomienda á Voltaire como *hombres preciosos á la filosofía*, aquellos prosélitos que iban á correr los Alpes y el Apenino con aquella intencion. Y él mismo es quien despues de haber hablado en público del modo que se expresa en su *Abuso de la crítica*, dice en secreto á Voltaire: « Esta » carta, querido cofrade, os la entregará Desmarests, » hombre de mérito y buen filósofo, quien desea cumplimentaros, mientras *pasa á Italia con el fin de hacer » observaciones de historia natural, que podrian muy bien » desmentir á Moises.* Nada dirá de esto al Maestro del » Sacro Palacio; pero si por casualidad *llega á descubrir » que el mundo es mas antiguo de lo que pretenden los » Setenta, él os comunicará el secreto* (1).»

Escritos de Voltaire dirigidos por d'Alembert.

He aquí á un asesino que esconde la mano, al mismo tiempo que empuja á otro asesino para que descargue el golpe. D'Alembert dirigia la pluma de Voltaire, para que este desde Ferney disparase los tiros contra la religion, á lo que él no se atrevia desde Paris. Desde esta capital aun cristiana enviaba el bosquejo, para que Voltaire le diese el colorido y la última mano. Cuando en el año 1773 publicó la Sorbona aquella famosa conclusion que vaticinaba á los reyes lo que la revolucion ha manifestado y cumplido en órden á la destruccion de los tronos que debia causar la filosofía moderna, d'Alembert se apresuró á ponerlo en noticia de Voltaire, manifestándole cuanto interesaba borrar la impresion que contra los conjurados habia causado aquella conclusion. Instruyó á Voltaire en el modo como se habia de gobernar para alucinar á los reyes, y hacer que las

(1) Carta 137, del año 1763.

sospechas y temores que la Sorbona infundia contra la filosofía de los impíos, recayesen contra la iglesia. Le dió por tema lo que ya podia llamarse obra magistral de la astucia y artificio. Le sugirió que renovase aquellas contextaciones entre el imperio y el sacerdocio, que tanto habian indispuesto los ánimos, y que por fortuna ya habia tiempo que habian cesado. Instruyóle en el arte de hacer al clero sospechoso y odioso (1). Entre sus cartas se hallan otros planes semejantes que trazó d'Alembert al filósofo de Ferney, conforme las circunstancias (2), y en ellas vemos, segun su modo de producirse, *las castañas que Bertrand* (d'Alembert) *ponia debajo el rescoldo, y sacaba Raton* (Voltaire) *con sus patas delicadas.*

Consejos y concierto de Voltaire en estas producciones.

Si d'Alembert instruia á Voltaire, este no dejaba de darle parte y á los otros iniciados de los escritos que producia ó de las diligencias que practicaba con los ministros, para que los apoyasen. Así sucedió, cuando, ensayando con anticipacion los decretos espoliadores de la revolucion, tuvo cuidado de hacer saber al Conde d'Argental el manifiesto que enviaba al Duque de Praslin, para empeñar el ministerio á que privase al clero de su subsistencia desposeyéndole de los diezmos (3). Todo se obraba de concierto entre los conjurados, las anecdotas verdaderas ó falsas (4), las sonrisas, las agudezas soezes, las sátiras, cuanto podia ser útil á la conjuracion no salia al público, antes de haberse convenido

(1) Cartas de d'Alembert del 18 Enero y 9 Febrero de 1773.

(2) Véanse principalmente las cartas del 26 Febrero y 22 Marzo de 1774.

(3) Cartaal Conded'Argental del año 1764.

(4) Cartas á d'Alembert 18 y 20.

Voltaire y d'Alembert. Sabiendo aquel mejor que cualquiera otro el ascendiente del ridículo, recomendaba á sus sectarios el uso de esta arma, fuese en las conversaciones, fuese en los libros. « Procurad conservar vuestro » buen humor (escribia á d'Alembert) y procurad siem- » pre destrozar el *infame*. No os pido mas que cinco ó » seis agudezas cada dia, y esto basta. Portaos como » Democrito, reid, y hacedme reir, y triunfarán los » sábios (1).»

Sin embargo, este modo de atacar la religion no le pareció siempre á Voltaire el mas á propósito para gloria de los filósofos y destruccion del cristianismo. Constante en dirigir los ataques, manifestó los deseos que tenia de que saliese al público, *despues de aquel diluvio de majaderias y zumbas*, *algun escrito serio que mereciese ser leido*, con el cual quedasen justificados los filósofos y confundido el *infame* (2). Este es el solo escrito que nunca ha visto el público, á pesar de las exhortaciones de Voltaire y de su coalicion con los conjurados.

Exhortaciones para extender los escritos.

Pero la secta para llenar este vacío, daba á luz cada dia folletos, con los que el deismo y muchas veces el brutal ateismo destilaban contra la religion todo el veneno de la calumnia y de la impiedad. Con toda particularidad en Holanda salia cada mes, y aun cada semana, alguna de estas producciones de la pluma de los impíos mas insolentes. Se dejaron ver entre otras, el *Militar filósofo*, *las Dudas*, *la Impostura sacerdotal*, *la Tunantería descubierta* (3), producciones las mas mons-

(1) Carta 128 á d'Alembert.

(2) Carta 67 á d'Alembert.

(3) *Le Militaire philosophe*, *les Doutes*, *l'Imposture sacerdotale*, *le Polissonisme dévoilé*.

truosas

truosas de la secta. Parecia que Voltaire era el presidente de este comercio de la impiedad; tal era su zelo para que se propagasen estos escritos. Luego que tenia aviso de las ediciones, avisaba á sus cofrades de París, exhortándoles á que se los procurasen y los hiciesen circular; por la menor omision los reprehendia, y él la suplia repartiéndolos en sus alrededores (1). Para mas obligar á que se procurasen estos escritos, les escribió, que *en ellos aprendia á leer toda la juventud de Alemania y que eran el catecismo universal desde Báden hasta Moskow*. (2)

Temiendo que no bastase la Holanda para inficionar la Francia, entresacaba y remitia á d'Alembert las producciones mas impías, para que se cuidase de hacerlas reimprimir en Paris y repartir á miles sus ejemplares, como sucedió entre otras con el pretenso *Exámen de la religion por Dumarsais*. « Me han enviado, » escribia Voltaire á d'Alembert, la obra de Dumarsais, » atribuida á St. Evremont; *es una excelente obra* (y era » de las mas impías). Os exhorto, carísimo hermano, para » que hagais que alguno de nuestros amados fieles la ha» ga reimprimir, pues puede hacer mucho bien (3).» Las mismas exhortaciones, y aun mas urgentes, hizo para que se reimprimiese y multiplicase el *Testamento de Juan Meslier*, famoso cura de Eirépigni, cuya apostasía y blasfemias podian causar mayor impresion en los espíritus del populacho. Se lamentaba Voltaire de que en París no hubiese á lo menos tantos ejemplares de este testamento impío, como habia repartido y hecho cir-

---

(1) Véanse las Cartas al Conde d'Argental, á madama de Deffan, á d'Alembert, y en particular la carta 2 del año 1769.

(2) Carta al Conde d'Argental del 26 Setiem. de 1766.

(3) Carta 122 á d'Alembert.

cular por las cabañas de las montañas de la Suiza (1).

Excusas de d'Alembert.

Eran tantas las instancias é importunaciones de Voltaire, que d'Alembert se vió precisado á responderle como si hubiese procedido con tibieza, en particular por no haberse atrevido *á imprimir en Paris y repartir cuatro ó cinco mil ejemplares del testamento de Juan Meslier.*

Su escusa fué la que puede dar un conjurado que sabe esperar la ocasion y tomar sus precauciones para lograr poco á poco el éxito que no se lograria con la precipitacion (2). Él, que sabia tan bien como Voltaire lo que se puede esperar del pueblo comunicándole á tiempo las producciones impías, estaba aguardando el momento que le pareciese mas á propósito para el éxito. No solo esto, sino que tambien sabia acomodar los escritos á las circunstancias y carácter de las personas. Se descubre esto en el consejo que da á Voltaire sobre una obra maestra de la impiedad, que tiene por título: *El buen sentido. Esta produccion*, decia á Voltaire, *es un libro aun mas terrible que el sistema de la naturaleza.* Y tenia razon que lo era, pues con mas arte y menos acaloramiento insinuaba el mas refinado ateismo. Pero por lo mismo que d'Alembert conocia su importancia para el logro de sus intentos, habria querido que se redujese á menor volúmen, y ya era bastante reducido *para que no costase mas que diez sueldos, y le pudiesen comprar y leer hasta las cocineras* (3).

---

(1) Cartas de Voltaire á d'Alembert del 3 Jul. y del 15 Sep. de 1762.

(2) Carta 102 á Voltaire.

(3) Carta 140 á Voltaire.

Circulacion de estos escritos protegida por los ministros.

Los medios que tenian los conjurados para inundar la Europa con estas producciones anticristianas, no se reducian solo á estas intrigas clandestinas y al arte de eludir la vigilancia de la ley. Ellos tenian en la misma corte personages poderosos, ministros iniciados, que sabian imponer silencio á la misma ley, ó que en algunas ocasiones no la permitian hablar, sino para favorecer bajo mano y con mayor eficacia el comercio de impiedad y seduccion que proscribian los magistrados. El Duque de Choiseul y Malesherbes eran con toda particularidad los promotores de este medio tan eficaz para separar los pueblos de su religion, é insinuarles todos los errores del filosofismo. El primero con toda aquella confianza que le daba el despotismo de su ministerio, amenazaba á la Sorbona con su indignacion, cuando con sus públicas censuras prevenia los pueblos contra los escritos del tiempo. Voltaire, viendo con complacencia este extraordinario uso (le llamaríamos abuso) que hacia el ministro de su autoridad, exclamaba: « Viva el ministerio de Francia, y viva sobre todos el Señor Duque de Choiseul (1).» Malesherbes, que con la superintendencia de la imprenta, se hallaba con la mejor proporcion para eludir á cada instante la ley, estaba muy acorde con d'Alembert para permitir la introduccion y circulacion de los escritos impíos. Ambos, Choiseul y Malesherbes, habrian querido que los apologistas de la religion no hubiesen tenido libertad de hacer imprimir sus respuestas á la legion de impíos que cada dia tomaba mayor ascendiente en Francia. Pero aun no habia llegado este momento tan deseado de los conjura-

(1) Carta de Voltaire á Marmontel, año de 1767.

dos. Voltaire, que tanto suspiraba por la tolerancia, rabiaba al ver que, bajo un ministerio filosófico, tuviesen los apologistas de la religion libertad para levantar la voz y declamar contra la impiedad. D'Alembert, para calmar á Voltaire, le escribió que *si Malesherbes permitia se publicasen escritos contra los filósofos, era muy á pesar suyo y de órden superior, cuyo cumplimiento no habia podido impedir.* (1).

Convenio de Voltaire con Federico sobre el mismo objeto.

No se sosegó con esto Voltaire, ni se dió por satisfecho con que á él y á los suyos les permitiesen publicar sus impiedades; queria algo mas, y era, que la pública potestad autorizase su zelo, y para esto acudió á Federico. Estaba inconsolable contemplando el ningun éxito que habia tenido en su tan deseada colonia filosófica, de la cual como de un volcan habian de salir las lavas incendiarias de la impiedad. Por esto escribió al rey de los sofistas estas espresiones tan lastimeras: « Si yo fuese menos viejo y gozase de salud, dejaria sin sentimiento este palacio que he edificado, y » estos árboles que he plantado, para ir á acabar mis » dias en el *pais de Cléves* con dos ó tres filósofos, á » fin de consagrar los restos de mi vida, bajo de vuestra proteccion, á la publicacion de algunos libros útiles. *Pero, Señor ¿ no podeis sin comprometeros animar » algunos impresores de Berlin, para que los impriman y » estiendan por toda Europa, á un precio tan bajo que facilite su venta* (2)? » Esta propuesta de Voltaire, que conferia á su Magestad Prusiana el distinguido empleo de *buhonero en gefe* de todos los folletos anticristianos,

(1) Carta del 15 Enero de 1767.
(2) Carta del 5 Abril de 1767.

no desagradó á la magestad protectora de la impiedad, y así contextó á Voltaire: « *Podeis serviros de nuestros* » *impresores conforme vuestros deseos*, pues gozan de una » entera libertad; y como tienen correspondencia con » los impresores de Holanda, Francia y Alemania, no » dudo que tendrán proporcion para hacer que lleguen » los libros á donde juzguen á propósito (1). »

Hasta en Petersburgo tenia Voltaire cooperadores á sus fervientes deseos de inundar la Europa con estas producciones anticristianas. Con la proteccion é influjo del Conde de Schouvalow, pidió la Rusia á Diderot permiso para *honrarse con la impresion de la Enciclopedia*. Voltaire recibió el encargo de dar aviso de este triunfo á Diderot (2). El escrito mas impío y sedicioso de Helvecio se reimprimió en la Haya, y el príncipe de Galitzin tuvo valor para dedicarle á la emperatriz de Rusia. Voltaire aunque deseaba tanto la propagacion de esta clase de escritos, no dejó de admirarse al ver dedicado el de Helvecio á la potencia mas despótica del mundo; pero al mismo tiempo que se burlaba de la imprudencia y tontería de su iniciado Galitzin, estaba inundado de gozo contemplando como *la grey de los sabios se aumentaba á la sordina*, pues hasta los príncipes se manifestaban tan interesados como él en hacer circular las producciones mas anticristianas. Tal era su satisfaccion, que hasta tercera vez comunicó en sus cartas á d'Alembert esta tan plausible noticia, como medio el mas eficaz para borrar en el público toda idea del cristianismo. Hasta el presente solo he manifestado los deseos y medios que tuvieron y de que se valieron los capataces de la conjuracion para inficionar el público con el

(1) Carta del 5 Mayo de 1767.
(2) Carta de Voltaire á Diderot.

veneno de sus escritos. Ya se proporcionará ocasion (cap. 17) para descubrir los medios de que se valió la secta para introducir el contagio de la incredulidad hasta en las cabañas mas humildes, y seducir la ínfima clase del pueblo.

Doctrina de los escritos recomendados por los conjurados.

Para complemento de este capítulo, y satisfaccion de aquellos lectores que solo quedan satisfechos con la mas evidente demostracion, quiero hacer algunas observaciones sobre la doctrina de aquellos escritos, que sin ser producciones de los gefes de la conjuracion, procuraron estos propagar para seducir todas las clases de la sociedad. No han faltado quienes hayan dicho que la conspiracion de los gefes solo tenia por objeto los abusos y no la religion; que su odio á lo mas se extendia solo al catolicismo, pero en ningun modo á las varias sectas de protestantes de Ginebra, Alemania, Suecia é Inglaterra. Este alegato de los que pretenden excusar á los gefes de la conjuracion, á mas de ser falso, se ve que es absurdo, si se reflexiona el contenido de los mismos escritos que hicieron circular. Sin duda, cuando extendian estas producciones, su zelo no tenia otro objeto que extender tambien las opiniones que en ellas se predicaban. Consultémoslas pues, y veamos si hay una sola que se dirija á la reforma de los abusos, ó solo á la destruccion del catolicismo. Estos escritos tan celebrados y recomendados, en particular por Voltaire y d'Alembert, son los de Freret, Boulanger, Helvecio, Juan Meslier, Dumarsais y Maillet, cuyos nombres llevan; y son tambien *el Militar filósofo*, *el Buen sentido*, *las Dudas*, *ó el Pirronismo del sabio*, cuyos autores se ignoran. Quiero poner á la vista del lector las varias opiniones de estos escritos tan celebrados de los conjurados, para que vea si con ellos no se destruyen hasta los primeros fun-

damentos del cristianismo, y de aqui inferirá, si el objeto de la conjuracion eran ó no los abusos, ó solo el catolicismo.

Doctrina de estos escritos sobre Dios.

Todas las ramas del cristianismo (doy el nombre de *ramas* á las varias sectas) suponen á lo menos la *existencia de la divinidad*. ¿Y cual es la doctrina de los impíos tan celebrados y recomendados por los gefes de la conjuracion? Freret dice expresamente: « La causa » universal, *este Dios* de los filósofos, de los judíos y *de* » *los cristianos*, *no es mas que una quimera y un fan-* » *tasma*. » El mismo autor insiste en lo dicho: « La » imaginacion produce cada dia nuevas quimeras que » excitan los movimientos del terror, y *tal es el fantasma* » *de la divinidad* (1). » — El autor del *Buen sentido* (*le Bon sens*) ó de aquel escrito que d'Alembert habria querido mas reducido para poderle vender á diez sueldos á la clase del pueblo menos instruida y rica, no se declara tanto como Freret, pero enseña al pueblo « *Que* « *los fenómenos de la naturaleza solo prueban la exis-* » *tencia de Dios á algunas personas llenas de falsas preo-* » *cupaciones*..... *Que las maravillas de la naturaleza*, » *lejos de anunciar á un Dios*, no son mas que *efectos* » *necesarios* de una materia prodigiosamente diversifi- » cada (2). » — El *Militar filósofo* (*le Militaire philosophe*) no niega la existencia de Dios; pero su primer capítulo es una monstruosa comparacion de *Júpiter* y del *Dios de los cristianos*, y en esta comparacion se lleva la ventaja el Dios del paganismo. — En el *Cristianismo descubierto* (*Christianisme dévoilé*), que suena con el

(1) Carta de Trasíbulo á Leucipo, pag. 164 y 254.
(2) Núm. 36 y con mucha frecuencia.

nombre de Boulanger, se lee : *Es mas racional admitir con Manés dos dioses que el Dios de los cristianos* (1). — El autor de las *Dudas*, ó del *Pirronismo* (*les Doutes, ou le Pirronisme du sage*), enseña que no es posible saber *si existe un Dios, ni si hay alguna diferencia entre el bien y el mal, el vicio y la virtud*. Y á esto se reduce toda su doctrina (2).

Sobre el Alma.

Asi como la doctrina de estos impíos, *hablando de Dios*, se opone á la de todos los cristianos, asi se opone á la de estos la de aquellos *sobre el alma*. Freret dice que *todo lo que se llama espíritu ó alma no tiene mas realidad que los fantasmas, las quimeras y las esfinges* (3). — El sofista del imaginario *Buen sentido* hacia argumentos para demostrar que *el cuerpo es el que siente, piensa y juzga, y que el alma no es mas que un ente quimérico* (4). — Helvecio nos dice, que *es error hácer del alma un ente espiritual, y que nada hay mas absurdo; que esta alma no es algun ser distinto del cuerpo* (5). — Boulanger decide *que la inmortalidad del alma*, lejos de ser un motivo para practicar la virtud, *no es mas que un dogma bárbaro, funesto, desesperante y contrario á toda legislacion* (6).

Sobre la Moral.

Si de estos dogmas fundamentales y esenciales á todo el cristianismo pasamos á la moral, hallaremos á Freret

---

(1) *Christianisme dévoilé*, pag. 101.

(2) Veanse particularmente los núm. 100 y 101.

(3) Carta de Trasíbulo.

(4) Veanse los núm. 20 et 100.

(5) *Extrait de l'Esprit, et de l'Homme et de son éducation*, núm. 4 y 5.

(6) *Antiquité dévoilée*, *pag.* 15.

que dice á los pueblos : *las ideas de justicia é injusticia, de virtud y de vicio, de gloria y de infamia, son puramente arbitrarias y dependen de la habitud* (1). — Helvecio, en una ocasion, dice que *la sola regla para distinguir las acciones virtuosas de las viciosas es la ley del príncipe y el interes público*; y en otra, asegura que *la virtud, la probidad, con respecto al particular, no es otra cosa que la habitud de las acciones personalmente útiles; que el interes personal es el único y universal apreciador del mérito de las acciones de los hombres*; y en fin dice que si el hombre virtuoso no es feliz en este mundo, *puede exclamar : ¡ó virtud! tú no eres mas que un sueño vano* (2) ! El mismo sofista sostiene que *el fruto de las pasiones, á las que se da el nombre de locura, son la virtud sublime y la sabiduría ilustrada*; que *el hombre se vuelve estúpido luego que deja de ser apasionado*; que *querer refrenar las pasiones, es la ruina de los estados* (3); que *la conciencia y los remordimientos no son otra cosa que la prevision de las penas físicas á las que nos expone el delito*; que *el hombre superior á las leyes comete sin remordimiento la accion viciosa que le es útil* (4) ; y que *poco importa que los hombres sean viciosos; basta que sean ilustrados* (5). Al otro sexo le dice que *el pudor ú honestidad no es otra cosa que una invencion de la sensualidad refinada*; que *nada pierden las costumbres por el amor*; y que *esta pasion forma los ingenios y personas virtuosas* (6). Dice á los hijos que *el precepto de amar á sus padres mas es obra de la*

---

(1) Carta de Trasíbulo.
(2) *Helvetius, de l'esprit, discours* 2 *et* 4.
(3) Disc. 2 y 3 cap. 6, 7, 8 y 10.
(4) *De l'homme*, tom. 1 sec. 2 cap. 7.
(5) Allí mismo n. 9 cap. 6.
(6) *De l'esprit*, disc. 2 cap. 4, 15 etc.

educacion que de la naturaleza (1). Y dice en fin á los esposos que *la ley que los precisa á vivir juntos es bárbara y cruel, luego que acaban de amarse* (2).

En los otros escritos que procuraron extender los gefes de la conjuracion, no se hallan principios de una moral mas cristiana. Dumarsais, como Helvecio, no conoce mas virtud ni mas vicio que *lo que es útil ó nocivo al hombre sobre la tierra* (3). — El *Militar filósofo* cree que *los hombres, lejos de poder ofender á Dios, se ven forzados á ejecutar sus leyes* (4). El autor del *Buen sentido*, tan estimado de los gefes de la conjuracion, dice que *creer que el hombre puede ofender á Dios, es creer que es mas fuerte que Dios* (5). Instruye á los impíos para que nos digan : *si vuestro Dios da libertad á los hombres para que se condenen ¿qué os importa? ¿Pretendeis acaso ser mas sabios que este Dios, cuyos derechos quereis vindicar* (6)? — Boulanger en aquel escrito tan celebrado por Voltaire y Federico enseña que *el temor de Dios, lejos de ser el principio de la sabiduría, seria el principio de la locura* (7).

No hay necesidad de alegar mas citas. El que desee verlas y muchas mas, que lea las *cartas Helvianas* (*lettres Helviennes*). Á decir la verdad, sobran las producidas para demostrar que los conjurados que tanto se interesaban en la circulacion de estos escritos, no se limitaban á la extirpacion de los abusos ó al solo exterminio de la religion católica. El lector menos contentadizo ve

---

(1) *De l'homme*, cap. 8.
(2) *De l'homme*, *sec.* 8.
(3) *Essai sur les préjugés*, *chap.* 8.
(4) Cap. 20.
(5) Sect. 67.
(6) *Le Bon sens*, pág. 135.
(7) *Christianisme dévoilé*, pág. 163 en la nota.

que la conspiracion era contra el cristianismo, y no solo contra el catolicismo, aunque mas odiado de los gefes de la conjuracion. Habria bastado recordar el proyecto de hacer circular y distribuir cuatro ó cinco mil ejemplares del testamento de *Juan Meslier*, para que se viese que el designio de los propagandistas era borrar hasta los últimos vestigios del cristianismo; pues este testamento es una declamacion la mas grosera contra todos los dogmas del Evangelio. ¿Y no habria bastado tener presente la contraseña de los conjurados: *destrozad el infame?*

CAPITULO X.

EXPOLIACIONES, VIOLENCIAS PROYECTADAS POR LOS CONJURADOS Y ENCUBIERTAS CON EL NOMBRE DE TOLERANCIA.

Lo que era la Tolerancia para los conjurados.

De cuantos medios adoptaron los gefes de la conjuracion anticristiana, apenas hay alguno que les saliese mejor que el de su afectacion en repetir incesantemente en sus escritos las palabras: *tolerancia*, *razon*, *humanidad*, que fueron, segun Condorcet, su nombre de guerra (1). En efecto, era muy natural escuchar á unos hombres que parecia estaban penetrados de los sentimientos que expresan aquellas palabras. Pero ¿y eran reales estos sentimientos? ¿Los sofistas conjurados se contentarian siempre con la verdadera tolerancia? Pidiéndola para sí y su partido ¿estaban en ánimo de ser tolerantes con los otros, si lograban ellos ser mas fuertes? El que quiera resolver estas cuestiones no debe atender á las palabras *tolerancia*, *humanidad*, *razon*, con que pretendian alucinar el público; debe entrar en el secreto de su correspondencia, y atender á la contraseña, *destrozad el infame*, *destruid la Religion de Jesucristo*. En esta correspondencia verá que no hay diferencia alguna entre los gefes de la conjuracion y los verdugos sus sucesores Pethion, Condorcet, Roberspierre y sus cómplices, que hablaron mucho de tolerancia y humanidad, inundando de sangre la Francia. Voltaire y

(1) Esquisse du Tableau Historique, époque 9.

demas capataces de la conjuracion clamaban *tolerancia*, y en secreto se decian, *destrozad*. Los Jacobinos tambien clamaban *tolerancia*, y las linternas, los puñales y las segures revolucionarias son los testimonios que dieron de ella (*).

Expoliaciones meditadas por Voltaire.

En efecto, las expoliaciones, las violencias mas atroces y la misma muerte fueron la tolerancia de los revolucionarios. Ninguno de estos medios debe mirarse como extraño, si se atiende á los deseos y resolucion de los primeros conjurados, cuyo lenguage adoptaron. En cuanto á las expoliaciones, ya he manifestado las que combinaba Voltaire con el rey de Prusia en el año de 1743, para privar de sus posesiones á los príncipes eclesiásticos é institutos religiosos. Hemos visto que este plan de expoliacion se extendió en el año de 1764 á los diezmos, y que Voltaire envió al duque de Praslin una memoria para su abolicion, á fin de privar al clero de su subsistencia (1). En 1770, no habia perdido de vista estas expoliaciones, y manifestó á Federico sus ardientes deseos de verlas ejecutadas. « ¡Pluguiese á Dios, decia, » que Ganganeli tuviese algun buen dominio en vuestra vecindad, y que no estuvieseis tan distante de » Loreto! ¡Y cuanto me gusta que les den un buen » chasco á estos arlequines fabricantes de bulas! Me acomoda mucho ridiculizarlos; *pero estimaria mas despojarlos* (2). » Estas cartas nos instruyen sobre el modo

(*) ¡O blasfemia ridícula! Condecoran este sistema de opresion con el dictado de república; al mismo tiempo que la nacion está encadenada, entonan cánticos de liberdad; el asesino pronuncia con su boca ensangrentada la salutacion fraternal; y el grato nombre de igualdad se lee en la fachada del palacio de los déspotas de la Francia.— Cement. de la Magdalena, tomo 3, noche undécima.

(1) Carta de Voltaire al Conde d'Argental año de 1764.

(2) Carta del 5 Junio de 1770.

con que el gefe de los conjurados preparaba los decretos despojadores de los jacobinos, y dirigia las invasiones que los egércitos revolucionarios debian hacer en Loreto (*).

Estos proyectos ya desechados ya admitidos por Federico.

Federico, contemplándose rey, manifestó que no le acomodaban estas expoliaciones; y aun parece que se habia olvidado de que habia sido el primero en solicitarlas, pues contestó á Voltaire: « Si Loreto estuviese » al lado de mi viña, nada le tocaria. Sus tesoros podrán » seducir á los Mandrin, Conflans, Turpin, Rich... y sus » semejantes. No es porque yo respete los donativos » que ha consagrado el embrutecimiento, sino porque » se debe respetar lo que venera el público, y no se » ha de dar escándalo. Y suponiendo que uno se crea » mas sabio que los otros, debe por compasion y con» miseracion de sus debilidades no contrariar sus preo» cupaciones. Seria de desear que los pretensos filóso» fos de nuestros dias pensasen de este modo (1). » Pero olvidándose Federico de que era rey y acordándose de que era sofista, no le pareció que debia estar reservado solamente á los Mandrin, Conflans, Turpin, y Rich... despojar la iglesia. En el siguiente año, conformándose con el parecer de Voltaire, le escribió: « Si el nuevo » ministro de Francia es hombre de espíritu, no ten» drá la debilidad ni imbecilidad de restituir Aviñon » al Papa (2). » Y acordándose de *minar á la sordina el*

(*) Ya se ve que cuando el emperador de los Jacobinos, Napoleon, invadió los estados del Sumo Pontífice, no hizo mas que dar cumplimiento á los deseos de Voltaire.

(1) Carta del 7 Julio de 1770.

(2) Carta del 28 Julio de 1771.

edificio, tuvo presente lo de despojar á los religiosos, para despojar despues á los Obispos (1).

Consejos de d'Alembert.

D'Alembert, antes de despojar al clero, habria querido que se diese principio por quitarle la representacion de que gozaba en el estado. Haciendo decir á Voltaire lo que él no se atrevia, le escribió: « Es preciso no descuidarse, mientras se pueda hacer con finura, de unir » á la primera parte un pequeño apéndice, ó sea post» data, muy interesante, que consista en manifestar el » peligro que amenaza á los estados y á los reyes, to» lerando que los eclesiásticos formen en el estado un » cuerpo distinguido, y que tengan el privilegio de con» gregarse regularmente (2). Ni los reyes ni el estado habian reparado en tal peligro, pues habian permitido que el clero formase en la nacion un cuerpo distinguido, como el de los nobles y el del pueblo; pero ello es, que de este modo los conjurados con sus consejos iban disponiendo á los jacobinos, para que diesen á su tiempo los decretos expoliadores.

Votos de Voltaire por los medios violentos.

En cuanto á los decretos de destierro, violencia, sangre y muerte, que tanto han distinguido el imperio del jacobinismo, descubrimos que han sido el cumplimiento de los deseos y consejos de los principales gefes de la conspiracion anticristiana. A pesar de la afectacion con que Voltaire repetia las palabras *tolerancia*, *humanidad*, *razon*, no debe el lector ser tan sencillo, que crea que el patriarca de los impíos no queria

(1) Carta del 13 Agosto de 1775.
(2) Carta 95 del año 1773.

valerse de otras armas para aniquilar el cristianismo. Basta atender á las siguientes expresiones. Escribiendo al conde d'Argental, dijo: *Si yo tuviese à mi disposicion cien mil hombres, sé muy bien lo que haria* (1). Aun se descubre mas escribiendo á Federico: *Hércules combatió con los bandidos, y Belerofonte con las quimeras. No sentiria yo ver otros Hércules y Belerofontes que librasen la tierra de las quimeras católicas.* (2) Ya se ve que no era la tolerancia la que le inspiraba estos deseos, y nos vemos precisados á creer, que solo le faltó proporcion para capitanear la matanza de sacerdotes que hicieron los Hércules y Belerofontes de Setiembre (*). Bien manifiesta las intenciones de su tolerancia, cuando *desea ver precipitados á los Jesuitas en el fondo del mar con un Jansenista al cuello*, ó cuando para vengar á Helvecio y al filosofismo, no se avergonzó de hacer esta pregunta: ¿ *Qué la propuesta decente y modesta de ahorcar el último Jesuita con los intestinos del último Jansenista, no podria llevar las cosas á alguna reconciliacion*? Cuando el lector ve el modo con que Voltaire expresa los sentimientos de su tolerancia y humanidad, facilmente creerá, que no habria padecido mucho su compasion y clemencia al ver los sacerdotes católicos hacinados en aquellos barcos que Lebon hizo taladrar para sumergirlos en el fondo del Océano (**).

Votos de Federico por la fuerza mayor.

Parece que cuando Federico escribió: *No está reservado á las armas destruir el infame*, ó la religion cris-

(1) Carta del 16 Febrero de 1761.

(2) Carta del 3 Marzo de 1764.

(*) En los primeros dias de Setiembre del año 1792 fueron mas de 300 los sacerdotes asesinados en Paris.

(**) Véase la Harpe. *Du Fanatisme*. §. 7.

tiana,

tiana, *él perecerá por el brazo de la verdad* (1), se acercaba mas que Voltaire á la tolerancia. Sin embargo, creyó que el último golpe que ha de acabar con la religion, estaba reservado á la *fuerza mayor*, y no solo parece que le acomodaba, sino que si la ocasion le hubiese sido favorable, se habria valido de ella. Asi lo escribió á Voltaire: » Á Bayle vuestro precursor, y á » Vos se debe, sin duda, atribuir la gloria de esta re» volucion que se hace en los espíritus. Pero digamos » la verdad: esta revolucion no es completa; los devo» tos tienen su partido, *y no se acabará con él sino » con una fuerza mayor; es el gobierno que debe pro» nunciar la sentencia que destrozará al infame*. Mucho » podrán contribuir los ministros ilustrados; pero *es » preciso que se les una la voluntad del soberano*. Esto » sin duda se logrará con el tiempo; pero ni vos ni yo » serémos espectadores de este momento tan deseado (2).» No se puede dudar que este momento tan deseado por el rey sofista, es aquel en que la impiedad sentada en el trono se quitara la mascarilla de la tolerancia con que antes se encubria. Si este momento tan deseado hubiese llegado en los dias de Federico, este, á imitacion de Juliano apóstata, habria recurrido á la *fuerza mayor*; habria pronunciado la sentencia de aniquilar la religion de Jesucristo; habria unido á los sofismas de los iniciados la *voluntad de soberano*; habria fallado como señor absoluto, y entonces, bajo el imperio de Federico, como bajo el de Juliano ó Domiciano, no habrian tenido los cristianos mas libertad que escoger entre la apostasía, la muerte ó el destierro. A lo menos no es fácil combinar aquella *fuerza mayor* y aquella *sentencia del gobierno que aplasta*,

(1) Carta del 25 Marzo de 1767.

(2) Carta 95 del año 1775.

con el juicio que d'Alembert forma del rey sofista, cuando escribió á Voltaire: « *Le veo en el mayor apuro, y esto » me causa mucha lástima. No es fácil que la filosofía » halle un príncipe tan tolerante como él por indiferencia*, » lo que es un buen modo de serlo, y tan *enemigo de la » superstición y del fanatismo* (1). »

Voto frenético de d'Alembert.

Pero, segun d'Alembert, este modo de ser tolerante *por indiferencia* no excluye las persecuciones encubiertas, y aun puede combinarse con los deseos rabiosos y frenéticos que con tanta claridad manifiesta á Voltaire en sus cartas, de ver perecer una nacion entera por su adhesion al cristianismo. El tolerante por indiferencia no puede escribir estas palabras: « Hablando de este rey de Prusia, » hé allí que vuelve á levantar cabeza, y creo como vos, » en calidad de frances y de ser pensador, que esta es una » gran dicha para la Francia y para la filosofía. Estos Aus» triacos son *unos capuchinos insolentes que nos aborrecen » y desprecian, y que yo quisiera ver aniquilados con la » supersticion que protegen* (2). » Se debe observar que estos Austriacos que d'Alembert desea ver aniquilados, eran aliados de la Francia, que estaba en guerra con el rey de Prusia, cuyas victorias celebra. Estas circunstancias manifiestan que los conjurados preferian el filosofismo al amor de la patria, y que la tolerancia no les habria impedido ser traidores al rey y á la nacion, si la traicion les hubiese podido servir para destrozar el *infame* (*). No obstante, estos deseos inhumanos mas eran desa-

(1) Carta 165 del año 1762.

(2) Carta de d'Alembert á Voltaire del 12 Enero de 1763.

(*) Creo que á unas causas muy análogas se puede atribuir la mayor parte de las traiciones que hemos visto en España desde el momento de nuestra insurreccion.

hogos de los corazones de los conjurados, que objetos de su correspondencia y deliberaciones. Ellos preparaban los caminos á los sediciosos y á las almas feroces que debian ser los ejecutores de lo que los sofistas meditaban y proyectaban. Aun no habia llegado el tiempo para las sediciones y atrocidades; y aunque los deseos eran los mismos, las circunstancias no permitian representar el mismo papel. Debo manifestar ahora la variedad de los que representaron los capataces de la conjuracion, y los varios servicios con que se distinguieron y mostraron su zelo en la revolucion anticristiana, preparando el reino de los nuevos iniciados.

CAPITULO XI.

REPRESENTACION, MISION, SERVICIOS Y MEDIOS PARTICULARES DE CADA UNO DE LOS GEFES DE LA CONJURACION ANTICRISTIANA.

Servicios de Voltaire.

PARA llegar al término que se habian propuesto los conjurados de destruir la religion de Jesucristo, contra la cual habian concebido el odio mas irreconciliable, no les bastaron los medios generales en que se habian convenido, y de los cuales he tratado hasta el presente. Cada cual debia cooperar de un modo particular, valerse de sus medios, hacer uso de sus respectivas facultades segun su situacion personal, ó segun los destinos que le señalaba su mision. Voltaire reunia en sí casi todos los talentos que pueden distinguir á un hombre en la carrera literaria, y luego que la conjuracion contra Jesucristo estuvo formada, los dedicó todos á esta guerra. En los últimos veinte y cinco años de su vida no atendió á otro objeto, pues decia que *lo único que le interesaba era envilecer el infame* (1). Hasta entonces habia dividido sus ocupaciones dedicándose ya á la poesía ya á la impiedad; pero despues no fue mas que impío sin ocuparse en otra cosa. Parece que habia tomado á empeño de dar él solo mas batallas, y vomitar mas blasfemias y calumnias que todos los Porfirios y Celsos de todas las edades. En la numerosa coleccion de sus escritos, hallamos mas de

(1) Carta á Damilaville del 15 Junio de 1762.

cuarenta tomos en octavo, que contienen novelas, diccionarios, historias, cartas, memorias, comentarios que dictó su rabia, su odio y la resolucion frenética de aniquilar á Jesucristo. Prevengo al que quiera leer esta enorme coleccion, á que no busque en ella el sistema particular del deista, del materialista ó del escéptico. Todos los hallará reunidos, pues como hemos visto, conspiró con d'Alembert á reconciliar entre sí á estos *sistemáticos*, para que reunidos hiciesen la guerra á Cristo; y esta reunion ya la habia él hecho en su mismo corazon. No se para en mirar quien le suministra armas: las toma de cualquiera mano que se las presenta, y mientras que tenga que disparar contra el cristianismo, su autor, sus altares y ministros, poco le importa aunque se las den los atéos. Los escritores y apologistas de la religion, y yo tambien, le representamos adoptando á cada hora del dia una opinion nueva, y este retrato es sacado de sus escritos (1). Parece que son veinte hombres, pero igualmente llenos de odio. El fenómeno de sus contradicciones se explica por el de su rabia, y el de su hipocresía no se deriva de otro principio; pero como este último fenómeno no es bastante conocido, es preciso consignarle en la historia; y para que ninguno dude de su singularidad, será el mismo Voltaire quien nos instruirá sobre su intencion, extension y causas.

Hipocresía de Voltaire.

Durante esta inundacion de libros anticristianos, la autoridad en Francia trató con algun rigor, aunque no como debia á sus autores. El mismo Voltaire, á causa de sus primeras producciones impías, salió condenado. Cuando se vió capataz de los gefes anticristianos, le

(1) Veanse *les Helviennes*, especialmente las cartas 34 y 42.

pareció que era necesario usar de mas precaucion para evitar á lo menos toda prueba legal de su impiedad. Para asestar sus tiros con mas seguridad y destruir el cristianismo, se disfrazó de cristiano, frecuentó sus templos, asistió á sus misterios, comulgó, recibiendo en su boca al mismo Dios que él blasfemaba..... diré mejor: no comulgó ni cumplió con el precepto de la iglesia, sino para blasfemarle con mayor atrevimiento. Si le parece al lector que la acusacion es monstruosa, le presento una prueba que no admite réplica. En 15 Enero de 1761, envió Voltaire á una hembra iniciada, aquella condesa d'Argental á la que llamaba su ángel, no sé que escrito, aunque su editor conjetura que es la carta á Clairon, famosa actriz de estos últimos tiempos, el que es seguramente una de sus producciones mas escandalosas, pues Voltaire no se atreve á comunicarla sino á los escogidos de entre los escogidos. Cualquiera que sea el objeto de haberle enviado este papel, he aqui la carta con que le acompañó: « ¿Quiere Vmd. divertirse leyendo este pa-
» pelujo? ¿Quiere Vmd. leerle á la señorita Clairon? Solo
» Vmd. y el señor duque de Choiseul tienen copia de
» él. Sé que Vmd. me dirá que me vuelvo atrevido, y
» algo perverso en mi vejez. ¡Que perverso! No señora;
» soy un Mínos, que juzgo los perversos..... Esté Vmd.
» sobre sí; porque hay gentes que nada perdonan.....
» lo sé; yo soy tambien como ellos. Tengo sesenta y
» siete años y voy á la misa parroquial, doy ejemplo al
» pueblo, comulgo, he edificado una iglesia, en la que
» me haré enterrar, ¡vive Dios! á despecho de los hipó-
» critas. Creo en Jesucristo consustancial á Dios, y en
» la Vírgen María su madre. Viles perseguidores ¿que
» teneis contra mí?.... Pero vos, dicen, habeis hecho
» la Poncella (*Pucelle*)..... Y yo digo que no la he
» hecho; vosotros sois sus autores; vosotros habeis puesto

» las orejas á la cabalgadura de Juana. Yo soy buen
» cristiano, buen servidor del rey, buen señor de par-
» roquia, buen preceptor de doncellas. Hago temblar
» Jesuitas y Curas; hago lo que me da gana de mi pe-
» queña provincia grande como la palma de la mano (su
» hacienda tenia dos leguas de extension), y soy capaz de
» meter al Papa en mi manga, cuando me dé la gana.
» ¿Pues bien, galopos, que teneis que decirme? He aqui,
» queridos ángeles, lo que yo responderia á los Fantins,
» á los Grisels, á los Guyons y al pequeño mono negro. »

Las señoras iniciadas podian reir con las chufletas de esta carta; pero atendiendo á su fondo ¿los lectores de juicio descubren otra cosa que un viejo insolente, que cuenta con sus protectores, y que está resuelto á mentir sin pudor, á hacer la profesion de fe mas cristiana, si los autores religiosos le acusan de impiedad, y á oponer á las leyes sus negativas mentirosas, sus comuniones y exterioridades religiosas? ¡Y este impío tiene valor para tratar á otros de hipócritas y galopos! Parece que el mismo conde d'Argental se irritó en vista de estos tan odiosos artificios; pues vemos que Voltaire le escribe en 16 de Enero del siguiente año 1762 en esta forma : « Mis
» ángeles, si yo pudiese disponer de cien mil hombres,
» sé muy bien lo que haria; pero como no los tengo,
» *comulgaré por pascua , y me trataréis de hipócrita*
» *cuanto os dé la gana*. Sí, ¡vive Dios! comulgaré con
» madama Denis y la señorita Corneille; y si me apurais,
» *pondré en rimas consonantes el Tantum ergo sacra-*
» *mentum*. » Parece tambien que otros iniciados se avergonzaban de esta cobardía de su gefe, pues se vió obligado Voltaire á escribir á d'Alembert, diciéndole : « Sé,
» que hay personas que hablan mal de mis pascuas; es
» una penitencia que debo aceptar para satisfacer por mis
» pecados.... *Sí, he cumplido con la pascua , y lo que es*

» *mas, yo en persona he ofrecido el pan bendito*. Y des» pues de esto tengo valor para desafiar á Jansenistas y á » Molinistas (1). » Si estas últimas palabras aun no demuestran con toda evidencia los motivos que tenia el impío hipócrita, se manifiestan estos sin duda alguna en la carta que poco despues escribió al mismo d'Alembert: « En vuestro concepto, preguntaba Voltaire, ¿que » han de hacer los sabios cuando se ven rodeados de » bárbaros insensatos? Ocasiones hay en que *es preciso* » *imitar sus contorsiones y hablar su lenguage*. *Mutemus* » *Clypeos* (cambiemos nuestros broqueles); *lo que he* » *hecho en este año, ya lo he hecho muchas veces, y si* » *place á Dios, aun lo volveré á hacer* (2). » En esta carta encarga especialmente Voltaire que *no se divulguen los misterios de Mitra*, y concluye esta misma carta con estos votos contra el cristianismo : *Es preciso que haya cien manos invisibles que traspasen el monstruo, y que al fin caiga herido por mil partes*.

Si he de dar asenso á personas que conocieron á Voltaire en los primeros años de sus triunfos literarios, no era la hipocresía un nuevo artificio de su conducta. He aqui á lo menos un hecho que sé por personas que le tenian bien conocido. Voltaire tenia un hermano, el Abate Arouet, zeloso jansenista, quien observaba en sus costumbres toda la austeridad que afectaba esta secta. Este Abate, que era heredero de una fortuna considerable, rehusaba ver á un hermano impío, y decia públicamente que no dispondria de alguna cosa de sus bienes en su favor. El Abate Arouet gozaba poca salud, lo que anunciaba una próxima muerte, y Voltaire tenia ganas de ser su heredero. A este fin se fingió jansenista, y se puso á representar el papel de devoto. En

(1) Carta á d'Alembert del 27 Abril de 1768.
(2) Carta del 1 Mayo de 1768.

un momento adoptó el trage rigorista, se presentó con el gran sombrero de alas caídas, y se puso á frecuentar las iglesias. Acudia con singular diligencia á las mismas, y en las horas que el Abate Arouet; y allí con toda la apariencia de la contricion y humildad del diácono Páris, hincado de rodillas en medio de la nave, ó bien inclinado con las manos juntas al pecho, fijos los ojos sobre el altar, ó mirando con atencion al predicador, oraba ó escuchaba el sermon con todas las apariencias de un pecador arrepentido. El Abate Arouet creyó que su hermano se habia convertido, le exhortó á la perseverancia, le hizo heredero de todos sus bienes y murió. Pero Voltaire nada conservó de su conversion sino los doblones de su hermano jansenista.

Exhortaciones urgentes á sus iniciados.

Con este profundo disimulo se combinó en Voltaire toda la actividad clandestina que podia inspirar á este capataz de la conjuracion, el juramento y deseos que habia hecho y tenia de destrozar al Dios de los cristianos. Poco satisfecho de lo que obraba contra Dios, instigaba, animaba y estimulaba sin cesar aquellas legiones de iniciados, que repartidos desde el oriente hasta el occidente, hacian la misma guerra á Jesucristo. Presente en todas partes, á causa de su correspondencia, escribia á unos: *Inducid á todos los hermanos á que persigan al infame de palabra y por escrito, sin permitirle un momento de sosiego*. Si descubria iniciados menos activos de lo que él mismo era, extendia á todos sus reconvenciones; *Se descuida*, decia, *que la principal ocupacion es la de destruir al monstruo.* Ya se sabe, que en su boca tanto el monstruo como el infame era siempre Jesucristo y su religion (1). En la guerra que

(1) Veanse las cartas á Thiriot, á Saurin, á Damilaville y á otros.

emprendieron los demonios contra los cielos, Satanás no pudo inspirar á sus legiones mas rabia, corage y furor contra el Verbo eterno, ni pudo valerse de una proclama mas enérgica que la de que se valió Voltaire: O hemos de triunfar, dijo, ó serémos infames. A esto equivalen sus expresiones escribiendo á d'Alembert: «Es » tal nuestra situacion, que serémos la execracion del » género humano, si en esta guerra contra Cristo no » tenemos á nuestro favor las personas honradas. Es pre» ciso atraerlas á nuestro partido á toda costa. Aplas» tad el infame, aplastad el infame, os digo (1).»

Su correspondencia.

Este zelo le hizo el ídolo del partido. Los iniciados concurrian de todas partes para tratarle, y se volvian llenos del mismo corage, rabia y deseos de aplastar á Jesucristo. Los que no se le podian acercar, le consultaban, le exponian sus dudas, le preguntaban si habia realmente un Dios, ó si ellos tenian una alma. Voltaire que nada sabia de esto, estaba gozosísimo, y aun haciendo zumba de su propio imperio, solo contextaba que era preciso destrozar el Dios de los cristianos. Cada ocho dias recibia cartas de este tenor (2). El mismo escribia un prodigioso número llenas de exhortaciones para exterminar el infame. Es necesario haber visto la coleccion de sus cartas para creer que el corazon y la rabia de un solo hombre las haya podido dictar, ó que su pluma las haya podido escribir, no comprendiendo en esta compilacion tantos otros escritos llenos de blasfemias. Es preciso que en su caverna de Ferney recibiese noticias de todo, lo supiese y viese todo y dirigiese todo lo que

(1) Carta 129 á d'Alembert.
(2) Carta á Madama Deffant del 22 Julio de 1761.

tenia relacion con la conjuracion. Reyes, príncipes, duques, marqueses, literatos, ciudadanos, siendo impíos, podian escribirle, y él á todos respondia y á todos fortificaba y animaba. Su vida, hasta su última decrepitez, fue la vida de cien demonios, todos siempre ocupados en cumplir el juramento de aplastar á Jesucristo y derribar sus altares.

Servicios de Federico.

El iniciado Federico II de Prusia, el Rey sofista, no fue menos activo empuñando la espada que manejando la pluma. Este hombre, que hacia por sus estados y por sí solo, cuanto pueden hacer los reyes, y aun mas que lo que suele hacer la mayor parte de aquellos por medio de sus ministros, hizo tambien él solo contra Cristo cuanto hacen los sofistas. En calidad de gefe de los conjurados, su oficio, ó mejor su locura, era verlos á todos, protegerlos á todos, é indemnizarlos de lo que perdian por las que llamaba persecuciones del fanatismo. El Abate de Prades para eludir las censuras de la Sorbona y decretos del parlamento, se refugió á Berlin, y el Rey sofista en recompensa le proveyó un canonicato de Breslaw (1). Un jóven sin seso se escapó del poder de los magistrados, que estaban resueltos á castigar los ultrages que habia hecho á los monumentos públicos de la religion, y el mismo Rey sofista le acogió y le honró con el grado de porta-estandarte en su ejército (2). En el mismo momento en que parecia que sus erarios estaban exhaustos á causa de los grandes gastos que ocasionaban sus ejércitos, halló recursos para los iniciados. En lo mas encendido de sus guerras, las pensiones que les hacia, en especial á d'A-

(1) Correspondencia de d'Alembert y Voltaire, cartas 2 y 3.
(2) Allí mismo, carta 211.

lembert, eran las mas sagradas de sus deudas. En algunas ocasiones se acordó de que un monarca no debia confundirse con tan viles sofistas, y aun pensó que estos solo eran un hato de pícaros presumidos y visionarios (1). Pero estos eran caprichos que le perdonaban los sofistas: y en efecto, luego volvia á preocuparle el filosofismo, y su odio contra Cristo le arrebataba. Volvia á reunirse á los conjurados, emprendia de nuevo la guerra contra la religion, y como si Voltaire no estuviese poseido de bastante odio ni hubiese sido bastante activo, Federico le excitaba y empujaba esperando con impaciencia todos sus escritos anticristianos, y cuanto mas impíos, mas los celebraba. Con esto llegó, como Voltaire y d'Alembert á abatirse, hasta valerse de artificios. Aprobó el método de tirar la piedra y esconder la mano, ó, para valerme de sus mismas expresiones, *el método de dar papirotes á las narices del infame*, *colmándole de cortesías* (2).

Vil adulador de Voltaire, hizo de este el Dios de la filosofía, y le contempló inundado y harto de gloria, y que vencedor del infame, subia al Olimpo sostenido por los génios de Lucrecio, Sófocles, Virgilio y Loke, y colocado entre Newton y Epicuro sobre un carro brillante de resplandor (3). «Le rindió el homenage de la revo» lucion anticristiana que se iba preparando (4).» No pudiéndose prometer de triunfar él mismo con todos estos títulos, probó de tener el mérito de un laborioso impío. Los escritos que en esta clase se publicaron en prosa y verso con su nombre, no son las solas producciones de este sofista coronado; pues hay muchas mas que salieron anó-

(1) Véanse sus diálogos de los muertos.

(2) Carta del 16 Marzo de 1771.

(3) Carta del 25 Noviembre de 1766.

(4) Carta 154 del año 1767.

nimas, y que no se habrian creido de un hombre que tenia tanto á que atender como rey. Tal es aquel extracto de Bayle, aun mas impío que el mismo Bayle, en donde omite los artículos inútiles para condensar el veneno de los otros. Tal es aquel Akakia y los discursos para servir á la historia de la Iglesia, discursos y prólogo tan celebrados por el corifeo de los impíos. Y tales son tambien otras muchas producciones en las que Voltaire no halla otro defecto sino el de las suyas, esto es el de repetir hasta el fastidio los mismos argumentos contra la religion (1). Así es, que no le bastó á Federico ser consejero de los conjurados, ú ofrecer asilo á los iniciados, sino que aspiró y llegó á ser en efecto uno de los principales gefes de la conjuracion anticristiana, por su aplicacion y obstinacion en inficionar la Europa con sus impiedades. Si no igualó á Voltaire, no fue por falta de odio sino de talentos, y se debe decir, porque es verdad, que Voltaire no habria hecho tanto daño sino hubiese tenido en Federico un excitador, un apoyo, un consejero y un cooperador. Federico, á pesar del secreto de la conspiracion, habria querido iniciar á todos los reyes en sus misterios; pero á lo menos él fue quien cooperó mas con los capataces. Aun no fue tan útil á la conjuracion con su proteccion y escritos, como lo fue por sus escándalos, pues mientras reinó, fue siempre el impío coronado.

Servicios de Diderot.

Diderot y d'Alembert, aunque colocados en una esfera mas oscura, dieron principio á su mision y á representar su papel por un juego, el cual desde luego ya mani-

(1) Véase la correspondencia del Rey de Prusia y de Voltaire, y las cartas 133, 151, 159 etc.

festó el carácter de estos dos apóstoles. Ambos estaban ya animados del mas ardiente zelo, pero no tenian aquella reputacion que despues debieron mas á su impiedad que á sus talentos. Los cafés de Paris fueron los primeros teatros en donde representaron. Sin ser conocidos, ya en un café, ya en otro, dirigian la conversacion á asuntos religiosos. Diderot atacaba, y d'Alembert sostenia. La objecion siempre se proponia con toda su fuerza, y Diderot con su tono triunfante parecia que la hacia insoluble. La respuesta que daba d'Alembert era débil, pero aparentaba todo el aire de un buen cristiano que desea sostener el honor y la verdad de su religion. Los ociosos de Paris, para quienes los cafés son el punto de reunion, eran espectadores de este entremés impío, y segun sus talentos é inclinaciones se ingerían en la controversia, mientras que unos escuchaban y otros se admiraban. Diderot insistia, replicaba y esforzaba el argumento; d'Alembert concluia con decir que el argumento parecia insoluble, y se retiraba como avergonzado y desesperado de que su teología y amor á la religion no le ofreciesen respuestas mas satisfactorias. Luego estos dos amigos volvian á verse, y se daban el parabien de la impresion que su fingida disputa habia hecho en la multitud de los oyentes ignorantes y engañados con este charlatanismo. Volvian á convenirse, y señalando punto de reunion se entablaba de nuevo la disputa; el abogado hipócrita de la religion manifestaba siempre el mismo zelo; pero siempre se dejaba vencer del abogado del ateismo. Cuando la policía, noticiosa de este juego, quiso ponerle fin, llegó tarde: los sofismas ya habian entrado en las tertulias, de donde nunca salieron; y de aqui se originó en la juventud de Paris esta manía, que se convirtió en moda, de disputar contra la religion, y el delirio de tener por insolubles

las objeciones que se desvanecen cuando se estudia seriamente la verdad, principalmente si se desea conocerla y seguirla, á pesar de cuanto contiene contrario á las pasiones.

Mientras estas disputas de café, el teniente de policia vituperó á Diderot el atrevimiento de predicar el ateismo; pero este insensato le respondió con altivez: *es verdad, soy ateo, y me glorio de serlo*. A lo que replicó el ministro: si estuvieseis en mi lugar, seríais de parecer que si no hubiese Dios, seria preciso inventarle. Diderot con todo su entusiasmo de atéo se vió en la precision de renunciar á su apostolado de los cafés, por temor de la Bastilla. El ministro hàbria hecho mejor si le hubiese amenazado con la casa de locos, y puede verse en la obra titulada *cartas Helvianas* los derechos que tenia á ella (1). El fué á la verdad el loco gracioso de los conjurados. Estos necesitaban de un hombre de este carácter para decir todas las impiedades mas absurdas y contradictorias, que pudieran pasarle por la cabeza. Con estas atestó sus producciones; tales son los *pensamientos* que llama *filosóficos*, tal es su *carta sobre los ciegos*, y tal su código ó sistema de la naturaleza. Este escrito por ciertos motivos que haré presentes cuando trataré de la conspiracion contra los reyes, irritó á Federico quien pensó que le debia refutar. Por eso d'Alembert no quiso se supiese quien era su autor, aparentando hasta al mismo Voltaire, que lo ignoraba, aunque este despues lo llegó á saber con toda certeza como yo mismo. Diderot no habia trabajado solo en este famoso sistema; para formar este *caos* de la naturaleza, que *sin inteligencia* ha hecho al *hombre inteligente*, se asoció otros dos sofistas, que no me atrevo á nombrar, por motivo de que, cuando supe esta anécdota, no me interesé

(1) Véanse *lettres Helviennes* cartas 57 y 58.

bastante en saber los nombres de estos viles cooperadores, para estar hoy seguro de que no los erraria. En cuanto á Diderot estoy bien seguro, y yo ya lo sabia antes. El fué quien vendió el manuscrito por cien doblones; lo sé del mismo que los pagó, y este me lo aseguró en ocasion en que ya conocia mejor toda esta sociedad de impíos.

A pesar de todos estos delirios, Diderot fué para Voltaire *el filósofo ilustre*, *el valiente Diderot*, y uno de los *Caballeros* mas útiles de la conjuracion (1). Los conjurados le proclamaban como si fuese algun grande hombre; le enviaban á las córtes estrangeras como un personage admirable, aunque hubo ocasion en que á causa de sus necedades no se atrevian á hablar de él, como sucedió con toda particularidad con lo de la Emperatriz de Rusia. En otros tiempos los príncipes en sus córtes tenian locos para divertirse: pero era la moda en el Norte tener filósofos franceses. Ya se vé que con esto poco se habia ganado de parte del buen sentido. La Emperatriz Catalina no tardó en descubrir el peligro que con esta gente corria la pública tranquilidad. Ella habia enviado á llamar á Diderot, y desde el principio *le pareció de una imaginacion inagotable, y le colocó entre los personages mas estraordinarios que jamas hubiese habido* (2). La Emperatriz tuvo razon; pues que Diderot se demostró tan extraordinario, que se vió precisada á remitirle con toda brevedad al mismo lugar de donde habia venido. Diderot se consoló en esta desgracia, contemplando que los Rusos no estaban aun en sazon para recibir la sublime filosofía. Se puso en camino de vuelta hácia Paris, viajando con un gorro en la cabeza y en bata. Su criado iba delante, y cuando habian de pasar

(1) Carta de Voltaire á Diderot del 25 Diciembre, y del mismo á Damilaville del año 1765.

(2) Véase su correspondencia con Voltaire, carta 134 del año 1774.

por

por alguna ciudad ó pueblo, decia á los que se admiraban de ver aquel figuron: *Este que pasa, es el grande hombre M. Diderot* (1). Con este equipage, desde San Petersburgo llegó á Paris. Aqui no dejó de ser el hombre extraordinario, ya escribiendo en su oficina, ya esparciendo en las tertulias todos sus desatinos filosóficos, siendo siempre el grande amigo de d'Alembert y la admiracion de los otros sofistas. Concluyó su apostolado por la vida de Séneca y sus nuevos pensamientos filosóficos. En aquel escrito dice, *que entre él y su perro no halla otra diferencia que el vestido*; en este hace de Dios *el animal protótipo*, y de los hombres otras tantas partecillas del grande animal; partecillas que se transforman sucesivamente en toda especie de animales hasta la fin de los siglos, en cuya época se reunirán todos en la sustancia divina, de donde emanaron en su orígen (2).

Diderot en calidad de loco decia los mayores desatinos, como los decia Voltaire en calidad de impío. Ninguno habia que creyese ni uno de aquellos desatinos; pero muchos dejaban de creer las verdades religiosas, contra las cuales se dirigian aquellos absurdos adornados de cierta elocuencia y con todo el aparato filosófico. Muchos dejaban de creer la religion de Jesucristo, porque siempre la veian ultrajada en aquellas producciones; y esto era lo que querian los conjurados. Por esto apreciaron tanto la mision de Diderot, á pesar de sus absurdos. El lector que explique como podrá este zelo anticristiano de Diderot, zelo que siempre fue fervoroso y enfático, cuando su imaginacion se exaltaba; ello es cierto que Diderot fue lo que he dicho, y lo demuestran sus escritos;

(1) Artículo, *Diderot*, del Diccionario de hombres ilustres por Feller.

(2) Véase *Nouvelles pensées philosoph.*, pág. 17 y 18 y *Lettres Helviennes*, carta 49.

pero tambien es verdad que este mismo hombre tenia algunos momentos de admiracion ingenua contemplando el Evangelio. Referiré lo que he oido contar á un académico que fue testigo. Este es M. Beauzée, quien fue un dia á visitar á Diderot, y le halló que explicaba á su hija un capítulo del Evangelio, con tanta seriedad é interes como lo pueda hacer un padre verdaderamente cristiano. M. Beauzée manifestó la sorpresa que le causaba aquella ocupacion de Diderot. Á lo que este respondió: *Sé lo que me quereis decir; pero hablando con verdad ¿que mejores lecciones le puedo yo dar? ¿O en donde las hallaré mejores?*

Servicios de d'Alembert.

D'Alembert no habria hecho esta declaracion de Diderot. Aunque fue amigo constante de este en su mision filosófica, fueron siempre tan diferentes como lo habian sido en sus principios. Diderot siempre dijo lo que en el momento de hablar sentia en su interior; pero d'Alembert nunca dijo sino lo que queria decir. Apuesto que en ninguna parte manifiesta su modo de pensar sobre Dios y el alma, sino en su íntima correspondencia con los conjurados. Sus escritos tienen toda la astucia de la impiedad; pero es zorra que inficiona con su hedor y huye. Seria mas fácil seguir las vueltas del movimiento tortuoso de la anguila ó de la serpiente que se esconde en la yerba, que las vueltas y revueltas que da su pluma en los escritos que reconoce como suyos. Segun el examen que he hecho de sus obras en mis *Cartas Helvianas*, he aqui lo que resulta. D'Alembert nunca dijo que era escéptico, ó que no sabia si hay ó no hay Dios. Permitió que pensasen que creia en Dios; pero impugnó desde el principio ciertas pruebas de la divinidad; dijo que las impugnó por amor á la misma divinidad, alegando que

es necesario saber escoger entre las mismas pruebas; pero concluyó impugnándolas todas; y ya con un *sí* sobre un objeto, y ya con un *no* sobre el mismo, embarazó y enredó de tal modo el espíritu de los lectores, y les hizo nacer tantas dudas, que riéndose los llevó, sin que lo advirtiesen, al término que se habia propuesto. Nunca dijo á otros que impugnasen la religion; pero presentó un manojo de armas para combatirla (1). Se guardó muy bien de declamar contra la moral de la Iglesia y de los mandamientos de la ley de Dios; pero dijo que aun no hay un solo catecismo de moral para la instruccion de la juventud, y que era de desear que viniese algun filósofo y nos hiciese este regalo (2). Pretendió no hablar contra la felicidad de la virtud; pero enseñó, *que todos los filósofos habrian conocido mejor nuestra naturaleza, si se hubiesen contentado con limitar á la exencion del dolor el soberano bien de la vida presente* (3). No puso á la vista descripciones obscenas; pero dijo: *los hombres estan acordes sobre la naturaleza de la felicidad; y todos convienen en que es lo mismo que el deleite, ó á lo menos que la felicidad debe al deleite lo que tiene de mas deliciosa* (4). De este modo su discípulo, sin advertirlo, se transformaba en un pequeño Epicuro.

Ninguno mejor que d'Alembert cumplió con el precepto de Voltaire, *Herir y esconder la mano*. La declaracion que él mismo hizo de sus *reverencias* á la religion, en el mismo momento en que con mas ahinco la pretendia destrozar (5), eximen al historiador de presentar todas

(1) Véanse sus *Elémens de Philosophie*, *y les Helviennes*, carta 37.
(2) *Elémens de Philosophie* núm. 12.
(3) Prefacio de la Enciclopedia.
(4) Enciclopedia, Artículo, *Bonheur*.
(5) Carta 151 á Voltaire.

La

las pruebas que sobre el particular se hallan en los escritos de este sofista. Para indemnizarse de la violencia que padecia por su disimulo en sus propios escritos, apeló al arbitrio de expresar con mas libertad sus pensamientos por boca de otros iniciados, ó de los discípulos jóvenes de la secta. Haciendo el oficio de revisor de los escritos de estos, insinuaba ya un artículo, ya un prólogo, con lo que expuso alguna vez al seducido á un castigo, que era tan sensible como el padecer no por culpa propia, sino de su seductor. Morellet, que aun era jóven aunque teólogo de la Enciclopedia, acababa de publicar su ensayo filosófico, que es un escrito manual que embelesaba al mismo Voltaire. Lo que mas apreciaba era su prólogo en donde descubria *el mejor mordiscon que habia dado Protágoras*. El jóven iniciado Morellet estuvo preso en la Bastilla, y Protágoras (d'Alembert), que le habia enseñado á morder, le dejó padecer, y se guardó muy bien de decir que él habia dado el mordiscon (1).

Su mision especial para la juventud.

Si d'Alembert se hubiese atenido á su pluma, habria hecho muy pocos servicios á los conjurados. Á pesar de su estilo quisquilloso y con todas sus zumbas, era muy pesado y molesto, y esto era un cierto contra-veneno para sus lectores. Voltaire, destinándole á otra mision, acertó con su genio. Ya habia el Patriarca tomado por su cuenta á los ministros, los duques, los príncipes y los reyes, y aquella casta de iniciados que estaban mas adelantados para entrar en los secretos de la conjuracion. Dió á D'Alembert el encargo de formar los iniciados jóvenes, y á este fin le escribió con toda formalidad: « *Procurad*

(1) Véanse las cartas de d'Alembert á Voltaire del año 1760, y de Voltaire á Thiriot del 26 Enero de 1761.

» *de vuestra parte ilustrar la juventud, cuanto podais* (1).» Nunca misionero alguno ha cumplido sus funciones con mas habilidad, zelo y actividad que d'Alembert. Se debe observar, que habiendo guardado antes tanto secreto en los servicios hechos á favor de la secta, en este de su nueva mision no hizo caso de que se tuviese noticia de su zelo. Se hizo el protector de cuantos jóvenes iban á París que tenian talentos; á los que llegaban con algun caudal, les enseñaba las coronas, los premios y los sillones académicos, de que disponia casi como soberano, ya porque era secretario perpetuo, ya con sus intriguillas, en las que era excelente. Ya he dicho que era empeño de los conjurados, llenar con sus iniciados esta especie de tribunal de los mandarines literarios de Europa. El influjo y manejos de d'Alembert en esta materia no se ceñian al recinto de París: *Acabo* (escribió á Voltaire) *de hacer entrar en la academia de Berlin á Helvecio y al caballero de Jaucourt* (2).

Á los iniciados, de quienes se cuidaba mas d'Alembert, los destinaba para formar otros iniciados, y llenar las funciones de preceptores, maestros y profesores; á unos para las casas públicas de educacion, y á otros para la instruccion particular de los niños, poniendo singular cuidado en los que por su nacimiento prometian á los conjurados que tendrian en ellos unos protectores, y cuya opulencia daba esperanzas al maestro iniciado de que se le recompensarian con mas generosidad sus desvelos. Era este un medio muy eficaz para insinuar en la misma niñez todos los principios de la conjuracion. D'Alembert, mejor que cualquier otro, sabia la importancia de este servicio; él lo hizo tan bien, que logró, segun los escritores de su vida, derramar esta raza de preceptores y

(1) Carta del 15 Setiembre de 1762.
(2) Carta del 8 Abril de 1763.

maestros por todas las provincias de Europa, mereciendo por esto que el filosofismo le mirase como á uno de los mas felices propagadores. Las pruebas que de sus progresos alegaba el mismo d'Alembert, bastan para dar una idea de la eleccion que habia sabido hacer. « He aquí » (escribió á Voltaire rebosando de gozo), el discurso » que un profesor de historia que he dado al Land- » grave, ha pronunciado en Cassel, dia 8 de Abril, en » presencia del Landgrave de Hesse-Cassel, de seis prín- » cipes del imperio y del mas numeroso concurso. » El discurso que aqui tanto celebra d'Alembert, era una pieza llena de groseras invectivas contra la Iglesia y el clero. *Fanáticos oscuros, habladores afectados con báculos ó sin mitras, con capucha ó sin capucha*, etc. Este era el estilo del profesor dado y celebrado por d'Alembert; pero tambien es una prueba que alega para demostrar la victoria que sus favoritos lograban sobre las ideas religiosas, y los sentimientos que inspiraban á la juventud (1).

Lo que llamaba con preferencia la atencion de los conjurados, era destinar ayos ó preceptores iniciados para la educacion de los príncipes é infantes que con el tiempo gobernarian los pueblos. Estaban persuadidos d'Alembert y Voltaire de la importancia de este medio, y por lo mismo, como consta de su correspondencia, ninguna diligencia omitieron que pudiese ser al intento. La corte de Parma buscaba hombres que fuesen dignos de presidir á la educacion del jóven infante. Se creyó haber acertado nombrando por directores de los ayos al Abate Condillac y á M. de Leire. Ya se ve que cuando se eligieron á estos dos sugetos, en nada se pensaba menos que en llenar la cabeza del príncipe jóven de todas las ideas antireligiosas de los sofistas del tiempo. El concepto

(1) Carta 78 del año 1772.

que generalmente se tenia del Abate Condillac no era el de un filósofo enciclopedista tenaz; sin embargo ya fue un poco tarde cuando se advirtió el error de tal eleccion, pues fue preciso para corregirle, destruir cuanto habian edificado los dos directores. Nada de esto habria sucedido si se hubiese previsto que Condillac singularmente era íntimo amigo de d'Alembert, quien le miraba como á uno de los personages preciosos al partido que se llamaba filosófico, y que la eleccion de estos dos sugetos era el fruto de un manejo, que celebraba Voltaire escribiendo á d'Alembert como se sigue: « Me parece que » el infante parmesano estará bien rodeado. Tendrá un » Condillac y un de Leire. Si con esto es santurron, será » necesario que la gracia de Dios sea bien eficaz (1). »

Estos votos y artificios de la secta se transmitieron tambien á los conjurados, que, á pesar de la adhesion de Luis XVI á la religion, nada omitieron para poner nuevos Condillacs cerca del heredero de su corona. Con varios pretextos lograron que ningun obispo cuidase de la educacion del jóven Delfin; y aun habrian querido separar de ella á todo eclesiástico. No pudiendo lograr esto, se empeñaron en que recayese la eleccion en alguno de aquellos eclesiásticos dispuestos, como Condillac, á inspirar á su ilustre discípulo todos los principios de los sofistas. Conozco á uno de estos hombres á quien tuvieron el atrevimiento de tentar. Le propusieron el empleo de ayo del Delfin, afirmando que estaban seguros de que se le procurarian y que harian por esta carrera su fortuna; pero con la condicion, de que cuando enseñaria su catecismo al jóven príncipe, tuviese cuidado de insinuarle que toda aquella doctrina religiosa y todos los misterios del cristianismo eran preocupaciones y errores populares,

(1) Carta 77 de Voltaire á d'Alembert, y 151 de d'Alembert.

que un príncipe debe conocer, pero que no debe creer; y de que le daria por doctrina verdadera en sus lecciones secretas todo su filosofismo. Pero el eclesiástico, que era piadoso, respondió que no sabia hacer su fortuna á costa de su deber; y fue gran dicha que Luis XVI no patrocinase esas intrigas. El señor duque de Harcourt nombrado presidente de la educacion del Delfin, consultó los obispos; y para dar á su augusto discípulo lecciones religiosas, eligió á un eclesiástico de los mas aptos para llenar estas funciones, pues era entonces rector del colegio de la Fleche. ¡Que lástima! nos vemos en la precision de dar la enhorabuena á este jóven príncipe por su prematura muerte. Los sofistas de la incredulidad le preparaban sus venenos para hacer de él un impío. ¡ Dichoso él, que murió! Si cuando llegó la revolucion le hubiese esta hallado con vida, ¿ habria podido librarse mas que su hermano menor de los sofistas de la rebelion?

Con la misma actividad y zelo de colocar el filosofismo sobre el trono, y de disponer los ánimos para la revolucion anticristiana, obraban del mismo modo otros iniciados en diversas córtes. Hasta en San-Petersburgo tenian sitiada á su emperatriz; pues habian logrado persuadirle que debia fiar la educacion de su hijo á uno de los conjurados de primera clase, y d'Alembert fue nombrado. El señor conde de Schouvalow tuvo la comision de hacerle la propuesta de parte de su soberana. D'Alembert se contentó al ver en estos ofrecimientos una prueba de que *Voltaire no debia estar malcontento de su mision; que la filosofía empezaba ya muy sensiblemente á conquistar los tronos* (1). Á pesar de lo que d'Alembert podia prometerse con este nuevo empleo, tuvo la prudencia de no aceptarle: el pequeño imperio que ejercia

(1) Cartas 106 y 107 del año 1762.

en París como gefe de los iniciados, le pareció preferible al favor variable de las córtes, principalmente de aquella, que, apartándole tanto del centro de los conjurados, no le permitia representar entre ellos el mismo papel. Como rey de los jóvenes iniciados, no se reducia su zelo á proteger solamente á los que catequizaba en París. Los acompañaba en sus progresos y destinos hasta el centro de la Rusia, y cuando experimentaban algun revés, ensayaba de alargar su mano protectora para darles auxilio: si este no bastaba, recurria á la poderosa intercesion de Voltaire, y le escribia de este modo (valga por ejemplo): « Este pobre Bertrand no es feliz: él ha » pedido á la *bella Cateau* (Catalina emperatriz de » Rusia) que ponga en libertad á cinco ó seis pobres » atronados de Welches, y para lograrlo, la ha conju- » rado en nombre de la filosofía; él ha hecho en nombre » de esta misma filosofía el mas elocuente informe que » se haya hecho desde que se tiene noticia de las monas; » pero *Cateau* hace como que no lo entiende (1). » Esto era decir á Voltaire, probad si seréis mas feliz, haciendo por ellos lo que ya habeis hecho por otros iniciados cuyas desgracias os he notificado.

Como sirvió á Voltaire por su espionage.

Esta inteligencia de Voltaire y de d'Alembert se extendia á todo lo que decia relacion al grande objeto de la conjuracion. No satisfecho d'Alembert con apuntar los escritos que segun su parecer se debian impugnar, ó de suministrar la idea de alguna nueva impiedad que se debia fraguar, era él con toda verdad el espia contra todo autor religioso. Causa admiracion hallar en Voltaire tantos pormenores relativos al estado y vida pri-

(1) Carta 88 del año 1773.

vados de las personas que pretende refutar. D'Alembert era quien le suministraba tantas anécdotas, muchas veces calumniosas, algunas veces ridículas y siempre agenas de la cuestion. Verdaderas ó falsas, escogia las que podian hacer ridículos á los autores, porque sabia muy bien todo el partido que sacaba de ellas Voltaire para que sirviesen de suplentes á la razon y á la solidez de sus pruebas. Las diligencias oficiosas del espionage de d'Alembert se descubren con toda particularidad, en cuanto Voltaire dice del P. Bertier y del abate Guenée, hombres de tan gran mérito que no podia dejar de admirarles el mismo Voltaire; y se descubren tambien en lo que este escribió de M. le Franc, Caveyrac, Sabbatier y otros muchos, á quienes por lo ordinario, no respondió sino con lo que le habia suministrado d'Alembert.

Voltaire de su parte, nada omitia para acreditar á d'Alembert. Le recomendaba á sus amigos, era su introductor en los corrillos y hasta en los pequeños *clubs* filosóficos, que ya se formaban en Paris, para formarse de ellos á su tiempo el gran *club*. Los habia tambien de los que la revolucion llamó aristocratas. Este era el punto de reunion semanal de los condes, marqueses y caballeros que ya se consideraban personages de tan alta gerarquía, que no debian hincarse de rodillas delante los altares. Alli se hablaba mucho de preocupacion, supersticion y fanatismo; se reían de Jesucristo, de sus sacerdotes, y del bondadoso pueblo que tributaba á aquel sus adoraciones. Tambien alli mismo se trataba de sacudir el yugo de la religion, no dejando de ella mas que lo muy preciso para contener á la *canalla* en la sumision. Y alli en fin presidia entre otras una hembra iniciada, llamada la condesa du Deffant, á la que dirigió Voltaire en su curso filosófico, estudiando de órden suya á Rabelais, Bolimbroke, Hume, el Conde

de Tomeau y otros romances de esta ralea (1). D'Alembert no se curaba de introducirse en estos *clubs* aristocratas, y por otra parte no tenia aficion á su presidenta la iniciada; pero Voltaire que sabia lo que se podia prometer de estas sociedades, franqueó con sus cartas sus puertas á d'Alembert, en donde queria que ocupase su lugar. No costó tanto introducirle en otros *clubs*, principalmente en el de la dama Necker, cuando esta arrancó el cetro de la filosofía á todas las iniciadas de su sexo (2).

Proyecto para reedificar el templo de Jerusalén.

Estos dos gefes, Voltaire y d'Alembert, se auxiliaban mutuamente, comunicándose sus proyectos para separar los pueblos de su religion. Hay uno entre otros, que manifiesta muy bien el carácter del que le concibió, la extension de sus miras y de los otros conjurados, y por lo mismo debe ocupar su lugar en estas Memorias. D'Alembert no fue el primero que le concibió; pero conoció muy bien el partido que de él podia sacar su filosofía, y aunque le pareció muy extraño, se lisonjeó de que se podria ejecutar. Es bien sabida la evidente demostracion que, á favor de la religion cristiana, se deduce del cumplimiento de las profecias, principalmente de las de Daniel y del mismo Jesucristo tocante la suerte de los judíos y de su templo: se sabe que Juliano Apóstata, para desmentir á Jesucristo y á Daniel, ensayó de reedificar el templo de Jerusalen; que se lo impidieron las llamas que varias veces abrasaron y consumieron á los trabajadores

(1) Véanse las cartas de Voltaire á esta iniciada, en particular la del 13 Octubre de 1759.

(2) Véase la correspondencia de d'Alembert, carta 77 y siguientes; carta de Voltaire á Madama Fontaine del 8 Febrero de 1762 y del mismo á d'Alembert, la 3.ª del año 1770.

empleados en esta empresa: d'Alembert sabia muy bien que una multitud de testigos oculares habian justificado esta prueba de las venganzas del cielo; á lo menos habia leido este acontecimiento y sus pormenores en Ammiano Marcelino, autor irrecusable, amigo de Juliano y pagano como él mismo; sin embargo d'Alembert no dejó de escribir á Voltaire la siguiente carta:

» Creo que sabeis que se halla actualmente en Berlin un incircunciso, que, mientras esperaba el paraiso de Mahoma, ha ido á visitar á vuestro antiguo discípulo (Federico II.) de parte del Sultan Mustafá. El otro dia escribí á aquel pais, que si el Rey quisiese decir una sola palabra, seria esta una buena ocasion para mandar reedificar el templo de Jerusalén (1). » Pero el *antiguo discípulo* no quiso decir al *incircunciso* aquella *palabra*, y el motivo que tuvo para no decirla lo expresa d'Alembert en estos términos: « No dudo que lograríamos hacer reedificar el templo de los judíos, si vuestro antiguo discípulo no temiese perder en este negocio algunos circuncisos acomodados, que sacarian de sus estados treinta ó cuarenta millones (2). » De este modo los deseos de desmentir al Dios de los cristianos y á sus profetas, todo, hasta el interes de los mismos conjurados, ha servido para confirmar la verdad de aquellos oráculos. Ocho años despues Voltaire aun no habia abandonado el proyecto, ni perdido las esperanzas de poderle ejecutar. Viendo que d'Alembert nada habia logrado del Rey de Prusia, acudió á la Emperatriz de Rusia, y le escribió: « Si vuestra magestad mantiene una correspondencia seguida con Aly Bey, imploro vuestra mediacion para con él. Tengo que pedirle un pequeño favor, y es, hacer reedificar el

(1) Carta del 18 Diciembre de 1763.
(2) Carta del 29 Diciembre de 1763.

» templo de Jerusalén y convocar á todos los judíos, » quienes le pagarán un gran tributo y harán de él un » gran Señor (1). »

Tenia Voltaire casi ochenta años, y aun queria valerse de este medio para hacer ver á los pueblos, que el Dios de los cristianos y sus Profetas eran unos impostores. Federico y d'Alembert tambien estaban muy adelantados en su carrera, y se les acercaba el tiempo en que debian comparecer á la presencia de aquel Dios á quien habian tratado de infame, y contra cuya religion tantos años habia que conspiraban. He manifestado los medios de que se valieron, y el teson con que continuaron en el empeño de aniquilar su imperio, su fé, sus sacerdotes y altares, y hacer que al culto del universo cristiano sucediese el odio y su ignominia. Tanto por lo que toca al objeto de la conspiracion, como por lo que mira á su extension y sus medios no me he atenido á rumores públicos ó á simples imputaciones; las pruebas que he alegado, las he sacado de los archivos de los mismos conjurados, y no he hecho otra cosa que entresacar y cotejar los documentos que he presentado, copiándolos de sus propias confidencias. Sobre todos estos objetos, no he prometido tanto una historia como una demostracion. Me parece que he cumplido mi palabra. Entre tanto mis lectores podrán cotejar esta conjuracion y sus medios con la revolucion que han hecho los jacobinos del dia; y pueden ya ver como estos, derribando los altares de Jesucristo, no han hecho mas que ejecutar el gran proyecto de los sofistas sus primeros maestros. Ya no queda un solo templo que destruir, ni una sola espoliacion que decretar contra la iglesia, cuyo plan de destruccion y decretos de espoliacion no se hallen en los archivos de los

(1) Carta del 6 Julio de 1771.

sofistas. Los Roberspierres y los Marats son aquellos Hércules y Belerofontes que tanto ansiaba Voltaire; no hay nacion alguna que destruir, en odio del cristianismo, que d'Alembert no haya querido ver aniquilada. Todo nos demuestra que el odio de los padres se aumentó y reconcentró en los hijos; que las maquinaciones se aumentaron y propagaron; que de una generacion impía habia de nacer una generacion brutal y feroz, cuando el poder y la fuerza pudiesen auxiliar la impiedad. Pero este poder y fuerza que habian de adquirir los conjurados, suponia progresos sucesivos. Era necesario para llegar á verla estallar, que los sucesos de la conjuracion aumentasen el número de los iniciados y les asegurase los brazos de la multitud. Quiero pues manifestar cuales fueron progresivamente estos sucesos en las diversas clases de la sociedad bajo el reinado de la corrupcion, viviendo Voltaire y los otros gefes; y con esto el historiador concebirá y explicará mejor con el tiempo, cuales fueron bajo del reinado del terror y de los desastres.

CAPITULO XII.

PROGRESOS DE LA CONSPIRACION BAJO VOLTAIRE.

Clase primera. Discipulos protectores. Iniciados coronados.

El grande objeto que se propuso Voltaire, fué separar de Cristo é inspirar todo su odiò al Dios del Evangelio y su religion, á todas aquellas clases de personas que los conjurados llaman honradas, y no dejar para Jesucristo sino el populacho, en suposicion de que fuese imposible borrar en él toda idea del Evangelio. Estas clases de personas honradas comprendian, ya á las que brillan en el mundo por su poder, carácter y riquezas, y ya á los literatos y ciudadanos decentes que son de una gerarquía superior á la que Voltaire daba el nombre de *canalla*, lacayos, cocineros *ect.* Debe observar el historiador, que los progresos de la conjuracion anticristiana comenzaron por la mas elevada de estas clases, por los emperadores, reyes, príncipes y testas coronadas, ministros, magistrados y demás que podemos comprender bajo la expresion de *grandes señores.* Si el escritor no tiene valor para decir estas verdades, que deje la pluma, pues es muy cobarde y nada á propósito para dar las lecciones mas interesantes de la historia. El que teme decir á los reyes, Vuesas Magestades han sido los primeros que han entrado en la conjuracion contra Jesucristo, y este mismo Jesucristo ha permitido que los conjurados amenazasen, hiciesen balancear y so-

cavar á la sordina vuestros tronos y en seguida burlarse de vuestra autoridad ; el que no tenga valor , repito, para decir estas verdades , dejará las potestades del mundo en una fatal ceguedad. Ellas continuarán en dar oidos al impío , en proteger la impiedad , en permitir que domine en sus alrededores , que circule , y se extienda desde los palacios á las ciudades , de estas á los pueblos y de los pueblos á la campaña ; en que pase de los magistrados á los súbditos , de los nobles á los plebeyos , de los ricos á los pobres , de los sabios á los ignorantes , de los amos á los criados y del señor á sus vasallos. Muchos delitos tendrá que castigar el cielo en las naciones para nó permitir el lujo , la discordia , la ambicion , las conspiraciones y otras plagas que las destruyen. ¿ Que pretenden acaso los monarcas poder insultar impunemente en sus estados al Dios que los ha hecho reyes , y que les ha dicho que serán castigados por sus delitos y por los que por su culpa cometen los pueblos , y que los crímenes del que manda no recaerian sobre sus súbditos, ni los de los príncipes sobre el pueblo ? Repito , que si el historiador no tiene valor para decir estas verdades , vale mas que calle.

Buscará las causas de la revolucion en sus agentes , y hallará Nekers , Briennes , Felipes de Orleans , Mirabeaus y Roberspierres ; hallará el desórden en el consejo de Hacienda , partidos entre los grandes , insubordinacion en los ejércitos , inquietud , agitacion y seduccion en el pueblo ; pero no verá ni hallará quien es el que ha hecho y producido los Neckers, los Briennes , los Felipes de Orleans , los Mirabeaus y los Roberspierres ; no verá ni hallará al que ha introducido el desórden en la Hacienda , al que ha excitado el espíritu de partido , que ha causado la insubordinacion y ha fomentado la inquietud , agitacion y seduccion del pueblo. Llegará

hasta

hasta el último hilo de la trama, y creerá haber desenredado la madeja; presenciará la agonía de los imperios; pero no manifestará la fiebre lenta que los consume, y que reserva la violencia de sus acciones y la disolucion para sus últimas críses. Hará la descripcion de un mal que todo el mundo ha visto; pero permitirá que se ignore su remedio. Si teme revelar el secreto de los señores de la tierra, que lo revele para el bien de los mismos, y para librarles de una conspiracion que recae sobre ellos. ¿ Pero y que secreto? ¿ Somos acaso nosotros los que le violamos? Yo le he hallado en unos escritos públicos, en donde está registrado ha mas de diez años, que son su correspondencia con el gefe de los conjurados; ya no pudiera acusársenos de falsedad. Estas cartas y correspondencia se han impreso y publicado para escándalo de los pueblos, y para manifestar que el impío gozaba de todo el favor de los soberanos. Cuando manifestamos á los mismos soberanos castigados por esta proteccion que han concedido á los conjurados, no intentamos deshonrarlos por esta condescendencia, sino manifestarles las causas verdaderas de sus desgracias y de las de los pueblos, para que el verdadero remedio á tantos males, y aun el preservativo de otros mayores, se manifieste por sí mismo; y este motivo es superior á cuantos pudieran prescribirnos el silencio.

Primer iniciado, José II.

En la correspondencia de los conjurados, hay mas de una carta que depone, con toda la evidencia que es posible en esta clase de monumentos, que Federico II inició al emperador Josef II en los misterios de la conspiracion anticristiana. Voltaire en una de sus cartas dió á d'Alembert la noticia de esta conquista en estos términos: « Me habeis dado un verdadero placer, redu-

» ciendo el infinito á su justo valor. Pero he aqui una » cosa mas interesante : *Grimm asegura que el Empe-* » *rador es de los nuestros*. Esta circunstancia es feliz, » porque la Duquesa de Parma, su hermana, está contra » nosotros (1).» En otra carta en que Voltaire se da á sí mismo el parabien por una conquista tan importante, dice á Federico : » Un natural de Bohemia, lla- » mado Grimm, que tiene bastante espíritu y filosofía, » me ha hecho saber, que vos me habíais iniciado al » emperador en nuestros santos misterios (2).» En fin en una tercera carta, despues de haber hecho Voltaire una enumeracion de los príncipes y princesas que ya cuenta en el catálogo de sus iniciados, prosigue de esta manera : « Tambien me habeis lisonjeado mucho con » decirme que el emperador estaba en camino de perdi- » cion. *He aqui una excelente cosecha para la filosofía* (3).»

Alude esta carta á la que Voltaire habia recibido, pocos meses antes, en la que le decia Federico : « Parto » para la Silesia y voy á verme con el emperador, que » me ha convidado para su campo de Moravia, no para » batirnos como otras veces, sino para vivir como bue- » nos vecinos. Este príncipe es muy amable y lleno de » mérito ; *ama vuestros escritos, y los lee cuanto puede*: » *Nada es menos que supersticioso*. En fin es un empera- » dor cual no le ha habido desde mucho tiempo ha en » Alemania ; ni el uno ni el otro amamos los ignorantes » ni los bárbaros ; bien que no sea esta una razon » suficiente para exterminarlos (4).»

El que sabe lo que significa, segun el diccionario de Federico, *ser nada menos que supersticioso*, *y que lee*

---

(1) Carta del 28 Octubre de 1769.

(2) Carta 162, del mes de Noviembre de 1769.

(3) Carta del 21 Noviembre de 1770.

(4) Carta de Federico del 18 Agosto de 1770.

á Voltaire cuanto puede, facilmente entenderá el significado de estos elogios. En efecto ellos manifiestan un emperador, *cual no le habia habido hacia mucho tiempo en Alemania*; que es decir, un emperador tan irreligioso como el rey Federico. La fecha y últimas palabras con que concluye esta carta, *bien que no sea esta una razon suficiente para exterminarlos*, nos recuerdan aquel tiempo en que le parecia á Federico, *que los filósofos iban muy de prisa*, y con aquella exhortacion queria contener la imprudencia de algunos conjurados, que podian trastornar todo el sistema de los gobiernos políticos. Aun no habia llegado el tiempo de emplear *una fuerza mayor*, ni de fulminar *la última sentencia*. De lo que se infiere, que la guerra que declararon José y Federico á Jesucristo, no fué por entonces una guerra de exterminio, ó una guerra como la de los Nerones y Dioclecianos; pero fué una guerra de minar á la sordina y poco á poco. Esta fué la de José, á la cual dió principio, luego que la muerte de María Teresa le dejó en libertad. Desde el principio fué una guerra de hipocresía; porque José, aunque tan incrédulo como Federico, continuó representando el papel de príncipe religioso, y protestó que estaba muy distante de querer alterar cosa alguna del verdadero cristianismo. Viajando por Europa, continuó en frecuentar los sacramentos con una apariencia exterior de piedad, que no manifestaba el que en Viena y Napoles cumpliese con el precepto de comulgar por la pascua, cual lo hiciera Voltaire en Ferney. Supo ocultar tan bien sus sentimientos, que atravesando la Francia, rehusó pasar por Ferney, de donde distaba poco y en donde Voltaire esperaba recibirle. Y aun hay quien diga, que al alejarse de aquel camino, afectó decir: *que no podia ver á un hombre, que, calumniando la religion, habia hecho tanto daño á la humanidad*. No sé que

crédito merezcan estas palabras. Lo cierto, es que los filósofos estaban bien seguros de José, y facilmente le perdonaron la desatencion de no haber rendido sus homenages á Voltaire, publicando al mismo tiempo que no por eso dejaba el emperador de continuar admirando al corifeo de la impiedad, y que si se abstuvo de hacerle una visita como lo deseaba, fué por respeto á su madre, que, *á instancias de los clérigos, le hizo prometer que no pasaria á verle en su viage* (1).

A pesar de toda esta reserva y disimulo, la guerra que José hizo á la religion, pasó dentro de poco tiempo á ser guerra de autoridad, y aun de opresion, de rapiña y de violencia, y poco faltó para que tambien lo fuese de exterminio para sus vasallos. Dió principio por la supresion de un gran número de monasterios; y ya se sabe que era este el plan de Federico, y aun su parte mas esencial, para llegar al aniquilamiento del cristianismo. Se apoderó de una gran parte de los bienes eclesiásticos, conforme á los deseos de Voltaire, que repetia, *Yo estimaria mas despojarlos*. José II expelió de sus celdillas hasta á aquellas Carmelitas, cuya pobreza no ofrecia pretexto alguno á la avaricia, y cuyo fervor angélico no daba lugar alguno á reformas. Él fue el primero que dió á su siglo el espectáculo de precisar á estas santas vírgenes á ir errantes por los reinos estrangeros, para hallar hasta en Portugal un asilo á su piedad. Trastornándolo todo en la iglesia segun su voluntad, ensayó el primero aquella famosa constitucion llamada civil por los legisladores jacobinos, y que ha hecho en Francia todos los mártires de los Carmelitas. El Sumo Pontífice se creyó obligado á ausentarse de Roma, y á pasar al Austria para representar, como padre comun de los fieles, al Emperador, ya la fe,

(1) Véase la nota á la carta del Conde de Touraille del 6 Agosto de 1777, en la correspondencia general de Voltaire.

ya los derechos de la iglesia. José II le recibió con respeto, y permitió que le rindiesen todo aquel homenage de pública veneracion, que igualmente exigian las virtudes y la suprema dignidad de Pio VI; pero José continuó así mismo su guerra de opresion. No expelió los obispos; pero los afligió erigiéndose él mismo, en cierta manera, superior de los seminarios, pretendiendo precisar á los eclesiásticos á tomar lecciones de maestros que él mismo señaló, y cuya doctrina como la de Camus se dirigia á preparar los ánimos para la grande apostasía.

Sus persecuciones clandestinas y destrucciones hicieron estallar los murmullos. El Brabante cansado se sublevó; y despues le hemos visto llamar á los Jacobinos franceses, que le prometian la libertad de su religion, pero que, mas seductores aun que José, consumaron su obra. Si el Brabante hubiese sido provincia del iniciado Federico, ni habria padecido tanto por su religion, ni habria sacudido su yugo, como lo hizo con la casa de Austria. Si el emperador José no se hubiese demostrado tan inexorable y hubiese sabido merecer su amor, las virtudes de Francisco II, su sucesor, habrian podido contar con aquella provincia, y esta habria opuesto mayores obstáculos á la invasion que se extendió hasta el Danubio. Si la historia reconviene los manes de José, que remonte no menos al tiempo en que fue iniciado en los misterios de Federico y de Voltaire, y el Emperador iniciado no saldrá inocente de la guerra de exterminio, que ha amenazado hasta su trono. Mas adelante veremos á José, que, descubriendo la guerra que le hacia el filosofismo como á su trono, se arrepintió de la que habia hecho á Cristo. Probó de corregir sus yerros, pero ya era demasiado tarde y fue su triste víctima.

La correspondencia de los conjurados manifiesta que hubo otros soberanos que entraron con la misma impru-

dencia en todas estas maquinaciones contra Cristo. D'Alembert se lamentaba á Voltaire sobre los obstáculos (que él llamaba persecuciones) que la autoridad aun ponia de cuando en cuando á los progresos de la impiedad; pero se consolaba diciendo: « Tenemos en » nuestro favor á la Emperatriz Catalina, al Rey de » Prusia, al Rey de Dinamarca, á la Reina de Suecia » y su hijo, á muchos príncipes del imperio, y á toda » la Inglaterra (1). » Pocos dias antes Voltaire escribió á Federico: « No sé lo que piensa Mustafá (sobre la in- » mortalidad del alma); yo pienso que él no piensa. En » cuanto *á la Emperatriz de Rusia*, *á la Reina de Suecia* » *vuestra hermana*, *al Rey de Polonia*, *al príncipe Gus-* » *tavo*, *hijo de la Reina de Suecia*, yo imagino que sé » lo que piensan (2). » En efecto Voltaire lo sabia. Las cartas de estos reyes no le permitian ignorarlo: y aun cuando no pudiésemos alegar estas cartas, ya descubriríamos un emperador y una emperatriz, cuatro reyes y una reina á quienes los conjurados anticristianos cuentan entre sus iniciados.

Guárdese el historiador, cuando revele este horrible misterio de iniquidad, de dar lugar á falsas declamaciones y á consecuencias aun mas falsas. Guárdese de decir al pueblo: Vuestros reyes han sacudido el yugo de Jesucristo; justo es que vosotros sacudais el de su imperio. Estas consecuencias serian otras tantas blasfemias contra el mismo Jesucristo, su doctrina y sus ejemplos. Dios, para felicidad de los pueblos, para preservarlos de revoluciones y de los desastres de la rebelion, se ha reservado castigar á los apóstatas coronados. Resistan los cristianos á la apostasía; pero esten sumisos á sus príncipes. Añadir á la impiedad de estos la sublevacion, no

(1) Carta de 28 Noviembre de 1770.
(2) Carta de 21 Noviembre de 1770.

seria evitar el azote religioso, sino que seria añadir á este la anarquía, que es el mas terrible azote político. Esto es precisamente lo que experimentó el Brabante cuando se sublevó contra José II. Pensaban que tenian derecho para rechazar su legítimo soberano, y ahora se hallan subyugados por los Jacobinos. Ellos llamaron la insurreccion en socorro de la religion, cuando la religion proscribe toda insurreccion contra las legítimas potestades. En el momento en que escribo, salen de la Convencion los decretos fulminantes, con los que el culto religioso, los privilegios y las iglesias del Brabante se ponen al nivel de la revolucion francesa. Asi purgan su error, y asi se observan las capitulaciones. (*) Cuando pues el historiador revele los nombres de los soberanos que se conjuraron contra Cristo, ó fueron admitidos al secreto de la conspiracion, sea toda su atencion reducir los reyes á la religion, evitando con todo cuidado las consecuencias falsas y perniciosas á la quietud de las naciones. Y entonces mas que en cualquiera otra ocasion, insista en los deberes que la religion impone á los pueblos en órden á los Césares y á toda pública autoridad.

Catalina II, Emperatriz de Rusia.

No todos los coronados protectores de Voltaire fueron conjurados, como el patriarca de los impíos, Federico y José. Aunque todos habian bebido el veneno en la copa

(*) Dijo Buonaparte « *que tenia su política peculiar, de que no debia dar cuenta á nadie; que los intereses de las naciones no deben decidirse en el tribunal de la justicia.* » Estas han sido y serán siempre las bases de todas las negociaciones jacobinas. Han prometido, sin pensamiento de cumplir su promesa; han hecho solemnes tratados, que al instante han rescindido: para engañar á las partes contratantes, han propuesto indemnizaciones, que nunca han verificado.

de la incredulidad, no todos pretendieron inficionar con él á sus pueblos. Era inmensa la diferencia entre Federico y aquella Emperatriz de Rusia, de la que tanto confiaban los conjurados. Seducida por los homenages y talentos del primero de los impíos, Catalina halló en él el primer móvil de su gusto por las letras. Habia leido con el mayor ahinco aquellos libros que ella creia que eran las obras maestras de la historia y de la filosofía, sin saber que eran la impiedad en realidad, disfrazada de historia; y ateniéndose al elogio seductor de los falsos sabios, pensó que *todos los milagros del mundo no eran capaces de lavar la imaginaria mancha de haber impedido la impresion de la Enciclopedia* (1). Pero nadie la ha visto, que ofreciese á los sofistas aquel incienso grosero. Catalina leia los escritos de los sofistas; Federico los hacia circular, se ocupaba en componer otros, y habria querido que el pueblo los hubiese leido. Federico proponia medios para destruir la religion cristiana; pero Catalina desechaba los planes de destruccion que proponia Voltaire. Ella por carácter era tolerante; Federico solo lo era por necesidad, y habria dejado de serlo, si hubiese podido enlazar con la política su odio, para valerse de la *fuerza mayor* á fin de destruir el cristianismo.

Los literatos al formar juicio de la correspondencia de Catalina II, hallarán mucha diferencia entre sus cartas y las del rey de Prusia. Las primeras son de una muger de talento, que con mucho donaire se burla algunas veces de Voltaire, y sabe conservar la nobleza y dignidad de su carácter; á lo menos que nunca se abate á usar de injurias y blasfemias. Las cartas de Federico son propias de un sofista pedante, tan sin pudor en su impiedad, como sin dignidad en sus elogios. Voltaire escribió á

(1) Véase su correspondencia con Voltaire, cartas 1, 2, 3 y 8.

ducidos por los conjurados, que los sofistas se hicieron dueños de él en su juventud. En esta edad, Voltaire y sus escritos facilmente alucinaban á unos hombres, que no por ser reyes saben mejor que los otros lo que no han aprendido, y que no se hallan aun en estado de discernir entre el error y la verdad, principalmente cuando se trata de aquellos objetos en que la falta de estudio no es tan temible, como lo son las inclinaciones y pasiones.

Cristiano, cuando vino á Francia, no tenia mas que 17 años, y ya tuvo valor, como dice d'Alembert, para decir en Fontainebleau, que *Voltaire le habia enseñado á pensar* (1). Varias personas de la Corte de Luis XV, que pensaban muy de otra manera, querian impedir aquella jóven magestad de pensar al modo de Voltaire, y de que tratase en Paris con los iniciados ó principales discípulos; pero estos supieron lograr audiencia, y para que se vea su resultado, no hay mas que oir á d'Alembert escribiendo á Voltaire: « Ví á este príncipe en » su casa con otros muchos amigos vuestros; me habló » mucho de vos, *de los servicios que vuestros escritos ha-* » *bian hecho, de las preocupaciones que habíais desvane-* » *cido, y de los enemigos que vuestra libertad de pensar* » *os habia hecho. Supongo que pensais cuales serian mis* » *respuestas.*» (2) D'Alembert vuelve á ver al príncipe, y escribe de nuevo á Voltaire: « El rey de Dinamarca » casi no me ha hablado sino de vos.... *Os aseguro que* » *mas le habria gustado veros en Paris, que todas las* » *fiestas con que le han abrumado.* « Esta conversacion fué corta, y d'Alembert suplió su brevedad con un discurso que pronunció en la academia sobre la filosofía, á presencia del jóven monarca. Todos los iniciados, que

(1) Carta de d'Alembert del 12 Noviembre de 1768.
(2) Carta del 6 Diciembre de 1768.

habian acudido de tropel le celebraron, y tambien le celebró el jóven monarca (1). En fin, él se fué con tal idea de esta imaginaria filosofía, gracias á las instrucciones de d'Alembert, que á la primera noticia de que se habia de erigir una estatua en honor del héroe de los impíos conjurados, envió una bella suscripcion, que Voltaire reconoció, que se debia á las lecciones que el iniciado académico habia dado al príncipe (2). No sé si su magestad Cristiano VII habrá en el dia olvidado aquellas lecciones; pero sé, que desde que su magestad danesa aprendió de Voltaire á pensar, han sucedido muchos acontecimientos que le habrán instruido á mirar con mucha indiferencia aquellos imaginarios *servicios*, que los escritos de su maestro han hecho á los imperios.

Gustavo III, Rey de Suecia.

Los mismos artificios y errores hicieron de Gustavo, rey de Suecia, un iniciado protector. Este príncipe tambien habia venido á Paris á recibir los homenages y las lecciones de los que se llamaban filósofos. No era mas que príncipe real, cuando, celebrándole ya como uno de los iniciados cuya proteccion habia adquirido la secta, d'Alembert escribió á Voltaire: « Amais la razon y la « libertad, querido cofrade, pues no es fácil amar la » una sin la otra. ¡Y bien! *aí teneis un digno filósofo* » *republicano*, que os presento, quien hablará con vos » *filosofía* y *libertad*. Es Mr. *Jennings*, gentilhombre de » cámara del rey de Suecia. Tiene á mas de esto que » cumplimentaros *de parte de la reina de Suecia y del* » *príncipe real, quienes en el Norte protegen la filosofía*, » tan mal acogida por los príncipes del Mediodia. Mr.

(1) Carta del 17 Diciembre de 1768.
(2) Carta de Voltaire á d'Alembert del 5 Noviembre 1770.

» Jennings os dirá *los progresos que hace la razon en* « *Suecia bajo estos felices auspicios* (1) » Cuando d'Alembert escribía esta carta, Gustavo no sabia que sus principales favoritos fuesen filósofos republicanos, y que con esta filosofía no solo perderia los derechos á la corona, sino tambien su vida, muriendo víctima del filosofismo. Si lo hubiese sabido cuando subió al trono, no es regular que escribiese á Voltaire: «Pido todos los » dias al Ser de los Seres, que prolongue vuestros dias » preciosos á la humanidad, y tan útiles á los progre- » sos de la razon y de la verdadera filosofía (2). » Parece que la providencia escuchó esta oracion de Gustavo, pues se prolongaron los dias de Voltaire; pero el que debia repentinamente cortar los dias del mismo Gustavo, ya habia nacido, y dentro de poco habia de salir con la tras-escuela de Voltaire. Cuide el historiador, para instruccion de los príncipes, de tejer aqui la genealogía filosófica de este desgraciado rey, y la del iniciado que fué su asesino.

Uldaríca de Brandeburgo fué iniciada en los misterios de los sofistas conjurados por el mismo Voltaire. Ella muy distante de desechar sus principios, ni aun se habia dado por ofendida, cuando Voltaire, en cierta ocasion, tuvo el atrevimiento de manifestarle su pasion (3). Habiendo llegado á ser reina de Suecia, instó mas de una vez al impío para que pasase á la corte á acabar allí sus dias á su lado (4). Le pareció á esta reina que no podia manifestar mejor su adhesion á los principios que le habia enseñado Voltaire, cuando estaba de asien-

(1) Carta del 19 Enero de 1769.

(2) Carta del rey de Suecia á Voltaire de 10 Enero 1772.

(3) Para esta princesa compuso Voltaire el madrigal: *Souvent un peu de vérité*, etc.

(4) Véanse sus cartas á Voltaire de los años 1743 y 1751.

to en Berlin, que comunicándolos con la leche al Rey su hijo. Ella misma inició á Gustavo, y quiso tener la complacencia de ser madre de un sofista, como lo era de un rey. Por eso vemos que siempre madre é hijo se hallan juntos en el catálogo de los iniciados de quienes confiaban mas los conjurados. Esta fué pues la genealogía filosófica de este desgraciado rey de Suecia. Voltaire habia iniciado á la reina Uldaríca, y Uldaríca inició á Gustavo su hijo. Por otra parte Voltaire inició á Condorcet; y Condorcet, presidiendo en el *Club* de los jacobinos, inició á Ankastrom. Uldaríca discípula de Voltaire enseñó á Gustavo á burlarse de los misterios y altares de Cristo. Condorcet discípulo de Voltaire, enseñó á Ankastrom á burlarse del trono y de la vida de los reyes. Con que de estos dos primos hermanos en la genealogía filosófica, el uno mató al otro. ¿Y cual fue el motivo? En el momento en que las noticias públicas anunciaron que Gustavo III debia mandar en gefe los ejércitos coligados contra la revolucion francesa, Condorcet y Ankastrom eran miembros del gran *club*, y en este gran club resonaban las voces de librar la tierra de sus reyes. Señalaron á Gustavo para que fuese la primera víctima, y Ankastrom se ofreció para ser el primer verdugo. Salió este de Paris, y Gustavo murió á sus manos (1). Los jacobinos acababan de celebrar la deificacion de Voltaire, y celebraron tambien la de Ankastrom. Voltaire habia enseñado á los jacobinos, *que el primer rey fue un soldado feliz*, y los jacobinos enseñaron á Ankastrom, que *el primer héroe fue el asesino de los reyes*, y colocaron su busto al lado del de Bruto. Los reyes se habian suscrito para la estatua de Voltaire, y los jacobinos se suscribieron para la de Ankastrom.

(1) Vease el Diario de Fontenay.

Poniatowski, Rey de Polonia.

En fin, la correspondencia secreta de Voltaire pone á Poniatowski rey de Polonia en el catálogo de los protectores iniciados. En efecto, este rey, para quien la filosofía fué tan funesta, trató á los filósofos en Paris, y rindió homenage á su gefe, escribiéndole: » Mr. de Voltaire, Todos los contemporáneos de un hombre como » sois vos que saben leer, que han viajado y que no » os han tratado, deben considerarse infelices. Estais autorizado para decir: *Las naciones harán rogativas para que* » *los reyes me lean* (1). » Hoy que el rey Poniatowski ya las ha habido con aquellos hombres que, como él, habian leido á Voltaire y le celebraban, y que ensayaron en Polonia la revolucion francesa; hoy en que él es víctima de esta misma revolucion; que ha visto rompérsele el cetro entre sus manos á causa de los resultados de la misma revolucion, es muy regular que haga rogativas por otras cosas bien diferentes. No dudo que desearia el que las naciones nunca hubiesen conocido á Voltaire, y que los reyes, en especial, nunca le hubiesen leido. Pero los tiempos que anunciaba d'Alembert, y que él mismo habria querido ver, han llegado, sin que los reyes protectores hayan sabido preverlos. Cuando las desgracias de la religion recaen sobre ellos, que, lean muchas veces estos votos de d'Alembert, que en su estilo muchas veces bajo y vulgar, manifestó á Voltaire: » Vuestro ilustre y antiguo protector (el rey de Prusia) » ha empezado el vaiven; el rey de Suecia le ha continuado; Catalina imita á los dos y puede ser que haga » algo mas. Yo reiria mucho si viese en mi vida, deshilarse el rosario (2). » En efecto, el rosario se deshiló:

(1) Carta del 21 Febrero de 1767.
(2) Carta del 6 Setiembre de 1762.

el rey Gustavo murió asesinado; el rey Luis XVI, guillotinado; el rey Luis XVII, envenenado; el rey Poniatowski se vé destronado; el Stathouder expelido; y los iniciados hijos de d'Alembert y de su escuela se rien, como él mismo lo habria hecho, de los reyes, que protegiendo la conspiracion del impío contra el altar, no supieron prever la conspiracion de los hijos del impío contra los tronos.

Estas reflexiones anticipan á pesar mio lo que tengo que manifestar sobre esta segunda conspiracion; pero es tal la union entre los sofistas impíos y los sofistas sediciosos, que casi es imposible exponer los progresos de los unos, sin hablar de los estragos y crímenes de los otros. Son los mismos hechos, que intimamente enlazados, nos precisan á darles á los monarcas protectores unas instrucciones que, son las mas interesantes de cuantas han dado las historias hasta nuestros tiempos. No concluiré este capítulo sin observar que, entre los reyes del Norte cuya proteccion fué tan gloriosa para los sofistas, nunca leemos se haga mencion del rey de Inglaterra. Este silencio que guardan los conjurados, equivale á los mayores elogios. Si los sofistas hubiesen tenido necesidad de un rey amado de sus vasallos y digno de serlo, de un rey bueno, justo, sensible, bienhechor, zeloso de conservar la libertad de las leyes y la felicidad de su imperio, Jorge III habria sido su Antonino, su Marco Aurelio ó su Salomon del Norte. Pero descubrieron que era demasiado sabio para confederarse con unos viles conjurados, que no conocen mas méritos que la impiedad. Y he aquí la verdadera causa de su silencio. Es de mucho honor para un príncipe no representar algun papel en la historia de aquellas conspiraciones, cuando la de la revolucion le representa tan activo para atajar los desastres, tan grande

y

y generoso en la compasion y consuelo de sus víctimas. En cuanto á los reyes del Mediodia (España y Portugal), la historia les hará la justicia de hacer saber á toda la posteridad, que los sofistas, en lugar de contarles entre sus iniciados, se quejaban amargamente al contemplarles tan distantes del filosofismo.

CAPITULO XIII.

SEGUNDA CLASE DE PROTECTORES.

Príncipes y Princesas iniciados.

En esta segunda clase de iniciados protectores comprenderé á los que, sin hallarse sobre el trono, gozan de un poder sobre el pueblo, casi igual al de los reyes, y cuya autoridad y ejemplo, unidos á los medios de los conjurados, les hacian confiar de que no habian jurado en vano destruir la religion cristiana.

Federico, Land-grave de Hesse-Cassel.

La correspondencia de Voltaire nos manifiesta con mucha particularidad en esta segunda clase de protectores al Land-grave de Hesse-Cassel. El cuidado con que d'Alembert habia buscado para este príncipe un profesor de historia cual ya le he descrito, bastaria para manifestar cuanto abusaron de su confianza. Esta quedó bien engañada, particularmente la que su Alteza hizo de la filosofía y luces de Voltaire: pues tuvo que sufrir en cierta manera que el gefe de los sofistas dirigiese sus estudios, y ya se ve que con dificultad podia fiarse de un hombre mas pérfido. Una carta basta para manifestarnos el manantial al cual envió Voltaire á su augusto discípulo para tomar lecciones de sabiduría. » Vuestra Alteza Serenísima, escribia este maestro se» ductor, me parece que tiene deseos de ver los libros » modernos que son dignos de vuestra Alteza. Se ha de

» jado ver uno intitulado, *le Recueil nécessaire* (la co-
» leccion necesária). Entre varias cosas contiene una
» obra de milord Bolimbrocke, que me parece es lo mas
» fuerte que jamás se ha escrito contra la superstición.
» Creo que se halla en Francfort; pero yo tengo un
» ejemplar á la rústica, y se le enviaré si desea verle».
(1) ¡ Que lecciones presenta esta coleccion á un príncipe que tiene verdaderos deseos de instruirse! ¿El solo nombre de Bolimbrocke no manifiesta lo bastante que aquella coleccion se ordena á pervertir la religion, sabiendo por otra parte, que el mismo Voltaire publicó bajo este nombre escritos aun mas impíos que los del filósofo inglés, y que él mismo era el autor de muchos que contenia la misma coleccion?

El Land-grave reducido á sí solo para resolver las dudas que le excitaban estos escritos, y por desgracia preocupado contra los que le habrian podido ayudar á resolverlas, se entregó del todo á estas lecciones, que le parecian de la verdad misma y de la mas sublime filosofía. Cuando podia recibirlas de la misma boca de Voltaire, era tal su ilusion, que su Alteza se jactaba y creia ingenuamente que habia hallado el medio verdadero de elevarse sobre el vulgo. Sentia mucho una ausencia que le privaba de las instrucciones de su maestro; creia que le debia muchas obligaciones, y por esto le escribió: » Me he ido de Ferney con mucho sen-
» timiento..... estoy muy satisfecho de que esteis contento
» de mi modo de pensar; procuro desprenderme, cuan-
» to es posible, de preocupaciones; y si con esto mi
» modo de pensar es diferente del vulgo, lo debo úni-
» camente á las conferencias que con vos he tenido,

(1) Carta de Voltaire del 25 Agosto de 1766.

» y á vuestros escritos (1). » Para dar algunas pruebas de los progresos que hacia el ilustre iniciado en la escuela de la filosofía, le pareció que debia dar noticia de sus nuevos descubrimientos, los cuales él miraba como objeciones muy serias contra la autenticidad de los libros sagrados. « He hecho, decia á Voltaire, de algun tiem-
» po á esta parte algunas reflexiones sobre Moises y
» sobre algunos historiadores del nuevo Testamento, y
» me parece que son muy justas. ¿ No hay motivo para
» pensar que Moises fué un bastardo de la hija de
» Faraon, que esta princesa dió á criar? No es creible
» que una hija del Rey hubiese tenido tanto cuidado
» de un niño Israelita, cuya nacion era tan aborrecida
» de los Egipcios (2).»

Muy fácil le era á Voltaire disipar esta duda, haciendo observar á su discípulo, que calumniaba sin motivo alguno á un sexo bienhechor, sensible é inclinado á enternecerse, contemplando la suerte de un niño expuesto á aquel peligro; y que muchísimas otras mugeres harian lo mismo que la hija de Faraon, y aun lo harian por lo mismo y con mayor cuidado, si el odio nacional aumentase la desgracia del expósito. Si Voltaire hubiese tenido intencion de ilustrar á su discípulo y darle reglas de una crítica sana, le habria hecho observar que en lugar de un hecho muy sencillo y natural, su Alteza imaginaba otro que es verdaderamente increible. Una princesa que quiere dar á su hijo una educacion brillante, y que empieza con exponerle al peligro de sumergirle, para tener el placer de irle á buscar y de hallarle en el parage convenido á la orilla del Nilo; una princesa egipcia que ama á su hijo, que sabe el odio

(1) Carta del 9 Setiembre de 1766.
(2) Carta 66.

que tienen los de esta nacion á los Israelitas, y que le da á criar á una Israelita, da á entender que cree que el niño es de esta nacion que ella detesta, y asi lo da á entender á los mismos Egipcios para hacer odioso y detestable este niño: y lo que parece un misterio aun mas incomprensible es, que cuando este niño llega á ser hombre, es el mas terrible para los Egipcios, sin que haya quien descubra su orígen; toda la corte de Faraon se obstina en creer que es israelita, en un tiempo en que habria bastado decir que Moises era egipcio, para quitarle toda la confianza de los Israelitas y librar al Egipto. He aqui muchas cosas que Voltaire habria podido responder á su Alteza el Land-grave, para manifestarle que no es permitido á las reglas de la crítica oponer á un hecho muy natural y sencillo suposiciones verdaderamente increibles. Pero estas mismas suposiciones alimentaban el odio que Voltaire tenia á Moises y á los libros de los cristianos. Mas estimaba él ver los progresos que sus discípulos hacian en la incredulidad, que explicarles las reglas de una sana crítica.

Voltaire no satisfecho con dejar á su discípulo en sus ilusiones, celebraba sus desvaríos. Esto se ve cuando su Alteza iniciada pretendia que la *serpiente de cobre* colocada sobre un monte *no se asemejaba poco al dios Esculapio*, cuando este tenia un palo en una mano y en la otra una serpiente, con un perro á sus pies en el templo de Epidauro; que los *querubines*, estendiendo sus alas sobre el arca, *no se Esemejaban poco al esfinge*, que tenia cabeza de muger, cuatro garras en su cuerpo y cola de leon; *que los doce bueyes* que estaban debajo el mar de cobre, y sostenian aquella grande tina que tenia doce codos de diámetro, cinco de elevacion, y llena de agua servia para las abluciones de los israelitas, *se parecia mucho al dios Apis*, ó al buey puesto en un altar y

mirando á todo el Egipto debajo sus pies (1). De estas premisas inferia el iniciado de Hesse-Cassel, que Moises, al parecer, habia dado á los judíos muchas ceremonias que él habia tomado de los Egipcios (2). Si los conjurados hubiesen sido capaces de alguna sinceridad, habrian desengañado á este pobre príncipe, que en la realidad deseaba instruirse. Mientras nos compadecemos de que el príncipe iniciado tuviese la desgracia de tener tales maestros, debemos hacerle justicia, reconociendo la ingenuidad con que buscaba la verdad; asi dijo á Voltaire: » Por lo que toca al nuevo Testamento, hay en él historias » *en las cuales desearia yo estar mejor instruido*. La mor- » tandad de los inocentes me parece incomprensible. » ¿Como el rey Herodes pudo hacer degollar aquellos » niños, si no tenia derecho de vida y muerte, como lo » descubrimos por la historia de la pasion, en la que » fue Poncio Pilatos gobernador de los Romanos quien » condenó á Jesucristo a muerte (3)? »

Si el príncipe iniciado hubiese ido á beber en los manantiales de la historia, ó hubiese consultado cualquier otro historiador, menos el profesor que le señaló d'Alembert, ó bien algun maestro que no hubiése sido vano sofista, él que deseaba instruirse bien y era acreedor á este beneficio, habria visto que la dificultad que proponia era de muy poco momento y fácil de desvanecerse. Habria aprendido que Herodes *Ascalonita* por sobre nombre el *grande*, y con mejor título el *feroz*, que mandó la matanza de los inocentes y era rey de toda la Judea y Jerusalén, no era el mismo, sino distinto de aquel Herodes de quien habla la historia de la pasion. Habria aprendido que este, llamado Herodes *Antipas*, no

(1) Allí mismo.
(2) Allí mismo.
(3) Allí mismo.

pudo conseguir de los Romanos mas que la tercera parte de los estados de aquel Herodes su padre; y que siendo solamente tetrarca de Galilea, no podia ejercer la misma autoridad en las otras provincias; y por lo mismo no causa admiracion, que en Jerusalén no tuviese el derecho de vida y muerte, aunque Pilatos le brindó á ejercerle, enviándole á Jesucristo para que le juzgase, como ya antes habia juzgado y mandado degollar á San Juan Bautista. En cuanto al feroz Herodes *Ascalonita*, habria aprendido el príncipe iniciado, que este Neron anticipado habia mandado matar los inocentes de Belén, como hizo matar á Aristóbulo é Hircano, el uno hermano y el otro abuelo octogenario de la reina; como hizo matar á Mariamne, su esposa, y á dos de sus hijos; á Sohemo su confidente, y á muchos de sus amigos y grandes de la corte, luego que empezó á disgustarse de ellos. Teniendo noticia de tantos homicidios y de tanta tiranía, sabiendo á mas de esto que el mismo Herodes *Ascalonita*, estando próximo á la muerte, y temiendo que el dia en que esta sucediese lo fuese de regocijo público, mandó encerrar en el circo á todos los principales judíos, con órden de que los matasen en el momento en que espirara. Teniendo noticia, repito, de todos estos hechos incontrastables, el ilustre iniciado habria aprendido el como y porqué este Herodes ejercia el derecho de vida y muerte; y no le habria pasado por la cabeza que los Evangelistas hubiesen sido capaces de inventar la matanza de los inocentes; hecho, en aquella época en que le escribieron, tan reciente, que debia contar con muchos judíos vivos que habian sido testigos. Y en fin habria reflexionado, que los impostores no se exponen á que se les desmienta con tanta facilidad en público, y que todas las dificultades sobre la mortandad de los inocentes no son capaces de hacer bambolear la fe del Evangelio.

Pero él se sustentaba de las mismas objeciones que su maestro, y leia nuestros libros sagrados con la misma intencion y espíritu; y Voltaire que habia cometido millares de errores groseros sobre estos mismos libros, se guardaba muy bien de enviar sus discípulos á las respuestas que le habian dado los apologistas religiosos (1). Aunque insertamos estas ligeras discusiones en estas Memorias, no insertaré en ellas la amargura de las reconvenciones que en el dia se hacen á sí mismos tantos principes, á quienes sedujo el gefe de los impíos; no les dirémos para renovar su dolor: « ¿Que casta de » cegüedad es esta, que os ha privado del sentido que » se os dió para evitar los peligros? Vuestro deber era » leer nuestros libros religiosos, para aprender á ser » mejores, y hacer mas felices á vuestros vasallos; ¿pero » que habeis hecho? Salir á la palestra con los sofistas, » mancomunaros con ellos, y disputar con Cristo y sus » profetas. Si os ocurrian dudas sobre la religion, ¿á qué » fin recurrir á unos hombres que han jurado su perdi» cion? Llegará tambien para vosotros el tiempo en » que el Dios de los cristianos, cuyos derechos habeis » disputado, permitirá se disputen los vuestros, y enviará » vuestros pueblos para su resolucion y definitiva á los » Jacobinos, cuyos precursores han sido vuestros maes» tros. Hélos ahí; ya los teneis en vuestros estados, en » vuestros palacios, dispuestos á celebrar con Voltaire » vuestros argumentos contra Cristo. Responded pues á » los puñales con que impugnan vuestros derechos, leyes » y propiedades..... » Dejemos estas reflexiones y limitémonos á decir con la historia, ¡cuan desgraciados han sido estos príncipes, que deseando instruirse, acudieron

(1) Véanse con toda particularidad, *les Erreurs de Voltaire* (los errores de Voltaire), *les Lettres de quelques juifs portugais*, (las cartas de algunos judíos portugueses).

á unos hombres que se valieron de ellos mismos para derribar los altares, mientras esperaban el momento de volcar sus tronos!

Duque de Brunswick, Luis Eugenio y Luis, Príncipes de Wirtemberg.

El historiador se verá en la precision de colocar en el catálogo de los iniciados protectores á muchos otros príncipes, cuyos estados prueban en el dia los frutos de la filosofía moderna. En el cómputo que d'Alembert presentó á Voltaire de príncipes extrangeros que viajaron por Francia rindiendo sus homenages á los sofistas conjurados, celebra al duque de Brunswick como que merecia ser *festejado*, debiéndosele este obsequio principalmente por su oposicion al príncipe de Dos Puentes, que no protegia sino á *Frerón y otra canalla*, que es decir los escritores religiosos (1). El ejército de los jacobinos demuestra en el dia, cual de estos dos príncipes fue el que mas se engañó, en su proteccion. Aun lo descubrirémos mejor en estas Memorias, cuando lleguemos á descubrir la última y mas profunda conspiracion del jacobinismo.

A este duque de Brunswick, añadimos Luis Eugenio, duque de Wirtemberg, y Lúis, príncipe de Wirtemberg. Ambos celebraban igualmente las instrucciones de Voltaire. El primero escribió al segundo: *Desde que me hallo en Ferney me contemplo mas filósofo que Sócrates* (2). El segundo añadia á los elogios del filósofo, la demanda del libro mas licencioso é impío que Voltaire haya escrito, que es el poema de Juana de Arc, ó *la Doncella de Orleans*.

(1) Carta del 23 Junio de 1766.
(2) Carta del 1 Febrero de 1766.



Carlos Teodoro, Elector Palatino.

Ya pedia al gefe de los impíos la misma obra maestra de obscenidades, ya las mismas instrucciones filosóficas, y ya le rogaba encarecidamente que pasase á Manheim para tenerle en mejor situacion para oir sus nuevas lecciones (1).

Princesa de Anhalt Zerbst.

Las iniciadas debian cerrar los ojos á causa del pudor, y cubrir sus rostros con el rubor de la vergüenza, solo al oir nombrar *la Poncela de Orleans*: pero la princesa de Anhalt Zerbst no solo no desechó, sino que agradeció á su autor la desvergüenza de hacerle un regalo digno del Aretino (2). No es justo que el historiador ignore las diligencias que las grandes iniciadas practicaban para lograr un ejemplar de un escrito tan obsceno; pues verá el atractivo que la corrupcion de costumbres comunicaba á las instrucciones de los conjurados. Sabiendo esto, ya no se admirará al ver el gran número que los sofistas seducian; pues ello es cierto, que las instrucciones que empiezan por la corrupcion y perversion del corazon, tienen mucho ascendiente sobre el espíritu. Esta reflexion la presento muy á pesar mio; pero tiene sobrada conexion con la historia del filosofismo, con la conspiracion anticristiana y con las causas de sus progresos para omitirla. Sé respetar los personages de una gerarquía elevada; pero no sé sacrificarles la verdad. Si les parece mal recordar lo que los cubre de ignominia, den la culpa á sus manejos y correspondencia con los conjurados, que se halla en los

(1) Carta del 1 Mayo de 1754 y la carta 38 del año 1762.
(2) Cartas 9 y 39 de la princesa de Anhalt á Voltaire.

impresos que lee toda la Europa. El mal estaria en ocultar lo que tanto interesa á sus pueblos, á sus tronos y á los altares.

Guillermina, Margrave de Bareith.

Su Alteza Guillermina, Margrave de Bareith, en la misma clase de iniciadas protectoras, ofrece al historiador un nuevo motivo para desenvolver los progresos de los sofistas anticristianos; pues fué una señora que aumentó la vanidad de la escuela de los conjurados, y les dispensó toda su proteccion para distinguirse del vulgo con esta superioridad de luces. Ello es cierto que no á todos se ha concedido la facultad de discurrir con igual acierto sobre los objetos religiosos ó filosóficos. Sin faltar al respeto que debemos á la preciosa mitad del género humano, creo que podemos decir que por lo comun las mugeres no son tan á propósito para ejercitar su espíritu sobre los mismos objetos, que el filósofo, el metafísico y el teólogo. La naturaleza recompensa en ellas la falta de profundidad en los conocimientos y meditaciones, con el arte de adornar la virtud, y con la dulzura y vivacidad del sentimiento, que algunas veces es una guia mas segura que los raciocinios. Ellas lo que deben hacer lo hacen mejor que los hombres. Los hogares y sus hijos son su verdadero imperio, y las instrucciones que dan acompañadas con el ejemplo valen mas muchas veces que nuestros silogismos. Pero una muger filósofa con la filosofía del hombre, es un prodigio, es un fenómeno y muy raro. La hija de Necker, la muger de Roland, como las señoras de Deffant, las Lespinasse, las Geofrin y muchas otras iniciadas de Paris, á pesar de todas sus pretensiones al bello espíritu, no tienen derecho para que se les exceptúe de la regla general. Si el lector se resiente al ver puesta al mismo nivél á Gui-

llermina, Margrave de Bareith, que dé la culpa al que la inspiró las mismas pretensiones. Fórmese juicio sobre sus maestros, por el tono con que les habla y que la captaban sus aprobaciones.

He aqui un rasgo del estilo de esta ilustre iniciada, que remeda los principios y chanzas de Voltaire, para merecer su voto y aprobacion, á costa de S. Pablo. Dice así: » *Sor Guillermina á Fray Voltaire*, *salud*. He re-» cibido vuestra carta consolatoria; os juro (lo que es » en mí gran juramento) que me ha edificado infinitas » veces mas, que la de S. Pablo á la *dama Electa*. Esta » carta me causaba un cierto sopor, que equivalia al » opio, y me impedia descubrir sus bellezas. La vuestra » ha causado un efecto contrario; me ha sacado del le-» targo y há vuelto á poner en movimiento mis espíri-» tus vitales (1).» No sabemos que haya carta alguna de S. Pablo á la *dama Electa*. Sor Guillermina, traduciendo á lo burlesco, como Voltaire, lo que no ha leido, quiere hablar de la carta de S. Juan á Electa. Pero esta no contiene otra espresion de obsequio que la de un Apostol que elogia la piedad de una madre que instruye á sus hijos en las sendas de la salud, exhortándola á la caridad, y advirtiéndola que evite los discursos y escuela de los seductores. Es muy sensible que estas instrucciones de S. Juan hagan en Sor Guillermina los efectos del opio. Tal vez Voltaire habria hallado una buena dosis de este narcótico en la carta siguiente, si hubiese venido de otra parte que de la fingida monja iniciada. Sin embargo la copiaremos, como que hace época en los anales filosóficos. En ella se verá á una hembra iniciada que da lecciones de filosofía al mismo Voltaire, que se adelanta á Helvecio, y que á fuerza

(1) Carta del 25 Diciembre de 1755.

de ingenio, sin advertirlo, copia á Epicuro. Sor Guillermina, antes de darle estas lecciones, le asegura la amistad del *Margrave*, y le pide el espíritu de Bayle (1), que ella en cierta ocasion pensó haber hallado todo entero, y con este motivo escribió á *fray Voltaire*: » Dios, decís vos en el poema de la ley natural, ha » dado á todos los hombres la justicia y la conciencia, » para manifestarles que les habia dado cuanto les era » necesario. Habiendo dado Dios al hombre la justicia » y la conciencia, se sigue que estas dos virtudes son » innatas al hombre y por lo mismo un atributo de su » ser. Se sigue pues necesariamente que el hombre ha » de obrar en consecuencia, y que no es capaz de ser » justo, ni injusto, ni sentir remordimientos, no pu» diendo resistir á un instinto unido á su esencia. Pero » la experiencia demuestra lo contrario. Si la justicia » fuese un atributo de nuestro ser, no habria trampas » legales en los pleitos, y vuestros consejeros del parla» mento no se entretendrian en inquietar la Francia por » un pedazo de pan concedido ó negado. Los Jesuitas » y Jansenitas confesarian su ignorancia, tratando de » doctrina.... Las virtudes solo son accidentales..... La » aversion á las penas y el amor del placer han incli» nado el hombre á ser justo; la inquietud no puede » producir sino penas; el sosiego es la madre del placer. » He estudiado con mucho cuidado el corazon humano; « formo juicio sobre lo sucedido por lo que veo (2). »

Hay una comedia que tiene por título: *La teología en la rueca*; esta carta de su Alteza, Margrave de Bareith, transformada en Sor Guillermina, podrá ser que algun dia suministre la misma idea para la filosofía. Dejando á los Molieres del dia el cuidado de divertirse á costa

---

(1) Carta del 19 Julio de 1759.
(2) Carta del 1 Noviembre de 1759.

de los Sócrates hembras, el historiador sacará de los errores de Guillermina de Bareith una instruccion mas seria sobre los progresos de la filosofía anticristiana. Descubrirá una nueva causa en los humillantes límites del espíritu humano y en la vanidad de estas pretensiones, que, en ciertas iniciadas, parece que se extienden tanto como los motivos que realmente tienen para la humildad y modestia en la debilidad de su entendimiento. Sor Guillermina teme perder la libertad, si es verdad que Dios ha puesto en el hombre la conciencia y el sentimiento necesario para distinguir entre lo justo é injusto. No sabe esta iniciada que el hombre, con los ojos que Dios le ha dado para ver y distinguir sus rumbos, no deja de ser libre para escoger el que mas le acomode. Dice que ha hecho un estudio particular del corazon humano; y no ha leido en este corazon, que el hombre vé muchas veces lo mejor, y hace lo peor. Imagina hallarse en la escuela de Sócrates; y, á semejanza de Epicuro, no descubre mas que la *aversion á las penas y el amor del placer* por principio de la justicia y de las virtudes. Nos dice sin que lo sepa y sin que lo advierta, que si aun hay trampas legales, que si nuestros procuradores no aborrecen como deben, la indigencia, y que si nuestras Vestales no todas son castas, es porque tienen poco amor al placer; y es preciso que á su presencia los parlamentos, los Jesuitas, los Jansenistas, y aun toda la Sorbona con toda la teología confiesen su ignorancia, *tratando de doctrina*. Seria excesiva esta satisfaccion, si *sor Guillermina* no fuese monja del instituto del Patriarca *fray Voltaire*.

Federico Guillermo, príncipe Real de Prusia.

Con la poca confianza en sus luces y con el conocimiento de no atenerse á las que podria suministrarle

su natural, se nos representa como un iniciado de otra especie. Infatigable en los campos de la victoria, no se atrevia á responder por sí mismo; sabia lo que queria creer, aunque no sabia lo que debia creer, y temió perderse entre los raciocinios. Su alma, toda su alma le decia y clamaba que debia ser inmortal; pero temia que esta voz le engañase, y se vió precisado á acudir á Voltaire para que le evitase el trabajo de decidirse por sí mismo. Para coronarse con los laureles de Marte, de nadie necesitaba, confiaba de sí mismo, y fué un héroe en actividad: pero para resolverse sobre la suerte que le esperaba en el otro mundo, usó de toda la modestia y humildad de un discípulo, y aun se abandonó á la dejadez de un escéptico. Necesitó de un maestro, que con su autoridad le excusase la molestia, que causan las investigaciones; y este maestro fué Voltaire. «Ya » que me he tomado la libertad (escribia este iniciado) » de entrar en conversacion con vos, permitidme que » os pregunte, para mi instruccion, si adelantando en » edad no os parece si tendréis algo que mudar en » vuestras ideas sobre la naturaleza del alma..... No me » acomoda enredarme en raciocinios metafísicos; pero » desearia no morir del todo, y que un génio como el » vuestro no fuese aniquilado. (1) » Voltaire que tenia la habilidad de saber representar cualquier papel, respondió: «La familia del rey de Prusia tiene razon para » no querer, que su alma sea aniquilada. Es verdad » que no se sabe muy bien lo que es el alma, y nadie » jamas la ha visto. Lo que sabemos, es que el Señor » eterno de la naturaleza nos ha dado la facultad de » sentir y conocer la virtud. No está demostrado que » esta facultad viva despues de nuestra muerte; pero

(1) Carta del 12 de Noviembre de 1770.

» tampoco lo contrario está mas demostrado, y solo los » charlatanes blasonan de que están seguros. Nada sa- » bemos de los primeros principios...... Es cierto que la » duda es muy desagradable; pero la seguridad es un es- » tado ridículo (1). »

No sé que impresion hizo esta carta en el serenísimo y respetuoso díscipulo; pero á lo menos se descubre que el gefe de los conjurados sabia variar el mando que ejercia sobre los príncipes iniciados, del mismo modo que sobre los vecinos de Harlem. Cuando el Rey Federico le escribió resueltamente *que el hombre muere, y que todo se acabó*, se guardó muy bien Voltaire de decirle *que la seguridad es un estado ridículo*; y *que solo los charlatanes blasonan de estar seguros* pues Federico, Rey de Prusia, fué siempre el primero de los reyes filósofos (2). Y cuando, pocos dias despues, el príncipe real le preguntó si podia estar seguro sobre la inmortalidad de su alma, acudió, á pesar de todas las inquietudes del escepticismo, á las dudas del mismo escepticismo, que proponia como el solo estado racional de los verdaderos filósofos. Esto le bastó para saber que su díscipulo no profesaba la religion cristiana; á este estado le queria reducir, para asegurarse de su conquista.

Voltaire, con la admiracion que causaba y los elogios que prodigaba, disponia del rey materialista, aunque este fuese tenaz en su opinion, y aquel no supiese á que atenerse. Fue objeto de admiracion para Eugenio de Wirtemberg, que en todo pensaba como su maestro. Permitió á Guillermina de Bareith que disputase, porque la consideró mas atrevida que él. Con Federico Guillermo hizo el grave, el resuelto, y le

(1) Carta del 28 Noviembre de 1770.
(2) Cartas del 30 Octobre y 21 Noviembre de 1770.

amenazó

amenazó con tenerle por *ridículo* y *charlatan*, si creyese que el alma es inmortal. Á aquel le propuso ciertos principios; y á este le dijo; nada sabemos de los primeros principios. Á pesar de todo esto, Voltaire fue el ídolo de estos príncipes, que se declaraban protectores de su persona, escuela y conjuracion. Tal era la satisfaccion de este impío con todas sus contradicciones y desatinos, que escribió á su querido conde de d'Argental: *En el dia no hay siquiera un príncipe aleman que no sea filósofo* (1). Ya se ve que hablaba de la filosofía de la incredulidad. Y aunque aquella proposicion no fuese tan generalmente verdadera que no tuviese sus excepciones, á lo menos manifestó la satisfaccion que tenian los corifeos de la impiedad, creyendo que podian celebrar sus progresos, contando con tantos príncipes y soberanos, á quienes algun dia la conjuracion precipitaria de sus tronos.

(1) Carta del 26 Setiembre de 1766.

CAPITULO XIV.

TERCERA CLASE DE INICIADOS PROTECTORES.

Ministros , Grandes señores y Magistrados.

En Francia fue en donde el filosofismo tomó todas las formas de una verdadera conspiracion. Tambien fue en Francia en donde la clase de los ciudadanos ricos ó poderosos, aumentando el buen suceso de la misma conspiracion, pronosticó de un modo mas particular sus triunfos y estragos. No pudieron gloriarse los conjurados de ver á la impiedad sentada sobre el trono de los Borbones, como lo estaba sobre muchos tronos del Norte; pero (no lo puede disimular la historia) Luis XV, sin ser impío y sin que se le pueda contar en el número de los iniciados, fue una de las grandes causas de los progresos de la conjuracion anticristiana. No tuvo la desgracia de perder la fe, y se debe decir que amó la religion; pero en los últimos treinta y cinco años de su vida, esta misma fe estaba tan muerta en su corazon y era tan poco activa; la disolucion de sus costumbres, la publicidad de sus escándalos, el triunfo de sus cortesanas correspondia tan poco al título de rey cristianísimo, que casi habria sido lo mismo si hubiese profesado el mahometismo. Los soberanos no saben lo bastante el daño que les causa la apostasía en las costumbres. No quieren perder la religion, que saben que es un freno para sus vasallos. ¡ Desgraciados los que no la ven bajo otro punto de vista! Aun pueden hacer algun bien, conservando

los dogmas en el corazon; pero es el ejemplo el que ha de mantener aquella. Despues del de los sacerdotes, es principalmente el ejemplo de los reyes el que contiene á los pueblos. Cuando la religion no es para los reyes y gobiernos mas que un negocio de estado, presto lo conoce así y la desprecia hasta el mas vil populacho; pues mira la religion como una arma, de que usa la potestad contra los súbditos; y si la mira como una arma, tarde ó temprano la rompe, y entonces el rey y el estado no son nada. Si el que gobierna pretende vanamente creer en la religion sin tener sus costumbres, el pueblo tambien creerá que es religioso, aunque no tenga costumbres. ¿Y cuantas veces se ha dicho que nada son, y que de nada sirven las leyes sin las costumbres? Por precision ha de llegar un tiempo, en que el pueblo mas consiguiente que el gobierno abandonará las costumbres y el dogma, y cuando esto suceda ¿en que parará el gobierno?

Los oradores cristianos repitieron con mucha frecuencia estas lecciones á Luis XV; pero inútilmente. Luis XV, sin costumbres, colocó á su lado ministros sin fe, que le habrian engañado mucho menos, si su amor á la religion hubiera sostenido sido por la práctica. Aun despues de la muerte del cardenal Fleury, tuvo sin que se pueda dudar, algunos ministros buenos, como el mariscal de Belle-Isle ó M. de Bertin, que no deben confundirse con los de la clase de iniciados; pero tuvo despues á M. Amelot, ministro de negocios extrangeros, al conde de Argenson en el mismo ministerio, los duques de Choiseul y de Praslin y á Malesherbes. Tuvo la marquesa de Pompadour mientras vivió, y todos aquellos tenian relaciones íntimas con Voltaire y su conjuracion. Ya le hemos visto dirigirse á M. Amelot, para que admitiese sus proyectos, á fin de arruinar el clero. Este ministro tuvo bastante confianza de Voltaire para darle una comi-

sion importante acerca del rey de Prusia. Voltaire tenia bastante conocimiento de su comitente, para manifestarle que sabria valerse de la misma comision contra la iglesia. No contaba menos con aquel duque de Praslin, á quien dirigia sus memorias, que tenian por objeto privar al clero de la mayor parte de su subsistencia con la abolicion de los diezmos (1). Esta confianza del gefe de los conjurados manifiesta lo bastante la conformidad de sus sentimientos con los de aquellos hombres á quienes los manifestaba, y á quienes los dirigia para la ejecucion de sus proyectos.

El marques d'Argenson, á quien hemos visto trazar el plan que se debia seguir para extinguir todos los institutos religiosos, fue un ministro, que, á causa de la continuacion en su correspondencia con Voltaire, estaba el mas acorde con todo su filosofismo. Él con la famosa cortesana la marquesa de Pompadour, fueron los primeros protectores de la conjuracion anticristiana, y aquel con toda particularidad fue uno de los discípulos mas impíos de Voltaire. He aqui el motivo porque este siempre le escribió como á un iniciado, de quien mas confiaba, y aun parece por su correspondencia, que M. d'Argenson era mas resuelto y decidido en sus opiniones antireligiosas que el mismo Voltaire; que su filosofía se asemejaba mas á la del rey de Prusia, quien estaba íntimamente convencido de que no era doble ó compuesto, y que nada tenia que temer ó esperar su alma, cuando se entregase al sueño eterno (2).

El duque de Choiseul, aun mas zeloso y activo á favor del reino de la impiedad que el mismo d'Argenson, conoció y cooperó con mas eficacia á los secretos de Vol-

(1) Carta al Conde d'Argental del año 1764.

(2) Véanse en la correspondencia general las cartas de Mr. d'Argenson,

taire. Ya hemos visto como este celebraba las victorias que alcanzaba sobre la Sorbona, bajo los auspicios de tan poderoso protector. Hemos visto el motivo porque este mismo Duque apresuró todos los proyectos de d'Argenson para destruir todos los institutos religiosos, comenzando por la expulsion de los Jesuitas. No quiero pararme mas en este ministro. Es sobradamente conocido por uno de los impíos mas resueltos que haya habido jamas.

Malesherbes antes de la revolucion.

Esta sucesion de ministros impíos iba preparando la ruina de los altares, y cada uno hacia algo en favor de la impiedad, para que á la época de los Jacobinos hallasen estos menos estorbos, y tuviesen menos que hacer en la revolucion. Esta á ninguno debió tanto como á Malesherbes. Este fue el protector mas inmediato de la conjuracion contra Jesucristo. Todos los impíos le pagaron el tributo de sus elogios; él fue el testigo de todos los horrores de la revolucion, y al fin él fue víctima de la misma. Sé muy bien que el nombre de este sugeto recuerda algunas virtudes morales; sé que se le puede agradecer mucho lo que hizo para suavizar el rigor de las [illegible]iones, y para corregir el abuso de las *órdenes reservadas*; pero tambien sé que la Francia á ninguno puede culpar tanto por la pérdida y ruina de sus templos como á Malesherbes, y nunca hubo ministro que abusase mas de su poder para establecer en aquel imperio el reino de la impiedad. D'Alembert, que le conocia muy bien, asegura constantemente que nunca puso en ejecucion las *órdenes superiores* favorables á la religion, sino muy á pesar suyo, y que hizo por el filosofismo todo lo que le permitieron las circunstancias. ¡ Y como, por desgracia de la nacion, supo aprovecharse de las cir-

cunstancias (1)! Por su ministerio debia hacer observar las leyes de imprenta, y se portó tan mal, que las derogó todas, dando por motivo que todo libro, fuese impio, fuese religioso, fuese sedicioso, no era otra cosa *que un negocio de comercio*.

Libertad de imprenta, nociva especialmente en Francia.

Es de desear que los políticos discurran sobre esta materia, no perdiendo de vista la experiencia que ha demostrado los malos resultados de la libertad de imprenta. Es constante por los hechos, que el abuso de la prensa ha inundado la Europa con un diluvio de libros, al principio impíos, y despues impíos y sediciosos. Á esta inundacion debe principalmente la Francia todas las desgracias de su revolucion. Es verdad que en Francia concurrieron otras causas; pero tambien es cierto que el abuso de la prensa fue la proclama mas enérgica para reunir los ánimos y los brazos contra los altares y tronos (*). Sin que yo pretenda elevar los escritores franceses sobre los de las otras naciones, se puede observar y lo dicen los mismos extrangeros, que los franceses tienen un cierto carácter de claridad, un cierto órden en las

(1) Véanse en la correspondencia de d'Alembert las cartas 21. 24. 121. 128. *etc.*

(*) En los dos primeros años de nuestra gloriosa revolucion, no se manifestaron entre nosotros estos hombres instruidos, que desde la libertad de imprenta se han hecho famosos por sus ideas *liberales* y por sus escritos. Se buscaron firmas por los cafés y tertulias; y se expuso, que la nacion aspiraba á una libertad que no conocia.... Nuestros *liberales* datan desde el 10 de Noviembre de 1810, la época de la libertad de España. Desde esta época no se ha cesado de adelantar la obra en perjuicio de nuestra santa religion.... Los papeles públicos llevaron el terror y la desolacion por todas las provincias de Francia. Y este ejemplo tan criminal se sigue en España.

P. Velez. Preservativo contra la irreligion.

materias, y proceden con tal método, que ponen sus libros mas á los alcances del comun de los lectores, los hacen en cierta manera mas populares, y por lo mismo son mas nocivos cuando son malos. La ligereza francesa es un defecto; pero este mismo defecto hacia que los franceses buscasen un libro con mas ahinco, que todos los ingleses con la profundidad de sus meditaciones. Ni la verdad, ni el error ocultos gustan á los franceses; quieren verlo todo claro, y aman las sátiras, las zumbas y las agudezas. Hasta las mismas blasfemias revestidas con las gracias del idioma, como las prostitutas con sus atractivos, no desagradan á una nacion que tiene la desgracia de burlarse de los objetos mas serios, y que fácilmente todo lo perdona al que la divierte. Á esto deben su éxito las producciones impías que en tanto número salieron de la pluma de Voltaire.

Sea cual fuere la causa, lo cierto es que los Ingleses tienen libros contra la religion cristiana; tienen sus Collins, sus Hobbes, sus Woolstons y otros muchos, que contienen en sustancia todo lo que los sofistas franceses no han hecho mas que repetir á su modo, es decir, con el arte de hacerlo inteligible á los espíritus mas vulgares. Pero los Collins y los Hobbes son tan poco leidos en Inglaterra, que casi estan olvidados. Bolinbrocke y los otros escritores de la misma raléa, aunque tienen mas mérito literario en Londres, no son muy conocidos del pueblo, que sabe ocuparse en otros objetos mas interesantes. Los impíos franceses, en particular Voltaire, son leidos en Francia por todos los estados, desde el marques y la condesa ociosa, hasta los amanuenses de los procuradores, los mozos de escritorio de los comerciantes y aprendices de oficios, quienes muy bien podrian ocuparse en otra cosa; pero quieren manifestar que tienen conocimiento del libro de

moda, y quieren tener el placer de decir su parecer sobre él. En Francia, por lo general, el pueblo es mas leedor. El mas simple ciudadano tiene su biblioteca, y por lo mismo, contando solo con Paris, todos los libreros estaban seguros de despachar tantos ejemplares del escrito mas miserable, cuantos se despachan en Londres de una utilidad comun, para toda la Inglaterra. Los franceses se apasionan á sus escritores como á sus modas; los ingleses que se dignan leerlos, forman de ellos su juicio, y se manifiestan insensibles. ¿Es eso tener mas juicio? ¿Será indiferencia? ¿O será juntamente lo uno y lo otro? A pesar de la beneficencia inglesa, no me atrevo á decidir; no puedo ser adulador ni crítico, y me basta que el hecho sea verdadero.

Esto debia bastar á Malesherbes, para advertir que en Francia, mas que en cualquiera otra parte del mundo, un libro impío ó sedicioso no podia mirarse como un simple objeto de comercio. Cuanto el pueblo francés es mas leedor, ligero y razonador, tanto debia el ministro inspector de la imprenta observar y hacer observar las leyes intimadas contra su abuso. Pero él hizo todo lo contrario, y le protegió con todo su poder. La condenacion de su conducta se halla en los mismos elogios que le prodigaban los conjurados, quienes, sabiendo apreciar este servicio que les hacia, descubrian en él un hombre que *habia roto las cadenas de la literatura* (1). En vano se dirá que el ministro concedia la misma libertad á los escritores religiosos; porque, á mas de que esto no fué siempre verdad, pues Malesherbes solo dejaba imprimir las apologías de la religion que no podia impedir (2), un ministro no queda cubierto, permitiendo se venda publicamente el veneno, con el pre-

(1) Correspondencia de Voltaire y d'Alembert. Carta 128.
(2) Allí mismo, Cartas 22 y 24.

texto de que no impide se venda tambien el antídoto. A mas de que, por excelente que sea un libro religioso, no están á su favor las pasiones, y se necesita de un talento superior para hacer amable su lectura. Un necio basta para persuadir al pueblo á que acuda á los espectáculos; pero se necesitan Crisóstomos para retraerle. Con igualdad de talentos, el que aboga en favor del libertinage ó de la impiedad, seduce muchos mas que el orador elocuente y religioso convierte. Los apologistas religiosos piden una lectura séria y reflexionada, y una voluntad que desee conocer el bien. Este estudio es cansado, y no es necesario fatigarse para corromperse. En fin, mas fácil es irritar y sublevar los pueblos, que sosegarlos y pacificarlos.

Malesherbes al ver que la revolucion se consumaba con la muerte de Luis XVI, manifestó una sensibilidad tardía. Su zelo en este momento precisó á algunos que no ignoraban su anterior conducta, á decirle: « Oficioso » defensor, ya no es tiempo de abogar por este rey » á quien vos mismo habeis hecho traicion. Cesad de » declamar contra esta legion de rigicidas que piden su » cabeza. No es Roberspierre su primer verdugo; sois » vos quien preparasteis de lejos su cadalso, cuando » permitiais se vendiesen públicamente, hasta en la en- » trada de su palacio, todos los escritos que convi- » daban al pueblo para destruir el altar y el trono. Este » desgraciado príncipe os habia honrado con su confi- » anza, os habia comunicado parte de su poder para » reprimir los escritos impíos y sediciosos, ¿ y vos que » hicisteis? En lugar de cumplir con estos deberes, » permitisteis que su pueblo se saborease con la blasfemia » y odio de los reyes en las producciones de Hevlecio, » de Raynal, de Diderot; ¿ qué no era tambien esto mas » que un negocio de comercio? Hoy, cuando este mismo

» pueblo embriagado con el veneno que vos mismo » habeis hecho circular, pide frenético la cabeza de » Luis XVI, ya no es tiempo de honraros con su defensa » y de resistir á los jacobinos.» Hombres reflexivos previeron mucho antes estas reconvenciones que algun dia la historia haria á Malesherbes. Nunca pasaron por debajo la galeria del Louvre, sin que anticipadamente se la hiciesen, diciendo con amargura de su corazon: *¡ Desgraciado Luis XVI. ! ¡Mira como te venden en la puerta de tu palacio !* .

Habiendo sido separado Malesherbes del ministerio, sus sucesores, atendiendo á las reclamaciones de personas religiosas, quisieron, ó á lo menos aparentaron que querian renovar las leyes en órden á la libertad de imprenta: pero los sofistas acudieron luego, y bajo el título de *apólogos* continuaron en derramar el veneno. D'Alembert satisfecho del buen éxito que lograba por este medio, escribió á Voltaire: « Lo mejor es, en que » estos apólogos que son mucho mejores que los de » Esopo, se venden aqui (en Paris) con bastante liber» tad. Creo que la imprenta nada habrá perdido con el » retiro de Mr. de Malesherbes (1). » En efecto perdió tan poco la imprenta, como que solo los defensores del altar y del trono fueron los que no tuvieron libertad para publicar sus escritos. Me consta que libros muy buenos, como por ejemplo, el *Catecismo filosófico* de Féler, no pudo lograr libre introduccion en Francia, y solo porque contenia una excelente refutacion de los sistemas impíos. Sé que ha sucedido lo mismo á otros escritores religiosos, y sobre el particular puedo citarme á mí mismo, para quien se demostraron mas severos que la misma ley, mientras que públicamente la viola-

(1) Carta 121.

ban en favor de los libros impíos. El censor de mis *Cartas Helvianas* tuvo que valerse de todo su tesón para conservar sus derechos y los mios, á fin de que se publicase esta obra, que los sofistas pretendian suprimir antes que se hubiese impreso la mitad del primer tomo. Lo mas digno de reparo, es que el mismo censor, Mr. Lourdet, profesor en el colegio real, reclamó en vano todas las leyes para impedir la publicacion de las obras de Raynal. Este escritor sedicioso tuvo la desvergüenza de someter á la censura su *Historia* llamada *filosófica*; en lugar de aprobacion, tuvo que sufrir la repulsa de la mas justa indignacion. ¿Y qué sucedió? Que á despecho del censor y de las leyes, se dejó ver al dia siguiente la obra de Raynal, y se vendió públicamente.

Ministros de Luis XVI.

Entretanto los conjurados calculaban con mucha exactitud sus progresos bajo la proteccion del ministerio. En el momento en que Luis XVI subió al trono, eran ya tales los progresos, que Voltaire, escribiendo á Federico, le manifestó con estas palabras sus esperanzas: » No sé si nuestros rey jóven seguirá vuestras huellas. » *Pero sé que ha nombrado filosófos para ministros*, á » excepcion de uno, que tiene la desgracia de ser de» voto. Sobresale entre ellos Mr. Turgot, quien es digno » de hablar con vuestra magestad. Los sacerdotes se » desesperan; y hé aquí el principio de una grande re» volucion (1). « Esta última expresion de Voltaire era verdadera en todo el rigor de su significado. Tengo presente haber visto en aquel tiempo á sacerdotes venerables que lloraban la muerte de Luis XV, mientras que toda lo Francia y nosotros mismos nos lisonjeá-

(1) Carta del 3 Agosto de 1775.

bamos con la esperanza de ver dias mas serenos. Aquellos sacerdotes nos decian : El rey que acabamos de perder, no se puede negar que tenia muchos defectos de que purgarse ; pero el que ocupa su lugar es muy jóven y está expuesto á muchos peligros. Tenian razon ; y previendo esta revolucion que Voltaire pronosticaba á Federico, lloraban amargamente. Pero el historiador no debe dar la culpa á este príncipe jóven de una eleccion que tan satisfactoria fue para Voltaire. Luis XVI, atendiendo á la cortedad de sus propios conocimientos, para acertar hizo cuanto debia hacer en favor de la religion y de sus vasallos. La demostracion de esta su conducta se descubre en la condescendencia á las últimas instrucciones que le dió su padre, que fue aquel Luis Delfin de Francia, cuyas virtudes habian sido el objeto de la admiracion de todo el reino, y cuya muerte cubrió de luto todos los corazones de los buenos. La prueba de esto está en aquel conato con que Luis XVI se apresuró á llamar para el ministerio á aquel hombre de quien Voltaire nos dice que tenia la desgracia de ser devoto. Este era el señor mariscal de Muy. El historiador, despues de haber descubierto al rededor del trono á tantos otros pérfidos agentes de la autoridad, debe explayarse en los elogios de la piedad, intrépidez, fidelidad y demas virtudes de un ciudadano como fue el Mariscal, tan digno de la memoria de los buenos. El señor de Muy fue el compañero y el amigo de corazon del Delfin, padre de Luis XVI, y esta amistad le mereció los desprecios y ultrages de Voltaire. El mariscal de Sajonia pretendia para uno de sus favoritos el empleo de menino del príncipe jóven : supo que para ocuparle estaba nombrado el señor de Muy, y respondió : « *No » quiero causarle al señor Delfin el perjuicio de privarle » de la compañía de un hombre tan virtuoso como el*

» *caballero de Muy, quien puede ser muy útil á la Fran-*
» *cia.* » Aprecie la posteridad este voto, y avergüénzense los mánes del sofista.

El señor de Muy fue el hombre que mas se asemejó al Delfin su amigo. Se descubria en ambos la misma regularidad de costumbres, la misma humanidad, la misma beneficencia, la misma aplicacion al bien público y el mismo zelo de la religion. Él se hacia ojos por su príncipe, quien no pudiendo ver por sí mismo el estado de las cosas, le enviaba á visitar las provincias, examinar las quejas y desgracias del pueblo para darle cuenta y preparar juntos los medios para poner remedio; pero ¡y que lástima! una muerte prematura privó á la Francia de un príncipe tan amable. Cuando la guerra precisaba al señor de Muy á dar otras pruebas de su fidelidad en Crevelt y Warbourg, el Delfin cada dia arrodillado hacia esta súplica : « Dios mió, defended con vuestra espada, » y cubrid con vuestro escudo al conde Felix de Muy, » á fin de que si vuestra providencia quiere que en algun » tiempo cargue con el peso de la corona, pueda él » sostenerme con sus virtudes, instrucciones y ejemplos.» Cuando Dios para vengarse de la Francia, extendió el velo de la muerte sobre el Delfin, estaba el señor de Muy al lado de Luis moribundo derramando lágrimas, efectos de su fiel amistad. El príncipe al mirarle le dijo con una voz que rompia el corazon : « No os abandoneis » al dolor; conservad vuestra vida para servir á mis » hijos; ellos tendrán necesidad de vuestras luces y de » vuestras virtudes; sed para ellos lo mismo que habríais » sido para mí; dad á mi memoria esta señal de vuestra » ternura, y principalmente en su juventud, en que es- » pero de Dios les protegerá; no os aparteis de ellos. »

Luis XVI al subir al trono recordó estas palabras al señor de Muy, obligándole á aceptar el ministerio. Muy

que lo habia rehusado en el reinado anterior, no pudo resistir á las instancias del hijo de su amigo. En medio de una corte sitiada por la impiedad, le enseñó que el héroe cristiano no sabe avergonzarse de su Dios. Siendo comandante de la Flandes, habia tenido el honor de recibir al duque de Glocester, hermano del rey de Inglaterra, en ocasion en que la Iglesia prohibe comer carne. Fiel á su obligacion, condujo al príncipe á su mesa, diciéndole: « Mi ley se observa exactamente en » mi casa. Si yo hubiese tenido la desgracia de haberla » quebrantado en alguna ocasion, la observaria hoy de » un modo muy particular, teniendo el honor de tener » por testigo á un príncipe que seria censor de mi con- » ducta. Los ingleses observan fielmente su ley; yo por » respeto á vos mismo, no daré el escándalo de ser un » mal católico, que tiene el atrevimiento de violar la » suya á vuestra presencia. » Si el filosofismo no tiene otro nombre que dar á la religion de este Mariscal, sino llamándola *desgracia de ser devoto*, que procure informarse de los millares de infelices, á quienes consoló esta misma religion por las manos del señor de Muy; de los soldados que comandaba, mas con el ejemplo que con el rigor del precepto y de la disciplina; de la provincia que gobernó, y en donde la revolucion, que parece haber sido generalmente la escuela de la ingratitud, no ha sido capaz de borrar el reconocimiento y las bendiciones (1).

Maurepas.

Una de las grandes desgracias de Luis XVI fue perder tan presto á aquel virtuoso ministro. Maurepas en ningun modo era á propósito para reemplazarle en la

(1) Véanse *les œuvres de Mr. le Tourneur de Tressol*, sobre este Mariscal, y su artículo en el diccionario de Feller.

confianza del Rey jóven. La de su mismo padre, que en su testamento le señaló como capaz de ayudarle con sus consejos, habia padecido engaño; pues creyó que Maurepas era bueno porque habia manifestado aversion á la señora de Pompadour. Un prolongado destierro de muchos años no habia producido en este viejo los efectos que el señor Delfin suponia. La docilidad del Rey jóven á los consejos de su padre, manifestó que deseaba rodearse de ministros capaces de cooperar á sus intentos para el bien de su pueblo. Pero habria sido mejor servido, si hubiese podido saber lo que engañó al Delfin su padre. Maurepas era un viejo decrépito con todos los defectos de la juventud. Voltaire le pone en el catálogo de los filósofos; pero lo fué solamente por su ligereza é indolencia. Era incrédulo; pero sin ódio contra el altar, como sin amor á los sofistas. Con la misma indiferencia habria dicho un chiste contra un obispo, como contra d'Alembert. Habia hallado el plan de d'Argenson para destruir los institutos religiosos, y le siguió; pero se habria deshecho de aquel plan tan odioso, si hubiese conocido que conspiraba contra la religion del estado. Fue siempre enemigo de sacudimientos violentos, y careciendo de principios fijos sobre el cristianismo, miraba como un procedimiento impolítico el deseo de destruirle. No era capaz de atajar una revolucion; pero tampoco era capaz de acelerarla; permitia sí el mal que lo hacia, y por desgracia, el mal que permitia era grande. En el tiempo de su ministerio hizo el filosofismo horrendos progresos, y nada lo prueba tanto, como la eleccion de aquel Turgot, cuyo ministerio, como dice Voltaire, *fué el principio de una grande revolucion.*

Turgot.

Mucho se ha hablado de la filantropía de este hombre, siendo así que fue la de un hipócrita. Para formar juicio de ella, basta oir á d'Alembert escribiendo á Voltaire: «Os hago saber que dentro de poco tiempo ten» dreis otra visita, que será de Mr. Turgot, relator en » el consejo, lleno de filosofia, de luces y conocimien» tos, y uno de mis mejores amigos, quien desea » veros á hurtadilla. Digo á hurtadillas, porque *prop« ter metum judœorum*, es preciso que no se jacte de » ello, ni vos tampoco (1).» Si hay alguno que no entienda el significado de este *temor de los judíos*, d'Alembert se lo explicará, haciendo el retrato de su amigo. » Este Mr. Turgot (escribe á Voltaire) es un hombre » de espíritu, muy instruido y muy virtuoso; en una » palabra, es un *Cacouac* muy honrado, pero que tiene » motivos para no manifestarlo demasiado; harta expe» riencia tengo yo para saber que la *cacouaquería* (el » filosofismo) no guia á la fortuna, y él merece hacer » la suya (2).» En efecto Voltaire vió á Turgot, y le penetró tan bien, que contextó á d'Alembert: «Si te» neis muchos maestros de esta especie en vuestra secta, » temo por *el infame* (por la religion); él está perdido » para la buena compañía (3).» El que entiende estas expresiones y elogios de d'Alembert y Voltaire, sabe que significan: Turgot es un iniciado secreto, ambicioso, hipócrita, perjuro, traidor á un mismo tiempo á la religion, al rey y al estado; pero que no por eso deja de ser uno de aquellos hombres, á quienes damos el nombre de *nuestros muy virtuosos*; pues es uno de los

(1) Carta 164 del año 1760.
(2) Carta 76.
(3) Carta 77.

conjurados,

conjurados, tal cual le necesitamos, para que nos lisonjéemos de destruir cuanto antes el cristianismo. Si Voltaire y d'Alembert hubiesen habido de retratar un sacerdote ó apologista de la religion, con todas estas virtudes de Turgot, le habrian pintado como un monstruo. Sea el historiador mas imparcial que los sofistas panegiristas, y diga: Turgot, rico mas que la mayor parte de los ciudadanos, y aun aspirando á la fortuna y á los empleos, no es por cierto uno de los hombres que se pueden llamar filósofos. Turgot, iniciado de los sofistas conjurados y relator del Consejo, es ya un perjúro; y lo será mas cuando llegue al ministerio: porque segun las leyes que regian en aquel tiempo, no podia obtener alguno de estos empleos sin atestiguar y jurar su fidelidad al rey y á la religion del estado. Fue traidor á la religion, lo fue á las leyes, y lo será (en el ministerio) á su rey. Fue individuo de aquella secta de economistas que, detestando la monarquía francesa, no queria al rey sino para hacer de él lo mismo que hicieron los primeros rebeldes de la revolucion.

Habiendo llegado al ministerio por medio de las intrigas de la secta, se valió de su reputacion para inspirar al jóven monarca su aversion á la monarquía, y sus principios contra la autoridad de un trono que habia jurado sostener como ministro. Cuanto era de su parte, queria hacer del rey jóven un jacobino; pues le iba preparando y disponiendo á todos los errores que ponen el cetro en manos de la multitud, á fin de volcar en pocos años el altar y el trono. Si estas son las virtudes de un ministro, digo que son las mismas de un traidor; si son errores de espíritu, digo que son los mismos de un mentecato. Turgot siempre fue lo uno y lo otro. La naturaleza le habia dado alguna inclinacion para consolar á sus hermanos, y escuchando

las declamaciones de los sofistas contra los restos del antiguo feudalismo que pesaba sobre el pueblo, hizo por sensibilidad sobre la suerte de este, lo mismo que en los sofistas no era mas que odio á los reyes. Vió lo mismo que todos veian en cuanto á las servidumbres corporales; y no vió que le decia la historia que los monarcas hasta entonces no habian podido conseguir librar al pueblo de tantos otros vestigios del feudalismo sino con la sabiduría y madurez de los consejos, que previendo los inconvenientes, hicieron las supresiones á proporcion de los medios para reemplazarlas. Todo lo quiso apresurar, y lo echó todo á perder. Los sofistas dijeron que habia sido despedido demasiado presto; pero ciertamente fue demasiado tarde. Habia elevado hasta el trono todas las insolencias de los clubs relativas al pueblo soberano; y no advirtiendo que dando la soberanía al pueblo, le sujetaba á sus propios caprichos, pretendia hacerle feliz, entregándole las armas de las cuales se valdria con el tiempo para quitarse la vida. (*) Creia que si daba á las leyes su verdadero origen, no aprenderia el pueblo á sacudir el yugo de las mismas, y abusando del candor de un monarca demasiado jóven para desenredar los sofismas de la secta, se valió de la bondad de su corazon para engañarle. Luis XVI, en los imaginarios derechos del pueblo, solo descubrió que habia de sacrificar sus propios derechos, y he aqui el origen de sus desgracias. Las instrucciones jacobinas de Turgot precisaron á este desgraciado príncipe á reconocer que era deber su facilidad, y obligacion su condescendencia. Su facilidad y condescendencia tuvieron que coligarse con su paciencia, viendo á un populacho que se habia hecho soberano,

(*) Sobre el particular de la *Soberanía del pueblo*, véase en el segundo tomo el *Prólogo del traductor*.

y que á él, su muger y hermana los llevaba al cadalso.

Turgot fue el primero que subiéndo al ministerio llevó consigo el plan y resolucion de una conspiracion anticristiana y antimonárquica juntamente. Choiseul y Malesherbes fueron tan impíos como Turgot, y el primero tal vez fue peor; pero aun no habia habido ministro tan necio, que hubiese sido capaz de destruir en el espíritu del mismo rey los principios de la autoridad que ellos reciben. Se ha dicho que Turgot se arrepintió cuando vió un tumulto del pueblo soberano que se dirigia contra él; cuando vió que el mismo pueblo soberano que se lamentaba de la hambre, se echó sobre los mercados y almacenes para arrojar el pan y el trigo en el rio; se ha dicho, repito, que en este momento conoció al fin su necedad y manifestó á Luis XVI los proyectos de los sofistas, y que por lo mismo estos habian agenciado para abatir al mismo que habian exaltado. Esta anécdota, que hace honor á Turgot, por desgracia es falsa. Él habia sido el ídolo de los sofistas antes de su elevacion al ministerio y lo fue hasta su muerte. Mereció que Condorcet se hiciese su historiador y panegirista; y es muy cierto que no habria perdonado á su iniciado un arrepentimiento como este.

Necker.

Las plagas se sucedian en Francia durante la revolucion, y se sucedian en el ministerio en el reinado de Luis XVI antes de la revolucion. Necker apareció despues de Turgot, y volvió á aparecer despues de Brienne. Los sofistas hablaban tambien mucho de sus virtudes, y casi tanto como él mismo. Esta es tambien una de aquellas reputaciones que el historiador conocerá por los hechos, no á fin de darse el placer maligno de hu-

millar los hipócritas conjurados, sino porque todas estas reputaciones han sido un medio para lograr el éxito de su conspiracion. Necker no era mas que mozo de escritorio de un banquero, cuando ciertos especuladores le eligieron por su confidente y agente en un negocio que en un instante debia aumentar mucho sus caudales. Ellos tenian noticia secreta de la próxima paz, que daria valor á los vales del Canadá. Una de las condiciones de esta paz era el pago de los que habian quedado en Inglaterra, y para esto confiaron su secreto á Necker, y se convinieron en que, para su ganancia de compañía, escribiria á Londres, á fin de comprar todos aquellos vales á un precio muy bajo, al cual la guerra los habia reducido. Necker se convino con la compañía, se valió en Londres del crédito de su amo, é hizo comprar los vales para hacer monopolio con ellos. Los demas de la compañía acudieron á Necker para saber en que estado se hallaba el negocio de la comision, y Necker les respondió muy á lo concienzudo, que la especulacion le parecia mala, y que por lo mismo habia desistido y contramandado la compra. Llegó la paz, cuando ya Necker tenia los vales en su arca, pues los habia comprado de su cuenta, y con esto se halló rico con tres millones de caudal (1). Tal era la virtud de Necker, cuando no era mas que mozo de escritorio.

Este repentino *milord* franqueó su mesa á los filósofos, y fue para estos uno de aquellos clubs semanarios, en donde pagaban al Mecénas con elogios empalagosos las comilonas que les daba. D'Alembert y los principales sofistas de Paris acudian todos los viernes á estas asambleas (2).

(1) Véanse los pormenores de este engaño en Mr. Meaulan, *Causes de la revolution.*

(2) Véase en la correspondencia de Voltaire y d'Alembert la carta 31 del año 1770.

Necker solo con oir el nombre de *filosofía*, se halló tan repentinamente filósofo como milord. La intriga y los elogios del partido hicieron de él un Sully protector. Luis XVI oyendo hablar tanto de los talentos de este hombre para el consejo de hacienda, le destinó á la contraloría general. Uno de los medios mas eficaces é infalibles para acelerar la revolucion meditada por los conjurados, era destruir el tesoro público. Necker lo logró, valiéndose de empréstitos tan excesivos, que manifestaban su objeto, si el público no se hubiese dejado alucinar con los elogios afectados que le tributaban los conjurados. Sea que Necker como imbécil no obrase sino por el impulso de las conjurados, sin saber adonde le empujaban; sea que él mismo abriese el abismo sabiendo su profundidad, su imaginaria virtud no pudiera contrastar la deformidad del proyecto. El que habiendo sido llamado al ministerio tuvo el pensamiento de introducir la hambre en Francia en medio de la misma abundancia, para precisarla á la revolucion, podia muy bien ya en el principio tener la intencion de destruir el tesoro público, con el mismo objeto de la revolucion. Su virtud pues se combinaba con las maniobras de la mas profunda maldad.

En el tiempo en que Necker volvió al ministerio para reemplazar á Brienne, publicaba y hacia publicar sus imaginarios esfuerzos y generosidades para dar pan al pueblo; y al mismo tiempo tenia inteligencia con Felipe de Orleans para reducir el pueblo á todos los extremos de la hambre, y con esto arrastrarle á la insurreccion contra el rey, los nobles y el clero. El *virtuoso* asesino estancó el trigo, le tenia encerrado en los pósitos ó le hacia pasear de una parte á otra en barcas, con prohibicion á los intendentes de permitir su venta, hasta el momento que él mismo señalaria. Los pósitos permanecian cerrados, los barcos continuaban en errar de un puerto á otro,

el pueblo pedia pan á gritos, pero en vano. El parlamento de Ruan, precisado de la extrema necesidad en que se hallaba la Normandía, encargó á su presidente escribiese al ministro Necker, para que permitiese la venta de una grande cantidad de trigo que habia en la provincia; pero Necker no contestó. Volvió á escribir el presidente, insistiendo en hacer presente la extrema necesidad del pueblo; Necker le contestó, que ya tenia dadas sus órdenes al intendente. Este para justificarse delante del parlamento, presentó las órdenes que habia recibido de Necker, y éstas, lejos de mandar la venta del trigo, exhortaban á diferirla, á buscar medios dilatorios, escusas y pretextos para eludir las solicitudes de los magistrados y librar á Necker de sus instancias.

Entre tanto los barcos cargados de trigo se paseaban desde el Océano á los rios, de estos al Océano, y muchas veces por el interior de las provincias. En el momento en que Necker fué por segunda vez despedido de su empleo, el pueblo aun estaba sin pan. El parlamento habia adquirido noticias de que los mismos barcos cargados del mismo trigo, ya medio podrido, habian ido de Ruan á Paris, y de Paris á Ruan, reembarcado en Ruan para el Havre, y del Havre vuelto á Ruan. El Procurador general se valió del retiro de Necker para escribir á todos sus sostitutos en la provincia, á fin de impedir aquellas maniobras y exportaciones, y dar libertad al pueblo para comprar aquellos granos. El populacho estúpido, soberano de Paris, tomó á mal la deposicion de Necker, acudió á las armas, pidió su restablecimiento, llevando por las calles su busto y el de Felipe de Orleans. Jamas dos asesinos merecieron tanto verse acoplados en su triunfo, y fué preciso devolver á aquel populacho su verdugo,

que él llamaba su padre; y Necker lo hizo tan bien, que á su restablecimiento hizo cuanto estuvo de su parte para matarle aun de hambre. Apenas supo las órdenes que habia dado el procurador general del parlamento de Normandía, cuando luego partió de Paris para Ruan una compañía de bandidos, alarmaron al pueblo contra el magistrado, robaron ó destruyeron todo lo de su casa, y pregonaron su cabeza. Tales fueron las virtudes de Necker iniciado, cuando llegó á ser protector y ministro.

El historiador citará como testigos de estos hechos á todos los magistrados del parlamento de Ruan. Si para dar á conocer su autor me he visto precisado á invertir el órden de los tiempos, es porque Necker fue uno de aquellos iniciados cuya conspiracion era á un mismo tiempo contra el trono y el altar; pues era un sugeto cual le necesitaban los sofistas para atraer á su partido á los calvinistas. Dejando á estos que creyesen que él pensaba como un natural de Ginebra, Necker realmente no tenia otra fe que un deista. Si no hubiesen querido alucinarse al contemplar á este hombre, facilmente lo habrian descubierto los calvinistas, no solo por su coalicion con todos los impíos, sino tambien por sus producciones, porque este ente no era otra cosa que un globo lleno de viento, con pretensiones de bueno para todo. Él fue mozo de escritorio, contralor y sofista; pensó que era teólogo, publicó un libro sobre las *opiniones religiosas*, y no contenia sino el deismo, y aun con esto se le hace merced, porque se puede ver que Necker no tenia por demostrada la existencia de Dios. ¿Y que religion puede ser la de un hombre que permite dudar si Dios existe? De este modo, Necker, como autor, se vió premiado por el Sanhedrin académico, porque con este escrito habia dado á

P 4

luz la mejor produccion del tiempo; es decir, un escrito en que manifestando menos la impiedad, la insinuaba mejor.

Brienne.

Despues de lo que tengo dicho de Brienne, el íntimo confidente de d'Alembert; despues de que todo el mundo sabe su perversidad, ya no hablaria mas de él, si no tuviese que rasgar el velo que cubre una intriga, de la cual por honor del género humano, no se hallará un ejemplar sino en los anales de los sofistas modernos. Los filósofos conjurados (reunidos con el nombre de economistas en una sociedad secreta, que luego daré á conocer), esperaban con impaciencia la muerte de Mr. de Beaumont Arzobispo de Paris, para darle un sucesor capaz de cooperar á la conjuracion. Este sucesor debia, so pretexto de humanidad, de bondad y de tolerancia, demostrarse tan paciente y suave á favor del filosofismo, jansenismo y demas sectas, como Mr. de Beaumont se habia manifestado lleno de zelo y fervor para conservar la religion. Este sucesor debia principalmente manifestarse muy indulgente con los eclesiásticos de las parroquias, á fin de que se relajase la disciplina hasta dejarla perecer dentro de pocos años; y en favor del dogma no debia demostrarse mas severo. Por el contrario, debia contener á los que parecieran tener el zelo mas activo, suspenderlos, y aun privarlos de sus beneficios, como hombres demasiado fogosos y verdaderos perturbadores. Debia atender á todas las acusaciones de esta especie, proveer las vacantes, principalmente de las primeras dignidades, en sugetos recomendados y dispuestos al intento. Con arreglo á este plan, las parroquias de Paris, que hasta entonces las habian administrado eclesiásticos los mas edificantes,

debian llenarse en breve tiempo de escándalos; el catecismo, las pláticas, los sermones y todas las instrucciones religiosas, siendo mas raras, y declinando poco á poco á no tratar sino de una especie de moral filosófica; multiplicándose sin oposicion los libros impíos; no viendo el pueblo en las funciones eclesiásticas sino sacerdotes despreciables por sus costumbres, y poco zelosos de la doctrina, debia naturalmente separarse, y abandonar por sí mismo las iglesias y su religion. La apostasía de la capital llevaria tras sí la de la diócesis mas respetable, y era muy natural que se estendiese á mayor distancia. De este modo, sin violencia y sin sacudimientos, la religion se veria destruida, á lo menos en Paris, por el disimulo y tolerancia de su primer pastor, quien en el ínterin podria dar algunas pruebas exteriores de zelo, si las circunstancias le precisaban en alguna ocasion á obrar contra su voluntad (1).

Se necesitaba de toda la ambicion de Brienne, de toda su perversidad y de todo el judaismo de su alma, para hacerse arzobispo de Paris bajo de estas condiciones. ¿Pero qué? Él se habria hecho Papa para hacer traicion á Jesucristo y su iglesia; aceptó el pacto y las condiciones, y los sofistas pusieron en movimiento todos sus medios y proteccion. La corte se vió sitiada; un zorro con el nombre de Vermon, que Brienne habia recomendado á Choiseul para que fuese el lector de la reina, se valió de esta ocasion para pagar y corresponder á su primer protector. La reina pensó hacer bien recomendando al protector de Vermon, y el mismo rey creia que haria lo mejor, nombrando para arzobispo de Paris á un hombre de quien habia oido celebrar la prudencia, la moderacion y el ingenio, y con esto Brienne llegó á ser arzobispo de Paris; pero extendiéndose la noticia, se horrorizaron

(1) Véase mas abajo la declaracion de Mr. le Roy.

cuantos tenian sentimientos cristianos en la corte y en Paris; las tias del rey, y en particular madama la princesa de Marsan, sintieron toda la inmensidad del escándalo que este nombramiento iba á producir en Francia. El rey precisado por sus súplicas, creyó que debia retractar lo que acababa de hacer, y nombró para arzobispo á un hombre cuya piedad ingenua, modestia, zelo y desinteres hacian el mayor constraste con los vicios de Brienne. Mas para desgracia de la Francia, no bastó esto al rey y á la reina para desconfiar del todo de las imaginarias virtudes de Brienne, y los conjurados no perdieron del todo sus esperanzas de colocarle en lugar eminente. Semejante al rayo que espera la tempestad para brillar, Brienne se mantuvo oculto hasta el uracan, en que salió para primer ministro, en medio de los alborotos de la primera asamblea de notables, convocada por M. de Calonne. Para acelerar los servicios que habia prometido hacer á los conjurados, dió principio por el famoso edicto que Voltaire veinte años antes solicitaba á favor de los Hugonotes, á pesar de que los miraba á todos como locos, *y locos que merecian ser atados* (1). Este edicto esperaba d'Alembert para tener la satisfaccion de ver los *protestantes engañados y todo el cristianismo destruido, sin advertirlo* (2). Brienne, hijo de la tempestad, sublevó contra sí mismo á cuantos reclamaron el restablecimiento de Necker; este términó su carrera entregando el rey, la nobleza y el clero en manos de toda la impiedad de los sofistas y de todos los furores de los gefes de las facciones populares. Brienne murió cubierto de infamia, pero sin remordimientos: se mató de rabia, viendo que no podia causar mas daño.

---

(1) Carta á Marmontel del 2 Diciembre de 1767.
(2) Carta 100 del 4 Mayo de 1762.

Lamoignon.

Con Brienne elevaron los sofistas al ministerio á un hombre cuyo apellido habia sido en sus antepasados el honor de la magistratura. M. de Lamoignon ocupó el empleo de guarda sellos cuando Brienne fue primer ministro. Este Lamoignon no era simplemente un incrédulo, como lo eran otros señores en aquel tiempo; era algo mas, pues fue uno de los impíos conjurados. Ya hallarémos su nombre en una de sus juntas mas secretas de comision. Este Lamoignon se mató á lo filósofo, despues de su desgracia que siguió de muy cerca á la de Brienne. Dos hombres de esta raléa ocupando los primeros lugares del ministerio; ¡con cuantas combinaciones infernales no podian ellos cooperar á las intenciones de los conjurados anticristianos! No le será fácil á la posteridad concebir que un príncipe tan religioso como Luis XVI estuviese siempre rodeado de estos ministros, que se llaman filósofos no siendo mas que impíos. Esto que parece enigma dejará de serlo cuando el historiador reflexione que el grande objetó de los conjurados desde el principio, era particularmente destruir la religion en las primeras clases de la sociedad; pues desde la fecha mas antigua de sus maquinaciones habian dirigido todos sus esfuerzos hácia aquellas personas que por sus riquezas ó dignidades se distinguian entre la multitud, y estaban mas cercanas al trono de los reyes (1). Agregue el lector á todas las pasiones propias de esta clase los medios y los deseos de satisfacerlas, y luego concebirá con cuanta facilidad aprenderian de Voltaire á burlarse de una religion que todas las mortifica. Habia aun, sin que se pueda dudar,

(1) Cartas de Voltaire á Diderot del 25 Diciembre de 1762, á d'Alembert, á Damilaville, y con mucha frecuencia.

grandes virtudes y personas de una piedad edificante en la nobleza, entre los grandes señores y en la misma corte, y puedo decir, que de preferencia en la corte habia virtudes eminentes Madama Isabel hermana del rey, las hijas de Luis XV, sus tias, las princesas de Conti y Luisa de Condé, el duque de Penthievre, la princesa de Marsan, el mariscal de Mouchi, el mariscal de Broglio y otros varios, eran de aquellos personages que en los mejores siglos del cristianismo habrian honrado la religion. Entre los mismos ministros tendrá el historiador que exceptuar de la prevaricacion á M. de Vergenes, á M. de Saint-Germain, y puede ser á algunos otros, que la impiedad no puede contar por suyos.

En todas las clases de nobles y de ricos estas excepciones serian tal vez mas numerosas de lo que se piensa; pero á pesar de todo esto, es por desgracia verdad que Voltaire podia gloriarse de los progresos que hacia su filosofismo entre los grandes del mundo, y estos progresos manifiestan el desacierto en las elecciones de Luis XVI. Las virtudes desean estar ocultas, la piedad no aspira al brillo de los empleos; y Luis XVI no veia en sus alrededores sino ambiciosos que deseaban servirle para dominar. Los sofistas conocian muy bien el carácter de cada uno, sabian y tenian medios para que las elecciones recayesen en los ambiciosos, que eran mas á propósito, segun su política, á los fines de la conjuracion, y estos eran los iniciados. Hecha la eleccion segun y conforme los deseos de la secta, preocupaba esta la opinion pública, hacia resonar las trompetas de la fama á favor del iniciado que iba á ocupar un lugar tan inmediato al trono. No se limitaban á esto, pues tenian otros agentes y amaños mas reservados que los de los cortesanos. Ello ya se ve que no era sino muy obvio y muy fácil que con tantos medios, con tanto influjo sobre

la voz pública y sobre la misma corte, le tuviesen sobre el modo de pensar del mismo rey, quien ya desconfiaba tanto de sus propias luces. Estos enredos del filosofismo, aun mas que los de la ambicion, dieron á Luis XVI los Turgot, los Necker, los Lamoignon, los Brienne, sin hacer mencion de los ministros subalternos y oficiales de secretarías, con cuyos servicios contaban los sofistas conjurados.

Maupeou.

Con estas protecciones, las leyes contra la impiedad se veian precisadas á callar, ó no hablaban sino muy bajo. El clero solicitaba en vano á la autoridad, porque esta estaba en inteligencia con los conjurados. Los escritos de estos circulaban, y sus autores nada tenian que temer. Cuando Voltaire escribia á d'Alembert que, gracias á un sacerdote de la corte, estaba perdido, *si no hubiese sido por el señor Canciller, que en todos tiempos le habia manifestado una extrema benevolencia* (1), manifiesta que todas las reclamaciones del clero eran inútiles contra el gefe de los conjurados. Esta carta me recuerda otro ministro, y este es Maupeou, que tambien ocupa su lugar en el catálogo de los protectores de la secta. Este es aquel que habia sabido ocultar su ambicion y enlace con los sofistas, bajo la capa y máscara de muy zeloso de la religion. Los grandes servicios que él hizo, no solo á Voltaire, sino tambien á todos sus iniciados, se descubren en la carta que le escribió, hablando del duque de Choiseul. « Le debo, decia, » grandes obligaciones; y á él solo debo los privilegios » de mi tierra. Cuantas gracias le he pedido para mis » amigos, me las ha concedido (2). »

(1) Carta 133 del año 1774.
(2) Carta 110 del año 1762.

Duque de Usez.

Algunos de estos grandes protectores querian tambien tener la gloria de ser autores, y aunque no tuviesen los talentos de Voltaire, ensayaban á veces á dar al pueblo las mismas instrucciones. Entre los autores de ésta clase hallo al duque de Usez, bien conocido por la nobleza de su nombre. A este señor le dió tambien la gana de hacerse escritor en favor de la libertad de la razon, y de la igualdad de derechos á creer lo que á cada uno le acomode en materia de religion, sin consultar doctores ni iglesia. El escrito pareció admirable á Voltaire, que no deseaba sino verle perfeccionado para juzgarle tan útil á los otros como al mismo señor duque (1). Pero como este escrito se ha quedado sin título y no se tiene noticia de él, no puedo decir que honor habria hecho su publicacion al señor duque teólogo.

Otros señores.

Recorriendo las cartas de Voltaire, he visto que la lista de los iniciados protectores se aumentaba con los nombres de otros sugetos que ya por otros títulos tenian derecho á la fama. He hallado un descendiente de *Crillon* puesto al lado de un príncipe de *Salm*. Estos dos señores, en el concepto de Voltaire, *eran dignos de otro siglo*. El lector se equivocaria si pensase que Voltaire los juzgaba dignos del siglo de los Bayards y de los valientes caballeros. En la misma lista se halla un príncipe de *Ligne* en quien confiaba Voltaire para propagar las luces filosóficas en el Brabante, y un duque de Braganza, igualmente celebrado por Voltaire porque pensaba como él mismo.

(1) Carta de Voltaire al duque de Usez del 19 Noviembre de 1760.

En cuanto á marqueses, condes y caballeros, hay en aquel catálogo un marqués d'Argence de Dirac, Brigadier del ejército, muy zeloso para *descristianizar* su provincia de Angulema, y hacer de sus compatriotas otros tantos filósofos á la moderna. Hay un marqués de Rochefort, coronel de un regimiento, quien por su filosofismo fue grande amigo de d'Alembert y de Voltaire. Hay el caballero de Chastellux, intrépido, pero mas diestro en la guerra contra el cristianismo. En una palabra, si hubiésemos de dar crédito á Voltaire, deberíamos tener por comprendidos en su lista casi á todos los de la clase que el llamaba de *personas honradas*. He aquí lo que él escribia á Helvecio: » Estad » seguro de que la Europa está llena de hombres racio» nales que abren los ojos á la luz. En verdad, su nú» mero es prodigioso, *y no he visto de diez años á esta* » *parte á un solo hombre honrado de cualquier pais ó* » *de cualquiera religion que haya sido, que absolutamente* » *no piense como vos* » (1). Es muy verosimil que Voltaire exagerase los resultados y sucesos de su filosofismo, y no es creible que de aquella multitud de señores que iban á Ferney á contemplar el *Lama* de los sofistas, no hubiese muchos que fuesen mas por curiosidad que por impiedad. La regla mas segura para clasificar los verdaderos iniciados, es la mayor ó menor confianza con que les manifestaba sus pensamientos, ó con que les enviaba ya sus producciones, ya las de los otros impíos. La lista de los iniciados, atendiendo á esta regla, aun seria muy larga. En ella hallaríamos duquesas y marquesas protectoras, tan filósofas como sor Guillermina de Bareith. Abandonémoslas al olvido que se merecen unas iniciadas mas engañadas que maliciosas, y

(1) Carta del año 1763.

que nunca son mas dignas de lástima, que cuando ellas creen que lo son menos.

Conde d'Argental.

Uno de los protectores de quien con particularidad se ha de hacer mencion, es el conde d'Argental, consejero honorario en el parlamento; tan viejo como Voltaire, de quien siempre fue cordial amigo. Cuanto dice Mr. de la Harpe de este amable conde, puede ser muy cierto; pero no lo es menos, que con todas sus amables cualidades, el conde y condesa d'Argental fueron unos ilusos por su admiracion y amistad con Voltaire, quien les exhortaba con la misma confianza á *aplastar el infame*. Los llamaba *sus dos ángeles*, y se valia del conde como de agente cuando necesitaba de grande proteccion, y pudo contar con pocos amigos tan apasionados y fieles (es decir impíos) como él (1).

Duque de la Rochefoucault.

Uno de los nombres mas importantes que deben ponerse en la lista de los señores iniciados protectores, es el duque de la Rochefoucault. El que sepa cuanto se engañó este desgraciado duque que se creía tan diestro, no se admirará de que haga tan poca figura en la correspondencia de Voltaire; pero la publicidad de sus hechos suple la falta de los escritos. Este señor fue tan bondadoso, que se dejó persuadir que, para ser algo, era necesario ser impío y tener crédito entre los filósofos. Con esto protegió, y se manifestó liberal con ellos, siéndolo con Condorcet. ¡Dichoso él, si para conocer lo que era su filosofía, no hubiese esperado á que le instruyen sus asesinos, enviados por el mismo Condorcet!

(1) Véase la correspondencia general.

En

En las cortes extrangeras, lo mismo que en Paris, los altos y poderosos señores pensaran, que para distinguirse del resto de los hombres, era necesario manifestar su afecto al filosofismo. El príncipe de Galitzin, cuando hizo imprimir la obra mas impía de Helvecio, teniendo el atrevimiento de dedicarla á la emperatriz de la Rusia, manifestó cuanta admiracion le causaba Voltaire (1). Sabia cuan del agrado era del Conde de Schowallow, protector tan poderoso de los sofistas en la misma corte, y de cuantos habian cooperado al nombramiento de d'Alembert para maestro del heredero de la corona.

La Suecia, de donde habia salido aquel ayuda de cámara Jennings, que pasó á Ferney para relatar los progresos que en su pais hacia el filosofismo bajo la proteccion de la reina y del príncipe real (2), habia producido un iniciado aun mas interesante á los conjurados. Este fue el Conde de Creutz, que primero fué embajador en Francia, y despues en España. El Conde de Creutz habia sabido unir tan bien á su embajada la mision de un apóstol del filosofismo, y Voltaire estaba tan satisfecho de su zelo, que no podia consolarse cuando Creutz se ausentó de Paris. Por esto escribió á madama Geofrin, reina de los filósofos, estas expresiones. » Si » hubiese en el mundo un emperador Juliano, habria » de ir á él por embajador el señor Conde de Creutz, » y no enviarle á gentes que hacen *autos de fé*. Es » preciso que la cabeza se le haya trastornado al senado » de Suecia, para no dejar á un hombre como este en » Francia. Aqui habria hecho mucho bien, y es impo» sible que le haga en España (3).

(1) Carta 117, á d'Alembert.
(2) Carta de d'Alembert del 19 Enero de 1769.
(3) Carta á madama Geofrin del 21 Mayo de 1764.

Entretanto, esta España tan desdeñada de Voltaire tenia tambien su de A..., al que llamaba el *favorito de la filosofía*, y que cada noche iba á reanimar su zelo con d'Alembert, Marmontel y otros iniciados mayores, en casa de la Señorita de l'Espinasse, la mas querida de las hembras iniciadas, y cuyo club casi equivalia á la academia francesa. La España contaba tambien otros duques, marqueses y caballeros, grandes admiradores de los sofistas franceses. Sobre todo, ella tenia el marqués de M..... y el duque de V.... H.... (1). En este mismo pais que los conjurados miraban como poco á propósito para su filosofismo, d'Alembert distinguió de un modo muy particular al duque de A.... ; sobre este escribió él á Voltaire: » Uno de los mas grandes señores » de España, hombre de bastante espíritu, y el mismo » que ha sido embajador en Francia con el nombre » de duque de H...., acaba de enviarme veinte luises » para vuestra estatua. Precisado, me dijo, á cultivar en » secreto mi razon, me aprovecharé con entusiasmo » de esta ocasion para dar un testimonio público de mi » reconocimiento al grande hombre que ha sido el » primero en enseñar el camino (2). »

Voltaire al leer estos nombres en la larga lista de sus discípulos, exclamó: » La victoria se declara por no» sotros en todas partes. Os aseguro que dentro de » poco, no habrá mas que la *canalla* bajo las banderas » de nuestros enemigos (3). » Su prevision no se extendia á mucha distancia, pues esta misma *canalla* se dejaria alucinar algun dia como los grandes señores: pero en este dia los grandes señores recibirian su merecido de mano de la *canalla*. D'Alembert tampoco podia con-

(1) Carta de Voltaire de 1 Mayo de 1768.
(2) Carta 108 del año 1773.
(3) Carta á Damilaville.

tener su gozo ni su estilo, y atendiendo al concurso de sugetos que admiraban á Voltaire, escribió: « ¡Que » diablos es esto! Cuarenta convidados á vuestra mesa, » dos de ellos relatores en el consejo del Rey y un con» sejero de la sala primera, sin contar los duques de » Villar y compañía (1)! » Ello ya se vé que el conato de asistir á la mesa de Voltaire no es una prueba infalible del filosofismo de todos y cada uno de los convidados; pero este concurso no deja de indicar por lo general, unos hombres que iban á contemplar al corifeo de una impiedad que con el tiempo los perderia. No sin motivo d'Alembert hizo especial mencion del consejero de la sala primera, pues sabia cuanto interesaba á los conjurados tener protectores ó admiradores hasta en el seno de la primera magistratura. Voltaire lo sabia tan bien como él cuando le escribió: » Es gran » dicha que en este parlamento (de Tolosa), casi de » diez años á esta parte se haya hecho una leva de » jóvenes que tienen bastante espíritu, que han leido » bien, y piensan como vos (2).» Esta carta sola basta para explicar la flojedad de los primeros tribunales, en los años que precedieron á la revolucion. Ellos tenian todo el poder necesario para proceder con rigor contra los autores y repartidores de escritos impíos y sediciosos; pero permitieron que se envileciese de tal modo su autoridad, que los decretos del parlamento publicados en cumplimiento de su obligacion contra semejantes producciones, no servian de otra cosa que de avisos de su publicacion, y de un nuevo motivo para venderlas mas caras.

No obstante, las conquistas que hacia el filosofis-

(1) Carta 76 del año 1766.
(2) Carta 11 del año 1769.

mo en los primeros tribunales del reino, no correspondian de mucho á los deseos de Voltaire. Se le vé muchas veces quejarse de estos cuerpos respetables, como que aun contenian muchos magistrados adictos á la religion. En desquite celebraba de un modo particular á los que manifestaban su zelo en los parlamentos del mediodia. « Allí (escribia á d'Alembert), de la » casa de *Mr. Duché* pasais á la de *Mr. de Castillon.* » Grenoble blasona de tener á *Mr. Servan.* Es imposi» ble que la razon y la tolerancia no hagan grandes » progresos con tales maestros (1). » Esta esperanza parecia tanto mas fundada, como que los tres magistrados que aqui nombra Voltaire, eran precisamente los que por sus funciones de procuradores ó abogados generales debian oponerse con mas tesón á los progresos de esta imaginaria razon, que Voltaire siempre confunde con la impiedad; debian delatar las producciones del tiempo, y demandar la ejecucion de las leyes contra sus autores. De todos los abogados generales, el que parece tuvo mas inteligencia con Voltaire, es Mr. de la Chalotais del parlamento de Bretaña. De las cartas del filósofo de Ferney á este magistrado se puede colegir la obligacion y reconocimiento que los conjurados le manifestaban por lo relativo á su zelo contra los Jesuitas, como la destruccion de este cuerpo religioso se enlazaba, segun sus proyectos, con la destruccion de los otros institutos religiosos, y la destruccion de todos con la de toda autoridad eclesiástica (2).

A pesar de los progresos del filosofismo, habia entre los magistrados hombres venerables, cuyas virtudes eran el honor de los primeros tribunales. Sobre todo, la

(1) Carta del 5 Noviembre de 1770.

(2) Véase principalmente la carta de Voltaire á la Chalotais del 17 Mayo de 1762.

gran sala del parlamento de París le parecia á Voltaire un cuerpo tan extraño á su impiedad, que desconfiaba de poderle ver filósofo, le hacia el honor de ponerle en la misma clase que á aquel populacho, á aquellas juntas del clero, que desesperaba de poder hacer racionales, es decir impíos (1). Y tiempo hubo en que la indignacion de Voltaire contra los parlamentos se expresó en estos términos en sus cartas á Helvecio: » Creo que los franceses son descendientes de los centauros, que eran medio hombres y medio caballos de » litera. Estas dos mitades se han separado, y han quedado » algunos hombres como vos, por ejemplo, y algunos mas, » y *han quedado otros caballos*, *que han comprado los* » *cargos de consejero* (en el parlamento), ó que se han » recibido doctores en la Sorbona (2). » Me hago un deber de citar estas pruebas del despecho de los sofistas contra el primer cuerpo de la magistratura francesa; porque á lo menos demuestran que este cuerpo no fue una conquista fácil á la impiedad. Es constante que al acercarse la revolucion habia en los parlamentos de Francia muchos magistrados que, si hubiesen estado mejor instruidos de los artificios de los conjurados, habrian dado mas vigor á las leyes para conservar la religion. Pero hasta sobre los asientos de la sala primera habia intrusos de la impiedad; y allí se hallaba hasta aquel Terrai, ya bastante infame como ministro, pero no bastante conocido como sofista.

Rasgo del Abate Terrai.

Aunque en estas memorias ya he manifestado varias veces los atroces disimulos de los conjurados, pocos hay

(1) Carta á d'Alembert del 13 Diciembre de 1763.
(2) Carta de 22 Julio de 1761.

tan feos como el que voy á referir de este iniciado. Un librero, llamado *Leger*, vendia publicamente en Paris una de aquellas obras cuyo impío atrevimiento precisaba algunas veces al parlamento á proscribirla. La que se vendia en la tienda de Leger fue condenada á ser quemada, con órden de averiguar quien fuese su autor y vendedores. Terrai se ofreció á practicar las diligencias; fué comisionado al intento, con órden de dar parte al parlamento. Envió á llamar al librero Leger de quien sé todo lo que voy á referir, aunque no me dijo, ó se me ha olvidado el título de la obra. « De órden de Mr. Terrai, consejero en el parlamento, » pasé á su casa, me recibió con un semblante grave, » se sentó en un sofá y me preguntó: ¿Sois vos, *quien* » vendeis esta obra condenada por un decreto del par» lamento? Respondí; sí Señor. — ¿Como os atreveis á » vender un libro tan malo y pernicioso? Respondí: » así como se venden tantos otros. — ¿Habeis ya ven» dido muchos? Sí Señor. — ¿Os quedan aun *muchos*? » Cerca de seiscientos ejemplares. — ¿Conoceis al autor » de una obra tan mala? Sí señor. — ¿Quien es? Usted, » Señor. — ¿Qué, yo! ¿Como os atreveis á decirlo? » ¿y de quien lo sabeis? Señor, respondí, lo sé del » mismo, de quien he comprado vuestro manuscrito. » == Pues si lo sabeis todo está dicho; retiraos, y sed » prudente.» Fácilmente se cree que no se *dió* parte al parlamento del proceso verbal de este interrogatorio. El historiador deducirá los progresos que la conspiracion anticristiana haria en un reino en donde habia *tales* iniciados, hasta en el santuario de las leyes.

CAPITULO XV.

CLASE DE LITERATOS.

Las pasiones y la facilidad de satisfacerlas, cuando se ha sacudido el yugo de la religion, agregaron á los conjurados casi todos aquellos personages, de que he hablado hasta el presente, que brillan en el mundo con las distinciones del poder, de los títulos y de las riquezas. El humo de la reputacion les agregó presto otros que pretendian distinciones no menos lisonjeras por la superioridad de sus luces, del espíritu é ingenio. Los talentos de Voltaire y sus resultados, tal vez superiores á sus talentos, le confirieron el mando de un imperio que nadie se atrevió á disputarle en la clase de los literatos. El vió y tuvo la satisfaccion de ver, que estos iban en su seguimiento con una docilidad que nadie debia esperar de unos hombres que mas que otros muchos blasonan de que piensan por sí mismos. Casi no tuvo necesidad sino de entonar, y á semejanza de lo que pasa en las naciones frívolas, en donde las reinas de las Lais (*), solo con la eficacia de su ejemplo, hacen que pasen á ser moda hasta los trages de la deshonestidad, Voltaire, con manifestarse impío, hizo que el imperio de las letras se poblase de escritores que hacian gala de la impiedad.

(*) Famosa meretriz de Corinto. Véase á Ambrosio Calepino, á la voz *Lais*.

Rousseau.

Entre la muchedumbre de escritores iniciados, hay uno que pudo disputar á Voltaire la gloria del ingenio, y que tal vez le fue superior, y quien á lo menos no tenia necesidad de ser impío, para llegar á ser célebre; este es Juan Jacobo Rousseau. Este famoso ciudadano de Ginebra, sublime cuando quiere serlo, en la prosa, como Milton ó Corneille en la poesía, podia haber sido para el cristianismo otro Bossuet; pero la gloria con que habria podido brillar padeció un continuo eclipse, efecto de su conocimiento y trato con d'Alembert, Diderot y Voltaire. Fue por algun tiempo aliado de estos gefes de la conjuracion, y convino con ellos en valerse de todos los medios para destruir la religion de Jesucristo. En esta sinagoga de impíos, como en la de los judíos, no se convinieron los pareceres, y se dividieron los corazones. Aunque tan contradictorios en sus opiniones y escritos, no por eso se acercaron mas á Jesucristo, que siempre fue el objeto de su odio y conspiracion. Lo sentia mucho Voltaire, y por eso escribió á d'Alembert: «Es muy sensible que Juan Jacobo, » Diderot, Helvecio y vos, con otros hombres de vuestro » carácter, no os hayais entendido para aplastar el *infame.* » Mi mayor sentimiento es ver á los impostores unidos, » y á los amigos de la verdad divididos (1). » Separándose Rousseau del conciliábulo de los sofistas, no abandonó los errores de estos ni los suyos. Hizo su guerra aparte y la admiracion de los iniciados se dividió; pero la impiedad en estas dos escuelas no hizo sino variar el uso de sus armas, pues las opiniones no fueron menos inconstantes ni menos impías.

---

(1) Carta 156 á d'Alembert del año 1756.

Voltaire era ágil; pero los discípulos de Juan Jacobo tenian á este por mas valiente, y si tuvo la fuerza de Hércules, tambien tuvo sus delirios. Voltaire se burlaba de las contradicciones, pues su pluma volaba segun la direccion de lós vientos; Rousseau insistia en sus paradojas conforme á su genio; agitando su clava, descargaba golpes sobre lo verdadero y sobre lo falso. Voltaire fue la veleta de la opinion, y Rousseau el Protéo del sofisma. Ambos querian poner los cimientos y primeros principios de la filosofía, ambos abrazaron alternativamente el *sí* y el *no*, y se vieron condenados á la inconstancia mas humillante. Voltaire no sabiendo á que atenerse sobre Dios y sobre el destino de la otra vida, acudió á sofistas que estaban igualmente perplejos y extraviados, y se quedaba en su inquietud. Rousseau aun en la edad de las *puerilidades* se dijo á sí mismo: « Me voy á tirar » esta piedra al árbol que está delante de mí; *si lo acierto* » *es señal de salud, si lo yerro es señal de condenacion.* » Rousseau acertó el árbol y con esto se aseguró de que se salvaria; y esta prueba le bastó á este filósofo mucho tiempo despues de la edad de las *puerilidades*, pues era ya viejo cuando añadió: *desde entonces acá no he dudado de mi salud* (1).

Voltaire creyó un dia que tenia demostrada la existencia del autor de la naturaleza, y creyó en un Dios todo poderoso y remunerador de la virtud (2). Al dia siguiente toda esta demostracion para Voltaire se redujó á probabilidades y dudas, que le parecia ridículo querer resolver (3). La misma verdad le pareció un dia demostrada á Rousseau. En este dia no dudó de la existencia de Dios, y despues de haberla él mismo demos-

(1) Véanse sus *Confesiones*, libro 6.°

(2) Voltaire, *de l'athéisme.*

(3) Véase el mismo artículo, y *de l'Ame par Soranus.*

trado, veia á Dios en su alrededor, le sentia dentro de sí mismo, en toda la naturaleza y exclamó : *Estoy muy cierto de que Dios existe por sí mismo* (1). Al siguiente dia se le desapareció toda esta demostracion y escribió á Voltaire : *Confieso ingenuamente*, *que* (sobre la existencia de Dios) *ni el pro ni el contra me parecen demostrados.* Tanto para Rousseau como para Voltaire, el *deista* y el *atéo* solo fundaban su opinion *sobre probabilidades* (2). Ambos, Voltaire y Rousseau, creyeron en una ocasion que habia un solo principio ó un solo motor (3), y ambos creyeron en otra ocasion que muy bien podian existir dos principios ó dos causas (4). Voltaire despues de haber escrito que el ateismo poblaria la tierra de bandidos, malvados y monstruos (5), absolvió á Espinosa del ateismo, se le permitió al filósofo (6), y llegó al extremo de profesarle, escribiendo : No conozco sino á Espinosa que haya discurrido bien (7), que es decir en otros términos : No tengo por filósofo verdadero, sino al que cree que no hay otro Dios sino este mundo y toda la materia. Despues de haber asi aprobado todos los partidos, instaba á d'Alembert para que formase una sola legion de los atéos y deistas, pará pelear contra Cristo. Rousseau habia escrito que los atéos merecian castigo, que eran perturbadores de la pública tranquilidad, y por lo mismo reos de muerte (8). Y él mismo

---

(1) Emilio, y carta al Arzobispo de Paris.

(2) Carta á Voltaire, tomo 12, edicion en 4.º de Ginebra.

(3) Voltaire, *principe d'action*; Rousseau, Emilio, tomo 3.º pág. 115, y cartá al arzobispo de Paris.

(4) Voltaire, *Quest. encyclopediques*, tomo 9 ; Rousseau, Emilio, tomo 3, pág. 61, y carta al arzobispo de Paris.

(5) Voltaire, *de l'athéisme.*

(6) Axioma 3.

(7) Carta á d'Alembert de 16 Junio de 1773.

(8) Emilio, tom. 4.º pág 68. Contrato social, cap. 8.

pensando en dar cumplimiento á los deseos de Voltaire, escribió al ministro Vernier: «Declaro que mi objeto en » la nueva Heloisa era hacer que se avinieran los dos par- » tidos (ateos y deistas) en un amor recíproco, y con el fin » de enseñar á los filósofos que es posible creer en Dios » sin ser hipócrita, y que es posible ser incrédulo (ó no » creer en Dios) sin ser un pícaro (1).» Y aun el mismo escribió á Voltaire, «que el ateo no puede ser culpable » delante de Dios; que si la ley fulminaba pena de » muerte contra los ateos, era necesario empezar con » hacer quemar como tal á cualquiera que denunciase á » otro (2).»

Voltaire blasfemaba de la ley de Cristo y se retractaba, comulgaba y exhortaba á los conjurados á aplastar el *infame*, ó á Jesucristo. Rousseau abandonaba y volvia á abrazar el cristianismo de Calvino; hizo de Jesucristo el mas sublime elogio que jamas ha formado la elocuencia humana, y concluyó este elogio con la blasfemia de hacer de Cristo un visionario (3); pero él mismo acudia á la cena ó comunion de los calvinistas, por cuyo motivo d'Alembert escribió á Voltaire: « Le tengo lástima; pero » si para ser felìz necesita de acercarse á la santa mesa, » y de llamar santa una religion, como él lo hace, » despues de haberla vilipendiado, conozco que dismi- » nuye mucho su crédito (4).» Es muy cierto que d'Alembert habria podido decir lo mismo de las comuniones de Voltaire; pero no tuvo valor para tanto. Bien se ve que cuando escribió esto á Voltaire, era con el fin de ponerle á cubierto de la censura que merecia su atroz

(1) Carta á M. Vernier.

(2) Carta á Voltaire tomo 12. y en la nueva Heloisa.

(3) Véanse sus *Confesiones* y la profesion de fe del Vicario Saboyardo.

(4) Carta 105 del año 1762.

hipocresía; pero añadiendo: « Tal vez no tengo razon; » porque al fin sabeis mejor que yo los motivos que os » han determinado á hacerlo. » Se guardó muy bien de decirle como debia, que aquellas comunionees no le hacian honor, sino que disminuian su crédito; pero esto poco le importaba, y Voltaire se quedó para d'Alembert *su querido é ilustre maestro*. Si la revolucion anticristiana debia llevar á Voltaire al Panteon, Rousseau habia adquirido el mismo derecho á la inauguracion de los sofistas impíos; ya le verémos algun dia adquirirlos aun mayores á la de los sofistas sediciosos. Si el uno, bajo mano, hacia solicitar las suscripciones de los reyes para su estatua, el otro escribió públicamente que en Esparta hubiera él tambien tenido la suya.

Aunque estos dos héroes de los conjurados se conviniesen tanto en sus blasfemias y contradicciones, tuvo cada uno su carácter propio. Voltaire aborrecia al Dios de los cristianos, y Rousseau le admiraba al mismo tiempo que blasfemaba de él. Lo que obraba la soberbia en el espíritu de Rousseau lo obraba en el de Voltaire la envidia y el odio. Pasará mucho tiempo hasta que se pueda averiguar cual de los dos hizo mas daño al cristianismo, Voltaire con sus sátiras atroces y veneno del ridículo, ó Rousseau con sus sofismas revestidos con el trage de la razon. Despues de sus divisiones, Voltaire detestó á Rousseau, se mofó de él, y habria querido que le hubiesen atado como á un vil insensato (1): pero se complacia en que toda la juventud aprendiese á leer en el símbolo de este vil insensato (Rousseau), y en su profesion de fe del Vicario Saboyardo (2). En la misma época Rousseau detestó los gefes de los conjurados, les quitó la máscara, y fue detestado por ellos. Conservó

(1) Carta á Damilaville del 8 Mayo 1761. y guerra de Ginebra.
(2) Carta al Conde d'Argental del 26 Setiembre de 1766.

y se atuvo á los mismos principios : solicitó de nuevo su afecto y estimacion, en particular la de su héroe (1). Si es díficil hacer la definicion del sofista de Ferney, no es mas fácil dibujar el retrato del de Ginebra. Rousseau amó las ciencias, y ganó el premio de los que hablan mal de ellas; escribió contra los espectáculos, y compuso *óperas*; buscó amigos, y se hizo famoso con los rompimientos de la amistad; celebró la hermosura de la honestidad, y puso sobre el altar la prostituta de Varens; creyó que era, y se dió el nombre del mas virtuoso de los hombres, y bajo el título modesto de *Confesiones*, se complacia en su vejez con los recuerdos de sus torpes conquistas; dió á las tiernas madres los mas sensibles consejos de la naturaleza, y él mismo sofocó en sí la voz de ella. Para olvidarse de que era padre relegó sus hijos á la casa de los expósitos, que es el asilo de los que nacen de padres no conocidos. El temor de ver á sus hijos le hizo inexorable á las almas sensibles que querian cuidarse de su educacion, y hacer menos dura su suerte (2). Fue pródigo perpetuo de inconsecuencias hasta en sus últimos momentos. Escribió contra el suicidio, y hay motivos para pensar que él mismo se preparó el veneno que le mató (3). Á pesar de tan monstruosas inconsecuencias, el error del sofista de Ginebra se remontó y tuvo acceptacion, en tanto, que hizo apostatar á muchos que habrian resistido á otros ataques. Para hacerse secuaz de Voltaire no se necesitaba sino amar sus pasiones; pero para no seguir á Rousseau era preciso analizar y descomponer el sofisma. Aquel gustaba mas á la juventud, y este engañaba mas en la

(1) Véanse sus cartas y la vida de Seneca por Diderot.

(2) Léanse sus *Confesiones*.

(3) Véase su vida escrita por el Conde Barruel de Beauvert.

edad madura. Ambos hicieron inumerables iniciados que les debieron su apostasía.

Buffon.

Tal vez los mánes de Buffon se sublevarán al ver escrito su nombre á continuacion del de Rousseau en el catálogo de los iniciados conjurados. Sin embargo, no es fácil que el historiador hable de los literatos que sedujo Voltaire, sin compadecerse del Plinio frances. Es verdad que Buffon mas fue víctima del filosofismo que aliado de los enemigos del cristianismo; pero ¿y como se puede ocultar el influjo que tuvo el filosofismo sobre sus escritos? La naturaleza le habia entregado su pincel; pero no se satisfizo con retratar los objetos que le ponia á la vista, y pretendió remontarse hasta los tiempos misteriosos, cuando el velo que los cubre solo le puede rasgar la revelacion. Aspirando á la celebridad, le pareció que aumentaba su gloria siguiendo ya los pasos de Maillet, ya los de Boulanger. Trazando en su escuela el origen de las cosas para darnos una historia de la naturaleza, rasgó la historia de la religion. Se hizo el héroe de aquellos hombres que d'Alembert enviaba á escudriñar los montes ó las entrañas de la tierra, para desmentir á Moises y á las primeras páginas de la sagrada Escritura. Tuvo que consolarse con los sofistas á causa de las censuras de la Sorbona; mas su castigo consistió en su propia culpa. Desmintió su fama y la idea que el público habia concebido de sus conocimientos sobre las leyes de la naturaleza. Parece que las habia olvidado todas, cuando formó su tierra por las aguas y por el fuego en sus eternas épocas. Para contradecir á la sagrada Escritura, hizo de la naturaleza como de sí mismo el juguete de las contradicciones. Su estilo siempre elegante y noble fue objeto de admiracion; pero no impidió que los físicos

se burlasen y riesen de sus opiniones. Una gran parte de su gloria se desvaneció como su cometa en los desvaríos de la incredulidad. Dichoso él, si, retractando sus errores, hubiese podido destruir la manía de los iniciados, á quienes enseñó á estudiar la naturaleza en el espíritu de d'Alembert, aunque este con Voltaire se reia de todos los vanos sistemas de Buffon y de Bailly sobre la imaginaria antigüedad del mundo y de su poblacion, dándoles el nombre de *tonterías*, *pobrezas*, *suplementos de ingenio*, *ideas vacías*, *vanos* y *ridículos esfuerzos de charlatanes* (1). Pero al mismo tiempo se guardó muy bien d'Alembert de publicar su modo de pensar sobre estos sistemas. Desacreditándolos, habria temido acobardar á los iniciados que él mismo enviaba para forjar otros nuevos, y buscar de este modo en las topineras del Apenino con que desmentir á Moises, rasgar las primeras páginas de la sagrada Escritura y destruir la religion.

Freret.

Despues de estos dos literatos, que se distinguieron por la nobleza de su estilo, los demas iniciados no tienen otro derecho á la fama, que una mediania de talentos, pero exaltada por la audacia de la impiedad. Sin embargo aun hay dos, que si su erudicion hubiese sido mejor dirigida, habrian podido hacer honor á las ciencias. Uno es Freret que ejercitó su prodigiosa memoria estudiando á Bayle, cuyo Diccionario sabia casi de memoria. Sus cartas á Trasíbulo, que son el fruto de su ateismo, manifiestan que aquel exceso de memoria fue abundantemente compensado con la falta de juicio.

(1) Carta á Voltaire del 6 Marzo de 1777.

Boulanger.

Fue el otro Boulanger, jóven que tenia la cabeza rellena de latin, hebreo, griego, siríaco y árabe. Cayó tambien en las extravagancias del ateismo, que abjuró en sus últimos años, detestando juntamente la secta que le habia extraviado. Yá verémos que ninguna de las obras póstumas que se han atribuido á estos dos eruditos de la impiedad, salió de sus plumas.

El Marques d'Argens.

El marques d'Argens salió tambien á representar papel entre los sofistas eruditos. Bayle contribuyó con los gastos para la ciencia que afectaba, y de que dió pruebas d'Argens en sus cartas chinescas y cabalísticas (*lettres chinoises et cabalistiques*) y en su filosofía del buen sentido (*Philosophie du bon sens*). Fue por mucho tiempo amigo de Federico, y tuvo méritos para serlo como los demas impíos. Sé de la misma boca del presidente de Eguille su hermano, que el marqués d'Argens, despues de largas discusiones con hombres mas instruidos que Federico en la religion, se rindió á las luces del Evangelio, y acabó su vida pidiendo encarecidamente al sacerdote que habia enviado á llamar á que le ayudase á enmendar los yerros de su pasada incredulidad con actos de fé.

La Metrie.

Este médico se dejó ver como el mas loco de los ateos, porque fue el mas sincero de todos. Su *Hombre máquina y su Hombre planta* llenaron de oprobio la secta, porque dijo sin rodeos, lo mismo que esta no se atrevia á decir siempre, aunque lo ha dicho alguna vez con espresiones no menos claras que aquel médico.

Marmontel.

Marmontel.

Los sofistas armados contra Jesucristo pudieron blasonar de tener en su catálogo y á su disposicion los talentos de Marmontel, hasta el momento en que llegó la revolucion francesa. No es justo aumentar el dolor de un hombre, que parece que no necesitó sino de los primeros dias de la revolucion para avergonzarse de los errores y conspiraciones que la habian causado. De cuantos sofistas han sobrevivido á Voltaire, tal vez ninguno como Marmontel ha procurado separarse mas de los impíos, y hecho que se olvidasen los enlaces que con ellos tenia, siendo así que mas debe á estos su fama, que á sus Incas, Belisario y cuentos salpimentados de filosofismo. En vano desearia yo pasarle en silencio, pues las cartas de Voltaire recuerdan al pueblo, que hubo tiempo, y largo, en que este iniciado abochornado hizo otro papel entre los conjurados. Voltaire en aquel tiempo conocia tan bien el zelo de Mr. Marmontel, que pensando que le llegaba su última hora, le recomendó la Harpe. El testamento estaba concebido en estos términos: « Os recomiendo la Harpe » cuando ya no existiré. *Él será una columna de nuestra » iglesia.* Será necesario hacerle miembro de la academia. Despues de haber costado tanto, justo es que » sea de algun provecho (1). »

La Harpe.

Con el gusto de la literatura y sus talentos, que á pesar de sus críticas le distinguen entre los escritores de este tiempo, habria podido ser muy útil; pero desde su juventud le echó á perder Voltaire. En esta

(1) Carta de Voltaire á Marmontel, del 21 Agosto de 1767.

edad muchos piensan que son filósofos, solo porque no creen lo que les enseña el catecismo. Aqui se hallaba la Harpe, cuando emprendió y siguió la carrera que le señaló su maestro; y sino llegó ser columna, á lo menos llegó á ser el trompeta de aquella iglesia que es una congregacion de conjurados impíos. La Harpe sirvió de un modo muy particular á esta congregacion por medio del *Mercurio*, periódico famoso en Francia, cuyos elogios ó críticas semanales decidian casi siempre de la suerte de las producciones literarias. Los periódicos del dia nos aseguran que Mr. la Harpe se ha convertido en la cárcel, gracias á las instrucciones del Ilustrísimo Señor Obispo de Saint-Brieux. No me causaria esto mucho admiracion, porque por una parte la vida ejemplar de este prelado, y por otra los resultados filosóficos de la revolucion deben hacer mucha impresion en un sugeto que tiene bastante juicio para cotejar las instrucciones y promesas de sus antiguos maestros, con lo que sus ojos han visto en estos últimos tiempos. Si esta noticia fuese verdadera, me habria ocupado en retratar á Mr. la Harpe con la pluma en la mano, y que se dedica á sostener la religion que le ha ilustrado (*).

Los elogios que Voltaire tributaba á aquel *Mercurio poriódico* desde que la Harpe era su redactor principal, (1) manifiestan que los gobiernos no se han hecho bastante el cargo del influjo que tienen estos escritos sobre la pública opinion. Contaba el Mercurio con mas de diez mil suscriptores, y un número aun mas crecido le leia. Suscritores y lectores recibian las im-

(*) En efecto, se convirtió Mr. la Harpe. Tengo en esta biblioteca su tratado *du fanatisme*, que es un excelente escrito contra los jacobinos, y en favor de la religion. Le tengo traducido y tal vez saldrá al público.

(1) Carta á d'Alembert.

presiones del redactor, y poco á poco se transformaban en filósofos ó en impíos que es lo mismo, como el sofista que los publicaba. Los conjurados anticristianos conocieron el partido que podian sacar, si llegaban á poderse valer de su publicacion. La Harpe ejerció en él su imperio por espacio de bastantes años; Marmontel y Chamfort le comunicaban sus luces, y Remí, que no era mejor que los tres, le habia compuesto antes. Pregunté un dia á este, ¿como se habia atrevido á insertar en su periódico un prospecto tan perverso, pérfido y falso de una obra de simple literatura, cuando él mismo la habia alabado tanto? Me respondió: Este artículo le ha compuesto un amigo de d'Alembert, y á este debo yo mi periódico, que es decir mi fortuna. El asunto no pasó de aquí. El escritor al verse tan injustamente ultrajado, queria insertar en el mismo periódico su defensa; pero no le fué posible (**). De esto se puede colegir el partido que sacaban los sofistas de estos periódicos; y ello es muy cierto, que se valian de estos medios para dirigir la opinion pública é inclinarla hácia el objeto de su conspiracion. Valiéndose del arte de elogiar ó criticar segun y conforme sus intereses, la secta daba ó quitaba el crédito y estimacion á un escrito. Sus periódicos les proporcionaban dos ventajas; una era dar de comer á los escritores de su partido, pues publicando estos sin economizar alabanzas, y no publicando los del partido contrario, ó llenándolos de dicterios, precisaban en cierta manera á la compra de aquellos, y no de estos.

La otra ventaja era, que publicando solamente los escritos de sus partidarios, derramaban el veneno en toda la sociedad. Ocasion hubo en que los conjurados se valieron de su poderosa proteccion, para excluir las

(**) Esto mismo ha sucedido ya muchas veces en España; lo hemos visto con el Diario de Mallorca, y con la *Aurora*.

personas religiosas de tener parte en los periódicos. Cuando se supo que Mr. Clement debia suceder en este empleo á Mr. Freron, quien habia consagrado su periódico á la defensa de la verdad, Voltaire no reparó en acudir á d'Alembert, á fin de que este recurriese al canciller y prohibiese á Mr. Clement la continuacion del periódico de Mr. Freron (1). Con este artificio los la Harpes de este tiempo aceleraban la conjuracion, tanto ó mas que los sofistas mas activos y escritores mas impíos. El iniciado autor trituraba y condensaba el veneno en su libro; el iniciado diarista ó periodista le proclamaba y distribuia por las esquinas de la capital y hasta los confines de las provincias. El que habria ignorado que hubiese en el mundo tal libro irreligioso ó sedicioso, ó el que no se hallaba en estado de gastar el tiempo ó el dinero comprándole, ya se tragaba una buena dósis, solo con leer sus extractos en los diarios ó periódicos que hacian los redactores sofistas.

Condorcet.

Fue un demonio que aborreció mas á Jesucristo, que todos los iniciados juntos, y aun mas que el mismo Voltaire. Solo con oir nombrar la divinidad se horrorizaba este monstruo, y podia muy bien decirse, que deseaba vengarse de los cielos, porque le habian dado un corazon. Duro, ingrato, insensible, asesino á sangre fria de la amistad y de sus bienhechores, si hubiese podido habria tratado á Dios del mismo modo que trató al desgraciado Rochefoucault, á quien hizo asesinar. El ateismo en la Metrie fué tontería, y locura en Diderot; pero en Condorcet fue á un mismo tiempo una fiebre habitual del odio, y el fruto de su orgullo. Cuanto habia en el mundo no era bastante, para que

(1) Carta del 12 Febrero de 1773.

Condorcet no creyese que el hombre que creia en Dios fuese un bestia. Voltaire que le trató cuando aun era jóven, no fué capaz de prometer á los conjurados la mitad de los servicios que en algun tiempo les haria, aunque ya esperaba mucho de él, cuando escribió á d'Alembert: » El consuelo que tendré cuando yo muera, es » que sosteneis el honor de nuestros pobres Welches, » y que Condorcet os auxiliará muy bien (1). » Voltaire no fundaba estas esperanzas sobre los talentos de Condorcet, pues no fué capaz para aprender mas que la geometría como se la enseñó d'Alembert, y no tuvo luces para llegar á la segunda clase. Su estilo era defectuoso como de un hombre que no sabia su propia lengua, y sus frases parecian sofismas, que es necesario desenmadejar para entenderlas. El odio hizo en él, lo que la naturaleza hace en otros. Á fuerza de ocultar sus blasfemias, llegó á contraer el hábito de expresarlas con mas claridad, y solo con esto se puede declarar la notable diferencia entre sus primeros y últimos escritos; diferencia que es aun mas sensible en su ensayo póstumo sobre los progresos del espíritu humano. Ya no se reconoce su pluma en este escrito, á excepcion de muy pocas páginas. Alli se descubre que su espíritu como toda su vida, estudios, escritos y conversaciones, todo lo encaminaba al ateismo; pues no tuvo otro objeto que valerse de toda la historia para inspirar á sus lectores todo su odio y frenesí contra Dios.

Ya habia tiempo que esperaba la caida de los altares, como que habia de ser el espectáculo mas agradable para su corazon; la vió, y la siguió de cerca; pero le sucedió lo que al impío errante y vagamundo, pues sucumbió á las congojas, á la miseria y á los terrores

(1) Carta 101 del año 1773.

de Roberspierre. No reconoció la mano que le habia descargado el golpe, pues murió como vivió; y el primer instante de sus remordientos fue cuando vió que los demonios confesaban la existencia de aquel Dios que él habia negado. Habria querido poderles hacer resistencia y vencerlos, y en medio de las llamas vengadoras, si le hubiese sido posible, habria gritado, *No hay Dios*; pero no pudo, y este tormento fue ya para él un infierno. Su odio contra Dios fue tal, que para libertar á los hombres del temor de un Ser inmortal en los cielos, esperó que su filosofía los haria inmortales sobre la tierra. Para desmentir á Moises y los profetas, se alzó profeta de la demencia. Moises nos manifiesta que los dias del hombre se abreviaban insensiblemente hasta llegar al término que Dios les ha prefijado, y este, nos dice David, que es setenta años, á lo mas ochenta, y mas allá todo es trabajo y dolor (*). Á este oráculo del Espíritu Santo opone Condorcet el suyo, y calculando los frutos de su revolucion filosófica, que tuvo su ejecucion enviando millares de hombres al sepulcro, añade el símbolo de su extravagancia, que dice así: « Debemos » creer que esta duracion de la vida del hombre se ha » de aumentar sin cesar, si las revoluciones físicas no » lo estorban: pero ignoramos cual sea el término que » nunca pasará; tambien ignoramos si las leyes gene» rales de la naturaleza han señalado algun término que » nunca pueda pasar. » Así se expresa (1) despues de haber desfigurado la historia á su modo, para hacinar todas las calumnias de su odio contra la religion, y persuadir á que se busque la felicidad en el ateismo. De sofista mentiroso se hizo profeta, y prometió estos re-

(*) Salmo 89 v. 10

(1) *Esquisse d'un tableau philosophique des progrès de l'esprit humain, époque* 10, pág. 382.

sultados cuando su filosofía llegase á triunfar. El momento en que esta volcó los altares de la divinidad, fue el que escogió para decir á todos los hombres : De aqui en adelante, el hombre feliz verá crecer sus dias, y crecerán tanto, que no se podrá decir que la naturaleza les haya puesto término ; en lugar de creer que hay un Dios eterno en los cielos, el hombre por sí mismo llegará á hacerse inmortal sobre la tierra. De este modo al mismo tiempo en que el filosofismo celebraba sus triunfos, debia el orgullo de la secta verse humillado por la aberracion y extravagancia mas impía del mas querido de los iniciados. La vida de Condorcet no fue mas que un tejido de blasfemias, y debia acabar con el delirio. Ya volverá á dejarse ver en estas Memorias, y cuando esto suceda , verá el lector, que tanto aborreció á las leyes como á Jesucristo. Ya Helvecio y otros, antes de Condorcet, habian experimentado que el arte de la secta era muy conducente para inspirar este odio compuesto en los corazones menos dispuestos para tales empresas.

Helvecio.

Este infeliz, hijo de un padre virtuoso, conservaba aun los principios de su buena educacion, cuyos eran frutos de una piedad ejemplar, cuando tuvo la desgracia de conocer á Voltaire. Al principio solo le miró bajo el punto de vista de un excelente maestro de poesía, á la que tenia mucha aficion. Este fue el motivo de enlazarse con Voltaire; pero no podia tratar con un maestro mas pérfido ; pues en lugar de lecciones de poesía, se las dió de incredulidad, y se esmeró tanto en sus progresos, que al cabo de un año le tuvo impío consumado y ateo mas resuelto y decidido que él mismo. Helvecio era rico, y por esto fue el *Milord*

de la secta, siendo á un mismo tiempo actor y protector. Cesando de creer al Evangelio, hizo lo que la mayor parte de los sofistas que se llaman *espíritus fuertes*, quienes para no dar fe á los misterios revelados, no solo dan crédito á los misterios mas absurdos del ateismo, sino que se hacen el juguete de una credulidad pueril sobre todo lo que se pueda oponer á la religion. Su libro del *Espíritu*, al que el mismo Voltaire daba el nombre de la *Materia*, está atestado de cuentos ridículos ó de fábulas, que Helvecio da como si fuesen historias, y que suponen que no tenia conocimiento de la crítica; á mas de que esta es obra de un sugeto que pretendia reformar el mundo, valiéndose para el intento, no tanto del absurdo de su materialismo, como de la licenciosa obscenidad de su moral.

Escribió tambien Helvecio sobre la *felicidad*; pero parece que no supo hallarla. Toda su filosofia se expuso á la censura mas bien merecida; con esto perdió el sosiego, se puso á viajar, y á su vuelta se ocupó en empollar el odio que tenia al clero y á los reyes. Era de natural honrado y de costumbres suaves; pero *su obra del hombre y de su educacion* manifiesta que el filosofismo habia mudado su caracter; pues se abandonó á las injurias mas groseras y á unas calumnias que exceden toda verosimilitud, teniendo valor para desmentir los hechos cotidianos y de notoriedad pública. Yo *habria* querido poder aliviar á Helvecio de la carga de este escrito pósthumo, pues me parecia produccion de aquella *junta de comision* de que hablaré en el capítulo 17, y que fue el orígen de otras muchas impiedades que se atribuyeron á difuntos: pero no me ha sido posible; pues Voltaire habla de ella á los iniciados de Paris como de una obra que podia no serles conocida, *siendo* así que si hubiese sido parto de aquella comision, por

precision la habian de conocer. Á mas de de que Voltaire en tres cartas consecutivas la atribuye constantemente á Helvecio, haciéndole sobre la historia las mismas reconvenciones que le hago; y d'Alembert que debia estar mejor instruido, no le desengaña. Me veo pues en la precision de dejar para Helvecio toda la infamia del citado escrito. Debo añadir que Helvecio escribió en Paris, en donde el Arzobispo y los pastores eran muy dignos de atencion por su cuidado y caridad con los pobres. En esta misma ciudad estaban los curas siempre rodeados de pobres y ocupados en distribuirles socorros. Sin embargo en esta misma ciudad se atrevió á escribir que los sacerdotes tenian el corazon tan duro, que nunca se veia que los pobres les pidiesen limosna. (Del hombre y de su educacion). No creo que en alguna ocasion el odio á Jesucristo y sus sacerdotes haya podido inspirar una calumnia mas atroz y mas desmentida cada dia por los hechos, tanto en Paris como en toda la Francia. Con mas verdad habria dicho, que muchos pobres acudian á los sacerdotes ó á los conventos, porque no tenian la misma confianza para pedir limosna á otros.

Otros literatos impíos.

Ya he hablado de Raynal; no creo que deba resucitar á Del sle, ya tan sepultado en el olvido como su *Filosofía de la naturaleza;* de Robinet y de su libro de la *naturaleza*, ya no hay quien se acuerde sino para reir al ver que explica su entendimiento por las *fibras ovales*, su memoria por las *fibras ondeadas ó espirales*, su voluntad por las *fibras torneadas*, su placer y dolor por *manojos de sensibilidad*, su erudicion por sus *protuberancias de entendimiento*, y otras mil inepcias aun

peores, si es posible (1). Diré una palabra de Toussaint, porque la suerte de este iniciado manifiesta el estado á que llegó el ateismo entre los conjurados. Toussaint se habia encargado de corromper las costumbres, y afectando un carácter de moderacion lo consiguió, enseñando á la juventud que *nada habia que temer del amor*, que esta pasion no podia hacer otra cosa que perfeccionarlos; que ella sola basta para suplir el título de esposos en el comercio de los dos sexos; (2) *que los hijos no deben mas reconocimiento á sus padres por el beneficio del nacimiento, que por el vino de Champaña que han bebido, ó por los minuetes que han querido bailar*; (3) que no pudiendo Dios ser vengativo, los hombres mas malos nada tienen que temer de cuanto se dice de los castigos del otro mundo (4). Con toda esta doctrina Toussaint no fue para sus cofrades sino un iniciado tímido, porque admitia aun un Dios en el cielo, y una alma en el hombre; los sofistas le castigaron esta cobardía con llamarle el *filósofo capuchino*: pero Toussaint lo acertó mejor, pues despidiéndose de ellos, retractó sus errores (5).

En vano nombraria yo una muchedumbre de otros escritores de la secta. Voltaire dió tanto despacho á sus producciones anticristianas, que llegó este género de literatura á ser un recurso ó suplemento á la fortuna de aquellos miserables escritorcillos, que solo se sustentan de las ganancias que les rinden sus blasfemias. La Holanda, aquel pantano cenagoso, fue el asilo para estos

(1) *De la nature*, tom. 1. liv. 4. chap. 11.

(2) *Les Mœurs*, part. 2. et 3.

(3) Allí mismo part. 3. art. 4.

(4) Allí mismo part. 3. art. 4.

(5) Véanse sus explicaciones sobre el libro citado, *les Mœurs*, (las costumbres).

impíos hambrientos. Allí el demonio de la avaricia que poseía el corazon de algunos libreros, habria vendido por un óbolo todas las almas y todas las religiones al demonio de la impiedad. Entre los libreros que daban de comer por sus blasfemias á estos hambrientos, el mas notable era un tal Marcos Miguel Rey; este tenia á su sueldo á un otro tal Mathurin du Laurens, refugiado en Amsterdam, autor de una *teología portátil* y de tantos otros libros recomendados muchas veces por Voltaire, y autor tambien del *Compère Matthieu* (El Compadre Mateo). Este Mathurin tenia otros asociados, á quienes Marcos Miguel pagaba las infamias á tanto la hoja. Voltaire es quien lo dice, y él mismo es quien encargaba se repartiesen estas infames producciones como otras tantas obras de filosofía, que comunicaban nuevas luces al universo (1). Luego verémos que los conjurados añadieron á las prensas de Holanda las de su cofradía secreta, para inundar la Europa de todas las producciones de esta especie. Tanto las multiplicaron y acreditaron, que muchos años antes de la revolucion, casi ya no habia versista ó romancero que no pagase su tributo á la impiedad y filosofismo. Parecia que el arte de escribir, ó de hacerse leer consistia en las sátiras y zumbas contra la religion, y parecia tambien que las ciencias que tienen menos enlace con las opiniones religiosas, habian conspirado contra Dios y su Cristo.

La historia de los hombres no era otra cosa que el arte de trastornar los hechos para dirigirlos contra el cristianismo, ó contra la primera de las revelaciones. La física ó la historia natural tenia sus sistemas antimosaicos. La medicina tenia su ateismo; Petit le pro-

(1) Carta al conde d'Argental del 26 Setiembre de 1761, á d'Alembert del 13 Enero de 1768, y á Mr. Desb. del 4 Abril de 1768.

fesaba en las escuelas de cirugía. Lalande y Dupuis le introdujeron en la astronomía, y hubo quien le llevase á la escuela de gramática. Condorcet, proclamando los progresos del filosofismo, se jactaba de haberle visto *bajar de los tronos del norte á las universidades* (1). Los discípulos de esta nueva legislacion seguian á sus maestros y llevaban despues al foro todos los principios, que la habladuría de los abogados debia desenvolver en la asamblea constituyente. Los amanuenses de los procuradores y notarios, los mozos de escritorio de los mercaderes y arrendadores, cuando salian de los colegios, parecia que solo habian aprendido á leer para farfullar Voltaire ó Rousseau. De estas escuelas salió aquella nueva generacion literaria, que despues del buen éxito que tuvieron los sofistas con la expulsion de los antiguos maestros de la juventud, no solo habia de abrir las puertas á la revolucion, sino que habia de ser su principal apoyo, aliado y cooperador. De allí mismo salieron los Mirabeau, los Brissot, los Carra, los Garat, los Mercier, los Chenier y otros. De la misma en fin, toda esa clase de literatos franceses, que abrazaron con entusiasmo la revolucion, y dieron al través con lo mas precioso y amable que tienen los hombres. Es cierto que una apostasía de tanta extension no prueba que las ciencias y las letras son nocivas por sí mismas: pero esta apostasía ha demostrado que los literatos sin religion forman la clase de ciudadanos mas perversa y dañosa. Es verdad que esta clase no sacó de su seno los Jourdan y los Roberspierre: pero fueron suyos Pethion y Marat, y sus principios, sus costumbres y sus sofismas concluyeron

(1) Véase su artificiosa edicion de Pascal, advertencia pág. 5.

con producir los Jourdan y los Roberspierre; y cuando estos devoraban los Bailly, encadenaban los la Harpe, llenaban de espanto á Marmontel, no espantaban, encadenaban y devoraban sino á sus padres y maestros.

CAPITULO XVI.

CONDUCTA DEL CLERO CON LOS CONJURADOS ANTICRISTIANOS.

Mientras que los palacios de los grandes y los liceos de las ciencias humanas abrian de par en par sus puertas, para dar entrada á la apostasía; mientras que los ciudadanos de todas clases, seducidos los unos por el mal ejemplo y los otros por los sofistas, se separaban del culto, y corrian á alistarse bajo las banderas de la impiedad, no eran ni podian ser equívocos los deberes del clero. A él le tocaba formar el muro que cerrase el paso y entrada al torrente de la impiedad, que saliendo de madre amenazaba inundarlo todo. Era de su obligacion impedir con todas sus fuerzas, que el error y la corrupcion arrastrasen la multitud y los pueblos á un desórden, que si bien se considera, es el mayor á que puede estar expuesta la sociedad. Solo el nombre y carácter de eclesiásticos, mejor que el honor y los intereses, recuerdan la estrecha obligacion de conciencia que tienen para rechazar y resistir con todas sus fuerzas y valiéndose de todos los medios, la conjuracion contra el altar. La menor omision y cobardía en los pastores, cuando se ofrecen estos combates, equivalen á la traicion y á la apostasía. El historiador que debe tener valor para decir la verdad á los reyes, no ha de ser cobarde para decirla al estado eclesiástico, aunque sea miembro suyo. La verdad se debe decir, ya redunde en gloria del ministerio, ya humille á algunos de sus individuos, pues

de cualquier modo será útil á la posteridad. Esta verá lo que se hizo y lo que se debia haber hecho : pues ello es cierto que la conspiracion contra Jesucristo no ha llegado á su fin : puede esta ocultarse, pero luego que se le proporcione ocasion, volverá á cometer los estragos que se vieron en los tiempos de la revolucion francesa. Sepa pues la posteridad lo que puede contener, y lo que puede fomentar esta conjuracion.

Distincion que se ha de hacer en el Clero.

Si hubiésemos de comprender bajo el nombre y estado del clero á cuantos en Francia se presentaban en medio trage eclesiástico, y á todos aquellos á quienes se daba en Paris y en otras ciudades grandes el tratamiento de *Abate*, podria el historiador decir con mucha verdad que desde el principio de la conjuracion ya hubo en el clero traidores y conjurados. Hubo aquel Abate Prades, que fue el primer apóstata, aunque fue tambien el primer arrepentido. Hubo aquel Abate Morellet, cuya infamia se descubre en los repetidos elogios que de él hicieron d'Alembert y Voltaire (1). Hubo aquel Abate de Condillac, que se encargó de hacer de su príncipe un sofista. Hubo sobre todos, aquel Abate Raynal, cuyo nombre equivale al de veinte energúmenos de la secta. Habia tambien en Paris otra multitud de entes, llamados tambien *Abates*, del mismo modo que hoy llaman Abate á Bartelemí y á Beaudeau, ó á Noel y á Sieyes : pero hasta el pueblo los distinguia, y no confundia á estos *Abates* con el clero; pues sabia que eran unos intrusos de la avaricia, que anhelando por los beneficios simples de la iglesia, deja-

(1) Carta 65 de d'Alembert, año de 1760; de Voltaire á Thiriot del 26 Enero de 1762.

ban á parte sus funciones, y que otros adoptando, precisamente por economía, unas apariencias de eclesiástico, deshonraban este estado con la corrupcion de sus costumbres y libertad de sus escritos. El clero, sin que se pueda dudar, cometió la gran falta de permitir que se multiplicasen tanto, particularmente en la capital, estos entes anfibios. Á pesar de la gran diferencia que habia entre estos y el clero ocupado en las funciones de su ministerio, es constante, que, sus escándalos favorecian á la conjuracion de los sofistas, y daban cierto motivo á las sátiras, que recayendo sobre el estado eclesiástico, desacreditaban á los verdaderos ministros del santuario. Muchos de estos *Abates*, que ni siquiera creian en Dios, eran criaturas de los mismos conjurados, quienes los habian ayudado para meterlos en la iglesia, habian solicitado beneficios para los mismos, á fin de que deshonrasen el clero con sus escándalos é introdujesen en el santuario los principios y máximas de la impiedad. Fueron estos la peste que aquellos enviaron al campo enemigo; pues viendo que no podian batir este ejército del Señor, pretendian comunicarle el contagio.

Conducta del clero verdadero, y que reconvenciones se le pueden hacer.

No contando pues como miembros del clero sino á los que verdaderamente estaban consagrados al servicio del altar, el hecho es, que la impiedad nada pudo conseguir. He registrado los archivos de la secta; he practicado todas las diligencias, para ver si los conjurados contaban con algunos obispos, curas ó eclesiásticos funcionarios, que fuesen iniciados de la secta; y el resultado ha sido, que antes de los tiempos de Perigord d'Autun, antes de la apostasía de Gobet, de

Gregoire

Gregoire y de otros Constitucionales, no he hallado mas que uno; este es Brienne. Bastante es, pues fue por espacio de treinta años el Judas del colegio apostólico. En la correspondencia de Voltaire se hallan algunas cartas en que se lisonjea de que tiene en su favor al cardenal de Bernis: pero este cardenal en aquella época no era mas que el favorito de la Pompadour, ó el poeta jóven de las gracias. Estos desvíos de un jóven no bastan para suponer que tuviese inteligencia con los conjurados, á quienes no prestó el menor servicio, aunque cooperó á la destruccion de los Jesuitas. Pero en cuanto á esto, se puede decir de este cardenal lo que d'Alembert decia de los parlamentos: *Perdonadles, Señor, porque no saben lo que hacen, ni de quien reciben las órdenes*. Las cartas de d'Alembert hablando de Brienne, son de un carácter muy distinto, pues suponen la mas entera connivencia de parte de un traidor verdadero, que hace cuanto puede á favor de los conjurados, no deseando otra cosa mas que no ser conocido del clero (1). He leido tambien algunas cartas en que d'Alembert se gloria de que el príncipe Luis de Rohan, de coadjutor que era de una iglesia católica, consentia en hacerse *coadjutor de la filosofía* (2): pero fue esto un error puramente material. El caso es, que d'Alembert se valió de la recomendacion de este príncipe, para que la academia admitiese á Marmontel; y si este príncipe, que era naturalmente noble y generoso, se engañó solo pensando en proteger no mas las letras, en la persona de un iniciado, esto no prueba que él conociese, ni menos que protegiese el secreto de los que, abusando de su proteccion, acabaron con burlarse de su persona. Á

(1) Véanse entre otras, las cartas 4 y 21 de d'Alembert á Voltaire, año 1770.

(2) Carta de d'Alembert del 8 Diciembre de 1763.

Brienne se le podria añadir aquel Meslier, cura de Etrepigni en Champaña, si no constase que los mismos sofistas habian forjado el testamento impío que le achacaron despues de su muerte. En los tiempos mas inmediatos á la revolucion francesa, empezó el filosofismo á introducirse hasta en las comunidades de monges, y se dejaron ver en aquella época el padre Don Gerle y sus secuaces ó aliados; pero estos fueron obra de otra especie de conjurados, que daré á conocer á continuacion de estas Memorias. En todos tiempos conservó el clero su fe. Es cierto que se podia dividir en eclesiásticos zelosos y edificantes, y en eclesiásticos relajados y aun escandalosos; pero nunca se pudo dividir en obispos ó sacerdotes creyentes, y en obispos, curas y sacerdotes incrédulos, sofistas ó impíos. Esta última clase nunca llegó á ser tan numerosa, que diese motivo á los conjurados para jactarse. Si hubiesen visto que el clero perdia su fe, no habrian dejado de autorizarse con esta apostasía, como lo hicieron con la de los ministros de Ginebra (1). Por el contrario, ninguna cosa se descubre mas en sus correspondencias, que declamaciones contra el zelo del clero en la conservacion de los dogmas. Sus sátiras sobre este particular, son el mayor elogio de los pastores de la Iglesia.

Pero aunque el clero se haya mantenido en su fe, no por eso dejará de merecer las mas justas reconvenciones por los progresos que hicieron los sofistas y su conjuracion. No les bastó á los Apóstoles conservar intacto el depósito de las verdades religiosas; mas influjo tiene el ejemplo que nuestras instrucciones, para rechazar la impiedad. Es cierto que el pueblo recibia buen ejemplo de un gran número de sus pastores; pero el ejemplo de la mayor parte no basta. Los que

(1) Véase en la Enciclopedia el art. *Genève* (Ginebra) y la carta de Voltaire á Mr. Vernes.

observan la diferencia de ciertas impresiones, saben que un mal sacerdote hace mas mal que pueden hacer bien cien sacerdotes virtuosos. Todos debian ser buenos; pero hubo muchos relajados. Entre los ministros del altar habia hombres cuyas costumbres no eran dignas del santuario. Habia muchos ambiciosos, y los habia que, en lugar de dar pasto á sus ovejas, estimaban mas dedicarse á la intriga y al fausto y lujo de la capital, que á las funciones de sus diócesis. Sus vicios no eran tales que hubieran merecido ser notados en un seglar; pero lo que es de poco momento en un seglar, es muchas veces monstruoso en un eclesiástico. Es cierto que en particular los impíos, con sus depravadas costumbres, no tenian derecho para tachar en el clero aquellas mismas que este condenaba en algunos de sus miembros; y el clero podia muy bien decir á los mundanos: ¿Como es posible que no haya en el santuario hombres cuya conducta nos hace derramar lágrimas, si los enemigos de la Iglesia disponen de todas las protecciones cerca del trono, para traficar impunemente con las dignidades del santuario, y separar de él á los que se harian respetables y temibles por su santidad y doctrina? ¿Como es posible que no los haya malos, si cuando algunos obispos pretendian repeler á un indigno, Choiseul les respondió: *Estos hombres son los que queremos, y de estos necesitamos*; si muchos señores irreligiosos miraban los bienes de la Iglesia como si fuesen el patrimonio de sus hijos, en quienes muchas veces la misma Iglesia descubria los vicios de sus padres? Es muy cierto que el clero podia dar esta respuesta á sus enemigos; y es tambien cierto que si alguna cosa ofrece la historia que pueda causar admiracion, es que con todas las intrigas de la ambicion, de la avaricia y de la impiedad, eran muy pocos los

pastores malos y muchos los buenos, verdaderamente dignos del título y ministerio. Pero el crímen de los que introducian á los escandalosos en el clero, no excusaba el crímen de los que daban el escándalo. Es necesario que el clero vea esta declaracion en la historia, porque debe tener conocimiento de todas las causas que produjeron ó tuvieron algun influjo en la revolucion anticristiana, á fin de que, con el buen ejemplo, rechacen los asaltos de la impiedad, y esta no tenga el menor pretexto para seducir á los pueblos.

Su resistencia á la impiedad.

Pero tambien debe decir la historia, que si habia algunos pastores que con su relajacion favorecian los progresos de la conjuracion, la mayor parte peleó con constancia contra los conjurados. Si el cuerpo del clero tenia sus manchas, tenia tambien su brillo y resplandor en las virtudes sólidas, en la ciencia y zelo de la religion, y en su inviolable adhesion á los principios de la fe. El todo de este cuerpo fue bueno, y debe á los beneficios de aquel Dios que él anunciaba al pueblo, el haberlo sabido manifestar, cuando la impiedad insolente con sus progresos se quitó la máscara. Entonces fue, cuando el clero se manifestó mas valiente que la misma conjuracion. Supo morir sin temor, y mirar sin sobresalto los rigores de un prolongado destierro. Entonces fue, cuando los mismos sofistas se avergonzaron de la calumnia que con tanta frecuencia habian repetido, que los prelados y pastores estaban mas enlazados con las riquezas que con la fe de la Iglesia. Las riquezas se quedaron para los salteadores, y la fe acompañó al convento del Cármen á los arzobispos, obispos, curas y eclesiásticos de todas las órdenes hasta

morir bajo los cuchillos de los verdugos, y los acompañó en su destierro y emigracion á Inglaterra, Holanda, Alemania, Italia, Suiza y España, perseguidos por los ejércitos jacobinos, y proscritos por los decretos de los *carmagnolas*. Pobres en todas partes, no tuvieron otros recursos que la beneficencia de las naciones extrangeras; pero eran ricos con el tesoro de su fe y el testimonio de su conciencia.

Para manifestar el clero su oposicion á los principios de los conjurados y dar el testimonio mas auténtico de su fe y religion, no esperó á que llegasen los dias de la revolucion, pues empezó la lucha con la misma conjuracion. Luego que la impiedad se dejó oir, hablaron los congresos del clero para confundirla. No habia llegado la Enciclopedia á la mitad de su impresion, cuando ya se vió proscrita por estos congresos; y ni siquiera ha tenido el clero una de estas juntas, en el espacio de cincuenta años, que no haya hecho presentes al rey y magistrados los progresos del filosofismo (1). Al frente de los prelados que se opusieron al filosofismo, estaba el señor de Beaumont, aquel arzobispo de Paris, que la historia no puede pasar en silencio sin hacerle injusticia. Generoso como los Ambrosios, tuvo su mismo zelo y teson contra los enemigos de la fe. Los jansenistas le desterraron, y los conjurados volterianos habrian querido verle muerto: pero si lo hubiesen atentado, habrian visto que los habria arrostrado sobre el cadalso, del mismo modo que lo hizo con los jansenistas en el tiempo de su destierro, del que no volvió sino para tronar de nuevo contra unos y otros. Á su ejemplo muchos otros obispos añadieron á sus costumbres pastorales las instrucciones

(1) Véanse las actas del clero, en especial desde el año 1750.

mas sabias y piadosas. El señor de Pompignan, entonces obispo de Pui, combatió los errores de Rousseau y de Voltaire; el cardenal de Luines precavió sus ovejas contra el sistema de la naturaleza; los obispos de Boloña, Amiens, Auch, y otros muchos, edificaban sus diócesis mas con sus virtudes que con sus escritos. Se pasaron muy pocos años en que de parte de los obispos no saliesen algunas cartas pastorales, que todas se dirigian contra la impiedad de los filósofos conjurados.

No se debe pues atribuir á omision de los prelados eclesiásticos, ni á negligencia de los escritores religiosos la ilusion que causaban los sofismas de los conjurados. La Sorbona les quitaba la máscara en sus censuras; el abate Bergier perseguia el deismo hasta en sus últimos atrincheramientos, y hacia que se avergonzase de sus contradicciones. Á la erudicion postiza y enmascarada de los sofistas, oponia un estudio ingenuo y conocimientos los mas verdaderos de la antigüedad y de las armas que suministra á la religion (1). El abate Guenée con toda su urbanidad y sal ática, precisaba á Voltaire á humillarse por su impericia y crítica de los libros sagrados (2). El abate Gerard santificaba hasta las mismas novelas, y bajo las formas mas amables retraia la juventud de sus desvíos y de los caminos de la mentira, y les dió despues instrucciones de la historia restablecida en su verdad primitiva. El abate Pei reproducia la ciencia de los monumentos eclesiásticos, para restituir á la iglesia sus verdaderos derechos. El abate Feller, ó Flexîer Dureval, reunió bajo la simple forma de un catecismo toda la eficacia de la razon, y los recursos de la ciencia contra toda la escuela de los sofistas. Antes de todos estos atletas el

(1) Véase *le Déisme refuté par lui-même*, y la respuesta á Freret.
(2) Cartas de algunos judios Portugueses.

abate Duguet habia manifestado hasta la evidencia los principios de la fe cristiana, y el abate Houteville habia demostrado su verdad con hechos de la historia. Desde el mismo principio de la conspiracion, el diario de Trevoux redactado por el padre Berthier y sus compañeros, se dirigia contra todos los errores de los enciclopedistas. En una palabra, si habia muchos Celsos y Porfirios, tenia tambien la religion sus Justinos, sus Orígenes y sus Athenágoras. En estos últimos tiempos como en los primeros siglos de la iglesia, el que verdaderamente deseaba hallar la verdad, no habria tardado á hallarla en la solidez de las razones que los escritores religiosos oponian á los sofismas de los autores conjurados; y aun se podia decir que los nuevos apologistas de la religion, manifestaron con mas claridad muchas verdades de la religion que los apologistas antiguos.

Los oradores evangélicos, cooperando á los esfuerzos de los obispos y de los escritores religiosos, no cesaron ya desde el principio de la conjuracion de avisar á los pueblos. La refutacion de los sofistas era el asunto mas frecuente de sus instrucciones públicas. El Padre Neuville, y despues de él Mr. de Senez, y mas que todos el Padre Beauregard, se distinguieron por su intrepidez en esta ocupacion. Aun nos acordamos de aquella especie de inspiracion, con que este último se sintió arrebatado, predicando en la Catedral de Paris, y haciendo resonar las bóvedas de aquel templo, trece años antes de la revolucion, manifestando en tono profético los proyectos de la filosofía moderna, y que con tanto sentimiento de la religion ha verificado la revolucion francesa: « Sí (dijo este orador sagrado)
» al rey, al rey y á la religion atentan los filósofos; ya
» tienen en sus manos la segur y el martillo; solo es-

» peran el momento favorable para derribar el trono « y el altar. Sí ; vuestros templos, Señor, serán despo» jados y destruidos, abolidas vuestras fiestas, blasfe» mado vuestro nombre, y vuestro culto proscrito. — » ¡ Pero que es lo que oigo, gran Dios ! ¡ Que es lo » que veo ! ¡ Á los cánticos inspirados, que hacian reso» nar estas bóvedas consagradas á vuestro honor, su» ceden cánticos torpes y profanos ! ¡ Y tú, divinidad » infame del paganismo, deshonesta Vénus, vienes atrevi» damente á ocupar el lugar del Dios vivo, á sentarte so» bre el trono del santo de los santos, y recibir el abo» minable incienso de tus nuevos adoradores ! » Este discurso le oyó un numeroso auditorio, que habia atraido la piedad y elocuencia del orador ; le oyeron tambien muchos iniciados, que habian acudido solo con el fin de sorprender al predicador, y le oyeron muchos doctores de la ley, que he conocido, y que me le repitieron con toda fidelidad, ya ántes que le leyese en los impresos. Los iniciados alzaron la voz y gritaron sedicion y fanatismo, y los doctores de la ley reprendieron el *zelo exagerado* del orador (*) : *es verdad* qne estos se retractaron ; pero cuando era ya demasiado tarde, es decir despues del suceso.

Estas advertencias y la incesante guerra que hacia el clero, retardaron los progresos de los sofistas ; pero no se logró triunfar de la conjuracion. Esta era ya demasiado profunda : el arte de seducir las naciones, de propagar el odio contra Cristo y sus sacerdotes, desde el palacio de los grandes hasta el humilde taller del artesano, desde las capitales de los imperios hasta las

(*) De semejantes expresiones han usado con sobrada frecuencia los presumidos sábios de estos tiempos, viendo la vigorosa resistencia, que desde los púlpitos han opuesto á sus doctrinas los predicadores.

aldeas y chozas de los campos, habia llegado á su mayor perfeccion en las cavernas secretas de los conjurados. Sus medios tenebrosos suponian unos misterios, que debo desenvolver: y cuando yo haya descubierto estas últimas sendas de corrupcion que emprendieron los sofistas, los lectores, en lugar de preguntar como la Francia, con el zelo y luces de sus pontífices y pastores, ha visto la destruccion de sus altares y la ruina de sus templos, nos preguntarán, como han tardado tanto los templos á desplomarse, y sus altares á hundirse.

CAPITULO XVII.

NUEVOS Y MAS PROFUNDOS MEDIOS DE LOS CONJURADOS PARA SEDUCIR HASTA LAS ÚLTIMAS CLASES DE CIUDADANOS.

Cuando Voltaire hizo juramento de aniquilar la religion cristiana, no se lisonjeaba de arrastrar á su apostasía la generalidad de las naciones. Su orgullo, aunque grande, se satisfacia algunas veces plenamente con los progresos que su filosofismo habia ya hecho entre los hombres *que gobiernan*, *ó que han nacido para gobernar*, *y entre los literatos* (1). Por espacio de mucho tiempo se mostró poco zeloso de separar del cristianismo á todas las clases inferiores de la sociedad, que él no comprendia bajo la expresion de *gente honrada*. Los hechos que voy á alegar, manifiestan, ya la nueva extension que los sectarios conjurados dieron á su zelo, ya los artificios de que se valieron para no dejar á Cristo ni un solo adorador, aun en las condiciones mas oscuras.

Orígen y proyectos de los Economistas.

Un médico conocido en Francia con el nombre de Quesnay, se habia insinuado tan bien en la gracia y estimacion de Luis XV, que este rey le llamaba su *pensador*. En efecto, parece que Quesnay habia profundamente meditado todo lo que puede hacer felices

(1) Carta á d'Alembert del 13 Diciembre de 1763.

á los pueblos; tambien puede ser que ingenuamente lo desease ; pero con todo esto, él no fue mas que un vano sistemático y fundador de aquella especie de sofistas á quienes llamaban *economistas*, porque se ocupaban mucho, ó á lo menos hablaban mucho de la economía y del orden que se habia de establecer para la administracion y otros medios de aliviar al pueblo. Si algunos de estos economistas no extendieron á mayor distancia sus especulaciones, á lo menos es cierto que sus escritores ocultaron muy mal su odio al cristianismo. Estos escritos estan llenos de aquellos proyectos que manifiestan la resolucion de que suceda á la religion revelada, la religion puramente natural (1). El rumbo que habian tomado, hablando siempre de agricultura, administracion y economía les hacia menos sospechosos que los otros sofistas, que no se ocupaban mas que en su impiedad.

Su proyecto de escuelas para el pueblo.

Quesnay y sus iniciados se habian empeñado en dar á entender que los pueblos de la campaña y los artesanos de las ciudades no tenian la instruccion necesaria á su profesion ; que las gentes de esta clase, en lugar de aprender en los libros lo que les interesaba saber , se estaban atollados en una ignorancia fatal para su felicidad y bien del estado ; que era necesario establecer y multiplicar, sobre todo en las campañas, las escuelas gratuitas , en donde se irian instruyendo los niños en diferentes oficios, y principalmente en los principios de la agricultura. D'Alembert y los otros iniciados volterianos, luego conocieron el buen

(1) Véase el analísis de estos escritos por Mr. Gros, Preboste de San Luis del Louvre.

partido que podrian sacar de estas escuelas. Se unieron á los econ stas, y presentaron á Luis XV varios memoriales en que exaltaban las ventajas ya temporales, ya tambien espirituales que sacaria la clase indigente de su reino. El Rey, que amaba verdaderamente al pueblo, abrazó el proyecto con fervor; ya estaba pronto á costear de sus propios fondos la mayor parte de lo necesario para el establecimiento de estas escuelas gratuitas. Se descubrió á Mr. Bertin, á quien honraba con su confianza y á cuyo cargo corria la administracion de su bolsillo secreto. Cuanto he dicho hasta aqui es un extracto de lo que en varias conversaciones he oido á este ministro, y en lo que se sigue es él mismo quien habla.

Mr. Bertin desengaña à Luis XV.

» Luis XV (decia este ministro), habiéndome confiado la direccion de su bolsillo, era muy natural » que me hablase de un establecimiento, cuyos gastos » habia de suplir. Habia mucho tiempo que yo observaba las diversas sectas de nuestros filósofos; aun»que yo tenia muchas reconvenciones que hacerme » sobre la práctica de los deberes religiosos, á lo me» nos habia conservado los principios de la religion, no » dudando de los esfuerzos que hacian los filósofos para » destruirla. Conocí que su objeto era tener ellos mis» mos la direccion de estas escuelas, apoderarse con » esto de la educacion del pueblo, so pretexto de que » los obispos y sacerdotes, encargados hasta entonces de » la inspeccion de los maestros, no podian entrar en » pormenores impropios de eclesiásticos. Concebí que » se trataba mas de impedirles el recibir las instruccio» nes continuas de su catecismo y de la religion, que » de dar lecciones de agricultura á los hijos de los

» labradores y artesanos. Me resolví pues á declarar al
» Rey que las intenciones de los filósofos eran muy
» diferentes de las suyas. Conozco, le dije, á estos con-
» jurados; guardaos, Señor, de atenderles. En vuestro
» reino no hay falta de escuelas gratuitas, las hay
» en los pueblos mas pequeños y casi en todas las
» aldeas; tal vez ya se han multiplicado con de-
» masía. No son los libros los que hacen artesanos
» y labradores, es la práctica. Los libros y maestros
» que enviarán estos filósofos harán al paisano mas sis-
» temático que laborioso. Temo que no le vuelvan pe-
» rezoso, vano, envidioso, luego hablador, sedicioso,
» y al fin rebelde. Temo que todo el fruto del gasto
» que quieren haceros suportar, no sea para borrar
» poco á poco en el corazon del pueblo el amor á su
» religion y a su Rey.

» Añadí á estas razones cuanto me ocurrió para di-
» suadir á su Magestad. Le aconsejé, que en lugar de
» maestros elegidos y enviados por los filósofos, em-
» please los mismos caudales en multiplicar los cate-
» quistas, en buscar hombres sábios y pacientes, que su
» Magestad podria mantener de concierto con los obis-
» pos, para enseñar á los pobres paisanos los principios
» de la religion, y que los aprendiesen de memoria,
» como lo hacen los curas y vicarios con los niños,
» que no saben leer. Parecia que mis razones gustaban
» á Luis XV, pero los filósofos volvieron á la carga.
» Tenian cerca del Rey hombres que no cesaban de
» instar con eficacia: por otra parte el Rey no se po-
» dia entonces persuadir, que su *pensador* Quesnay y
» los otros filósofos tuviesen intenciones tan detestables,
» y se vió sitiado con tanta obstinacion por aquellos
» hombres, que en el tiempo de los veinte últimos años
» de su reinado, en las conversaciones cotidianas con

» que me honraba, casi siempre estuve ocupado en » combatir la falsa opinion que le habian comunicado » de sus economistas y asociados. »

Descubre el Ministro Bertin los medios de los conjurados para seducir las gentes del campo.

» En fin, resuelto yo á dar al Rey una prueba cierta » de que le engañaban, procuré ganarme la confianza » de estos mercaderes que corren las campañas, y ven- » den sus mercaderías en los pueblos y en las puertas » de los castillos. Yo tenia sospechas de que algunos » que venden libros, eran agentes del filosofismo para » con el pueblo sencillo. En mis viages á la campaña » me adherí con particularidad á estos últimos. Cuando » me ofrecian libros para que se los comprase, les decia » yo, ¿y qué libros podeis tener? Sin duda serán ca- » tecismos ó libros de oraciones, pues no se leen otros » en los pueblos. Á estas palabras ví algunos que se » sonreian. No, me respondieron, no negociamos con » esos libros; hacemos mejor negocio con los de Vol- » taire, Diderot y otros filósofos. — ¡Como, exclamaba » yo, paisanos compran Voltaire y Diderot! ¿Y en donde » hallan dinero para comprar unos libros tan caros? » La respuesta á esta pregunta fue constantemente: Los » tenemos á mejor cuenta que los libros de oraciones; » podemos dar á diez sueldos el tomo, y aun ganamos » bonitamente. Despues de otras preguntas, llegaron á » concederme que aquellos libros nada les costaban; » que recibian fardos enteros de ellos, sin saber de » donde les venian, con sola la condicion de venderlos » al precio mas ínfimo. »

Esta es la relacion que muchas veces hizo Mr. Bertin, particularmente en su retiro de Aix-la-Chapelle; y cuanto referia de estos mercaderes, es exactamente

conforme á lo que he oido decir á muchos curas de villas y lugares pequeños, quienes, por lo comun, miraban á estos libreros que corrian los campos, como si fuesen la peste de sus parroquias, y de quienes se valian los que se llaman filósofos para hacer circular de una á otra parte el veneno de su impiedad. Luis XV, convencido con la relacion que le hizo el ministro de su descubrimiento, llegó en fin á concebir que el establecimiento de las escuelas, que con tanto ahinco solicitaba la secta, no serviria de otra cosa que de un medio mas para seducir al pueblo, y abandonó el proyecto; pero rodeado siempre de amigos y protectores de los conjurados, no subió á descubrir el orígen del mal; solo tomó medidas muy débiles para estorbar los progresos, y los conjurados prosiguieron en valerse de sus buhoneros. Todo esto no fue mas que el primer medio para suplir la falta de sus tan deseadas escuelas de agricultura, cuya dilacion les causaba grande impaciencia. Nuevos sucesos manifestaron que los conjurados sabian suplir aquella falta por otros medios aun mas artificiosos y funestos.

Maestros de escuela en los pueblos.

Muchos años antes de la revolucion francesa, un cura de la diócesis de Embrun tenia frecuentes contestaciones con el maestro de escuela de su pueblo, reconviniéndole con que era un vil corruptor de la niñez, y que repartia libros los mas opuestos á las costumbres y á la religion. El señor del lugar *iniciado protector de la secta* era el apoyo del tal maestro: el buen cura fue á quejarse al arzobispado; Mr. Salabert d'Anguin, vicario general, encargado de verificar los hechos, quiso ver la biblioteca del maestro, y la halló llena de esta casta de libros. El maestro lejos de negar

el uso que de ellos hacia, afectó un tono de buena fe y respondió que habia oido hacer grandes elogios de aquellos libros, y que pensaba que no se los podia dar mejores á sus estudiantes; y aun añadió como los buhoneros, que nada habia gastado por ellos, que muchas veces recibia remesas considerables, sin saber de donde venian. Á una legua de Lieja y en los pueblos circunvecinos, habia maestros aun mas pérfidos, quienes recibiendo las mismas instrucciones, aumentaban los medios de la corrupcion. Estos en ciertos dias y horas señaladas reunian un cierto número de artesanos y paisanos pobres, que no habian aprendido á leer: en estosconventículos, uno de los discípulos del maestro leia en alta voz algunos de los libros, que ya le habian pervertido. Al principio era algun *romance* de Voltaire, despues el *Sermon de los cincuenta*, el imaginario *Buen sentido* y otras obras de la secta, que el maestro tenia cuidado de proporcionarle, en particular los que abundan en declamaciones y calumnias contra el clero. Estos conventículos, que eran los precursores de la revolucion de Lieja, estuvieron ocultos, hasta que al fin un carpintero hombre honrado y religioso, descubrió al señor de un bosque, por quien trabajaba, el dolor que le habia causado el sorprender á sus hijos en el conventículo, ocupados en leer á una docena de paisanos los referidos libros. Con esta noticia se hicieron requisiciones por aquellas inmediaciones, y se hallaron muchos maestros de escuela culpados de la misma infamia; y se observó que estos pérfidos maestros eran precisamente los que mas afectaban cumplir los deberes exteriores de la religion, y por lo mismo eran los menos sospechosos de estas maniobras infernales. Se extendieron las requisiciones y las huellas condujeron hasta d'Alembert; y he aqui lo que resultó de estos

conocimientos,

conocimientos, que me ha notificado la misma persona con quien se desahogó el carpintero, la que no omitió alguna de las diligencias que pedia un objeto tan importante.

Junta de comision de d'Alembert para la educacion.

Se practicaron las correspondientes diligencias para averiguar quienes eran los que habian recomendado aquellos corruptores de la juventud, y su resultado fue que los protegian bajo mano ciertos personages ya bien conocidos por sus enlaces con los impíos del tiempo, y continuando las averiguaciones, se llegó hasta d'Alembert y su oficina de institucion de maestros. Á esta oficina acudian todos los que ya he mencionado, y que necesitaban de recomendacion de los sofistas para obtener empleos de maestros ó de ayos en las casas ricas y de grandes señores. En este tiempo ya no se limitaba el zelo de d'Alembert á estas instituciones particulares, pues habia entablado correspondencia en todas las provincias, y hasta fuera del reino. Cuando en algun colegio ó pueblo vacaba el empleo de preceptor ó de simple maestro de escuela, los iniciados repartidos en todas partes informaban á d'Alembert y sus coadjutores de las vacantes, de los pretendientes que se presentaban, de los que se debian admitir ó desatender, de las personas á quienes se habia de recurrir, para que se proveyesen las vacantes en iniciados pretendientes, ó bien en los que destinase la oficina de Paris, instruyéndolos en el método que debian observar y reglas que habian de seguir con mayor ó menor precaucion, segun lo exigiesen las circunstancias locales, y atendiendo á los progresos que en sus alrededores hacia el filosofismo. De aquí se derivaba la insolencia de aquel maestro de la diócesis de Embrun, y el disi-

mulo hipócrita de los del pais de Lieja, en donde temian á un gobierno en todo eclesiástico, y en donde la impiedad no habia hecho los mismos progresos que en Francia.

De este modo d'Alembert, fiel á la mision que le habia dado Voltaire, cuando le encargó de *ilustrar la juventud cuanto pudiese* (1), habia perfeccionado las maniobras que se ordenaban á seducirla. Voltaire en aquel tiempo ya no tenia motivos para suspirar por su colonia de Cléves; pues la manufactura de toda impiedad á que destinaba aquella colonia, la *cofadría* filosófica, *semejante á la de los mazones*, *la academia secreta* enfin, ocupada en destruir á Jesucristo y su religion, mas que no todas las academias públicas en extender el imperio de las artes y ciencias, ya se habia realizado en Paris. Esta asociacion, la mas tenebrosa de los conjurados, que se habia establecido en medio de un imperio cristianísimo, y por unos medios que solo podia inspirar la rabia contra Jesucristo, apresuraba una revolucion que habia de destruir en Francia, y si hubiese podido en todo el mundo, todos los altares y dogmas del cristianismo. Este es el último *misterio de Mitra*, y este es el manejo mas secreto de los conjurados. Aun no le habia descubierto algun escritor que yo sepa, y ni de este misterio se descubre algun vestigio en las cartas de Voltaire que los editores iniciados tuvieron á bien publicar, pues tuvieron muchos motivos para suprimir las que trataban del asunto. En el primer momento de la revolucion aun habrian bastado estas cartas para excitar la indignacion del pueblo, pues habria descubierto en ellas la atrocidad de los medios de que se habian valido para arrancarle su religion.

(1) Carta del 15 Septiembre de 1762.

Ello es muy cierto que complaciéndose como los demonios en el mal que hacian en la oscuridad de sus congresos, nunca habrian manifestado este misterio de su iniquidad, y habria quedado siempre oculto, si la providencia no se hubiese valido de los remordimientos de un infeliz iniciado que le manifestó, como vamos á ver.

Descubrimiento de la Academia secreta de los conjurados y de sus medios.

Antes de manifestar el secreto de esta academia, debo decir á mis lectores, que me he valido de todas las precauciones para que me constase la verdad de los hechos. Me dió noticia de esta escena un sugeto, cuya probidad me era bastante notoria paraque yo no dudase de la verdad de su relacion, y aunque me la dió firmada de su mano, me pareció que yo debia hacer algo mas. En esta relacion firmada se alegaba un testigo que habia representado en esta misma escena un papel muy semejante al de segundo actor; era hombre de valor, y por sus virtudes y servicios, Luis XVI le habia condecorado con la primera distincion de la nobleza francesa. Se hallaba entonces en Londres, y aun se halla aqui en el momento en que escribo. No dudé pues en dirigirme á él, escuché con la posible atencion la relacion que me hizo, y la hallé en todo conforme á la relacion firmada que tenia en mi poder. Si el lector no lee aqui el nombre de este señor, no es porque él tema que le aleguen, sino porque no le acomoda que le aleguen en un hecho que le aflige mucho sobre la suerte de un amigo, cuyo error mas se debia á la seduccion de los sofistas que á su corazon, y cuyo arrepentimiento ha expiado en algun modo su delito ó delirio. He querido dar esta explicacion para suplir las

pruebas que hasta el presente he alegado de los mismos escritos de los conjurados. He aqui el hecho.

Declaracion y arrepentimiento del secretario de esta Academia secreta.

Á mediados del mes de septiembre de 1789, es decir unos quince dias antes de las atrocidades del 5 y 6 de octubre, en un tiempo en que ya se descubria que la asamblea llamada nacional, habiendo precipitado al pueblo en los horrores de la revolucion, no ponia ya límites á sus pretensiones, Mr. d'Angevilliers convidó á comer en su casa á Mr. Leroy, ayudante de cazas de su Magestad, y académico. La conversacion fue, segun las circunstancias del tiempo, sobre los desastres que ya habia cometido la revolucion, y sobre los que fácilmente se podian prever. Concluida la comida, el mismo señor que me dió la noticia de este hecho, amigo de Mr. Leroy, pero sentido de haberle visto mucho tiempo aficionado á los sofistas del siglo, pensó en hacerle algunas reconvenciones en estos términos tan expresivos: *¡ Y bien, esa es con todo la obra de la filosofía!* Aterrado Leroy con esta expresion: *Ay!* respondió, *¿y á quien lo decis? lo sé demasiado; pero moriré de dolor y de remordimientos*. Sobre esta palabra *remordimientos*, que repetia acabando casi todas sus expresiones, el mismo señor le preguntó: ¿Qué acaso habeis cooperado á esta revolucion, de modo que os veais precisado á haceros estás reconvenciones? « *Sí*, respondió Leroy, *he cooperado, y*
» *mas de lo que quisiera*. Yo he sido (prosiguió) secre-
» tario de una junta de comision, á la que debeis la re-
» volucion: pero cito por testigos á los mismos cielos
» de que nunca creí que se llegase á este estado. Me
» habeis visto en el servicio del rey, y sabeis que amo
» su persona, y no pensaba yo conducir sus vasallos á

» lo que han llegado; pero moriré de dolor y de remor-
» dimientos.»

Precisado Leroy á manifestar que cosa era aquella junta de comision, aquella sociedad secreta, cuya existencia ignoraba toda aquella comitiva, respondió:
» Esta sociedad era una especie de club que habíamos
» formado entre nosotros filósofos, y al que á nadie
» admitiamos sin que estuviésemos de ellos bien seguros.
» Nuestras juntas se tenian por lo regular en el palacio
» del baron de Holbach. Temerosos de que alguno sospe-
» chase nuestro objeto, nos dimos el nombre de *econo-*
» *mistas*. Creamos presidente honorario y perpetuo de
» la sociedad á Voltaire, aunque ausente. Nuestros prin-
» cipales miembros eran d'Alembert, Turgot, Diderot,
» La Harpe, y aquel Lamoignon, guarda-sellos, quien
« despues de su desgracia se ha dado la muerte en su
» parque.»

Objeto de esta Academia.

Toda esta declaracion la interrumpian los suspiros y sollozos; el iniciado profundamente penitente, añadió:
» He aqui cuales eran nuestras ocupaciones; la mayor
» parte de los libros contra la religion, las costumbres
» y el gobierno, que habeis visto salir de mucho tiempo
» á esta parte, eran obra nuestra ó de algunos autores
» nuestros confidentes. Todos los componian ó los miem-
» bros de la sociedad, ú otros por órden suya. Nuestro
» tribunal los recibia todos, antes de darlos á la im-
» prenta. Allí los revisábamos, añadíamos, quitábamos,
» corregíamos, segun lo pedian las circunstancias. Cuan-
» do nuestra filosofía se descubria demasiado, segun el
» tiempo y objeto del libro, la cubríamos con el velo:
» pero si pensábamos poder adelantar mas que el autor,
» hablábamos con mas claridad; en fin hacíamos decir

» á estos escritores lo que nos daba la gana. Luego » salia al público el libro bajo un título ó nombre » quec esogíamos, para ocultar la mano que le habia » escrito. Las que creíais obras póstumas, como *le* » *Christianisme devoilé* (el cristianismo á descubierto) » y otras diferentes atribuidas á Freret y á Boulanger » despues de su muerte, no tenian otro orígen que » nuestra sociedad. Cuando habíamos aprobado todos » estos libros, hacíamos tirar al principio, en papel » fino ú ordinario un número suficiente para reembolsar » los gastos de impresion, y despues una cantidad in- » mensa de ejemplares en papel menos caro. Estos los » enviábamos á libreros ó buhoneros, quienes los » recibian de valde ó casi de valde, con obligacion » de repartirlos ó venderlos al pueblo al precio mas » bajo. He aquí lo que ha pervertido al pueblo, y » le ha conducido al punto en que le veis en el dia. » Ya no lo veré mucho tiempo; moriré de dolor y de » remordimientos. »

Esta relacion hacia estremecer de indignacion; pero todos se compadecian viendo el arrepentimiento y el estado realmente cruel en que se hallaba Mr. Leroy. Lo que aumentó el horror á una filosofía que habia podido hallar y meditar con tanta constancia estos medios para arrancar al pueblo su religion y sus costumbres, fue lo que añadió el mismo, manifestando el sentido de estas palabras abreviadas, *écr. l'inf.* (*écrasez l'infame*), aplastad el infame, con que Voltaire concluyó tantas de sus cartas. Leroy les dió la misma explicacion que yo les he dado en estas Memorias, y que por otra parte el mismo contenido de estas cartas manifiesta con tanta evidencia. Añadió lo que yo no me habria atrevido asegurar, aunque fuese tan verosimil; que todos los que recibian cartas de Voltaire con aquella

horrible contraseña, eran miembros de aquella junta secreta ó iniciados de sus misterios. Manifestó tambien, como ya he dicho, el proyecto de los conjurados para que el infame Brienne fuese arzobispo de Paris, y la intencion que tenian en esto. Se extendió en otros muchos pormenores que habrian podido ser de grande utilidad para la historia; pero no los conservaba la memoria de los que habian asistido á esta relacion. No he podido averiguar, en que año tuvo principio esta junta secreta: pero parece cierto por la relacion del ministro Bertin, que ya la habian establecido muchos años antes de la muerte de Luis XV, pues desde entonces se descubre su principal objeto, que era de hacer circular todas aquellas producciones impías que recibian los mercaderes de una mano incógnita, para distribuirlas al precio mas bajo en las campañas.

Creo que para el intento debo citar una carta de Voltaire á Helvecio (1) que dice así: « ¿Porqué los » adoradores de la razon se paran en el silencio y en » el temor? No conocen lo bastante sus fuerzas. *¿Quien » les impediria tener en su poder una pequeña imprenta « y dar escritos útiles y cortos, de los cuales solos los » amigos serian depositarios?* De este medio se han valido » los que han impreso las últimas voluntades de aquel » bueno y honrado cura (habla del testamento de Juan » Meslier.) Es cierto que su declaracion es de mucho » peso. Es muy cierto, que vos y *vuestros amigos po- » driais hacer mejores obras con la mayor facilidad*, » y *hacerlas despachar sin comprometeros.* » Otra carta hay en la que Voltaire, á lo irónico y bajo el nombre de Juan Patourel, ex-jesuita, aparentando felicitar á Helvecio por su imaginaria conversion, describe

(1) Carta del mes de Marzo de 1763.

en estos términos el modo como procedian para hacer circular los escritos y repartirlos en la clase menos instruida, en lo que se manifestaba tan zeloso: «Oponen » dice al *Pedagogo cristiano* y al *Piénsalo bien*, libros » que en otros tiempos hacian tantas conversiones, li» bros pequeños de filosofía, que *se reparten por todo » con mucha destreza*. Estos pequeños libros se suceden » unos á otros con mucha rapidez. *No se venden*, *sino » que se entregan á personas de confianza*, *quienes los » distribuyen á los jóvenes y mugeres*. Ya es el *Sermon » de los cincuenta*, que se atribuye al rey de Prusia, » ya es un estracto del testamento de aquel desgraciado » cura Juan Meslier, que á la hora de su muerte pidió » perdon á Dios de haber enseñado el cristianismo, » y ya es no sé que *Catecismo del hombre de bien*, » compuesto por un cierto abate Durand,» (debe decir compuesto por el mismo Voltaire) (1). Estas dos cartas nos manifiestan muchas cosas. En primer lugar nos descubren á Voltaire trazando el plan de una sociedad secreta, cuyo objeto es el mismo que el de aquella cuyos misterios reveló el iniciado Leroy; y nos descubren una sociedad en todo semejante á aquella que se ocupaba en el mismo objeto, que usaba de los mismos artificios, y que entonces tenia su asiento en Ferney. Nos dicen, en fin, que esta Academia secreta no tenia sus sesiones en Paris, cuando se escribieron dichas cartas, pues Voltaire deseaba su establecimiento. Pero, por otra parte, las pretendidas obras de Freret y Boulanger que el iniciado Leroy declaró haber salido de la academia secreta residente en Paris, en el palacio de Holbach, se dejaron ver en los años 1766 y 1767 (2). De lo que

(1) Carta á Helvecio del 25 Agosto de 1763.

(2) Véase *l'Antiquité dévoilée*, edicion de Amsterdan, año 1766, y *Examen des apologistes du christianisme*, año 1767.

se sigue con evidencia, que esta academia secreta se estableció en Paris entre los años 1763 y 1766. Es decir, que cuando llegó la revolucion ya habia veinte y tres años que trabajaba para seducir á los pueblos, valiéndose de aquellos artificios que causaban tanta vergüenza y arrepentimiento á Leroy, por haber hecho las funciones de secretario en esta academia de tantas manufacturas de la impiedad.

Se descubren otros iniciados miembros de la misma Academia.

El infeliz iniciado Leroy que reveló aquel secreto, dijo verdad cuando repetia que *moriria de dolor y remordimientos*, pues que apenas sobrevivió tres meses á esta confesion. Este mismo Leroy, como hemos visto, despues de haber nombrado á los principales miembros de aquella su monstruosa academia, añadió que debian tambien comprenderse en ella todos aquellos iniciados favoritos, con quienes Voltaire, en sus cartas, hacia uso de la atroz fórmula, *aplastad el infame*. Conforme á esta regla el principal de estos iniciados, sin que se pueda disputar, es aquel Damilaville, que se manifestaba tan contento oyendo decir que *ya no habia sino la canalla* que creyese en Jesucristo; pues á este sugeto dirigia principalmente Voltaire las cartas que concluia con estas palabras, *aplastad el infame*. Este Damilaville no era de una clase muy elevada sobre la que llamaba *canalla*; habia hecho alguna fortuna siendo empleado en la oficina de los *veintenos*, que le rendia, entre salario y gages, tres ó cuatro mil libras. Su filosofia no le habia enseñado á contentarse con esta medianía, pues vemos que Voltaire se vió precisado á decirle que no le podia procurar un empleo mas lucrativo

(1). El carácter particular que Voltaire descubrió en Damilaville, fue *aborrecer á Dios.* ¿ Será por esto que Voltaire le escribia con mas frecuencia y mayor intimidad que á los otros iniciados ? Lo cierto es, que se servia particularmente de él para que llegasen á los conjurados sus mas íntimos secretos y producciones mas impías. Aun ignoraríamos sus talentos literarios, si no tuviésemos una carta de Voltaire al marques de Villevieille, en que nos pinta maravillosamente la cobardía de los conjurados, y lo poco que se asemeja su filosofía á la de los sabios verdaderos, que estan prontos á sacrificarlo todo para que triunfe la verdad : No mi querido » amigo (dice Voltaire á su marques), no, los Sócrates » modernos no beberán la cicuta. El Sócrates de Atenas » era, entre nosotros sea dicho, un hombre muy imprudente y un ergotista desapiadado, que se habia grangeado » muchos enemigos, y que insultó muy intempestivamente » á sus jueces. Nuestros filósofos del dia son mas diestros » No tienen ellos la necia y peligrosa vanidad de poner su nombre á sus escritos : ellos son unas manos » invisibles, que traspasan el fanatismo con las flechas » de la verdad, desde un extremo á otro de la Europa. » *Damilaville* acaba de morir ; él *era el autor del Cristianismo á descubierto* (*Christianisme dévoilé*), que se » publicó bajo el nombre de Boulanger, y tambien ha » sido autor de otros muchos escritos. *Esto nunca se ha* » *sabido* ; *sus amigos le han guardado secreto con una* » *fidelidad digna de la filosofía.* (2) »

Este pues fue el autor de este famoso escrito, que los conjurados nos querian dar por produccion de uno de sus sabios. El pretenso Boulanger fue este Damilaville,

(1) Véase la correspondencia general, carta á Damilaville del 2 Diciembre de 1757.

(2) Carta del 20 Diciembre de 1768.

que desde su oficina de publicano se transformó en un grande hombre de la filosofia moderna, y tal era tambien la intrepidez de este gran filósofo, que en todo semejante á sus cofrades temia que su filosofía no le costase demasiado cara, si la hubiese habido de sostener delante los tribunales. Temia, sin duda, beber, no en la copa de la cicuta sino en la de la vergüenza é infamia, si le hubiesen conocido por autor de todas las calumnias y errores que contenia este escrito, que es uno de los mas atroces que se han publicado contra el cristianismo. Este iniciado Damilaville, tan digno de los cariños de d'Alembert y de Voltaire, murió habiendo hecho *bancarrota*, mero dependiente de oficina, y separado de su muger ya habia doce años. Su panegírico le hace el mismo Voltaire en una carta á d'Alembert: «Toda mi vida echaré menos á Damilaville. Yo » amaba la intrepidez de su alma, pues tenia el entu» siasmo de S. Pablo (que es decir, tanto zelo para » destruir la religion, como S. Pablo para propagarla). » Era un hombre muy necesario (1).» La decencia no permite que yo copie lo que falta del elogio.

Despues de este vil sofista, cuyo mérito parece que consistia únicamente en haber sido un ateo exaltado, se presenta el conde d'Argental como uno de los mas zelosos miembros de la academia secreta. Ya he hablado de este conde tan querido de Voltaire; no hago aquí memoria de él por otro motivo, sino porque tambien fue uno de los corresponsales con quien Voltaire desahogaba libremente sus intentos de *aplastar* á Jesucristo, y para conservarle sus derechos á la academia secreta (2).

Con el mismo derecho se debe dar lugar á no sé

(1) Cartas del 13 Diciembre de 1769, y del 13 Enero de 1770.
(2) Se pueden ver muchas cartas en la correspondencia general.

que erudito llamado Thiriot, que ni fue mas rico ni de una clase mas elevada que Damilaville. Este subsistió mucho tiempo de los beneficios de Voltaire; fue al principio su discípulo y acabó con ser su agente. El hermano Thiriot se volvió muy impío, y fue tan ingrato que Voltaire se quejaba amargamente; pero Thiriot, á pesar de su ingratitud, fue siempre impío, y esta constancia le reconcilió con Voltaire, quien le conservó sus títulos entre los conjurados (1).

Es sensible que entre los sofistas conjurados ocupe tambien su lugar Mr. Saurin de la academia francesa. No son sus escritos lo que causa estos sentimientos, porque si no fuese por su tragedia de Espartaco, no se hablaria mucho ni de sus versos ni de su prosa; pero me han dicho que á pesar de su natural honradez, se enlazó con los conjurados mas por falta de fortuna, que por inclinacion y gusto á la impiedad. Me han asegurado que fué un hombre de una probidad notoria; pero que se dejó llevar á la sociedad secreta por una pension de mil escudos que le hacia Helvecio. No basta esta escusa; pues ¿qué probidad puede tener un hombre que sacrifica la verdad al oro, y que por una pension se une á los conjurados contra el altar? Lo que veo, es que Voltaire cuando escribe á Saurin, le pone en la misma clase que á Helvecio y demás iniciados, pues le confia los mismos secretos y le exhorta á la misma guerra contra Jesucristo (2). Es preciso que haya sufrido la vergüenza de la iniciacion, pues no hemos visto que se haya separado de la sociedad de los impíos.

---

(1) Véase la correspondencia y una carta á d'Alembert, y otra de la marquesa del Chatelet al rey de Prusia.

(2) Carta de Voltaire á Saurin de Octubre 1761, y á Damilaville del 28 Diciembre.

Debe tambien ponerse en la misma lista á Mr. Grimm, aquel baron de Bohemia, que fue digno amigo y cooperador de Diderot, que como este corrió de Paris á Petersburgo para hacer iniciados, y que volvió á Paris para tener parte en los desatinos de este. Fue del mismo sentir de Diderot, *Que entre él y su perro no habia mas diferencia que el vestido*. Este fue el que tuvo la satisfaccion de dar la primera noticia á Voltaire, de que el emperador José se habia iniciado en los misterios de la secta.

Tambien se debe añadir aquel aleman baron de Holbach, quien no pudiendo hacer otra cosa mejor, franqueaba su casa á los socios de la academia secreta. En Paris tenian á este sugeto por un amante y protector de las artes; bien que esto se debe á los conjurados, que se interesaban mucho en que el público le tuviese en este concepto, pues era un título para que se reuniesen en su casa sin dar sospechas. El baron no pudiendo aspirar á ser autor como otros conjurados, se hizo su Mecénas. La fama con que le celebraba la secta, la debia como otros á su dinero, y al uso que de él hacia en favor de los impíos. Pero á pesar de los pretextos con que se procuraban encubrir las frecuentes juntas que se tenian en su casa, la voz pública era que se entraba en ella como en el Japon, es decir pisando un Crucifijo.

Este era el carácter de los miembros que componian esta academia secreta, que con el pretexto de conferenciar, en beneficio del pueblo, sobre economía pública ó sobre el adelantamiento de las artes, se ocupaba en inventar medios para seducir al mismo pueblo, y arrastrarle á una apostasía general. Á lo menos podemos contar quince impíos, que eran miembros de aquella academia: Voltaire, d'Alembert, Dide-

rot, Helvecio, Turgot, Condorcet, la Harpe, Lamoignon, el guarda-sellos, Damilaville, Thiriot, el Conde d'Argental, Grimm, el baron de Holbach y el infeliz Leroy, que murió de dolor y remordimientos de haber sido iniciado y secretario de una academia tan monstruosa.

El que desee saber quien fue el verdadero autor de esta academia, es preciso que despues de haber leido la carta que ya he alegado de Voltaire á Helvecio, atienda á lo que escribió Voltaire á d'Alembert: « Que los filósofos hagan *cofradía como los francmazones*, que se » reunan, que se sostengan, que sean fieles á la cofra» día, y entonces me dejaré quemar por ellos. *Esta* » *academia secreta* valdrá mas que la academia de Ate» nas, y que todas las de Paris. Pero cada uno atiende » á su bien estar y se olvida de que la primera obligacion » es *aplastar el infame* » La fecha de esta carta es del 20 Abril del año 1761. Si se coteja esta carta con la declaracion del iniciado Leroy, fácilmente se descubre la exactitud con que los iniciados de Paris ejecutaron las órdenes de su primer maestro. Mucho sintió Voltaire no poder presidir de mas cerca á las tareas de esta sociedad, y pensó mucho tiempo que la capital de un imperio cristianísimo no era sitio muy favorable á sus designios, y que en ella no se gozaria de toda la libertad que deseaba. Por esto, aun algunos años despues del establecimiento de la academia secreta, insistia en el proyecto de su colonia filosófica, que deseaba establecer en los estados de Federico ó de algun otro príncipe protector. Pero llegó el tiempo en que los buenos resultados de esta academia secreta le consolaron del ningun éxito de su colonia. Triunfando en Paris en medio de sus iniciados, debia recoger los frutos de su constancia en la guerra que de medio siglo á esta parte hacia á Jesucristo.

CAPITULO XVIII.

PROGRESOS GENERALES DE LA CONJURACION EN TODA LA EUROPA. TRIUNFO Y MUERTE DE LOS GEFES DE LA CONJURACION.

Esperanzas de los conjurados.

A proporcion que los sofistas de la impiedad perfeccionaban los medios de seduccion, correspondian los funestos resultados que aumentaban sus esperanzas. Estos ya eran tales, que pocos años despues de haberse dejado ver la Enciclopedia, d'Alembert escribió con confianza á Voltaire: « Dejad obrar á la filosofía, y dentro » de veinte años la Sorbona, toda la Sorbona tal cual » ella es, sobrepujará á Lausana (1). » El sentido de estas palabras es que la misma Sorbona, en el espacio de veinte años, seria tan incrédula y anticristiana como un cierto ministro de Lausana, que enviaba por medio de Voltaire los artículos mas impíos para insertarlos en la Enciclopedia. Poco tiempo despues Voltaire, ateniéndose a la profecía de d'Alembert, le contextó: « De aqui » á veinte años *Dios tendrá bien en que entender* (2); es decir, de aqui á veinte años veréis que no queda un solo altar al Dios de los cristianos.

Sus progresos en las provincias de Europa.

En efecto, todo en cada provincia de Europa parecia que anunciaba la próxima llegada del reino de la

(1) Carta del 28 Julio de 1757.
(2) Carta del 25 Febrero de 1758.

impiedad. La mision de que principalmente se habia encargado Voltaire, hacia progresos tan visibles, que aun no habian pasado los veinte años desde la profecía, cuando escribió *que no habia un solo cristiano desde Ginebra hasta Berna* (1). En todas las otras partes, segun su modo de explicarse, el mundo se desengañaba de tal modo, que anunciaba una grande revolucion en los espíritus (2). En particular, la Alemania le daba sobre esto las mas lisonjeras esperanzas (3). Federico que la observaba, no menos que Voltaire á los Suizos sus vecinos, escribió: «La filosofía se ha introducido » hasta en la supersticiosa Bohemia, y en Austria que » era la antigua morada de la supersticion (4).»

Los iniciados daban aun mejores esperanzas sobre la Rusia y los Escitas que allí protegian el filosofismo, y consolaban á Voltaire, cuando le veian perseguido en otras partes (5). No cabia en sí de gozo, cuando creyó poder asegurar á d'Alembert, que en Petersburgo se favorecia mucho á sus hermanos, dándole por noticia que los protectores Escitas, en un largo viage que iban á emprender desde su corte, se habian repartido los capítulos de *Belisario*, para que, á modo de pasatiempo, los tradujesen en su lengua; que la Emperatriz tambien se habia encargado de traducir el suyo, y que se habia tomado el trabajo de coordinar toda la traduccion de una obra que la Sorbona en Paris habia censurado (6).

---

(1) Carta á d'Alembert del 8 Febrero de 1766.
(2) Carta del 2 Febrero de 1765.
(3) Allí mismo.
(4) Carta 143 á Voltaire, del año 1766.
(5) Carta á Diderot del 25 Diciembre de 1762.
(6) Carta de Voltaire á d'Alembert, del mes de Julio de 1767.

En

En España, escribia tambien d'Alembert (1), el filosofismo *penetra á la sordina*, al rededor de la Inquisicion; y Voltaire ya habia dicho antes (2), que se hacia *una muy grande revolucion en los espíritus*, lo mismo que en Italia. Algunos años despues esta Italia, segun la relacion que hacian los conjurados, estaba llena de gentes que pensaban como Voltaire y d'Alembert, y que solo el interes estorbaba que se declarasen manifiestamente impíos (3).

La Inglaterra era para los filósofos una conquista, para la cual no practicaban diligencia alguna; pues decian que estaba llena de aquellos Socinianos que se mofan de Jesucristo, y le aborrecen y desprecian del mismo modo que Juliano Apóstata le despreciaba y aborrecia, y que solo en el nombre se diferenciaban de la secta filosófica (4).

En fin, segun los cálculos de los conjurados, la Baviera y la casa de Austria (mientras vivió Maria Teresa) eran las solas potencias que sostenian á los teólogos y á los apologistas de la religion. *La emperatriz de Rusia no les tenia consideracion alguna; se acercaba su último dia en Polonia*, gracias al rey Poniatowski; *habia ya llegado en Prusia*, gracias á Federico II; y se *consolidaba cada dia mas en la Alemania septentrional*, gracias á los desvelos de los landgraves, margraves, duques y príncipes iniciados protectores (5).

---

(1) Carta del 3 Mayo de 1773.
(2) Carta á Mr. le Riche del 1 Marzo de 1768.
(3) Carta de Voltaire á d'Alembert del 16 Junio de 1773.
(4) Carta al Rey de Prusia del 8 Noviembre de 1773.
(5) Carta de Voltaire á d'Alembert del 4 Setiembre de 1767.

Sus progresos en Francia.

No sucedió asi en Francia. Vemos muchas veces á Voltaire y d'Alembert, que se quejan amargamente de los obstáculos que hallaban en este reino, siendo asi que este era el teatro favorito y el principal objeto de su conjuracion. Las continuas reclamaciones del clero, los decretos y providencias de los parlamentos y la autoridad de que hacian uso los ministros, aunque muchos eran amigos ocultos de los conjurados, no dejaban de tener algun efecto. El cuerpo de la nacion conservaba su adhesion á la fe. La clase de ciudadanos, que llamamos pueblo, llenaba los templos en los dias festivos, á pesar de los artificios de la academia secreta. En el mismo Paris, no todos los de las clases superiores estaban contaminados. Irritado Voltaire de estos obstáculos y de tanta lentitud, no cesaba de provocar á sus compatriotas, á quienes por desprecio llamaba entonces sus pobres *Welches*; no obstante, en alguna ocasion se manifestó satisfecho de estos Welches, y por eso escribió á su querido marques de Villevielle: «El pueblo » es muy tonto, y sin embargo la filosofía penetra hasta » él. Estad bien seguro que en Ginebra (pongo por » ejemplo) no hay veinte personas que no abjuren tanto » de Calvino, como del Papa; y que hay filósofos hasta » en las tiendas de Paris (1). » Pero hablando en general, sus quejas sobre la Francia sobresalen en su correspondencia con los conjurados; y ocasiones hubo, en que parecia que desconfiaba del todo poderla sugetar al imperio del filosofismo. D'Alembert que miraba las cosas de mas cerca, pronosticaba de otro modo, y aunque no le salia todo como deseaba, creyó que podia

(1) Carta del 20 Diciembre de 1768.

asegurar á Voltaire, *que la filosofía podia muy bien padecer aun algun descalabro, pero que nunca seria vencida* (1).

Cuando d'Alembert escribió estas cláusulas, es decir hácia el fin del año 1776, ya era muy cierto que el filosofismo podia gloriarse de triunfar al fin de la adhesion que la nacion francesa tenia á la religion. Diez ó doce años despues, la impiedad habia redoblado sus progresos; una nueva generacion formada por los nuevos maestros habia pasado de los colegios á la sociedad casi sin conocimientos, ni sentimientos de religion, ni de piedad. Este en verdad era el tiempo en que, segun la expresion de Condorcet, el filosofismo *habia bajado desde los tronos del Norte, hasta las universidades* (2). La generacion religiosa se acababa; las palabras *razon*, *filosofía*, *preocupaciones*, iban ocupando el lugar de las verdades reveladas; las excepciones que se podian hacer en la corte, en los tribunales y en todas las clases superiores, se disminuían cada dia. La impiedad se pegó de la capital á las provincias, de los señores y nobles á los ciudadanos, y de los amos á los criados: solo la impiedad se veia honrada con el nombre de filosofía; ya no se querian sino ministros *filósofos*, magistrados, señores, militares y literatos *filósofos*. Un cristiano para cumplir con sus deberes religiosos, tenia que exponerse á las zumbas é irrisiones de una multitud de estos que se llaman *filósofos*, y que los habia en todas las clases. Entre los grandes principalmente, para decir uno, que era cristiano, necesitaba casi ya de tanto valor, como antes de la conjuracion habria necesitado de temeridad y audacia para decir que era ateo ó apóstata.

(1) Carta del 5 Noviembre de 1776.

(2) Véase el prólogo de su edicion *des Pensées de Pascal.*

Triunfo de Voltaire.

Se hallaba ya Voltaire en la edad de ochenta y cuatro años. No podia volver á Paris, despues de su largo destierro, sino para justificarse de las impiedades que habian motivado la sentencia que fulminó contra él el parlamento. D'Alembert y su academia secreta se resolvieron á vencer este obstáculo. Á pesar de algun miramiento que aun se tenia á la religion, les fue fácil obtener que el primer autor de sus conjuraciones viniese al fin á ponerse en medio de ellos, para gozar de los resultados, y recibir los homenages que todos le debian. Ministros que la mayor parte eran iniciados, rodeaban el trono de Luis XVI. Este monarca, siempre religioso, y que siempre se inclinaba á la parte de la clemencia, se dejó persuadir de que un largo destierro ya habia castigado bastante á Voltaire; y no esperando ver en este gefe de los impíos sino á un anciano octogenario, consintió en que volviese, perdonándole sus extravíos, en atencion á sus antiguos trofeos literarios. Se convino en que á su arribo callarian las leyes y no se hablaria de la sentencia del parlamento: pareció que los magistrados ya no se acordaban de que la habian pronunciado. Esto era lo que querian los conjurados; y la llegada de Voltaire á Paris fue su mayor triunfo. Este hombre, cuya vida no habia sido sino una guerra continua, ya pública ya subterránea contra el cristianismo, fue recibido en la capital de un rey *cristianísimo*, con todas las aclamaciones que se pueden dar á los héroes de vuelta de sus victorias sobre los enemigos de la patria. Una inumerable multitud de iniciados y curiosos, acudia á todas las partes en que sabian se podria ver á Voltaire. Todas sus academias celebraron su llegada, y la celebraron en el Louvre, en aquel palacio de los reyes en donde bien

presto, se habia de ver preso Luis XVI para ser víctima de la conjuracion que ya estaba tan adelantada contra su persona. Los teatros decretaron coronas al gefe de los conjurados; las fiestas se sucedieron para honrarle; su orgullo, aunque embriagado con el incienso de sus iniciados temió que le llegase á sufocar.

Muerte de Voltaire.

En medio de tantas aclamaciones y coronaciones, exclamó: *¡ Quereis pues, hacerme morir de gloria !* La religion, solo la religion estaba cubierta de luto en los dias de estos triunfos; pero su Dios la supo vengar. El impío que temia morir de gloria, habia de morir de rabia y desesperacion, aun mas que de vejez. En medio de sus triunfos le asaltó una violenta hemorragía, que llenó de temor á todos. D'Alembert, Diderot y Marmontel (*) acudieron para sostener su constancia en estos últimos momentos, y solo lograron ser testigos de la ignominia de su maestro y de la suya. No tema el historiador, que por mucho que diga no exagerará. Cualquiera que sea el cuadro que diseñe de los furores, remordimientos, reconvenciones, gritos y blasfemias que por el tiempo de una larga agonía se sucedian en el lecho del impío moribundo, no tema que le desmientan ni sus propios compañeros en la impiedad. El vergonzoso silencio á que se ven reducidos, los muchos testigos y monumentos que deponen sobre esta muerte, la

(*) Este dijo á Voltaire: *En fin, êtes-vous rassasié de gloire? Ah mon ami, s'écria-t-il, vous me parlez de gloire, et je suis au supplice, et je meurs dans des tourmens affreux!* « En fin, ¿ estais harto de gloria? ¡ Ah amigo, exclamó, me hablais de gloria, cuando me veo en el suplicio, y cuando muero con tan terribles tormentos! » Véanse las memorias que el mismo Marmontel, escribió de su vida para instruccion de sus hijos, tomo 3. lib. 10. pág. 208 edicion de Paris de 1804.

mas horrible de cuantas han acometido á los impíos, ó por mejor decir, solo ese silencio de parte de unos hombres que tienen tanto interes en desmentir á todos aquellos, es la confirmacion mas auténtica. Ni siquiera uno de los sofistas se ha atrevido á decir, que el gefe de su conspiracion ha manifestado la menor firmeza ó gozado de un solo instante de sosiego, en el intervalo de mas de tres meses que se pasaron desde su coronacion en el teatro frances, hasta su muerte. Este silencio manifiesta cuanto les humilla esta.

Al volver del teatro y emprendiendo nuevas tareas para merecer nuevos aplausos, advirtió Voltaire que llegaba al término de la dilatada carrera de su impiedad. Á pesar de que todos los impíos acudieron para animarle en los primeros dias de sus dolores, manifestó ya que queria restituirse á aquel Dios, que descargaba sobre él su justísima indignacion. Envió á llamar sacerdotes de Jesucristo, de aquel que habia tratado de *infame* y que tantas veces habia jurado *aplastar*. Se aumentaron los peligros y escribió al abate Gualtier el siguiente billete: « Señor, me habeis prometido que » vendriais á oirme; os suplico que os tomeis la moles- » tia de venir tan pronto como os sea posible. Firmado » = Voltaire. En Paris á 26 de febrero de 1778. » = Pocos dias despues, escribió en presencia del citado eclesiástico Gaultier, del abate Mignot y del marques de Villevieille la siguiente declaracion, que se ha copiado del proceso verbal que se depositó en poder de M. Momet notario en Paris: « Yo el infraescrito, declaro » que estando cuatro dias ha enfermo con vómito de » sangre, en edad de ochenta y cuatro años, y no ha- » biendo podido ir á la iglesia, el señor cura de San » Sulpicio queriendo añadir á sus buenas obras la de » enviarme el señor Gualtier sacerdote, me he confe-

» sado con este, y que si Dios ha dispuesto que muera » de esta enfermedad, muero en la *santa Iglesia católica*, en que he nacido, esperando de la divina misericordia que se dignará perdonarme todos mis yerros; » y que si acaso he escandalizado á la Iglesia, pido per» don á Dios y á ella. 2 Marzo de 1778. Firmado » = Voltaire, en presencia del señor abate Mignot mi » sobrino, y del señor marques de Villevielle mi amigo.» Habiendo estos dos testigos firmado la declaracion, Voltaire añadió estas palabras que se han copiado del mismo proceso verbal: « Habiéndome advertido el señor » abate Gualtier mi confesor, de que en cierta parte » corria la voz de que yó protestaria contra todo lo » que hubiese practicado á la hora de mi muerte, de» claro; que nunca he estado en ánimo de hacer tal » cosa; y que es una antigua impostura que ha mu» cho tiempo que se atribuye falsamente á otros sabios » mas ilustrados que yo. »

¿Que fue tambien esta declaracion un juego de su antigua hipocresía? Esto es de lo que por desgracia hay muchos motivos para sospechar, despues de lo que hemos visto de sus comuniones y de otros actos exteriores de religion explicados por él mismo. Sea lo que fuere, á lo menos es un homenage público que ha prestado á esta misma religion, en la que declaró que queria morir, y contra la cual habia conspirado con tanta constancia durante su vida. El marques de Villevielle, que hubo de firmar la retractacion de su maestro, es aquel mismo iniciado conjurado, á quien Voltaire once años antes, habia escrito exhortándole á que ocultase su marcha á los enemigos, cuando se esforzaba en aplastar *el infame* (1). Voltaire permitió que llevasen

(1) Carta del 27 Abril de 1767.

su declaracion al cura de San Sulpicio y al arzobispo de Paris, para saber si era suficiente. Cuando Mr. Gaultier volvió con la respuesta, ya le fue imposible acercarse al enfermo, pues los conjurados habian redoblado sus esfuerzos para impedir que su gefe consumase su retractacion; y lo lograron, pues todas las puertas se cerraron al sacerdote, á quien habia hecho llamar Voltaire. De aqui adelante, solo los demonios tuvieron libre acceso, y luego empezaron las escenas del furor y de la rabia, que se sucedieron hasta sus últimos dias. Entonces d'Alembert, Diderot y otros veinte conjurados, que tenian sitiada su ante-cámara, solo se le acercaron para ser testigos de su propia humillacion viendo la de su maestro, que muchas veces los desechaba con sus maldiciones y reconvenciones. « Retiraos, les decia, » vosotros teneis la culpa de que me veo en este estado. » Retiraos : yo podia pasar sin vosotros; mas vosotros » no podiais pasarlo sin mí; ¡que desgraciada gloria me » habeis proporcionado! »

Á estas maldiciones que lanzaba contra sus iniciados, se seguian los crueles recuerdos de su conjuracion. Entonces le oyeron, en medio de su turbacion y sobresaltos, llamar, invocar y blasfemar alternativamente á aquel Dios, que tanto tiempo habia que era el objeto de sus maquinaciones y odio. Con los acentos prolongados por los remordimientos, ya exclamaba : *¡Jesucristo! ¡Jesucristo!* y ya se lamentaba de verse abandonado de Dios y de los hombres. La mano que en otro tiempo escribió la sentencia contra un rey impío en medio de sus festines (*), parece que escribia delante de los ojos de Voltaire moribundo, aquella antigua fórmula de sus blasfemias : *Aplasta pues el infame*. En vano procuraba él apartar

(*) Daniel, cap. 5. v. 25

de sí estos horribles recuerdos, porque ya habia llegado el tiempo de verse él mismo aplastado por la mano de aquel á quien habia tratado *de infame*, y que le habia de juzgar. Sus médicos, en especial Mr. Tronchin, iban para sosegarle; pero salian horrorizados, asegurando que nunca habian visto una imágen tan terrible de un impío moribundo. En vano el orgullo de los conjurados queria ocultar estas declaraciones: Mr. Tronchin dijo que los furores de Orestes (*) daban una idea muy débil en comparacion de los de Voltaire. El mariscal de Richelieu, testigo de este espectáculo, huyó diciendo: En verdad, esto es muy fuerte, y no es posible presenciarlo (1). Asi murió, dia 30 de Mayo del año 1778, el conjurado mas encarnizado contra los altares de Jesucristo, que ha habido desde el tiempo de los apóstoles. Murió consumido por sus propios furores, mas que debilitado con el peso de sus años. Sus persecuciones, mas dilatadas y pérfidas que las de los Nerones y Dioclecianos, no habian hecho aun mas que apóstatas; pero el número de estos, excedió al que hicieron de mártires los antiguos perseguidores.

Carta de Mr. de Luc sobre la muerte de Voltaire (**).

« Señor mio: Habiendo tenido ocasion de hablar de » vuestras *Memorias para servir á la historia del Jaco-*

(*) *Scelerum furiis agitatus Orestes.*

(1) Véase, *Circonstances de la vie et de la mort de Voltaire*, y *Lettres Helviennes.*

(**) El autor trae esta carta al principio de su tercer tomo, y me ha parecido que debia insertarla aqui, que es el lugar que le corresponde. Dió ocasion á esta carta, otra que el anónimo D. J. envió á los redactores de un periódico inglés titulado: *Britith Critic*, en que pretende que es calumnia y rumor popular cuanto se ha dicho sobre la muerte de Voltaire. A esta carta del anónimo D. J. dió motivo Mr. Monke, oficial de marina inglés,

» *binismo*, se opuso que la pintura de Voltaire, fundamental en esta obra, era tan diferente de lo que han publicado otras historias de su vida, que el público extrangero no sabia á que atenerse; se habló en particular de la diferencia que hay entre vuestra relacion de su muerte, y la que se halla en la vida de Voltaire traducida en inglés por Mr. Monke y publicada en Londres año 1787, lo que me precisó á buscar esta obra... Solo la juventud de Mr. Monke y su falta de experiencia pueden disimular su empresa; pues para hacer á sus compatriotas participantes de los progresos que hizo entonces en Paris, les propinó con esta traduccion todo el veneno que en aquella época se derramaba, para que produjese los efectos que experimentamos, y á los que, creo, cobrará horror.

» Nada os diré de esta *vida de Voltaire*, cuyo orígen sabeis muy bien, y que solo ha podido seducir á jóvenes que no teniendo conocimiento de nuestro siglo, son aun susceptibles de una especie de admiracion por lo *grande*, aunque sea en el vicio y en el crímen: pero como es un artificio de los impíos, representar á sus campeones muriendo en el lecho del honor y de la paz, me veo en la precision de apoyar lo que habeis dicho sobre la muerte de Voltaire, en unas circunstancias que se enlazan con las demas.

» Hallándome en Paris año de 1781, traté varias veces

---

quien tradujo en esta lengua la vida de Voltaire, que compuso Mr. Villete, que equivale á Condorcet. El Autor no tenia necesidad de la carta de Mr. de Luc para justificarse, despues de haber presentado los documentos, que se acaban de alegar: pero como el mérito de Mr. de Luc es tan notorio, no dejará de confirmar cuanto va expuesto.

» á una de aquellas personas que habeis citado como
» testigo, despues de la voz pública, quiero decir á Mr.
» Tronchin, que ya conocia á Voltaire en Ginebra, de
» donde vino á Paris para primer médico del penúltimo
» duque de Orleans: le llamaron en esta última enfer-
» medad de Voltaire, y sé de él cuanto se dijo entonces
» en Paris y en lugares distantes, sobre el estado hor-
» rible en que se hallaba el alma de este malvado en
» las cercanías de la muerte. Como médico, hizo el Sr.
» Tronchin cuanto pudo para sosegarle, porque sus vio-
» lentas agitaciones impedian todo efecto á los reme-
» dios; pero no lo pudo lograr, y se vió precisado á
» abandonarle á causa del horror que le causaba el
» carácter de su frenesí.

» Un estado tan violento en un cuerpo que se deteriora,
» no puede durar mucho tiempo; el estupor, preságio
» de la disolucion de los órganos, se ha de seguir na-
» turalmente, como sigue de ordinario á los movimien-
» tos violentos ocasionados por el dolor; y á este úl-
» timo estado de Voltaire han decorado con el nombre
» de *calma*. Mr. Tronchin no permitió que en esto
» hubiese engaño, y por lo mismo luego publicó en
» calidad de testigo las circunstancias que habeis refe-
» rido; y lo hizo como que era una leccion muy intere-
» sante para los que esperan el lecho de la muerte, para
» examinar las disposiciones con que les conviene morir.
» No es solamente el estado del cuerpo, es principal-
» mente el del alma, que puede frustrar la esperanza
» de hallarse en disposicion de poder hacer aquel exá-
» men, porque Dios es justo y santo tanto como bueno;
» y algunas veces para dar á los hombres advertencias
» sensibles, permite que las penas que estan decretadas
» para los que se han hecho tan culpables, ya tengan
» principio antes de acabar su vida, con el tormento
de los remordimientos.

» El autor de la obra citada no es solo culpable de » la infidelidad con que refiere las circunstancias de la » muerte de Voltaire ; él ha suprimido otras muchas » bien notorias sobre su primer movimiento para volver » á la Iglesia, y las declaraciones á este efecto que » habeis alegado, conformes á los documentos autén- » ticos que se hicieron, y que precedieron sus angus- » tias, las que han querido ocultar sus cooperadores y » de lo cual probablemente tuvieron la culpa. Ellos le » sitiaron, y de este modo le separaron de aquel que » solo era capaz de sosegar su alma, dirigiéndola á que » reparase, á lo menos en el poco tiempo que le que- » daba de vida, el mal que habia hecho. Pero esta su- » perchería no ha podido engañar á los que sabian la » historia de Voltaire ; porque, dejando á parte los actos » de hipocresía que hacia algunas veces por temor de » perder la vida, son bien sabidos los que le inspiraron » los temores repentinos de la muerte y de la eternidad. » Quiero citaros un ejemplo que en Gottinga en di- » ciembre de 1776 me dió Mr. Dieze bibliotecario se- » gundo de esta universidad, del que haréis el uso que » os parezca. Cuando Voltaire se hallaba en Sajonia, » siendo su secretario Mr. Dieze, cayó enfermo de pe- » ligro. Luego que conoció su estado, envió á llamar » á un sacerdote, se confesó y le instó á que le ad- » ministrase el viático, que recibió en efecto con actos » de penitencia, que solo duraron tanto como el peli- » gro. Luego que se creyó libre, haciendo como que » se burlaba de lo que él llamaba su pequeñez, dijo á » Mr. Dieze : *¡ Amigo, vos habeis visto la debilidad del » hombre !*

» Tambien los seguidores de este impío han atribuido » á la debilidad humana aquellos temores que le agita- » ron, y á otros cómplices suyos ; la enfermedad, dicen,

» debilita el espíritu como el cuerpo, y causa muchas ve» ces la pusilanimidad. Es cierto que estos actos de arre» pentimiento de los impíos en las cercanías de la muer» te, son síntomas de una grande *debilidad;* pero ¿en » donde se halla esta debilidad? ¿Se halla en su enten» dimiento? No, porque entonces este se desprende » de cuanto le habia ofuscado durante la vida; toda » esta *debilidad* está y consiste en la propia *persuasion* » de que han pecado. Estos hombres, arrastrados por « la vanidad ó por otra pasion viciosa, intentan hacer » sectarios; las pasiones é ignorancia de otros hombres » les proporcionan algun suceso; en la embriaguez de » su triunfo creen que son capaces de ser los legisla» dores del mundo; lo prueban, y una multitud de » ciegos los sigue. Llegando de este modo á la cumbre » de la felicidad de las almas orgullosas, se abando» nan á la fogosidad de sus deseos y pensamientos: el » mundo entonces, que está delante de ellos, les ofrece » nuevos placeres, cuya legitimidad no tiene mas regla » que sus inclinaciones, y se embriagan mas y mas con » el incienso que les prodigan los mismos á quienes » han eximido de toda regla positiva.

» Pero si una enfermedad peligrosa empieza con » echarles á las espaldas todo aquel cortejo de sus ad» miradores, el apetito de los placeres y la esperanza » de nuevos triunfos; cuando contemplan, que adelan» tan solos y desnudos ácia lo *venidero*, que habian » retratado segun su antojo, no solo para ellos, sino » tambien para los que han seducido con sus ficciones; » si en este formidable momento, en que el orgullo » ya no tiene cosa que le sostenga, reflexionan las ra» zones sobre que han apoyado los insultos que han » hecho á la fe pública y á la revelacion, que la pro» videncia ha destinado para que sirva á los hombres de

» regla positiva y comun; la debilidad de aquellas
» razones, que ya no se representan revestidas del sofis-
» ma, los aterra, y nada (si conservan el juicio) es
» entonces capaz de apartarles la idea congojosa de la
» cuenta que van á dar al autor de la misma *revelacion*.
» Esta es la *debilidad* real de los gefes anticristianos;
» es preciso descubrirla en la historia, para bien de los
» que sin exámen se dejan seducir por unos hombres,
» que no son capaces de persuadirse lo que dicen y en-
» señan á los otros. Es preciso, digo, y esencial ma-
» nifestar que estos hombres no han tenido, y que sus
» imitadores y seguidores no tienen *persuasion* real; que
» sostienen las quimeras fatales, solo por un efecto
» narcótico que les causa el incienso de sus admira-
» dores. Por esto me he propuesto publicar con la
» posible brevedad, en confirmacion de lo qne habeis
» dicho de Voltaire, lo que bajo de este aspecto me han
» hecho conocer las relaciones, que en otro tiempo tuve
» con él. El tiempo en que nos hallamos precisa á
» cuantos han visto de cerca la trama que urdió la secta
» contra la revelacion, á rasgar el velo que cubria la
» atrocidad, y manifestar las circunstancias infames
» que muchos voluntariamente ignoran. Esto es, Señor
» lo que me precisa á tributaros con todos los verda-
» deros amigos de la humanidad, la admiracion y agra-
» decimiento, que se os deben por vuestra noble ocu-
» pacion en esta carrera tan caritativa. Soy *etc*. Windsor
» 23 Octubre de 1797. Vuestro muy humilde servidor
» = firmado = De Luc.» Despues de este testigo, que vengan aun á hablarnos de Voltaire que muere á lo heróico.

Le sucede d'Alembert, y muere.

Los conjurados, perdiendo á Voltaire, todo lo perdieron en cuanto á talentos: pero les quedaban sus

armas en sus voluminosas impiedades. Las astucias y artificios de d'Alembert servian por otra parte de algo mas que de suplemento del ingenio del fundador de la secta, y esta le confirió sus primeros honores. La academia secreta de Paris para la educacion, los conventículos de las campañas y la correspondencia con los maestros lugareños le debian su orígen, y para propagar la impiedad continuó en dirigir la misma academia secreta, hasta que le llegó el plazo de comparecer, como Voltaire, á la presencia del mismo Dios. Murió en Paris cinco años despues de Voltaire, esto es: en Noviembre del año 1782. Condorcet, temeroso de que los remordimientos no acudiesen en sus últimos momentos para dar á sus iniciados el espectáculo humillante de sus retractaciones, se encargó de hacerle inaccesible, sino al arrepentimiento, á lo menos á los que podian influir con sus exhortaciones á la detestacion de sus delitos.

Cuando el cura de San German se presentó en calidad de pastor para reducir á d'Alembert, corrió Condorcet á la puerta, y no le permitió entrar en el cuarto del enfermo. Era él el mismo demonio que velaba sobre su presa; pero apenas la hubo devorado, cuando el orgullo de Condorcet publicó el secreto. D'Alembert en efecto habia sentido los remordimientos que le habian de atormentar tanto como á Voltaire; estaba ya resuelto á rendirse, y á recurrir al único medio que le quedaba para su salvacion, que eran los ministros de Jesucristo; pero Condorcet tuvo la ferocidad de combatir este último arrepentimiento del moribundo, y se glorió de haber sabido forzar á d'Alembert para que espirase impenitente. Toda la historia de este horroroso combate entre d'Alembert que quiere ceder á sus remordimientos, y Condorcet que le precisa á morir como impío á pesar de todos sus remordimientos, está comprendida

en estas palabras que se le escaparon á Condorcet, hablando de su horroroso triunfo. Dando este noticia de la muerte de d'Alembert, y refiriendo sus circunstancias, no reparó, vanagloriándose, en añadir: « Si no » me hubiese hallado alli, se habria chapuzado (1). » Verdad es que Condorcet, sonrojado de haber revelado el secreto de los remordimientos de su cofrade, probó á destruir su efecto; es verdad que, habiéndole preguntado sobre las circunstancias de esta muerte, respondió con su jerga filosófica: « que no habia muerto á lo co» barde »: y es verdad en fin, que en su primera carta al rey de Prusia (2), representa á d'Alembert que muere con un ánimo tranquilo, con tanta intrepidez y presencia de espíritu, cual nunca habia tenido: pero ya no era tiempo de engañar sobre esto á Federico, á quien habia escrito el iniciado Grimm, diciéndole: « Que la enfermedad, en sus ultimos tiempos, habia » debilitado el espíritu de d'Alembert (3). »

Ya se habia dicho que el dia en que los primeros gefes de la conjuracion contra Jesucristo se verian citados á comparecer delante del juez de vivos y muertos, seria tambien el dia en que el desprecio que habian hecho del *infame* haria lugar al terror de sus juicios, y solo se debe exceptuar á Federico que logró, ó á lo menos decia que habia logrado convencerse de que la muerte seria para él un sueño eterno.

Muerte de Diderot.

Diderot, el mismo Diderot, aquel héroe de los ateos, aquel conjurado, que habia tantos años que ejercitaba su odio contra Dios y Jesucristo, que llegó á ser una

(1) Diccionario histórico, *art.* d'Alembert.

(2) Del 22 Noviembre de 1783.

(3) Véase la carta del rey de Prusia á Grimm, de 11 de Noviembre de 1783.

verdadera

verdadera locura, este fué, entre todos los impíos, el que llegó mas de cerca á una verdadera expiacion de sus blasfemias y de la prolongada guerra que habia hecho á Jesucristo. Este es otro de aquellos misterios de iniquidad que es necesario sacar de las densas tinieblas en que pretendieron sepultarle los conjurados anticristianos. La emperatriz de Rusia cuando compró la biblioteca de Diderot, le concedió su uso por todo el tiempo de su vida. La generosidad de la misma emperatriz le puso en estado de poder tener á su lado á un jóven en calidad de bibliotecario, pero que estaba muy distante de participar de la impiedad de sus sentimientos. Diderot le queria mucho, y el buen jóven habia sabido merecerse este afecto con los continuos servicios que le prestaba con ocasion de su última enfermedad, pues él era el que por lo ordinario le curaba las llagas de sus piernas. Asustado de los síntomas que observó en cierta ocasion, fue á ponerlo en noticia de un digno eclesiástico llamado el abate Lemoine, que residia entonces en la casa llamada de las Misiones extrangeras, calle del *Bac*, arrabal de *San German*. Por consejo de este eclesiástico, pasó el buen jóven á una iglesia y se puso en oracion, pidiendo á Dios con las mas humildes y eficaces instancias que le inspirase lo que habia de decir, y lo que debia hacer para la salud de un hombre, cuyos principios irreligiosos él detestaba, pero que no podia dejar de mirar como á su bienhechor. Concluida su peticion, volvió á casa de Diderot; y en el mismo dia, con ocasion de curarle las llagas, le habló de esta manera:

» Señor Diderot, hoy me veis mas conmovido sobre
» vuestra suerte que en ninguna otra ocasion, y no
» os admireis; sé cuanto os debo, pues subsisto por

» vuestros beneficios ; os dignais honrarme con una » confianza que yo no debia esperar ; me es muy di» ficil ser ingrato , y lo seria , si permitiese que igno» raseis mas el peligro en que os hallais , segun lo ma» nifiesta el estado de vuestras llagas. Señor Diderot , » teneis de que disponer , y sobre todo debeis tomar » vuestras precauciones en órden al mundo en el cual » vais á entrar. Soy jóven , ya lo sé ; ¿ pero estais se» guro con vuestra filosofia para no reconocer un alma » que se deba salvar ? Yo no pienso así , y por lo » mismo me es imposible pensar en la suerte que espera » á mi bienhechor , y no aconsejarle el que evite una » infelicidad eterna. Señor, reparad que aun es tiempo. » Perdonad este aviso que os doy y que debo daros, » pues así lo exige el reconocimiento que debo á la » amistad que me profesais. » Diderot escuchó este lenguage con ternura , y dejó caer algunas lágrimas; agradeció al jóven bibliotecario su ingenuidad , y el interes que le manifestaba por su suerte ; le prometió que pensaria muy bien lo que le habia dicho , y que deliberaria sobre el partido que habia de tomar en un negocio de tanta importancia.

El jóven esperaba con impaciencia el resultado de sus deliberaciones , y el primero fue conforme á sus deseos. Pasó á dar aviso á Mr. Lemoine , diciéndole que Diderot pedia un sacerdote para ponerse en estado de comparecer delante de Dios. Mr. Lemoine envió á Mr. Tersac cura de San Sulpicio. En efecto Diderot trató no solo una , sino muchas veces con este eclesiástico , y ya se preparaba á extender por escrito la *retractacion* de sus errores , cuando , por su desgracia , advirtieron alguna cosa los iniciados que observaban á su antiguo corifeo. La entrada de un eclesiástico en la casa de Diderot les causó horror, y pensaron que toda

la secta quedaria deshonrada, si un gefe de tanta importancia se les escapaba. Acudieron luego á su casa, y le representaron que le engañaban; que no se hallaba tan malo como le habian dicho, y que no tenia necesidad de otra cosa sino de tomar los aires del campo para restablecer su salud. Diderot resistió algun tiempo á sus importunaciones, y á cuanto le proponian para recordarle su filosofismo; pero al fin se dejó persuadir de probar á lo menos los aires del campo. Se puso mucho cuidado en ocultar su partida: los malvados, que se le llevaban casi arrastrando, sabian que no podia vivir mucho tiempo. Los sofistas confidentes hacian como que aun vivia en su casa, y todo Paris lo creía por las noticias que hacian correr del estado en que se hallaba. Los que le acompañaron al campo, no se apartaron de él hasta que le vieron muerto, lo que sucedió dia 2 Julio de 1784. Aun continuaron en engañar al público, y llevando los iniciados carceleros su cadáver ocultamente á Paris, hicieron correr la voz, que la muerte le habia sorprendido en la mesa. Publicaron por todas partes que el ateo mas famoso habia muerto sosegadamente, y sin remordimientos en su ateismo. El público lo creyó, y este ardid de la maldad, que arrastró á Diderot á los infiernos con positiva repugnancia suya, fortificó la impiedad de aquellos á quienes este arrepentimiento habria podido reducir (*).

Véase pues, como en esta conspiracion, desde su orígen mismo hasta la muerte de sus principales gefes, todo fue un juego y combinacion de la astucia, del artificio, de la seduccion y de los medios mas tenebrosos, falsos y escandalosos que podia conocer el arte horrendo

(*) Véase una obrita en 8°. impresa en Madrid año 1792. titulada: *El éxito de la muerte correspondiente á la vida de los tres supuestos héroes del siglo XVIII, Voltaire, d'Alembert y Diderot.*

de seducir á los pueblos. Sobre este arte fundaron Voltaire, d'Alembert y Diderot su principal esperanza de arrastrar á todo el mundo hácia la apostasía; pero Dios que iba á vengarse de estos impíos y de sus conjuraciones, permitió que los discípulos de la impiedad se valiesen de las mismas armas para perder eternamente á sus maestros. Dios en aquel momento del cual pende la eternidad, y en que ya llegaba á su fin la gloria de los gefes de la secta, y se desvanecia el humo del aplauso adquirido con la mentira, permitió que los discípulos seducidos dispusiesen de sus maestros seductores con arreglo á los principios y máximas que estos les habian enseñado. En aquel instante en que la razon despejada levantaba el grito, á fin de que se aprovechasen de sus luces para acudir á su único refugio y consuelo Jesucristo, sacrificaron hasta sus propios remordimientos, que serán eternos, al servil respeto de la vanidad de sus ecsuelas. Se estremecian al contemplar el mal que con su valor y esfuerzos habian hecho contra Dios, y habrian dado cuanto tenian para volver á Dios; pero no tuvieron mas que el temor, y la debilidad de los esclavos. Domados por sus mismos prosélitos, murieron en una impiedad que su mismo corazon maldecia, y aprisionados con las cadenas que ellos mismos habian forjado.

En el dia en que bajaron al sepulcro ya no era solo la conjuracion contra el altar, y el odio que habian jurado contra Jesucristo la heredad que dejaban á sus discípulos. Voltaire, que se habia erigido en patriarca de los sofistas impíos, no habia aun salido del mundo cuando ya se vió corifeo de los sofistas rebeldes. Dijo á sus primeros iniciados: Destruyamos los altares, y no dejemos al Dios de los cristianos ni un solo templo ni un solo altar, ni un solo adorador; y sus discípulos

no tardaron en decir : Rompamos todos los cetros , derribemos todos los tronos , y no les quede á los reyes ni solo un vasallo. De la union de estos principios y máximas habia de nacer aquella doble revolucion que con las mismas segures habia de hacer astillas en Francia los altares de la religion y el trono de sus reyes , y habia de derribar las cabezas de los pontífices y sacerdotes y la de Luis XVI, amenazando con el mismo destino á todas las iglesias y sacerdotes y á todos los príncipes de la Europa. Ya he manifestado la conspiracion y medios de los sofistas de la impiedad : pero antes de pasar á manifestar la conspiracion de los sofistas de la rebelion , que será en el tomo siguiente ; séame permitido hacer algunas reflexiones sobre la extraña ilusion que ha causado el filosofismo en las naciones , á la cual se deben la mayor parte de los resultados que han tenido la secta y sus maquinaciones.

CAPITULO XIX.

LA GRANDE ILUSION QUE HA CAUSADO EL ÉXITO DE LOS SOFISTAS DE LA IMPIEDAD EN SU CONJURACION CONTRA EL ALTAR.

En esta primera parte de las Memorias sobre el Jacobinismo, debia yo demostrar la existencia, y poner en descubierto los autores, medios y progresos de una conjuracion (que han formado unos hombres que se llaman *filósofos*) contra la religion cristiana, sin distincion de católicos ó protestantes, y sin excepcion de aquellas sectas tan numerosas, que se hallan ya en Inglaterra, ya en Alemania, ya en otras partes del mundo y que aunque separadas de Roma, conservan la fe al Dios del cristianismo. Para rasgar el velo que cubria este misterio de la impiedad, debia principalmente sacar mis pruebas de los mismos archivos de los conjurados, es decir de sus íntimas confidencias, de sus cartas, de sus escritos y de sus declaraciones. Creo que he cumplido mi palabra, y mas de lo que el lector mas dificil de persuadir podia exigir para tener una verdadera demostracion histórica; pues creo que he elevado mis pruebas hasta la misma evidencia. Ahora se me ha de permitir el que yo me pare un poco en contemplar á los autores de esta conjuracion de la impiedad, y examine los títulos y derechos que tienen al dictado de *filósofos*, sobre el cual, como hemos visto, han fundado todas ses maquinaciones contra Jesucristo, sus ministros y sus templos.

Ilusion y engaño sobre esta palabra Filosofía.

No fue el menos peligroso de los artificios de que se valieron los conjurados, afectar un nombre ó dictado que los elevaba al grado de maestros de la sabiduria, y de doctores de la razon. El comun de los hombres se deja engañar de los títulos, y atiende muchas veces mas á los nombres que á las cosas. Si Voltaire, d'Alembert y sus cómplices hubiesen tomado el título de *incrédulos* ó de enemigos del cristianismo, habrian recibido su merecido; pero ellos se dieron el nombre de *filósofos*, y la lástima estuvo en que muchos creyeron ser asi. Con este nombre de que se decoraron, pasó á su secta la veneracion y respeto debidos á la verdadera filosofía, y aun en este tiempo, á pesar de todas las maldades y desastres de la revolucion que se siguió y que naturalmente debia seguir á aquella conjuracion; aun á este mismo siglo de su impiedad y de sus maquinaciones se le da hoy el nombre de *siglo de la filosofía*, y á cuantos piensan como ellos en materias religiosas, se les da el tratamiento de *filósofos*. Esta ilusion por sí sola les ha dado, y aun les da tal vez, mas iniciados que todos los artificios de la secta. Mucho interesa, y mas de lo que se piensa, que este prestigio, ilusion y fantasma se disipe. Mientras que se mirará la escuela de los conjurados anticristianos como si fuese la de la razon, habrá siempre una multitud de insensatos que se creerán sabios solo con pensar como Voltaire, Federico, d'Alembert, Diderot y Condorcet sobre la religion cristiana, y conspirarán como estos impios contra Jesucristo. Las revoluciones contra Jesucristo llevarán consigo los desastres y las atrocidades contra los tronos y la sociedad. Despues de haber des-

cubierto los juramentos, las maquinaciones y demas artificios de los conjurados, séanos permitido sin faltar á las obligaciones de historiador, quitarles la máscara de su pretendida sabiduría, desengañar á esta multitud de iniciados que aun en el dia pretenden elevarse sobre el vulgo, á causa de la admiracion que este tributa á la escuela de su pretendida filosofía.

Voltaire y sus secuaces pretendieron que eran sabios y que los otros los tuviesen por tales, solo por el desprecio con que miraron y el odio con que persiguieron á Jesucristo; pero es ya tiempo que sepa todo el mundo que á pesar de su altivez y orgullo no fueron mas que unos ignorantes. Es tiempo que sepa, que vea y confiese á que punto ha llegado la ilusion y el engaño de los que se han dejado seducir con las magníficas expresiones de *razon*, *filosofía*, *y sabiduría*. Dignense por un momento los seguidores del filosofismo de prestar atencion á las demostraciones que con tanta claridad les hemos puesto delante los ojos, y que merecen se reflexionen. Sepan que ninguna exageracion hay cuando les decimos: « Vosotros, en la escuela de » los conjurados contra Jesucristo, pensabais escuchar » los oráculos de la razon, pero no habeis oido mas » que lecciones de un odio delirante; la locura y extra- » vagancia, cubiertas con el manto de la sabiduría, os » han alucinado; os ha engañado la ignorancia, porque » se apropiaba el nombre de la ciencia, y estais preocu- » pados de todos los artificios de la maldad, porque » sus agentes se presentaron á vuestros ojos afectando » zelo por la filosofía » Para tener derecho de usar de este lenguage con los iniciados, no disputaré los talentos á su maestro, y solo diré, que si para ensalzarle me presentan su ingenio poético, responderé, que sobre

el Pindo (*) ó á la orilla del Permeso (**) se le permite que use de la ficcion poética; pero que no dé por verdades, lo que solo son entusiasmos y quimeras de su imaginacion. Cuanto mas son del ingenio sus errores, tanto menos me admiro si se hunde y pierde, cuando se desvia. La estupidez es un extremo, el medio es la razon, y pasando al otro extremo, es delirio. El gigante, en los accesos de una fiebre ardiente, aumentará sus fuerzas mas que nunca; podra romper cadenas, y arrojar peñascos; pero estos furores no por esto dejan de ser el espectáculo mas humillante de la razon. En las conspiraciones de Voltaire contra Jesucristo, no puedo alegar en su favor otra escusa, ni puedo prestarle otro homenage. Los iniciados, que aun en los accesos de frenesí de su maestro Voltaire, le contemplan filósofo, no harán poco si hallan en sí mismos motivos para admirarle, y harán mucho si nos alegan sus derechos á la escuela de la razon.

Ilusion con que se pensó que era filosofía el delirio y odio.

En primer lugar, ¿que cosa es en Voltaire, que se llama filósofo, aquel odio tan extraño que ha concebido contra el Dios del cristianismo? Que un Neron haya podido hacer el juramento de acabar con los cristianos y su Dios, no causa dificultad; pues fácilmente se concibe que esta resolucion puede tener cabida en el corazon de un monstruo, solo porque es furioso. Que un Diocleciano haya podido jurar la misma guerra á Cristo, no causa dificultad atendiendo á la idea que tenia de sus dioses, y á los derechos que pensaba tener un tirano idólatra para vengar sus glorias y apaci-

(*) Monte de Tesalia consagrado á Apolo y á las Musas.
(**) Rio de la Beocia consagrado á Febo y á las Musas.

guar sus iras. Que un Juliano bastante loco para restablecer el culto de los ídolos, jure tambien aniquilar al Dios del cristianismo, es un delirio que se explica por otro delirio. Pero que un pretendido sabio, que no cree en los dioses del paganismo, ni en el Dios de los cristianos, que no sabe en que Dios ha de creer, escoja á Jesucristo, para hacerle objeto de su odio, de toda su rabia y de todas sus maquinaciones, no lo entiendo. El que pueda, explique este fenómeno de la filosofía moderna; en cuanto á mí, solo puedo decir que es resolucion de un impío delirante.

Deseos de los verdaderos filósofos.

No pretendo que todo hombre que no ha tenido la dicha de creer en la religion cristiana, haya perdido sus derechos á la escuela de la razon. Al mismo tiempo que le compadezco de no haber conocido bastante las pruebas demostrativas de la verdad de esta religion y la plenitud de la divinidad de su autor, permitiré que le señalen lugar despues de un Epitecto ó de un Séneca, como lo hubo para los sabios antes del cristianismo al lado de Sócrates ó de Platon. Pero yo veo en la escuela de esta filosofía de la razon, que sus verdaderos discípulos desean que venga aquel mismo á quien Voltaire quiere destruir. Veo al mayor de los discipulos de Sócrates suspirar para que venga aquel hombre justo que deberá disipar las tinieblas y dudas de los sabios. Les oigo exclamar: « Que venga pues el que nos podrá en» señar el modo como nos hemos de gobernar para con » los dioses y para con los hombres. Que venga in» mediatamente, que estoy dispuesto á hacer cuanto » me ordene, y espero que me hará mejor. » (1) En estos deseos descubro y reconozco á un filósofo de la razon.

(1) Platon en su segundo de Alcibíades.

Aun le descubro y reconozco, cuando le oigo que contemplando á este justo por quien suspira, prevee, penetrado de afliccion su corazon, que si este justo llega á dejarse ver sobre la tierra, será denostado por los malvados, herido, apaleado y tratado como el último de los hombres (1). Pero este justo por quien suspiraba tan ardientemente la filosofía de los paganos, se ha dejado ver sobre la tierra; Voltaire, d'Alembert y sus cómplices le han denostado, han conspirado y conspiran contra él, le detestan y han jurado destruirle. Y en vista de esto; ¿puedo yo reconocer que Voltaire, d'Alembert y sus cómplices son los hombres de la razon y de la filosofía?

Deseos de Voltaire.

Que se presenten los iniciados de estos pretendidos filósofos, y que respondan por su maestro; nos limitarémos á decirles como á Voltaire: Si el hijo de María no es para vosotros el hijo del Eterno, reconocedle á lo menos por el justo de Platon, y combinad despues, si podeis, vuestras conspiraciones con la voz de la razon. Si Voltaire no quiere ver el sol, que se eclipsa en el plenilunio, los muertos que resucitan, el velo del templo que se rasga, que venga y mire al mas santo y justo de los hombres, el prodigio de la dulzura, de la bondad y de la beneficencia, el apóstol de todas las virtudes, el milagro de la inocencia oprimida que pide perdon por sus verdugos; y si aun conserva algun rastro de filosofía, que diga ¿de donde se originan esas maquinaciones contra el *Hijo del hombre*? Qué, ¿y Voltaire es filósofo? séalo: pero ni si quiera lo es como Júdas; pues no dirá, como este traidor, que la sangre de este

(1) Platon, en el mismo diálogo.

hombre es la sangre del justo. Él solamente es filósofo como la sinagoga de los judíos y como su vil populacho, pues grita con aquella y con este, que sea crucificado, que *aplasten el infame*. Si, Voltaire es filósofo como toda esa nacion proscrita y dispersada, pues al cabo de cerca diez y ocho siglos, se encarniza como ella contra el Santo de los Santos; persigue su memoria; une sus silbidos á los silbidos de los judíos, sus satiras, dicterios, ultrages, conjuraciones y rabias á las sátiras, dicterios, ultrajes, conjuraciones y rabias de la nacion proscrita. No se diga que este odio de Voltaire solo recae sobre la religion de Jesucristo, y no sobre el mismo Jesucristo; porque todas las sátiras y blasfemias de Voltaire se dirigen á la persona de Jesucristo; su memoria es la que él persigue, y quiere hacer infame; quiere hacer de el un objeto de desprecio, de burla y de escarnio. Cuando comete la desvergüenza de llamarse y de firmar sus cartas con esta sacrílega expresion: *Christ-moque* (burlon de Cristo), como firmaba, *écrasez l'infame* (aplastad el infame) (1) ¿de quien se burla y á quien desprecia este frenético, sino á Jesucristo, el Dios á lo menos de toda virtud, de toda sabiduría y de toda bondad, cuando los sofistas no le quisiesen reconocer como Dios de infinito poder?

Á mas de esto, ¿y con que título la razon y la filosofía han de hacer de la religion de Jesucristo, mas que de su persona, el objeto de su conspiracion? ¿Ha ocurrido á algun filósofo, despues de Cristo, la idea de alguna virtud, que esta religion no mande, ó de la cual no suministre ejemplares? ¿Hay algun vicio, hay algun delito que esta religion no condene? ¿Por ventura ha visto el mundo algun sabio que nos haya dado

(1) Carta al Marques d'Argens del 2 Marzo de 1763.

preceptos mas santos con motivos mas eficaces ? Ántes ó despues de Cristo, ¿han gobernado en alguna parte del mundo leyes mas propias para hacer felices las familias y los imperios? ¿Acaso las hay en donde los hombres aprendan mejor á amarse? ¿Hay alguna que les obligúe con mas rigor á auxiliarse mutuamente con la beneficencia? Que se presente este filósofo que pretenda poder añadir á la perfeccion de esta religion; le escucharémos, y juzgarémos su doctrina; pero si el filósofo solo quiere destruirla, ya está juzgado como Voltaire y sus iniciados; no será otra cosa para nosotros que un filósofo delirante, ó un enemigo del género humano.

No excusa este delirio el que piensa que Voltaire y sus iniciados, conspirando contra esta religion, solo las habian contra sus altares y misterios, y no contra su moral. En primer lugar, no es verdad que se limitan á ir contra sus templos y blasfemar su memoria; ya hemos visto, y lo volveremos á ver, que tanto conspiraron contra la virtud y moral del Evangelio, como contra los altares y misterios. Pero aun suponiendo que Voltaire solo aborreciese nuestros misterios, ¿qué cosa son, ó que hay en estos misterios que merezca de parte de un filósofo que discurre, el odio y las maquinaciones contra la religion que los cree? Entre todos estos misterios ¿se halla acaso alguno, que fomente ó proteja los delitos ó defectos del hombre? ¿Que le haga menos bueno para sus semejantes, menos cuidadoso de sí mismo, menos fiel á la amistad, al reconocimiento, á la pátria y á sus deberes? ¿Hay alguno de estos misterios de que no se valga la religion como de un poderoso motivo ya de admiracion y agradecimiento á su Dios, ya de interes de la propia felicidad de cada uno, y ya del afecto á sus hermanos? Este hijo de Dios que expira

entre los mas exquisitos tormentos, para abrir las puertas del cielo al hombre, á fin de enseñarle lo que ha de temer, si sus delitos se las vuelven á cerrar; aquel pan de ángeles, que solo se ofrece al hombre purificado de todas sus manchas; aquellas palabras de bendicion, que solo se pronuncian sobre el pecador arrepentido, y pronto á morir antes que cometer un nuevo pecado; aquel aparato y magestad con que se nos representa á un Dios que ha de venir á juzgar á los hombres, y que destina para su gloria á los que han amado, vestido, sustentando y socorrido á sus hermanos, y que condena á las llamas inextinguibles al ambicioso, al traidor, al tirano, al rico avariento, al mal siervo, al esposo infiel y á todos los que no han amado y socorrido á sus semejantes; ¿todos estos misterios merecen el odio de un filósofo? ¿y justifican á los ojos de la razon las maquinaciones contra la religion de Jesucristo?

Á mas de que, si Voltaire y sus iniciados rehusan creer estos misterios, ¿qué les importa si los otros hombres los quieren creer? ¿Que acaso les soy mas temible, porque creo que el Dios que me prohibe hacer daño á mi prójimo, es el mismo Dios que me juzgará, y á mi prójimo? ¿El Dios que yo adoro, deja de ser menos terrible para el malo, y menos propicio para el justo, porque yo creo, sobre su palabra, la unidad de su esencia y trinidad de personas? He aqui que el pretexto de Voltaire y sus iniciados para conspirar contra la religion cristiana á causa de sus misterios, es un verdadero delirio del mismo odio. Estos pretensos filósofos detestan y aborrecen lo que, aunque fuese falso, no podria ser para el incrédulo objeto digno de un odio racional. Pero lo sumo del delirio de estos filósofos está, en que de una parte exaltan sin cesar la filosofía to-

lerante de los antiguos, quienes sin creer los misterios del paganismo, se guardaban muy bien de quitar ál pueblo su religion, y de otra parte no cesan de conspirar contra el cristianismo, so pretexto de que esta religion tiene sus misterios (*). Procuren estos filósofos que su filosofía sea mas coherente, si quieren que sea para nosotros la escuela de la razon.

La revelacion es para estos filósofos otro pretexto, y al mismo tiempo es para nosotros otra prueba del delirio y extravagancia que preside á sus maquinaciones. La religion cristiana, dicen, hace hablar al mismo Dios, y cuando el hombre ha oido la revelacion, ya no le queda libertad para sus opiniones religiosas; el filósofo que debe predicar á los hombres la libertad y la igualdad, está por consiguiente autorizado por toda razon á armarse contra esta religion de Cristo y sus misterios. He aqui su grande argumento; y he aquí nuestra respuesta: Que se abran todas las puertas de la casa de los locos á d'Alembert, á Diderot y á Voltaire, cada vez que en nombre de esta libertad é igualdad convocan á sus iniciados para destruir á Jesucristo y su religion. Grande es preciso que sea la dósis de heléboro para unos hombres que siempre hablan de libertad y tolerancia religiosa, jurando al mismo tiempo de aplastar la religion, arruinar los templos y volcar los altares del Dios de los Católicos, de los Luteranos, de los Calvinistas; de los Romanos, Españoles, Alemanes, Ingleses, Rusos Suecos y de toda la Europa. ¿Y habrá quien crea que conservan algun vestigio de razon, cuando á un mismo tiempo exaltan y recomiendan la libertad de los cultos, y se ocupan en maquinar contra el culto mas universal

(*) Véanse en el Tomo I. *De vera Religione* del Abate Bergier, cap. 7. art. I. § 6. y 7, *los símbolos*, ó profesiones de fe de los *materialistas y deistas.*

de las naciones? Hemos visto que Voltaire convocaba Belerofontes y Hércules para aplastar el Dios de los cristianos; hemos visto á d'Alembert expresar formalmente sus deseos de ver á toda una nacion *aniquilada*, solo porque persiste en la adhesion á este Dios y su culto; hemos visto en el largo espacio de medio siglo á estos hombres y sus iniciados valerse de todas las asechanzas y artificios para separar el universo de su religion; ¿y cuando pronuncian *libertad*, *igualdad*, *tolerancia*, creerémos que oimos á filósofos que hablan? Que se mude el significado que hasta el presente han tenido aquellas expresiones. De aqui en adelante *filosofía* no signifique sino locura, extravagancia, absurdo; el significado de esta palabra *razon*, sea demencia y delirio; al oir *libertad* de cultos, entiéndase, *Reniega, sino te mato*; cuando dirán *igualdad*, sea entendido que el filósofo siempre ha de subir, y el cristiano siempre ha de bajar. Cuando aquellas palabras tengan estos significados, tendré á Voltaire, á d'Alembert y á sus iniciados por filósofos.

Quisiera no verme en la precision de hablar aqui de Federico, rey de Prusia; pero si fue rey, fue rey sofista, y como á tal le toca tener aqui lugar, para que se vea que esta imaginaria filosofía de los impíos sabe abatir los reyes hasta igualarlos con el último de sus iniciados. Federico escribió mucho; ¿pero y á que fin escribia? No lo sé. ¿Escribia para engañar al pueblo, ó para engañarse á sí mismo? Que lo resuelva quien pueda, aunque yo creo, que queria lo uno y lo otro; y lo consiguió. Federico, como sus cómplices, escribió algunas veces á favor de la tolerancia, y por esto hubo quien creyó que era tolerante. Tengo á la vista un periódico inglés, *Monthly Review* (revista de mes), de Octubre de 1794. pág. 154. y veo que propone á Federico como
un

un modelo de tolerancia, citando este rasgo de sus escritos: » Nunca causaré molestia á causa de las opinio-
» nes en materia de religion; temo mucho las guerras
» religiosas; he sido bastante feliz, pues ninguna de las
» sectas que hay en mis estados, ha alterado en alguna
» ocasion el órden civil. Es preciso dejar al pueblo los
» objetos de su fe, formas de su culto, y hasta sus preo-
» cupaciones; *por este motivo he tolerado los sacerdotes*
» *y monges, á despecho de Voltaire y de d'Alembert,*
» *que se me han quejado muchas veces. Respeto mucho*
» *á nuestros filósofos modernos; pero, á decir verdad,*
» *reconozco que una tolerancia general no es la virtud*
» *dominante de estos señores.* » Sobre esto los periodistas ingleses hacen excelentes reflexiones, oponiendo esta doctrina y sabiduría de Federico á la atroz intolerancia y ferocidad de los sofistas de la revolucion francesa. Pero yo, que me he visto en la precision de alegar tantas exortaciones de Federico para aplastar el *infame* y destruir la religiou cristiana; yo, que me he visto obligado á poner á la vista de los lectores el proyecto trazado y recomendado por Federico como el medio unico para aniquilar la religion, los sacerdotes, los frailes y los obispos; este proyecto, que empieza principalmente con la destruccion de los religiosos y monges, para destuir en seguida, y con menos estorbo, el resto de la religion (*); yo, que he visto á Federico resolver que nunca tendria fin la revolucion anticristiana que tanto deseaba, sino *por una fuerza mayor*, que se necesitaba de una sentencia del gobierno para acabar con ella; y yo en fin, que he visto al mismo Federico, que se lamentaba de que *no seria espectador de este momento tan deseado* (1); yo, que he visto todas estas pruebas

(*) Véase el cap. 6.

(1) Carta del 24 Marzo de 1767, y del 13 Agosto de 1775.

de su intolerancia celebradas por Voltaire como proyectos de un *gran capitan*, ¿que puedo pensar sobre la pretendida sabiduría y tolerancia del rey sofista? Lo mismo que los periodistas ingleses dicen de los sofistas *carmañolas*, digo del rey sofista: «Cuando vemos hom» bres de esta especie, que nos presentan sus acciones » ó su práctica para que aprendamos la perfeccion de su » teoría, no sabemos cual de los dos sentimientos, si el asco » ó la indignacion ha de prevalecer.» Pero no; respetemos al rey, aunque sea sofista y recaiga nuestra justa indignacion y desprecio sobre aquella filosofía insensata, que iguala los iniciados coronados y sentados sobre sus tronos hasta con los iniciados y maestros en la oscuridad de sus clubs, ó en sus *sanedrines* y academias secretas, sin que se halle en alguna de estas partes el menor vestigio de un hombre que discurre.

Si hay aun algo que añadir á la locura de estos maestros, es el imbécil orgullo de los iniciados en ocasion que creian haber conseguido el objeto de sus maquinaciones. Condorcet al ver destruidos en Francia los altares de Jesucristo, celebrando el triunfo de Voltaire, exclamó: « Al fin, aqui ya es permitido proclamar alta» mente el derecho, tanto tiempo ha desconocido, » de sujetar todas las opiniones á *nuestra propia razon*, » es decir, de emplear para seguir la verdad, el solo » instrumento que nos ha sido dado para reconocerla. » Todos los hombres aprenden con un cierto orgullo » que la naturaleza no los tenia en manera alguna des» tinados para creer sobre la palabra de otro. La su« persticion de la antigüedad y el abatimiento de la » razon en el delirio de una fe sobrenatural, han desa» parecido de la sociedad, como de la filosofía (1).»

(1) *Esquisse sur les progrès de l'esprit*, *époque* 9.

Cuando Condorcet escribia estas palabras, creía sin duda que la razon habia triunfado de la revelacion y de toda la religion cristiana. Los iniciados creyeron, y celebraron tambien este triunfo, como si lo hubiese logrado la verdadera filosofía; pero esta no gemia menos que la religion en aquellas victorias. ¿Y es verdad que los sofistas fueron tan constantes en su conspiracion contra la religion de Jesucristo, para restituir al hombre sus derechos de *someter todas sus opiniones á la razon?* ¿Y que entiende este sofista por *someter todas sus opiniones á la razon?* Si pretende decir con esto, que nada se ha de creer, sin que la razon satisfecha se incline á creerlo, podria muy bien haber omitido sus maquinaciones; pues la religion de Jesucristo no manda que el hombre crea, lo que su razon ilustrada le enseña que no ha de creer. Por esta razon se presenta el cristianismo con todo el aparato de sus pruebas y demostraciones; por esta misma razon Jesucristo y sus Apóstoles obraron tantos prodigios, á fin de que viese y juzgase lo que debia creer. Por este motivo la misma razon distingue entre lo que se le ha probado y lo que no se le ha probado. La religion en sus anales conserva aquellos monumentos, y sus doctores convidan á todos para que los estudien y reflexionen. Para que la fe sea racional, y no ignorante ó perezosa, exponen con sus discursos las grandes pruebas de esta religion. En una palabra: el precepto de los Apóstoles es, que *la fé y el obsequio sean racionales* (*), esto es, que la fe esté apoyada sobre las averiguaciones que exige la razon para quedar convencida, *Rationabile obsequium vestrum.* ¿Y cree el sofista, que sean necesarias sus maquinaciones para que la razon conserve

(*) Ad Romanos cap. 12.

todos sus derechos, cuando da asenso á la religion? Que estudie la religion, y esta le enseñará que su Dios es el Dios de la razon; la religion empieza por confirmar todas las verdades y todos los derechos de la razon; y si á su conocimiento natural añade verdades que son de otro órden, sabe que al sabio no le convencen los sofismas é ilusiones, y que le convencen y deben convencer las pruebas multiplicadas del poder, santidad, sabiduría y sublimidad del Dios que le habla, y de la autenticidad de su palabra.

Y si el sofista, por aquel derecho de someter todas las opiniones á su razon, entiende que nada se ha de creer, sino lo que concibe la razon, y deja de ser misterioso para ella, el objeto de su conspiracion está aun mas inmediato al delirio. Con este nuevo derecho el hombre no podrá creer que hay un sol que le ilumina y una noche que le rodea de tinieblas, hasta que su razon comprenda la naturaleza de la luz, y que su accion sobre el cuerpo y el espíritu del hombre deje de ser un misterio. No podrá creer que el arbol vegeta, que la flor se abre y adquiere su colorido; no podrá creer que hay movimiento, entes que se reproducen y se perpetuan de generacion en generacion; nada podrá creer de la naturaleza, ni siquiera su propia existencia; porque toda la naturaleza, la existencia del hombre, su alma, su cuerpo, su mutua union y relaciones son un abismo de misterios. Se sigue pues, que para tener el placer y la gloria de ser incrédulo, es necesario empezar por ser loco y delirante. ¡Y de cuando acá la medida de nuestra inteligencia lo es de las cosas, de sus naturalezas, de su posibilidad y de su realidad! La razon del sabio verdadero habla de otra manera. Ella me dice, que estando probada la existencia de los objetos, por misteriosos que sean, los debo creer, bajo

pena de ser absurdo; porque entonces creeria que existen, porque su existencia está demostrada, y no creeria que existen, porque no puedo concebir su naturaleza.

Pero Condorcet celebra aun otro triunfo no menos extraño; celebra el derecho de emplear, para escoger la verdad, el solo *instrumento* que nos ha dado la naturaleza. Y si la naturaleza me ha dejado entre tinieblas, ó en la incertidumbre sobre los objetos que mas me interesan sobre mi futura suerte, sobre lo que debo hacer para evitar un destino que temo, y para alcanzar una felicidad que deseo ¿que he de hacer? El que tenga la bondad de disipar las tinieblas de mi ignorancia ó incertidumbre, ¿violará mis derechos? ¿Pues y porque no dice el imbécil sofista que el ciego tiene derecho á atenerse al solo instrumento que le ha dado la naturaleza, y que nunca debe guiarse por el que tiene ojos? ¿Porque no dice, que el ciego ha aprendido *con un cierto orgullo*, que la naturaleza no le ha destinado á creer *bajo la palabra de otro* que hay luz? ¿Y es filósofico este orgullo del sofista? Cree *abatida su razon por la fe sobrenatural*, y cree que el cristianismo deprime la razon elevándola sobre todo lo de este mundo; cree que el Dios de los cristianos envilece y abate al hombre hablando de sus maravillas en prueba de su palabra: ¡y esta pretension ha sido el grande motivo que ha tenido para conspirar contra el cristianismo! ¡Se atreve aun á invocar la razon! ¡Y hay quien le haya creido filósofo! ¡Y aun hay quien se deje seducir con este engaño! Pero volvamos á sus maestros Voltaire, d'Alembert y Diderot. Es preciso descubrir en sus iniciados á unos miserables seducidos por la ignorancia mas crasa, decorada con el título de filosofía; para esto no necesito sino de atenerme á

las declaraciones mas formales y correspondencias mas íntimas de estos pretensos filósofos.

Ilusion de la ignorancia.

¿Hay un Dios, ó no le hay? ¿Tengo una alma capaz de salvacion, ó no la tengo? Esta vida ¿la debo consagrar toda á los intereses presentes, ó si debo pensar en una suerte futura? Y este Dios, esta alma, este destino ¿son lo que oigo decir, ó es preciso que yo crea otra cosa? Hé aquí unas cuestiones que ciertamente son las elementales de la ciencia verdadera y de la filosofía mas interesante al género humano, tanto por lo que son en sí mismas, cómo por sus consecuencias. ¿Y que responden á todas estas cuestiones tan interesantes los pretendidos sabios, al mismo tiempo que agitan su conspiracion contra Jesucristo? Estos hombres que se dan por maestros de la sabiduría, de la razon y de la ilustracion, ¿como se responden mutuamente? Hemos leido sus cartas, y hemos puesto á la vista de los lectores sus mismas expresiones ¿y que han visto? Á unos hombres, que pretenden gobernar y enseñar á todo el mundo, y que se hacen mutuamente la declaracion formal y reiterada de que no han podido conseguir el formar una sola opinion fija sobre alguno de estos objetos. Si los príncipes y ciudadanos consultan sobre estas cuestiones á Voltaire, este acude á d'Alembert para saber de él si debe creer que tiene una alma, y si hay un Dios. Ambos concluyen la consulta con decir, *Non liquet*, no consta, no lo sé. ¿Pues y que filosofía es la de estos maestros tan peregrinos que no saben resolver las cuestiones elementales de la filosofía? ¿Con que derechos se levantan á maestros del universo, á oráculos de la razon, si su razon no ha llegado á las puertas de la ciencia que enseña las costumbres, los principios, las bases de la sociedad, los deberes

del hombre, del padre de familias, del ciudadano, del príncipe, del vasallo y la conducta y felicidad de todos? ¿Cual es pues su ciencia sobre el hombre, si ni aun saben lo que es el hombre? ¿Y que instrucciones pueden ellos dar á los hombres sobre sus deberes y mayores intereses, si no saben el destino de los hombres? ¿Y que filosofía es esta que enseña que no se puede saber, lo que mas importa saber, cuando los que no siguen su filosofía lo saben?

D'Alembert, para ocultar lo vergonzoso de su ignorancia absoluta sobre estos objetos que deben ocupar las primeras atenciones del sabio verdadero, responde: Poco importa que el hombre no pueda resolver estas cuestiones sobre su Dios, su alma y su propio destino (1). Voltaire dice que nada se sabe de estos primeros principios; conviene en que esta perplexidad no es muy placentera, pero se atrinchera en esta incertidumbre, añadiendo, que la seguridad es un estado ridículo ó de charlatan. (2). He aquí á lo que se reduce toda la ciencia de estos pretendidos maestros de la razon y de la filosofía: el uno confiesa su ignorancia y pretende escusarla con un absurdo; el otro pretende que nada sabe, y trata de charlatan al que pretende saberlo. ¡Es pues absurdo y ridículo que yo no me contente con una incertidumbre que da tanto tormento! Porque el filósofo d'Alembert no sabe si hay ó no hay un Dios, si tiene ó no tiene una alma, ¡será preciso creer que poco le importa á un hombre saber si todos sus intereses se limitan á algunos dias de esta vida mortal, ó si ha de atender á una suerte en lo por venir, que ha de durar tanto como la eternidad misma! Porque Voltaire atormentado de

(1) Cartas á Voltaire del 25 Julio y del 4 Agosto de 1770.

(2) Carta á Federico Guillermo príncipe real de Prusia, del 28 Noviembre de 1770.

su ignorancia no sabe que partido tomar, ¡ será preciso que yo desprecie y evite al que me puede comunicar sus luces y libertarme del tormento de esta inquietud habitual ! ¡ Será preciso que yo *aplaste á Jesucristo* y al Apóstol que vendrán á disipar estas inquietudes y libertarme de dudas sobre mis mayores intereses ! Aquí ya no es solo la ignorancia de estos pretendidos maestros, es toda la soberbia y locura de la mayor ignorancia que pretende detenerme en las tinieblas, porque aborrece la luz.

Ilusion de la corrupcion tomada por la virtud.

Hay muchos que no lo quieren ver; pero no por eso deja de ser muy cierto. Aborrecer, detestar, envidiar, destruir, aplastar, hé aquí toda la ciencia de estos pretendidos sabios. Aborreced el Evangelio, calumniad á su autor, volcad sus altares, y ya sabréis lo bastante para ser filósofo. Sed deista, ateo, escéptico, espinosista, sed todo lo que quisiereis; negad ó afirmad, tened un sistema de doctrina ó culto que oponer á la doctrina y religion de Jesucristo, ó bien nada tengais que oponerle, poco importa, pues la secta no lo exige, y Voltaire no necesitaba de esto para gloriarse con el nombre de *filósofo*. Cuando se le preguntó que era lo que substituia á la religion de Jesucristo, dijo que los sacerdotes de esta religion eran otros tantos médicos; y despues de esta asercion le pareció que tenia derecho para preguntar: ¿ *Que es lo que quieren de mí? Les he quitado los médicos, ¿ que otro servicio me piden* (1)? En vano le responderíamos: Les habeis quitado los médicos; pero los dejais con todas sus pasiones: les habeis comunicado la peste, ¿ que remedio dais para curarla?

(1) Véase su vida escrita por Condorcet, edicion de Kell.

En vano les hacemos objeciones, pues ni Voltaire ni su panegirista Condorcet se tomarán el trabajo de respondernos. Obrad pues como ellos, dad á todas las verdades religiosas los odiosos nombres de errores, mentiras, preocupaciones populares, supersticion, fanatismo (*) y despues jactaos de haber destruido; no os tomeis el trabajo de sustituir á aquella imaginaria ignorancia alguna ciencia, á aquellas mentiras alguna verdad; contentaos con haber destruido, y ya mereceréis el honroso título de *filósofo*.

Vendiendo estos honores á un precio tan bajo, ya no me admiro si encuentro tantos filósofos de esta ralea en todos los estados, edades y sexos; pero tambien al mismo precio se venden la estupidez y orgullo insensato que caracterizan á aquella filosofía. Cesen Voltaire y sus iniciados de vanagloriarse; pues la ciencia, que solo consiste en detestar y destruir, en burlarse y reirse, y en blasfemar de los objetos religiosos, se adquiere con mucha facilidad. No sé porque Voltaire al principio de su predicacion se limitó á enseñar y dar preceptos á los reyes, nobles y ricos, excluyendo á *los ruines* y á *la canalla*. Un lacayo puede ser tan filósofo como su amo, solo con que sepa sonreirse al oir alguna blasfemia. Fácilmente aprenderá á burlarse de su cura, de los obispos, de los altares y del Evangelio. Aquel bandido de Marsella que destrozaba los altares y asesinaba los sacerdotes, luego blasonó como Condorcet de que habia sacudido las preocupaciones del vulgo, y como Voltaire, dió á la revolucion los nombres de *triunfo de la razon, de las luces y de la filosofía*. Arengad al mas vil populacho, y decidle que sus sacerdotes le engañan; que el infierno no es mas que una

(*) De este idioma usan en el dia los *sabios reformadores* de que tanto abunda nuestra España.

invencion suya; que ya es tiempo de sacudir el yugo de la supersticion y del fanatismo; de recobrar la libertad de la razon; y en tres ó cuatro minutos de tiempo esos zafios paisanos serán tan filósofos como vuestros iniciados coronados. El lenguage no será el mismo, pero lo será su ciencia; aborrecerán lo que aborreceis; destrozarán lo que destrozais, y cuanto mas ignorantes y bárbaros, mas fácilmente adoptarán todo vuestro odio y toda vuestra ciencia. Si deseais tener iniciados del otro sexo, fácilmente aumentaréis con las hembras el número de vuestros sabios. La hija de Necker, sin añadir cosa alguna á su ciencia, solo viendo á d'Alembert, y aprendiendo de este un dicharacho sacrílego contra el Evangelio, hételа ahí tan filósofa como el que se la ha enseñado. Sor Guillermina, (Guillermina de Bareith) con solo sacudir las preocupaciones religiosas, se transforma en una iniciada de un mérito sobresaliente. No sabíamos como nuestros sabios modernos tenian tantas iniciadas y tantos jóvenes tunantes filósofos, ya ántes que pudiesen haber leido algun libro de filosofía; pero hemos llegado á saber que se hicieron sabios y sabias, leyendo dos ó tres folletos impíos. Hé aquí que con esto fácilmente se explican las copiosas luces filosóficas del siglo ilustrado.

¿Con que tambien serán filósofos todos los jóvenes y viejos, machos ó hembras, que despreciando la religion, y afectando burlarse de sus dogmas y preceptos, aunque nunca los hayan sabido, siguen las inclinaciones del apetito? En efecto: todo marido ó muger que se burla de la fidelidad conyugal; todo hijo rebelde, que pierde el respeto y sumision á sus padres; todo cortesano sin costumbres... en una palabra todos y todas, que descaramente rompen el freno de las pasiones, tambien son filósofos. Todos deben gloriarse de este título,

pues Voltaire es tan cortés, que á ninguno de estos despide de su escuela, aunque pide una condicion; esto es, que todos estos vicios y crímenes vayan acompañados de la gloria de haber sacudido el yugo de la religion, de saberse burlar de los misterios, insultar á los sacerdotes y despreciar al Dios del Evangelio; porque si aquellos vicios y desórdenes solo provienen del ardor juvenil, de falta de reflexion ó de flaqueza humana, no bastan para hacer á uno filósofo. En verdad, aquí ya no se trata de los engaños de la ignorancia que aparentan los conocimientos de la ciencia; de las tinieblas que pretenden ocupar el lugar de la luz ni del delirio del odio que pretende remedar la sabiduría de la razon; se trata de la escuela de la corrupcion, que pretende serlo de la misma virtud. Si se pretende escusar la locura, manía, fiebre y accesos de aquel odio extravagante de Voltaire, cuando trama sus conjuraciones contra Cristo, podré en algun modo disimularlo; porque cuando contemplo á Voltaire, que escribiendo á d'Alembert, *de aquí á veinte años Dios tendrá mucho en que entender*, *ó Dios tendrá mal pleito*, insulta á los mismos cielos; ó que escribiendo á Damilaville, *aplastad destruid*, *aniquilad al infame*, vomita espumarajos de rabia, me le represento como un frenético digno mas de lástima que de indignacion. Si: que escusen cuanto les dé la gana á Voltaire, y que escusen á sus iniciados, á aquella multitud de nobles, de ciudadanos y de ministros, que, no teniendo idea de filosofía, se creian filósofos, solo porque una tropa de conjurados impíos les decia que lo eran. Me prescindo por ahora de esto; y así no insistiré en el título de filósofo, sabiendo que este bastó á Federico y Voltaire para que sus secuaces los tuviesen por maestros de una facultad, que consiste en ignorar y despreciar. Nó diré á los iniciados que

si Federico ha podido ser maestro en el campo de Marte y formar grandes guerreros; que si Voltaire ha podido juzgar á Corneille, y dar instrucciones á los poetas, no por esto deben ser oráculos en materia de religion; pues esta ciencia, no menos que las otras, pide su estudio. Ni diré que es muy absurdo en materia de religion, como en cualquiera otra facultad, elegir por maestros y guias á unos hombres que blasfeman de lo que ignoran y que nunca han querido saber: hombres que muchas veces se han hecho semejantes á *aquellos* niños que farfullan pequeños sofismas, creyendo que son dificultades insolubles, y que despedazan un relox, porque no pueden descubrir su resorte. Sí; quiero dejar á parte todas estas reflexiones que puede hacer cualquiera, y que debian haber bastado á los iniciados para que mirasen la escuela de sus sabios, sino como absurda y ridícula, á lo menos como sospechosa en los combates de Federico contra la Sorbona, de Voltaire contra Santo Tomas, de d'Alembert contra San Agustin, y de Sor Guillermina contra San Pablo.

Quiero creer que cuando estos grandes maestros del filosofismo hablaban de teología, religion ó dogma, sus iniciados los tuvieron por doctores verdaderos: pero cuando estos mismos hombres, hablando de virtudes y moral en su escuela, pretendian dar reglas de conducta apoyadas sobre la ley natural, ¿como han podido creer que escuchaban lecciones de filosofía? Aquí la ilusion pierde hasta las apariencias de pretexto. No tenian mas que hacer sino dar una mirada á su escuela, y preguntar si entre los iniciados habia alguno que hubiese apostatado de la religion, con el fin de ser bajo la enseñanza y conducta de Voltaire ó de d'Alembert, mejor hijo, mejor padre, mejor esposo, mas hombre de bien ó mas virtuoso. Bastaba reflexionar que esta pretendida

escuela de filosofía de la virtud fue habitualmente el refugio, el último asilo, y la mas poderosa escusa para todo hombre, que era conocido por el desprecio descarado que hacia de todo lo que se llama obligacion y virtud. Cuando reconveníamos á estos iniciados y discípulos de aquellos maestros echándoles en cara la perversidad de sus costumbres, la gran respuesta era decir sonriéndose; estas reconvenciones tienen lugar y solo son buenas para hacerlas á los que no han sacudido las preocupaciones de vuestro Evangelio; somos filósofos, y sabemos á lo que nos debemos atener. Los hechos son tan públicos, que no es posible ocultarlos. La esposa que se burlaba de la fidelidad conyugal, el jóven que ya no conocia freno á sus pasiones, el que se valia igualmente de los medios lícitos é ilícitos para lograr sus fines, hasta los libertinos mas escandalosos y mugeres mas infames, decian *Somos filósofos*; esta era su excusa; y ni uno ha habido que se haya atrevido á justificar la menor falta, diciendo *Soy cristiano*, *creo en el Evangelio*.

Los maestros no tienen que corregir aquí algun error ó ignorancia de sus discípulos. Sabia muy bien el iniciado que el nombre de virtud sonaba aun en su escuela; pero tambien sabia el significado que le daban sus maestros. Cuanto mas adelantaban en su ciencia, tanto mas se apropiaban sus principios, y con estos despreciaban las reconvenciones del hombre virtuoso y los remordimientos de su propia conciencia. Sabian que sus maestros no juzgaban aun fuese á propósito la desvergüenza de blasfemar sin reserva de la moral del Evangelio: pero habian visto que sus maestros habian borrado de su código todo lo que el Evangelio llama virtud, y *todas las que la reli-*

gion hace bajar de los cielos. Habian oido leer en su escuela la lista de aquellas virtudes que ella llama *estériles*, imaginarias, virtudes de preocupacion, y en la que habian suprimido la honestidad, la continencia, la fidelidad conyugal, el amor filial, la ternura paternal, el agradecimiento, el desprecio de las injurias, el desinterés y hasta la probidad (1). En el lugar de estas virtudes habia visto el discípulo, que habian puesto la ambicion, el orgullo, el amor de la gloria, de los placeres, y todas las pasiones. Sabia que la virtud, segun la moral de sus maestros, no es otra cosa que *lo que es útil*; que el vicio no es otra cosa que *lo que es nocivo en este mundo*; y que *la virtud no es mas que un sueño*, si el hombre virtuoso es despreciado (2). No cesaban de repetirle, que el interes personal es el único principio de todas las virtudes filosóficas. Sabia que sus maestros hablaban mucho de *beneficencia;* pero sabia tambien que esta beneficencia no conservaba entre ellos el nombre de virtud, sino para eximirse de la obligacion de practicar las otras virtudes: *Amigo, háganos bien y con esto le eximimos de todo lo demás.* Esta era instruccion expresa de Voltaire (3); pero no era la única. Era preciso conducir los iniciados á un tal estado, que no supiesen si era posible que hubiese virtud, ni si habia algun bien moral que se diferenciase del mal, y esta fue una de aquellas cuestiones que propusieron á Voltaire, á la que respondió, *non liquet*, no lo sé (4). Aun fue necesario hacer algo mas, y decidir que todo

---

(1) Véase el tomo 5 de las cartas *Helvianas*, en donde se hallarán los textos mismos de los filósofos.

(2) *De l'Esprit de l'Homme..... Essai sur les préjugés..... Système de la nature..... Morale universelle* etc.

(3) *Fragments sur divers sujets, art. Vertu.*

(4) Diccion. philos. art. *Tout est bien.*

lo que se *llama perfeccion*, *imperfeccion*, *justicia*, *maldad*, *bondad*, *falsedad*, *sabiduría*, *locura*, *no se diferencia sino por las sensaciones del placer ó del dolor* (1); *y que cuanto mas el filósofo examina las cosas, tanto menos se atreve á decir, que dependa mas del hombre ser pusilánime, colérico, voluptuoso y vicioso, que ser bizco, giboso, ó cojo* (2). Estas eran las lecciones de los sofistas conjurados; ¿y los que las recibian podian pensar aun que estudiaban en la escuela de la virtud y de la filosofía?

El iniciado ¿que concepto podia formar sobre la virtud y el vicio, cuando sus maestros le confundian sus diferencias y enseñaban, que habia nacido para la felicidad y que ésta consistia *en el placer ó en la exencion del dolor* (3)?, ¿y cuando omitiendo toda solicitud por su alma, le decian, *que la divisa del sabio era atender á su cuerpo* (4)? ¿ó cuando le aseguraban que *Dios le llama á la virtud por medio del placer* (5)? Pues estas eran las lecciones que le daban los gefes de la conjuracion d'Alembert, Diderot y Voltaire. ¿Y qué motivos para practicar la virtud daban estos mismos héroes de la filosofía á sus iniciados? Les enseñaban que *Dios no atiende á sus virtudes ni á sus vicios;* que el temor de este Dios no es mas que verdadera locura, y para sufocar hasta los remordientos, les decian que el hombre sin temor es superior á las leyes; que toda accion, aunque deshonesta, pero útil, se comete sin remordimientos; que los remordimientos solo deben consistir en el temor á otros hombres y á sus leyes. Llevando

(1) Carta de Trasíbulo.
(2) Enciclopedia art. *Vice*, edicion de Ginebra.
(3) Enciclopedia art. *Bonheur*, y en el prólogo,
(4) D'Alembert, *Eclaircis. sur les élém. du philos. núm.* 5.
(5) Voltaire, *Disc. sur le bonheur.*

adelante sus instrucciones hasta mas allá del absurdo, ya ensalzaban, sin cesar, la libertad de las opiniones, para que escogiesen siempre la mas falsa, y ya la abatian tanto, que llegaron hasta negar que tuviesen poder sobre las acciones, para de este modo quitarles los remordimientos de las mas culpables (1). Esta era la doctrina de todos estos conjurados, y ya no es posible negarla, pues está registrada en casi todos los escritos de la secta, principalmente en los que ella recomendaba como obras maestras del filosofismo. ¿Qué habian de hacer mas estos grandes filósofos, y como se habian de gobernar mejor para hacer de toda su moral el código de la corrupcion y de la maldad? ¿Y de que otra cosa se necesita para demostrar que este pretendido siglo de la filosofía y de la virtud, es el siglo de todos los vicios y crímenes, erigidos en principios y preceptos del malvado a quien pueden serle de provecho?

Ilusion de la perversidad.

Lo que menos puede excusar el crímen de la ilusion con que los gefes engañaron á la multitud de iniciados, que se llaman filósofos, es aquella constancia y artificios de que tuvieron que valerse para lograr el éxito de las maquinaciones. ¿Pero y que es su filosofía con todas estas maquinaciones y artificios? Supongamos por un momento que el mundo hubiese tenido conocimiento de las intenciones y medios de Voltaire, Federico, d'Alembert y sus cómplices, mientras estos vivian, y antes de que los corazones se hubiesen corrompido hasta el exceso de blasonar de la misma corrupcion. Supongamos tambien que se tenia noticia de aquel aviso,

(1) Véanse los textos de Voltaire, de d'Alembert y de Diderot en el tomo. 3. de las cartas Helvianas.

que



que mútuamente y con tanta instancia, se daban los conjurados de *herir y esconder la mano*; y que los pueblos tenian conocimiento de todas estas maniobras tenebrosas de que se valian para seducirlos á la sordina; ¿habrian el mundo y los pueblos reconocido en estos procederes los caractéres de la verdadera filosofía? ¿Habria podido el filosofismo hacer progresos, si se hubiese conocido su hiprocresía en aquel perpetuo disimulo, como sus asechanzas y trampas á las cuales solamente debieron el éxito de su conspiracion? Si cuando d'Alembert, Condorcet, Diderot, Federico, Turgot y demas cómplices se reunian en aquel palacio de Holbach, con el nombre de *economistas*, y so pretexto de atender á los intereses del pueblo, hubiese este sabido que se congregaban para combinar entre sí los medios de engañarle y volverle tan impío como eran ellos mismos, quitarle sus sacerdotes, derribarle sus altares y destruir su religion; si este mismo pueblo hubiese podido saber que sus pretendidos maestros, encargados de instruir á sus hijos, eran unos emisarios hipócritas de d'Alembert enviados para corromper la niñez y la juventud; que todos aquellos buhoneros de la secta que vendian sus libros á precio tan bajo eran unos corruptores pagados por la academia secreta, para hacer que circulase el veneno de las ciudades á los pueblos, y hasta las cabañas; si todo esto se hubiese sabido, ¿habria podido la secta atribuir á estos medios todo aquel respeto y veneracion que habia ella usurpado? ¿Y descubierta la perversidad de sus maquinaciones, habrian podido los conjurados presentarse como maestros sabios, y dar al siglo en que vivieron el renombre de *siglo filosófico*? Es muy cierto que no; el mas justo horror habria ocupado el lugar que ocupó la admiracion; y cuando las leyes hubiesen callado, la indignacion pública habria

bastado para vengar la filosofía misma de la infamia y maquinaciones á que la hacian servir.

Humíllese este siglo tan orgulloso con su imaginaria filosofía, avergüéncese, arrepiéntase y sacuda esta ilusion y engaño con que los impíos le han preocupado; ilusion y engaño que debe á sus vicios, á su corrupcion y á sus propios deseos de dejarse alucinar, que tal vez han influido mas que los artificios de que han usado los impíos para engañarle. Ese pueblo sencillo, esa multitud idiota, que confiesa su falta de luces y esperiencia en los manejos de los sofistas, y que por un cierto instinto de virtud ha sido la última clase que ha prevaricado, ese pueblo, repito tiene escusa; pero esos millares de iniciados, en las cortes, en los palacios de los grandes, en los liceos de las ciencias, que entren en sí mismos y que reflexionen. Pensaban hacerse filósofos haciéndose impíos. Renunciando á las leyes del Evangelio y á sus virtudes, aun mas que á sus *misterios*, han tenido por razones convincentes y profundas las palabras *preocupacion y supersticion*, que son el grande argumento de que se valieron los sofistas para hacerlos de su partido (*). Sin saber siquiera que *preocupacion* es una opinion destituida de pruebas, se han hecho unos viles esclavos de la preocupacion, desechando una religion cuyas demostraciones (como ellos mismos blasonan) han estudiado tan poco, y que no han visto ni leido, mientras que con el mayor ahinco leian las producciones y calumnias de sus enemigos. — Si les parece que no he hecho una exacta enumeracion de todos sus títulos y derechos á la filosofía, que registren los

(*) ¿Y quien no sabe que este es tambien el *grande argumento* de que se valen los *sofistas Españoles*? Apenas se halla página de estos *sabios* en donde no se lean las mismas expresiones, *preocupacion*, *supersticion*.....

iniciados los senos de su corazon, el fin de sus intenciones y el objeto de sus cálculos, y que presenten otros títulos y derechos. Que se pregunten ingenuamente á sí mismos si no ha sido la relajacion y tedio á las virtudes evangélicas lo que les ha sugerido aquella admiracion estúpida hácia los conjurados contra el Evangélio; si no es el amor y desahogo de sus pasiones mas que los sofismas, las maquinaciones y asechanzas de los impíos, lo que los ha hecho incrédulos. No puedo creer que el que no era perverso hubiese podido mirar tanta felicidad y gloria en el seguimiento de los perversos. A lo menos es cierto que era muy poco filósofo el que creyó que eran filósofos unos sugetos que no eran mas que una congregacion de trapaceros, cobardes y conjurados.

Cualesquiera que sean las causas, ya se habia dicho que un siglo engañado con los artificios y conjuraciones de una escuela dedicada del todo á la impiedad, pondria toda su gloria en llamarse el siglo de la filosofía. Tambien se habia dicho que este mismo siglo engañado con el delirio y rabia de esta misma impiedad, la miraria como si fuese la razon, y engañado con el voto de destruir la religion, miraria aquel juramento y este voto como si fuesen el de la tolerancia, de la igualdad, y de la libertad religiosa. Las mas densas tinieblas le han parecido luz, la ignorancia ciencia, y la que fue escuela de todos los vicios le pareció que lo era de todas las virtudes. Se le engañó con los artificios y maquinaciones, con todas las tramas de la perversidad, que ha tomado por consejos y como medios de la misma sabiduría. Sí: ya se habia dicho que este siglo, que se ha dejado seducir tan groseramente en materia de religion, tambien se dejaria engañar en materia de subordinacion; pues creeria que las maquinaciones de

la rebelion contra los tronos eran amor á la sociedad y el establecimiento de la felicidad pública.

La conjuracion contra el altar y el odio que los gefes de los conjurados votaron contra Jesucristo, no fueron la sola herencia que los héroes de la pretendida filosofía dejaban á su escuela. Voltaire, que se habia hecho Patriarca de los sofistas de la impiedad, aun no habia muerto, cuando se halló que tambien lo era de los sofistas de la rebelion. Dijo á sus primeros iniciados: Derribemos los altares, no quede un solo templo, ni adcrador al Dios de los cristianos; y su escuela no tardó en añadir: Rompamos los cetros, y no quede sobre la tierra un solo trono, ni un solo vasallo. De su enlace y combinacion viéramos salir esa multitud de iniciados que la filosofía del siglo habia desgraciadamente dispuesto y preparado á internarse y chapuzarse en las cavernas masónicas, para aprender allí á repetir sus sacrílegos votos y juramentos contra los altares y los tronos. Ya ninguna otra cosa nos restará que hacer, sino poner de manifiesto cuanto la secta de los Iluminados de Baviera hubo de añadir á los infames medios y arterías de los sofistas de Holbach y de los hermanos Kadosch.

FIN DEL PRIMER TOMO.



TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE PRIMER TOMO.

FIN.





